

PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE LA SANTA CRUZ
FACULTAD DE TEOLOGÍA

JOSÉ LUIS PARRADO FRADE

**LA HUMILDAD EN LA ENSEÑANZA
DE SAN JOSEMARÍA**

Tesis de Doctorado dirigida por:
Rev. Prof. JAVIER LÓPEZ DÍAZ

ROMA 2015

Índice

ABREVIATURAS.....	7
INTRODUCCIÓN	9
APUNTES BIOGRÁFICOS SOBRE SAN JOSEMARÍA	15
PARTE A. LA DOCTRINA COMÚN SOBRE LA HUMILDAD QUE RECIBE SAN JOSEMARÍA	19
CAPÍTULO I. LA HUMILDAD EN LA SAGRADA ESCRITURA	21
A. OBSERVACIONES ACERCA DE LOS TÉRMINOS	21
A.1. Los términos griegos en el Nuevo Testamento	21
A.2. El significado de los términos en la Antigüedad Clásica	23
A.3. La aportación de los LXX al significado de los términos griegos.....	27
B. LA HUMILDAD EN EL ANTIGUO TESTAMENTO	29
B.1. Los “pobres de Yahweh”	32
B.2. Humildad y penitencia	35
B.3. La humildad en los pensamientos sapienciales.....	36
C. LA HUMILDAD EN EL NUEVO TESTAMENTO.....	39
C.1. La humildad de María	40
C.2. La humildad en la vida y la enseñanza de Jesús.....	41
C.3. Otros textos sobre la humildad en la predicación apostólica.....	47
CAPÍTULO II. LA HUMILDAD EN LA TRADICIÓN ESPIRITUAL.....	55
A. ALGUNAS IDEAS FRECUENTES EN LA REFLEXIÓN SOBRE LA HUMILDAD...56	

A.1. La importancia de la humildad.....	56
A.2. Cristo, modelo de humildad.....	64
A.3. La humildad lleva a tomar conciencia de la grandeza de los bienes recibidos de Dios.....	67
A.4. El conocimiento de sí lleva a la humildad	70
A.5. Medios para alcanzar la humildad	75
A.6. Humildad y grandeza de ánimo	78
A.7. Humildad e “infancia espiritual”	83
A.8. Humildad, contrición y reparación	90
B. LA HUMILDAD EN AUTORES DEL SIGLO DE ORO ESPAÑOL	95
B.1. San Ignacio de Loyola	96
B.2. San Juan de Ávila.....	100
B.3. Santa Teresa de Jesús.....	105
B.4. Fray Luis de Granada.....	110
B.5. San Juan de la Cruz.....	111
B.6. Alonso Rodríguez	115
PARTE B. LA HUMILDAD EN LA ENSEÑANZA DE SAN JOSEMARÍA...	119
CAPÍTULO III. CONEXIÓN DE LA ENSEÑANZA DE SAN JOSEMARÍA CON LA DOCTRINA ESPIRITUAL PRECEDENTE	121
A. LA SAGRADA ESCRITURA, FUENTE PRINCIPAL.....	123
A.1. Citas del Antiguo Testamento en relación con la humildad en las obras de san Josemaría	124
A.2. Citas del Nuevo Testamento sobre la humildad en las obras de san Josemaría.....	129
B. LA IMPRONTA DE LOS PADRES DE LA IGLESIA	135
C. SINTONÍA CON LA DOCTRINA DE ALGUNOS MAESTROS DE VIDA ESPIRITUAL.....	141
C.1. Algunos autores de la Edad Media.....	142
a) San Bernardo de Claraval y san Buenaventura	142
b) Santo Tomás de Aquino.....	144
C.2. El Siglo de Oro español.....	145
C.3. Edad Moderna y Contemporánea.....	150

a) San Francisco de Sales	151
b) Santa Teresa de Lisieux.....	154
c) La devoción al Amor Misericordioso	159
CAPÍTULO IV. ASPECTOS CARACTERÍSTICOS DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD EN LOS ESCRITOS PUBLICADOS DE SAN JOSEMARÍA	167
A. HUMILDAD Y FILIACIÓN DIVINA	169
A.1. La humildad, fundamento moral de la vida cristiana	171
A.2. La humildad de los hijos de Dios: el “endiosamiento bueno” ...	173
A.3. Hijos pequeños de Dios	180
a) Humildad e infancia espiritual	181
b) Cosas pequeñas y vida de infancia	188
B. ASPECTOS Y PARTES DE LA HUMILDAD.....	191
B.1. Humildad ante Dios	194
B.2. Humildad ante los demás.....	197
B.3. Humildad en la consideración de uno mismo.....	202
B.4. Virtudes que forman parte de la humildad	208
a) Sinceridad	208
b) Docilidad.....	218
c) Sencillez.....	222
C. HUMILDAD Y SECULARIDAD.....	225
C.1. La humildad de quienes han de santificarse en medio del mundo.....	227
C.2. Humildad en el trabajo profesional y en las relaciones sociales	236
C.3. Humildad en la vida familiar	240
CONCLUSIONES	245
APÉNDICE DOCUMENTAL: TESTIMONIOS SOBRE LA HUMILDAD EN LA VIDA DE SAN JOSEMARÍA	251
A. FUENTES DE ESTE APÉNDICE	252
A. 1. Referencias autobiográficas	252
A.2. Testimonios sobre san Josemaría	253
A.3. Carácter de este Apéndice.....	255
B. EL CONTENIDO DE LOS TESTIMONIOS	256

B.1. Testimonios sobre la relación entre humildad y filiación divina en la vida de san Josemaría.....	257
a) Identificación con la vida de Cristo.....	259
b) Hijo pequeño de Dios.....	260
B.2. Testimonios sobre la humildad como fundamento moral de la vida de san Josemaría	262
a) Saberse instrumento en las manos de Dios.....	263
b) Empeño por formar a otros en humildad	270
B.3. Aspectos y partes de la humildad	272
a) Humildad con Dios	273
b) Humildad en la consideración de sí mismo.....	283
c) Humildad ante los demás	292
d) La humildad colectiva	310
B.4. Conexión de la humildad con otras virtudes.....	314
a) Sinceridad. Sencillez.....	314
b) Fortaleza. Magnanimidad	317
c) Alegría. Castidad.....	318
d) Gobierno colegial y humildad	320
B.5. Humildad y secularidad	323
a) Apariciones en público.....	323
b) Cumplimiento de los propios deberes y derechos.....	324
c) En el trabajo diario	326
C. CONCLUSIONES DEL APÉNDICE DOCUMENTAL.....	328
APÉNDICE 2: PRESENTACIÓN DE LA TESIS, 23 DE JUNIO DE 2015	331
BIBLIOGRAFÍA	33139

Abreviaturas

- AAS** Acta Apostolicae Sedis
- BAC** Editorial Católica, «Biblioteca de Autores Cristianos»
- DSp** *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique. Doctrine et Histoire*, fondé par VILLER, M., 17 vols., Beauchesne, París 1937-1995
- GLNT** G. KITTEL - G. FRIEDRICH, *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, 16 vols., Paideia, Brescia 1965-1992
- PG** J.P. MIGNE, *Patrologiae cursus completus*, Series graeca
- PL** J.P. MIGNE, *Patrologiae cursus completus*, Series Latina
- Positio** AA.VV., *Causa beatificationis et canonizationis Servi Dei Iosephmariae Escrivá de Balaguer. Positio super vita et virtutibus*, pro manuscripto, Roma 1988
- SC** LUBAC, H. DE - DANIELOU, J., *Sources Chrétiennes*, Le Cerf, París 1941-
- S. Th.** SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, edición dirigida por los Regentes de Estudios de las Provincias Dominicanas de España, 5 vols., BAC, Madrid 1988-1994
- VCS-I** E. BURKHART - J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, vol. I, Rialp, Madrid 2010

VCS-II E. BURKHART - J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, vol. II, Rialp, Madrid 2011

VCS-III E. BURKHART - J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, vol. III, Rialp, Madrid 2013

Introducción

La doctrina espiritual de san Josemaría constituye una unidad indivisible con su biografía. En él son inseparables el hombre que luchó con heroísmo cristiano para alcanzar la santidad, y el fundador que ha transmitido con su predicación y su obra escrita, las luces que recibió del Señor.

Consciente de la novedad teológica encerrada en la semilla que Dios había puesto en su alma, san Josemaría se expresaba así en una de sus cartas: «Una novedad, antigua como el Evangelio, que hace asequible a personas de toda clase y condición –sin discriminación de raza, de nación, de lengua– el dulce encuentro con Jesucristo en los quehaceres de cada día»¹.

Sabía también que, a partir del mensaje que había difundido desde los inicios de la fundación, llegaría el momento oportuno para que otros realizaran la tarea de profundizar teológicamente en su carisma fundacional².

El presente trabajo pretende ser, eso: una profundización en la doctrina espiritual que transmite san Josemaría acerca de la virtud de la humildad

¹ Carta 25-I-1961. Cit. en: A. ARANDA, "El bullir de la Sangre de Cristo". Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría, Rialp, Madrid 2000, p. 27.

² Cfr. A. ARANDA, "El bullir de la Sangre de Cristo". Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría, o.c., p. 27.

que, en su enseñanza, se abre a un horizonte nuevo, como puede apreciarse en las siguientes palabras suyas:

«Al ser el trabajo el eje de nuestra santidad, deberemos conseguir un prestigio profesional y, cada uno en su puesto y condición social, se verá rodeado de la dignidad y el buen nombre que corresponden a sus méritos, ganados en lid honesta con sus colegas, con sus compañeros de oficio o profesión (...). Algunos, con mentalidad poco laical, entienden la humildad como falta de aplomo, como indecisión que impide actuar, como dejación de derechos (...). Se ha deformado mucho el concepto cristiano de esta virtud, tal vez por intentar aplicar a su ejercicio, en medio de la calle, moldes de naturaleza conventual, que no pueden ir bien a los cristianos que han de vivir, por vocación, en las encrucijadas del mundo»³.

En este estudio intentaremos mostrar que las enseñanzas de la Revelación sobre la virtud de la humildad son vistas por san Josemaría con una luz nueva: la del 2 de octubre de 1928, día en el que Dios le hizo ver el espíritu de santificación en medio del mundo que había de vivir y predicar. En esa ocasión el Espíritu Santo le hizo contemplar una verdad contenida en el mismo Evangelio, de modo que parece nueva por su brillo: la llamada de los cristianos corrientes a santificarse en la vida ordinaria, santificando el mundo desde dentro.

Profundizar en la enseñanza de san Josemaría, como en la de otros santos –particularmente los maestros de vida espiritual–, tiene interés no sólo para la Teología espiritual, ámbito de esta tesis, sino también para las demás partes de la Teología. Examinar concretamente la virtud de la humildad en la enseñanza de san Josemaría nos permite individuar trazos específicos de su doctrina espiritual. Y examinar esta especificidad constituye una contribución para toda la Teología. No se puede olvidar que las enseñanzas de los santos constituyen un *locus theologicus* en la medida

³ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta 6-V-1945*, nn. 30-31. Cit. en: *VCS-II*, p. 394. En adelante, las obras publicadas las citaremos sólo por el título. En la bibliografía final se encuentra la referencia completa de las obras publicadas.

en que ponen de manifiesto la infinita riqueza del Espíritu que se revela en la dinámica de todas las virtudes⁴.

En un estudio titulado: *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría*, que constituye la primera exposición teológica completa de su mensaje, los autores señalan un límite de su investigación, por lo que se refiere a la documentación empleada: «Las biografías sobre san Josemaría son ya numerosas y mucho más los relatos parciales sobre algunas épocas o aspectos diversos de su figura histórica. También hay que mencionar la abundante documentación procedente de los testigos que declararon en la Causa de canonización. Hubiéramos deseado hacer un amplio uso de este material, pero hemos tenido que ceñirnos casi siempre, por razones de espacio, al estudio de los escritos y de la predicación. Lo mucho que omitimos queda como tarea para el futuro, y como tarea necesaria, si se quiere dar una idea cabal del espíritu que san Josemaría transmite»⁵.

Al leer estas palabras durante mis estudios de Licenciatura en Teología y después de hablar con uno de los autores del libro anteriormente citado, pensé que un buen trabajo sería ahondar en alguno de los aspectos de la enseñanza de san Josemaría tratado en dicho libro añadiendo, en forma de apéndice, un estudio de la documentación procedente de los testigos de la vida de san Josemaría, ya que su enseñanza ha quedado plasmada «no sólo en forma doctrinal, sino también desde el principio a través del testimonio

⁴ Los autores recientes incluyen siempre en la definición de Teología espiritual o en la descripción de su método, como uno de los elementos constitutivos, la experiencia del vivir cristiano y por lo tanto las enseñanzas y la vida de los santos: cfr., p. ej., J. AUMANN, *Teologia Spirituale*, Dehoniane, Roma 1991, p. 22; M. BELDA, *Guiados por el Espíritu de Dios. Curso de Teología espiritual*, Palabra, Madrid 2006, pp. 29 ss.; A. BERNARD, *Teologia Spirituale*, Paoline, Torino 1982, p. 68; J.L. ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Eunsa, Pamplona 2007, pp. 31 s. y 67 s.; F. RUIZ SALVADOR, *Caminos del Espíritu. Compendio de Teología Espiritual*, Ed. Espiritualidad, Madrid 1978, p. 33. Según D. SORRENTINO, la experiencia de los santos es un *locus theologicus* privilegiado de la Teología espiritual: cfr. D. SORRENTINO, *Sul rinnovamento della Teologia spirituale*, en «Asprenas» 41 (1994), p. 531. Sobre la vida y enseñanza de los santos como “lugar teológico”, cfr. F.-M. LETHEL, *Connaître l'amour du Christ qui surpasse toute connaissance: la Théologie des saints*, Carmel, Venasque 1981.

⁵ VCS-I, p. 23.

de su propia vida»⁶. De ahí el interés de conocerla para profundizar en su mensaje.

Los testimonios sobre el modo en vivió esta virtud se encuentran de modo especial en la *Positio super vita et virtutibus*. No nos consta que este documento se haya empleado sistemáticamente en ningún otro estudio sobre su enseñanza. Su estudio nos ha hecho comprobar cómo la vida de san Josemaría no sólo concuerda con su enseñanza escrita sino que, en cierto sentido, la interpreta y completa, de modo que constituye una fuente importante para comprenderla.

El trabajo lo hemos estructurado en dos partes. La primera comprende dos capítulos en los que se presenta la doctrina sobre la humildad en la Sagrada Escritura (I) y en la tradición espiritual (II). La segunda parte consta también de dos capítulos. En el primero de ellos hemos presentado un estudio sobre la conexión de la enseñanza de san Josemaría con la doctrina espiritual precedente (III). En el otro hemos pretendido exponer los aspectos característicos de doctrina sobre la humildad contenidos en la enseñanza de san Josemaría (IV). Por este motivo hemos incluido un apartado específico sobre *Humildad y filiación divina* y otro sobre *Humildad y secularidad*. Finalmente, en el Apéndice mencionado antes, hemos recogido una amplia síntesis de los testimonios sobre la humildad en la vida de san Josemaría recopilados después de su muerte con ocasión de la causa de Beatificación y Canonización.

Para citar las obras de san Josemaría nos hemos servido, siempre que era posible, de las ediciones críticas que ya han sido publicadas a la hora de elaborar este trabajo. Cuando citamos fragmentos de escritos no publicados, indicamos la fuente de donde los hemos tomado⁷.

* * *

Volviendo la mirada atrás, me resulta difícil valorar el enriquecimiento personal experimentado con este trabajo. Ha supuesto una oportunidad

⁶ A. ARANDA, "El bullir de la Sangre de Cristo". *Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría, o.c.*, p. 36.

⁷ Vid. bibliografía final.

magnífica de profundizar en la enseñanza de san Josemaría, que espero haber aprovechado y continuar aprovechando, después de haber constatado de modo práctico y bien concreto, que siempre cabe seguir descubriendo aspectos y matices nuevos en su doctrina.

No querría dejar de citar en estas líneas la gran ayuda que ha resultado para este trabajo la *Biblioteca virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei* a la que se accede a través de la web de la Universidad de Navarra y que ha sido elaborada por el *Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer*.

Quiero expresar mi agradecimiento al Prof. Javier López Díaz, que ha dirigido este estudio, por las orientaciones y correcciones que me ha transmitido, favoreciendo la libertad en mi investigación.

Finalmente, espero que este trabajo sirva también de acicate para estimular a otros a que profundicen teológicamente en la enseñanza y en la vida de san Josemaría.

Apuntes biográficos sobre san Josemaría¹

Josemaría Escrivá de Balaguer nació en Barbastro (España), el 9 de enero de 1902. Fue el segundo de los seis hijos que tuvo el matrimonio formado por José Escrivá y Corzán y María de los Dolores Albás y Blanc. Estuvo a punto de fallecer cuando tenía dos años pero se curó de modo inesperado, atribuyéndose el hecho a la intercesión de la Virgen de Torreciudad.

En 1914 hubo de trasladarse con su familia a Logroño, tras la quiebra del negocio textil que hasta el momento había ofrecido a los Escrivá una situación económica desahogada. En el invierno del curso escolar 1917-18, cuando estudiaba el último año del bachillerato en el Instituto Nacional de Logroño, vio en la calle las huellas que habían dejado sobre la nieve los pies descalzos de un carmelita. Fueron para su alma una llamada a profundizar en su vida cristiana: el comienzo de lo que luego denominaría como la época de los “barruntos”, presentimientos del Amor de Dios que tocaba su

¹ Cfr. S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1997; P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y obra del fundador Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 2002; J.M. CEJAS ARROYO, *Vida del beato Josemaría*, Rialp, Madrid 1993; F. GONDRAND, *Al paso de Dios*, Rialp, Madrid 1984; A. SASTRE GALLEGU, *Tiempo de caminar: semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1991; P. URBANO, *El hombre de Villa Tevere: los años romanos de Josemaría Escrivá*, Plaza&Janés, Barcelona 1995; A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, 3 vols., Rialp, Madrid 1997-2003.

conciencia. Se sintió interpelado por Dios, pero sin saber con claridad hacia dónde le orientaba esa llamada, y decidió hacerse sacerdote, pensando que así estaría más disponible para cumplir la voluntad divina. En octubre de 1918, comenzó los estudios eclesiásticos como alumno externo del Seminario Conciliar de Logroño. Tenía diecisiete años.

Superados los dos primeros cursos en el Seminario, en 1920, se trasladó a Zaragoza para matricularse en la entonces Universidad Pontificia, mientras era alumno interno del Seminario de San Francisco de Paula, llamado también, por sus orígenes históricos, Seminario de San Carlos. En 1922, siguiendo un consejo recibido de su padre y con la autorización de los superiores del Seminario, inició la carrera de Derecho en la Universidad de Zaragoza.

Fue ordenado presbítero el 28 de marzo de 1925. En 1927, se trasladó a Madrid, con el permiso de su obispo, para realizar los estudios de doctorado de Derecho Civil y preparar la tesis en la Universidad Central, pues sólo en la capital era posible obtener el grado de doctor. Ese mismo año había concluido en Zaragoza la Licenciatura en Derecho.

El 2 de octubre de 1928, mientras estaba haciendo unos ejercicios espirituales en Madrid, san Josemaría, entonces un joven sacerdote de 26 años, “vio” lo que el Señor le pedía en servicio de la Iglesia y que hasta ese momento sólo había “barruntado”; esto es, la fundación del Opus Dei, con un espíritu específico, para la difusión de la llamada universal a la santidad y al apostolado en la vida ordinaria: familiar, profesional y social.

Desde aquellos primeros años, antes de la guerra civil española (1936-1939), el Fundador emprendió la labor de redactar documentos sobre el espíritu y la actividad del Opus Dei. Distinguió entre *Instrucciones*, destinadas a recoger, junto a criterios de fondo sobre el espíritu del Opus Dei, experiencias y detalles prácticos acerca de las labores apostólicas desarrolladas por sus fieles, y *Cartas*, con un tono más expositivo.

En 1934 publicó *Santo Rosario y Consideraciones Espirituales* que, en 1939 y muy ampliado, se convertiría en *Camino*, su obra más conocida y difundida en todo el mundo. En ese libro vertió su propia experiencia espiritual.

En 1968 fue publicado por primera vez *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer* que recoge siete entrevistas que concedió entre 1966 y 1968 a *Le Figaro*, *The New York Times*, *Time*, *L'Osservatore della Domenica* y a varias revistas españolas (*Telva*, *Gaceta Universitaria* y *Palabra*). El libro concluye con la homilía "*Amar al mundo apasionadamente*", pronunciada en el campus de la Universidad de Navarra el 8 de octubre de 1967, ante miles de personas. Esta homilía expresa de manera clara, condensada y directa, el espíritu en que se inspiran las respuestas dadas por el fundador del Opus Dei a los diferentes entrevistadores.

En 1973 publicó *Es Cristo que pasa*, que recoge 18 homilías predicadas entre 1951 y 1971.

El 26 de junio de 1975, san Josemaría falleció santamente en Roma, donde había fijado su residencia desde 1946, impulsando desde allí la expansión del Opus Dei en los cinco continentes.

Después de su muerte fueron publicados los siguientes escritos suyos: *Amigos de Dios* en 1977, que recoge 18 homilías predicadas entre 1941 y 1968; *Vía Crucis* publicado en 1981, que consta de breves comentarios a las catorce estaciones fruto de la oración de san Josemaría; *Surco* publicado en 1986, contiene puntos de meditación fruto de la oración personal y la experiencia de almas de san Josemaría; *Amar a la Iglesia* aparece en 1986, son tres homilías predicadas por san Josemaría sobre la Iglesia; y *Forja* publicado en 1987, que forma como una trilogía junto con *Camino* y *Surco*.

San Josemaría fue beatificado por san Juan Pablo II en Roma, el 17 de mayo de 1992 y, el mismo Papa lo canonizó el 6 de octubre de 2002, en la Plaza de San Pedro ante cerca de medio millón de personas procedentes de los cinco continentes.

PARTE A

LA DOCTRINA COMÚN SOBRE LA HUMILDAD QUE RECIBE SAN JOSEMARÍA

El objeto del presente estudio es profundizar en el examen teológico de la virtud de la humildad en la enseñanza de san Josemaría Escrivá de Balaguer, con un esquema que permita poner de relieve sus raíces en las fuentes de la Revelación, su continuidad con la doctrina tradicional cristiana y su aportación específica.

En esta parte A expondremos la doctrina sobre la humildad que era común en la época de san Josemaría. Comenzaremos con el estudio de la humildad en la Biblia (capítulo I) y después pasaremos a la humildad en la tradición (capítulo II).

En la parte B veremos, en primer lugar, la conexión entre la tradición descrita precedentemente y la enseñanza de san Josemaría (capítulo III). Para ello propondremos algunos textos de sus escritos y de su predicación en los que se advierte la presencia de esa tradición bíblica, doctrinal y espiritual acerca de la virtud de la humildad. Este estudio sobre la doctrina común que recibe san Josemaría nos permitirá discernir mejor lo específico de su enseñanza sobre esta virtud que presentaremos en el capítulo IV, que será el centro de esta tesis.

Capítulo I

La humildad en la Sagrada Escritura

A. OBSERVACIONES ACERCA DE LOS TÉRMINOS

Para entender el significado de la virtud de la humildad en la Escritura debemos partir de un reconocimiento filológico de los términos con los que los textos bíblicos designan esta virtud y de una comparación con el mundo próximo a Israel, en particular con la gran reflexión ética de la antigüedad clásica.

A.1. Los términos griegos en el Nuevo Testamento

En español¹ –como en las otras lenguas de origen latino– el término humildad deriva del latino *humilitas*, que manifiesta la idea de algo poco

¹ El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española en su 22ª edición define el término humildad como: «(Del lat. *Humilitas, atis*). 1. f. Virtud que consiste en el conocimiento de las propias limitaciones y debilidades y en obrar de acuerdo con este conocimiento. 2. f. Bajeza de nacimiento o de otra cualquier especie. 3. f. Sumisión, rendimiento».

elevado, cercano al *humus* (tierra). También el término “humilde” se suele emplear para designar algo pequeño o de condición social baja. En esto se acerca al significado principal de uno de los dos términos fundamentales con los que el griego del Nuevo Testamento indica la humildad: *tapeinós* y derivados². Junto a este grupo léxico se debe mencionar también el de *práys* (apacible)³. A estos dos grupos de vocablos hay que añadir los que son cercanos al campo de la pobreza, que también tienen matices próximos a la idea de humildad; señalemos en particular *ptōchos* y *penēs*⁴ y los términos de la misma raíz.

Todos estos términos han sido ampliamente estudiados en la investigación bíblica, ya sea en contribuciones de carácter más filológico o ya sea de teología bíblica. A los resultados de estas investigaciones nos referiremos en la síntesis que sigue⁵.

Tapeinós asume el sentido de bajo, mísero, insignificante, débil, y también humilde, entendido como cualidad intrínseca de un comportamiento religioso, que reconoce en la “debilidad” de Cristo-Hombre la manifestación paradójica de la potencia de Dios y del juicio divino sobre los poderosos y los soberbios, presentado en el Antiguo Testamento.

El campo semántico de *práys* aparece más próximo a la mansedumbre, con el matiz de dulzura, entendida como afabilidad de carácter⁶. Este concepto resulta cercano a la humildad cuando es entendido como “renuncia a la violencia” para imponerse a otro, o como “confianza que nace de la fe en el Señor”. El rasgo de la humildad, implícito en este campo

² Para la investigación sobre este término cfr. W. GRUNDMANN, *tapeinós*, en *GLNT*, XIII, c. 822-892.

³ Para el estudio exegético sobre *práys* cfr. F. HAUCK – S. SCHULZ, *práys*, *práytēs*, en *GLNT*, XI, c. 63-80.

⁴ Para el estudio sobre *ptōchos* cfr. F. HAUCK – E. BAMMEL, *ptōchos*, en *GLNT*, XI, c. 1211-1218; para *penēs* cfr. F. HAUCK, *penēs*, en *GLNT*, IX, c. 1453-1464.

⁵ Cfr., además de los estudios recién citados, P. ADNÈS, *Humilité*, en A. VILLER – M. DERVILLE (dir.), *DSp*, t. 7/1, Beauchesne, París 1969, c. 1136-1187; A. STOGÈR, *Umiltà*, en J.B. BAUER (dir.), *Dizionario di Teologia Biblica*, Morcelliana, Brescia 1965, pp. 1468-1478; P. SCALABRINI, *L'umiltà, custode di verità. Lineamenti di Teologia Biblica*, en P. SCALABRINI – P. SEQUERI – C. STERCAL, *L'umiltà*, Glossa, Milano 2003, pp. 7-15.

⁶ Cfr. Ef 4, 2 ss; Col 3, 12 ss; 2Tim 2, 25; Tt 3, 2.

semántico, contrasta con el ideal griego de virtud, a la que se asocia la idea de dominio. En el Nuevo Testamento, en particular, este término se carga de un valor cristológico, ya que indica ante todo la debilidad-mansedumbre del Cristo que sirve de norma-modelo de comportamiento para los creyentes.

A.2. El significado de los términos en la Antigüedad Clásica

El mundo griego y romano muestra una seria dificultad para entender y apreciar la virtud de la humildad. La antigüedad pagana conoció el ideal moral de la moderación, la afabilidad y la actitud ordenada e indulgente, lejana de todo desenfreno. Hay una humildad humana, que se alcanza realizando repetidamente actos humanos humildes; por esta razón se la denomina “adquirida”. Muchos paganos la conocieron y la practicaron. Pero según Beaudenom, más que con la verdadera humildad se identificaría con la modestia⁷.

En la obra *Paideia* de Werner Jaeger se estudia a fondo el desarrollo de la persona en la educación de los griegos y, significativamente, la palabra humildad no se pronuncia en momento alguno⁸.

Las afirmaciones sobre la humildad se sitúan sobre todo en un contexto de discursos del ámbito social y político. El vocablo griego *tapeinós*, y el paralelo latino *humilis*, tienen un significado originario de lugar e indica “estar situado en lo bajo”; es utilizado por aquellos que se encuentran en una posición socialmente alta para hablar de las personas que se hallan en una situación económica inferior. Estamos, por tanto, lejos del significado positivo y espiritual que asume prevalentemente el vocablo hebreo-cristiano.

El grupo de vocablos encabezados por *tapeinós* es también utilizado para indicar no sólo al inferior o al pobre, socialmente hablando, sino

⁷ Cfr. L. BEAUDENOM, *Formación en la humildad y, mediante ella, en las demás virtudes*, Subirana, Barcelona 1941, p. 15.

⁸ Cfr. W. JAEGER, *Paideia*, Fondo de Cultura Económica, México 1971, pp. 19 y ss..

también aquellas cualidades interiores, relativas al carácter, que inspiran sentimientos serviles, de temor y de adulación; un comportamiento ético siempre entendido en sentido despectivo⁹.

El verbo *tapeinophronēō* y el correspondiente adjetivo, y el sustantivo, poseen también un significado denigratorio: tener pensamientos bajos, y por tanto ser débil, pusilánime e ignorante. Aristóteles, por ejemplo, se burlaba del humilde, en cuanto que contrasta con el “hombre magnánimo” o de alma grande¹⁰.

Los antiguos reconocieron la maldad de la soberbia, y supieron ver en el conocimiento propio la clave de la sabiduría: “Conócete a ti mismo”, declaraba la máxima del templo de Apolo en Delfos. El origen de tal adagio parece remontarse a textos antiguos de Heráclito, Esquilo, Herodoto y Píndaro, y surge como una invitación a reconocerse mortal y no Dios y, por tanto, a ponerse en relación con los dioses a partir de esta conciencia. Será Sócrates quien decantará el “conócete a ti mismo” hacia la introspección psicológica y la reflexión moral¹¹.

Sólo raramente el término *tapeinós* adquiere una connotación positiva pero, más que humildad, viene a significar conformidad con las disposiciones legales. Platón, al exigir del hombre que se conformara a las leyes de la justicia¹² o al orden preexistente de la razón¹³, en cierto modo enseñaba la humildad. Algunos Padres griegos citaron los textos en este sentido, viendo en ellos una sabiduría religiosa penetrada de modestia y moderación –que Platón opone a la desmesura– que representa como un presentimiento de la humildad cristiana¹⁴.

⁹ Cfr. A. STÖGER, *Humildad*, en J. B. BAUER, *Diccionario de Teología Bíblica*, Herder, Barcelona 1967, c. 469.

¹⁰ Cfr. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, IV, 7, 1123b-1125a.

¹¹ Cfr. J.M. IRABURU - J. RIVERA, *Síntesis de Espiritualidad Católica*, Edibesa, Madrid 2003, p. 127.

¹² Cfr. PLATÓN, *Leggi*, IV, 715e-716b.

¹³ Cfr. PLATÓN, *Teeteto*, 191a.

¹⁴ Cfr. E. KACZYNSKI, *Umiltà*, en F. COMPAGNONI - G. PIANA - S. PRIVITERA (eds.), *Nuovo Dizionario di teologia morale*, Edizioni Paoline, Milano 1999, p. 1393.

Por ejemplo, Clemente de Alejandría, en el siglo III, defiende que se puede encontrar en las *Leyes* de Platón una cierta anticipación del versículo de san Lucas: «Quien se humilla será exaltado» (Lc 14, 11)¹⁵. También Orígenes, en una de sus homilías, muestra la convicción de que los antiguos sabios paganos conocieron la humildad, pero bajo otro nombre¹⁶. Sin embargo, san Agustín en el Comentario al Salmo 31, afirma:

«Esta agua de la confesión de los pecados, esta agua de la humillación del corazón, esta agua de la vida que se humilla, que no presume de nada de sí, que no atribuye nada por soberbia, a las propias fuerzas: esta agua no se encuentra en ningún libro de los extraños [al cristianismo]: no en los Epicúreos, no en los Estoicos, no en los Maniqueos, no en los Platónicos. Por todas partes se encuentran óptimos ejemplos de preceptos relativos a las costumbres, la disciplina, pero no se encuentra esta humildad. El camino de esta humildad deriva de otro lugar; viene de Cristo. Este camino deriva de él que, siendo sublime, se hizo humilde»¹⁷.

Como respuesta a la pregunta acerca de si la humildad es una virtud sólo para el cristianismo remitimos al juicio de Adnès, según el cual «en la moral antigua, quizá se daban elementos que habrían podido dar origen a un ideal de humildad. Sin embargo, este ideal no fue desarrollado y afirmado con claridad. La moral antigua no ha superado un cierto umbral. Se contentó con enseñar al hombre el sentido de la medida y de hacerle conocer sus límites»¹⁸.

¹⁵ «Platón, cuando enseña que esta semejanza [con Dios] vendrá en el hombre virtuoso junto con la humildad, interpreta, en cierto modo, estas palabras “Quien se humilla será exaltado”. (...) Es cierto que añade “Quien quiere ser feliz se adhiere a la justicia y la sigue, humilde y moderado” (PLATÓN, *Leyes IV*, 716^a)». (CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromatum II*, XXII, 132, 1.3: SC 38, p. 31).

¹⁶ «Si queréis conocer el nombre de esta virtud y saber cómo la llaman los filósofos, sabed que la humildad que Dios considera es aquella que ellos llaman *atuphía* (ausencia de orgullo) o *metriótēs* (modestia). Pero nosotros podemos definirla con una perífrasis: la condición de quien no se llena de orgullo, sino que, él mismo, se abaja» (ORÍGENES, *In Lucam homiliae VIII*, 5: PG 13, 1805).

¹⁷ SAN AGUSTÍN, *Comentario a los Salmos*, XXXI, II, 18, en *Obras Completas de San Agustín*, B. MARTÍN PÉREZ (ed.), BAC 255, Madrid 1966, p. 239.

¹⁸ P. ADNÈS, *Humilité, o.c.*, c. 1141-1142.

Quizá el espacio en que la humildad encuentra un cierto crédito en el mundo antiguo es el de la religión, donde aparece en la oración de petición. Ya en tiempos de Homero eran usuales expresiones como “con ayuda de la divinidad”, y en no pocos autores –Sócrates, Platón o Cleantes, por ejemplo– hallamos oraciones de súplica. La piedad griega tradicional continúa enseñando el sentimiento de dependencia, el reconocimiento de la necesidad de ayuda y del favor de la divinidad. Y aquí se insinúa la idea de humildad como actitud positiva¹⁹.

Pero la valoración del puesto de la humildad en la oración nos lleva a una constatación más importante: la crisis de la oración en el mundo antiguo. En el paganismo predominó una ética voluntarista, cerrada al don de Dios. Para Séneca el alma sólo «se debe a sí misma su propio resplandor»²⁰. Y según Epícteto, «el sabio no tiene nada que pedir a Dios»²¹. Por eso no es raro en el antropocentrismo griego el desprecio hacia la humildad, la cual frecuentemente es considerada como una pusilanimidad abyecta, que debe ser evitada en el pensamiento y en la acción²².

En el cristianismo la humildad implica también una correcta relación con los demás. En este ámbito, la distancia con la cultura griega es notable. Los antiguos exaltaron la disponibilidad a la generosidad, a la misericordia, que forma parte de la *megalopsychía* o grandeza de ánimo, pero ignoraron la importancia del *ágape* o amor desinteresado, que es el terreno de la humildad cristiana²³.

Distinto es el discurso sobre el significado de *práys* y los términos relacionados. Los clásicos griegos utilizan este término para indicar la idea

¹⁹ Cfr. P. SCALABRINI, *L'umiltà, custode di verità. Lineamenti di Teologia Biblica, o.c.*, pp. 12-13.

²⁰ SÉNECA, *Cartas a Lucilio*, IV, 41,6.

²¹ EPÍCTETO, *Conversaciones*, I, 6, 28-32; II, 16, 11-15

²² A esta visión regresará Nietzsche, para el cual la humildad es una inversión de valores producida por la tradición judeo-cristiana, en la que se hace mérito de la ignorancia y de la debilidad, y se consagran como virtudes la impotencia y la cobardía (cfr. F. NIETZSCHE, *La genealogía de la moral*, Tratado II, Alianza Editorial, Madrid 1996 y el análisis de M. HERRAIZ, *La humildad es andar en verdad*, en «Revista de Espiritualidad» 50 (1991), pp. 243-263).

²³ Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, Trillas, México 1999, p. 162.

de gentileza y de calma, opuesta a una naturaleza tosca y dura. La gentileza tiene un puesto de honor como virtud social para las relaciones humanas, aunque necesita ser compensada con la virtud de la fortaleza para no degenerar en debilidad. Aristóteles coloca la *praôtēs* entre las virtudes morales y la ve como el término medio entre la ira y la insensibilidad. Podemos adelantar que el concepto neotestamentario no radica en este uso del término sino que, pasando a través de la mediación de los LXX, recuperará no sólo la idea de mansedumbre y de dulzura, sino también la connotación de humildad que tanto desagrada a la cultura antigua²⁴.

Lo que le faltó a la moral antigua, para poder estimar la humildad, fue probablemente una correcta idea de la trascendencia divina y de la noción de creación. El hombre, en la antigüedad clásica, se concibe como inferior a los dioses y dependiente de ellos, pero no se juzga criatura suya; y, cuando admite serlo, niega la posibilidad de una relación con un Dios personal, con un Creador trascendente. En último término sólo de la fe en un Dios, trascendente y creador, puede nacer, en toda su plenitud, la humildad como virtud²⁵.

A.3. La aportación de los LXX al significado de los términos griegos

Para poder entender mejor el mensaje bíblico sobre la humildad conviene hacer referencia a la mediación de la lengua de los LXX. El vocabulario de esta enorme empresa cultural, que es la traducción de los LXX, crea un lenguaje nuevo, adecuado para expresar la novedad de la fe bíblica y para sugerirnos sus peculiares matices.

Al término *tapeinós* y derivados, que aparece hasta 270 veces, los LXX recurren para traducir toda una serie de vocablos hebreos. Esto hace que el término pueda asumir muchas connotaciones. Los términos hebreos correspondientes, cercanos a *tapeinós* y sus derivados, son sobre todo aquellos ligados a la raíz 'nh (ser abajado, doblado, humillado), špl (abajarse; estar en lo profundo), hnh (ser doblado; doblarse; inclinar), dk' o

²⁴ Cfr. P. SCALABRINI, *L'umiltà, custode di verità. Lineamenti di Teologia Biblica, o.c.*, pp. 12-13.

²⁵ Cfr. P. ADNÈS, *Humilité, o.c.*, c. 1141-1142.

dkh (golpear; pisar; oprimir; debilitar), y también *dl* y *dll* (ser pequeño, pobre, poco importante). Otras raíces, que comportan también la idea de humildad, no vienen traducidas con *tapeinós* y derivados; señalamos, por ejemplo, la raíz *sn'* (ser amable, modesto, humilde)²⁶.

Aún recurriendo con frecuencia a la raíz *'nh*, sólo cuatro veces encontramos el sustantivo correspondiente a la misma raíz, es decir, *ānāwāh* (humildad, o sea la actitud de quien se inclina²⁷); los términos más usados son, en cambio, *ānî* y *ānw*, que suelen ser traducidos por *ptôchós*, esto es "pobre". Sin embargo este vocablo es, en cierto sentido, intraducible en nuestras lenguas latinas porque –aún indicando al que no tiene propiedad inmobiliaria y por tanto está sometido a los demás y privado de defensa y derechos– en la Biblia tiene una connotación más precisa: el pobre es el que tiene como ayuda y defensa a Dios, y vive su pobreza en la fe, como abandono a la voluntad del Señor, como confianza inquebrantable en Él. Es una definición de pobreza que, no ignorando su dimensión social, está cargada de un valor teológico²⁸.

En síntesis, la aportación que el lenguaje de los LXX hace al término *tapeinós* está ligada a una diversa valoración de la condición de inferioridad de la persona humana. Si para el mundo griego la inferioridad es una vergüenza a evitar, en el mundo bíblico sirve para designar la correcta posición del hombre frente a Dios, el reconocimiento de su señorío, y en consecuencia también una relación correcta con sus semejantes²⁹.

²⁶ Cfr. W. GRUNDMANN, *tapeinós*, en *GLNT*, XIII; H. GIESEN, *tapeinós*, en H.R. BALZ - G. SCHNEIDER, *Dizionario Esegético del Nuovo Testamento*, II, Paideia, Brescia 1998.

²⁷ Cfr. Pr 15, 33; 18, 12; 22, 4; Sof 2, 3.

²⁸ Cfr. F. HAUCK - E. BAMME, *ptôchos*, en *GLNT*, XI, c. 1211-1218; W. GRUNDMANN, *tapeinós*, en *GLNT*, XIII, c. 836-837.

²⁹ P. SCALABRINI, *L'umiltà, custode di verità. Lineamenti di Teologia Biblica, o.c.*, pp. 12-13.

B. LA HUMILDAD EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

En el Antiguo Testamento el discurso sobre la humildad no procede inmediatamente de una perspectiva sociológica y política, como ocurre en la Grecia antigua. La óptica del discurso bíblico sobre la humildad es ante todo teológica. En la base está una fuerte convicción de fe: el Señor es el Dios del éxodo y se ha revelado como Aquel que ha mirado la humillación de Israel³⁰. Ciertamente el concepto de *tapeinósis* debe entenderse aquí en un contexto semántico socio-político, pero viene fácilmente traducido como una actitud interior, precisamente definida como humildad, cultivada en el corazón del mísero y del oprimido que pone su plena confianza no en sí mismo sino en el Señor.

En el Antiguo Testamento la humildad del hombre es sobre todo una actitud ante Dios. Se fundamenta en la conciencia de haber sido creado por Él y de que de Él depende su vida³¹.

La humildad basada en la condición de creaturas totalmente dependientes de Dios la conocemos en la Revelación a través de la historia del pueblo elegido. Israel comienza a aprender su condición humilde por el hecho de haber sido librado de la opresión, abatimiento y miseria de Egipto.

Un texto particularmente iluminador sobre el modo con que la Escritura se acerca al tema de la humildad es Dt 8. Quizá es el texto que mejor nos permite entender el sentido bíblico de la humildad como actitud radical de fe, antes incluso que como virtud que preserva de la tentación de la arrogancia, dando el sentido de la justa medida de uno mismo³².

³⁰ «En nuestra humillación (*tapeinós*) se acordó de nosotros, porque es eterna su misericordia» (Sal 136, 23). La raíz hebraica que aparece en este salmo es *špl*, tomada por los LXX como *tapeinósis*.

³¹ Dos pasajes del Génesis que reflejan, entre otros, esta conciencia del hombre frente a Dios, creado por Él y dependiente de Él en todo son: «Entonces el Señor, Dios, formó al hombre del polvo de la tierra, insufló en sus narices un aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser vivo» (Gen 2, 7); «Abraham contestó diciendo: Soy en verdad un atrevido al hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza» (Gen 18, 27).

³² Cfr. P. SCALABRINI, *L'umiltà, custode di verità. Lineamenti di Teologia Biblica, o.c.*, pp. 21-22.

En este sentido Dt 8³³ ha sido definido en la exégesis como el «sermón del ser humilde»³⁴. La argumentación del autor oscila entre una invitación a reconocer que los bienes de los que Israel vive en la tierra son dones gratuitos de Dios, y una exhortación a conservar en la memoria la lección del desierto, como antídoto a la arrogancia y la ingratitud.

La humildad libera el corazón para poder reconocer el don de Dios. Israel aprende que la humildad no significa una vida mezquina. Todo lo contrario, gracias a la humildad, entrará en la tierra en que por pusilanimidad y desconfianza no había querido entrar³⁵, y a la vez le indica el camino para vivir en la tierra sin incurrir en el pecado de orgullo que le llevará a la rebelión y a la pérdida de la tierra prometida, en el exilio.

En las líneas finales de este texto aparece una primera enseñanza del porqué de la humillación que, observa Lohfink, más bien «puede ser traducida como hacer sentir la propia condición de dependencia»³⁶. El texto deuteronomico precisa, en el v. 16, que este “hacer sentir la dependencia” tiene como finalidad hacer posible la felicidad; pero no una felicidad ilusoria que el pueblo creará experimentar en el bienestar de la tierra, sino una felicidad propia de la fe, que el salmista cantará en estos términos:

³³ En los versículos 2-3, 14-16 aparece clara la importancia de la humildad: «Acuérdate de todo el camino que Yahveh tu Dios te ha hecho andar durante estos cuarenta años en el desierto para humillarte, probarte y conocer lo que había en tu corazón: si ibas o no a guardar sus mandamientos. Te humilló, te hizo pasar hambre, te dio a comer el maná que ni tú ni tus padres habíais conocido, para mostrarte que no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Yahveh (...). Guárdate de olvidar a Yahveh tu Dios descuidando sus mandamientos, normas y preceptos que yo te prescribo hoy; no sea que cuando comas y quedes harto, cuando construyas hermosas casas y vivas en ellas, cuando se multipliquen tus vacadas y tus ovejas, cuando tengas plata y oro en abundancia y se acrecienten todos tus bienes, tu corazón se engría y olvides a Yahveh tu Dios que te sacó del país de Egipto, de la casa de servidumbre; que te ha conducido a través de ese desierto grande y terrible entre serpientes abrasadoras y escorpiones: que en lugar de sed, sin agua, hizo brotar para ti agua de la roca más dura; que te alimentó en el desierto con el maná, que no habían conocido tus padres, a fin de humillarte y ponerte a prueba para después hacerte feliz».

³⁴ Cfr. D. MCCARTHY, *Treaty and Covenant, A study in Form in the Ancient Oriental Documents and in the Old Testament*, PIB, Roma 1978, p. 163.

³⁵ Cfr. Dt 1, 28ss.

³⁶ N. LOHFINK, *Ascolta Israele*, Paideia, Brescia 1976, p. 84.

«Busca la felicidad en el Señor, y él llenará todos los deseos de tu corazón»³⁷.

Por no comportarse así, por no haber sido fiel a la Alianza con Dios, Israel experimentará la humildad en las derrotas, en el destierro, etc., que sufrirá. Pero siempre comprueba la omnipotencia de Yahweh que salva. «Por este motivo, los profetas exhortan continuamente al pueblo elegido a que mantenga una actitud humilde delante de Yahweh, de tal forma que su ira no se desencadene sobre Israel (cfr. Am 6, 8; Jr 13, 16; Is 49, 13; Mi 6, 8)»³⁸.

Ante esta experiencia el hombre se siente inclinado a dirigirse a Dios con un corazón contrito, con humildad manifestada en dependencia total y en docilidad confiada en la misericordia del Señor³⁹. Quien sufre y tiene confianza en Dios puede esperar su ayuda⁴⁰.

Las experiencias dolorosas, las pruebas de la historia, llevan al pueblo de Dios a no apreciar el poder y la riqueza, revelado como bien engañoso, sino el único refugio seguro que es el Señor. El camino para entrar en este refugio es sólo la humildad. Partiendo de la fe tradicional en el Dios del Éxodo, los profetas elaboraron una teología de los humildes del Señor o, mejor aún, de los “pobres del Señor”. Es evidente que la pobreza-humildad como condición social es vista como condición favorable para el desarrollo de la humildad (*ānāwah*)⁴¹.

³⁷ Sal 37, 4. Nótese como este salmo, que celebra la alegría del que confía en el Señor, relaciona directamente la experiencia del bien, llenar los deseos del corazón, con la mansedumbre, es decir, una actitud de humildad: «Los mansos, en cambio, poseerán la tierra y gozarán de una gran paz» (Sal 37, 11).

³⁸ M. BELDA, *Guiados por el Espíritu de Dios. Curso de Teología espiritual, o.c.*, p. 264.

³⁹ Cfr. Sal 25; 50; 106; 130; 131. Cfr. J. DOMÍNGUEZ SANABRIA, *Proceder con humildad. Sugerencias agustinianas*, en «Revista Agustiniana» 38 (1997), p. 198.

⁴⁰ Cfr. Job 5, 11; Is 66, 2.

⁴¹ Cfr. P. SCALABRINI, *L'umiltà, custode di verità. Lineamenti di Teologia Biblica, o.c.*, p. 17.

B.1. Los “pobres de Yahweh”

En el Antiguo Testamento, la pobreza está ya perfilada no sólo como situación económico-social, sino desde su valor religioso⁴²: es pobre quien se presenta ante Dios con actitud humilde, sin méritos personales, considerando su realidad de pecador, necesitado de Él. De ahí que, además de vivir con sobriedad y austeridad de vida real, efectiva, acepte y quiera tales condiciones, no como algo impuesto por necesidad, sino voluntariamente, con afecto⁴³.

Los que alaban a Dios y le suplican que los salve, experimentando el peso de su indignancia, se llaman a menudo “los pobres”. Estos son escuchados por Dios:

«Pues no desprecia ni desdeña la miseria del mísero, ni le oculta el rostro; cuando a Él clama lo escucha. Te alabaré ante la gran asamblea. Cumpliré mis votos delante de quienes le temen. Los pobres comerán hasta saciarse, alabarán al Señor los que le buscan»⁴⁴.

El término *anawim*, pobres de Yahweh, viene a significar la actitud de acoger los designios de Dios, de acudir a Él presentándole la propia indignancia, de confiar humildemente en Dios⁴⁵.

El concepto de humildad va ligado al de pobreza de espíritu. Los humildes son los pobres y atribulados que ponen su confianza en Dios que tiene, entre ellos, sus predilectos⁴⁶.

Ser pobre-humilde adquiere un sentido religioso a partir de Sofonías: los humildes buscan a Dios⁴⁷. La humildad permite confiar en que Dios

⁴² Cfr. Sof 2, 3 ss.

⁴³ Tal pobreza voluntaria será expresada después en san Mateo por la pobreza en el espíritu (cfr. Mt 5, 3). Sobre la relación entre pobreza de espíritu y humildad puede verse el comentario a esta bienaventuranza que hacemos en el apartado sucesivo.

⁴⁴ Sal 22, 25-27. Puede verse también esta relación entre alabanza y súplica de los pobres en los salmos 34, 7 y 69, 3.

⁴⁵ Cfr. A. GELIN, *Il Povero nella sacra scrittura*, Vita e Pensiero, Milano 1955, p. 27.

⁴⁶ «Porque no está tu fuerza en la muchedumbre, ni tu poder en los valientes; antes eres tú el Dios de los humildes, el amparo de los pequeños, el defensor de los débiles, refugio de los desamparados y salvador de los que no tienen esperanza» (Jdt 9, 11).

salvará a su pueblo. «Dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre. Y pondrán su esperanza en el Nombre del Señor»⁴⁸. Se abre así una puerta a la esperanza que reflejan otros pasajes de la Biblia: «¿Quién sabe si Dios se dolerá y se retraerá, y retornará del ardor de su ira, y no pereceremos nosotros?»⁴⁹.

Cuando la versión de los LXX traduce los *anawin* de los judíos por *práys*, *praytes* -por ejemplo en Zac 9, 9- disminuye el sentido social-pasivo del término hebreo, y acentúa el sentido helénico moral-activo, propio de la virtud de la humildad y de la mansedumbre, que por otra parte será el sentido predominante en el cristianismo⁵⁰.

La teología de los pobres-humildes del Señor encuentra después una expresión propia en los cantos del Siervo de Yahweh y en numerosos Salmos, en los cuales aparece el modelo del hombre religioso como persona humilde, que pone la propia confianza y esperanza no en los hombres sino sólo en Dios⁵¹. El salterio está lleno de estas oraciones de pobres-humildes del Señor, oraciones que transmiten un sentimiento de total dependencia de Dios, de necesidad de su socorro, de conocimiento de la propia impotencia⁵².

Y aquí aparece el modelo ideal del hombre religioso como una persona humilde, que pone su esperanza sólo en el Señor, reconociendo que Él es el único bien que puede saciar. Realmente, no habiendo perdido el concepto

⁴⁷ «Buscad al Señor todos los humildes de la tierra, que cumplisteis sus mandatos» (Sof 2, 3). La versión de la Biblia de Navarra que estamos utilizando traduce directamente, en el texto antes citado, *anawin* por humildes. Las traducciones modernas, de hecho, usan habitualmente la palabra "humildad" para traducir el término hebreo. Cfr. por ej.: «Cercate il Signore voi tutti, umili della terra, che eseguite i suoi ordini; cercate la giustizia, cercate l'umiltà...» (traducción CEI); «Seek the Lord, all you humble of the earth, who have observed his law; Seek justice, seek humility;...» (New American Bible); «Cherchez Yahvé, vous tous les humbles de la terre, qui accomplissez ses ordonnances. Cherchez la justice, cherchez l'humilité...» (La Bible de Jérusalem); etc. Cfr. P. SCIADINI, *Humildad*, en E. ANCILLI (dir.), *Diccionario Enciclopédico de Espiritualidad*, vol. 2, Herder, Barcelona 1998, p. 267.

⁴⁸ Sof 3, 12.

⁴⁹ Jon 3, 9

⁵⁰ Cfr. J.M. IRABURU - J. RIVERA, *Síntesis de Espiritualidad Católica*, o.c., p. 127.

⁵¹ Cfr. Sal 10, 17; 22, 27; 25, 9; 34, 3; 37, 11; 69, 33; 76, 10; 149, 4.

⁵² Cfr. J. DOMÍNGUEZ SANABRIA, *Proceder con humildad. Sugerencias agustinianas*, o.c., p. 198.

de humildad su connotación originaria de pobreza, ahora el sentido religioso es realmente dominante. La humildad no puede no enfrentarse con los proyectos de los hombres mentirosos e impíos, que a menudo coinciden con los ricos, los poderosos, los soberbios, que se ríen de la fe y de la confianza en Dios⁵³. En cualquier caso, como afirma el Salmo 69, la experiencia de la pobreza se mantiene como el crisol en el que el corazón humano aprende a reconocerse auténticamente y, por eso, buscar humildemente a Dios⁵⁴. Al contrario, la situación de prosperidad –sea como bienestar, sea como salud– puede convertirse paradójicamente no en una bendición, sino en un motivo de ceguera, la que lleva al salmista a constatar amargamente:

«El hombre en la opulencia no comprende, se asemeja a las bestias mudas. Así andan ellos, seguros de sí mismos, y llegan al final, contentos de su suerte»⁵⁵.

La pobreza-humildad, ajena a todo orgullo, como valor que busca para vivir una auténtica vida de fe, encontrará su realización en las características de la humildad atribuidas al mismo Mesías⁵⁶. Por eso, Is 11, 4 describe la figura del Mesías como aquel que hace justicia a los pequeños (*dallîm*) y pronuncia sentencias justas para los pobres (*anawîm*). Todavía más evidente es el retrato que traza Zacarías cuando profetiza su venida a Jerusalén:

«¡Exulta sin freno, hija de Sión, grita de alegría, hija de Jerusalén! He aquí que viene a ti tu rey: él es justo y victorioso, humilde (*ānî*) y montado en un asno, en un pollino, cría de asna...proclamará la paz a las naciones, su dominio irá de mar a mar y desde el Río hasta los confines de la tierra»⁵⁷.

Se anuncia un rey pobre, un rey que no gobierna con poder político y militar. Su naturaleza más íntima es la humildad, la mansedumbre ante

⁵³ Cfr. Sal 9, 10; 37; 119, 51.

⁵⁴ «Mirad, oh humildes, y alegraos. Que se alegre el corazón de vosotros que buscáis a Dios» (Sal 69, 33).

⁵⁵ Sal 49, 13-14.

⁵⁶ Cfr. J.M. IRABURU - J. RIVERA, *Síntesis de Espiritualidad Católica*, o.c., p. 127.

⁵⁷ Zc 9, 9-10.

Dios y ante los hombres. Esta esencia se manifiesta en que llega montado en un asno, la cabalgadura de los pobres⁵⁸.

La Escritura también alaba a los humildes haciendo continuas referencias a los castigos que recibirán los que no lo son: Dios exalta a los abatidos y abate a los que se exaltan⁵⁹. Dios “humilla” a los soberbios, derribándolos de sus altos puestos, para llamarlos a la conversión⁶⁰.

B.2. Humildad y penitencia

Podría resultar difícil comprender por qué no basta ser humilde, sino que hay que humillarse delante del Señor. La razón está inscrita en la condición actual propia del hombre, deriva de la conciencia de ser pecador y necesitado del perdón divino. Por esto varios textos bíblicos recomiendan el comportamiento definido como “humillarse delante del Señor”. Se trata de luchar contra la dureza de corazón causada por el pecado, que alimenta el orgullo y la presunción de autosuficiencia. Este es el motivo de por qué la penitencia y la humildad van juntas, como se ve en el texto del Levítico:

«Y esto os será un estatuto perpetuo: en el mes séptimo, a los diez días del mes, humillaréis vuestras almas y no haréis obra alguna, ni el nativo ni el forastero que reside entre vosotros; porque en este día se hará expiación por vosotros para que seáis limpios; seréis limpios de todos vuestros pecados delante del Señor. Os será día de reposo, de descanso solemne, para que humilléis vuestras almas; es estatuto perpetuo»⁶¹.

En estos versículos del Levítico humillarse a sí mismo es como la esencia de las solemnes celebraciones del *Yom Kippur*. El texto hebreo escribe exactamente “humillar la propia alma”.

Los ritos penitenciales tienen el sentido de humillarse a sí mismo delante de Dios porque el alma reconoce que se ha colocado, por el pecado,

⁵⁸ Cfr. J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret*, v. I, La Esfera de los Libros, Madrid 2008, p. 105.

⁵⁹ Cfr. 1Sam 2, 7; Sal 147, 6; Job 12, 29; Prov 3, 34.

⁶⁰ Cfr. 1Re 8, 35; Sal 90, 25; 107, 17; 119, 75.

⁶¹ Lv 16, 29-31.

en una posición que no le corresponde. La humillación de uno mismo es un acto de verdad y no una devaluación de la propia dignidad, es más, es el único camino para recuperar la propia autenticidad.

Cuando uno se humilla delante de Dios, Él se digna a mirar al humillado y así puede experimentar la misericordia divina⁶². Pero esta búsqueda de la humildad no es una astucia para conseguir la benevolencia divina; al contrario, cultivar el verdadero sentimiento de humildad, hace experimentar la cercanía de Dios, de aquel Dios que está junto a los abatidos⁶³.

Es evidente que los ritos penitenciales no bastan para conseguir las condiciones interiores de humildad, sino que deben acompañarse de la conversión moral. Es precisamente esto lo que viene indicado con aquel “humillar la propia alma”, esto es, instruir el propio corazón a desear bien, porque el alma podría buscar en otros lugares lo que cree capaz de saciarla, pero que después se revela ilusorio. En cambio Dios, precisamente por su trascendencia, se muestra cercano a quien es humilde de corazón:

«Así dice el Excelso y Sublime, el que mora por siempre y cuyo nombre es Santo: en lo excelso y lo sagrado yo moro, y estoy también con el humillado y abatido, para avivar el espíritu de los humildes y reanimar el corazón de los oprimidos»⁶⁴.

B.3. La humildad en los pensamientos sapienciales

Los libros sapienciales recogen abundantes enseñanzas sobre el significado de la humildad como virtud, y no tanto como condición social. Nos detendremos aquí sólo en una pequeña parte del pensamiento sapiencial que es libro del Eclesiástico.

Humildad y temor de Dios se reclaman mutuamente. El temor de Dios es, de hecho, una intensa y viva relación personal de amor con Dios⁶⁵,

⁶² Cfr. Est 8, 21; Jdt 4, 9; Sir 2, 17; 7, 17.

⁶³ Cfr. P. SCALABRINI, *L'umiltà, custode di verità. Lineamenti di Teologia Biblica, o.c.*, p. 14.

⁶⁴ Is 57, 15.

⁶⁵ Cfr. Si 1, 28; Si 32, 14-16.

señalada e invadida de humildad y sumisión a la soberana majestad de Dios⁶⁶ y de confianza en su bondad y misericordia⁶⁷.

En el capítulo 3 aparece una confrontación entre la humildad y el orgullo. Se nota, sobre todo, una equivalencia entre mansedumbre y humildad, ya que la mansedumbre renuncia a la arrogancia que ignora los propios límites. En este capítulo aparece claramente el sentido de actitud interior dado a *tapeinós* que el autor, a diferencia del mundo griego, aprecia como cualidad positiva. No puede ser entendido como pusilanimidad porque la referencia no es el trato entre personas humanas, sino el situarse el hombre frente a la trascendencia y a la gloria de Dios. Cuando por exigencias humanas hemos de ocuparnos de grandes cosas, de significativas misiones, o de notables responsabilidades, aún más precisamos de un comportamiento humilde.

«Cuánto más grande seas, hazte más humilde; así encontrarás gracia delante del Señor»⁶⁸.

El siguiente texto hebreo del Eclesiástico aparece aún más iluminante⁶⁹:

«Porque grande es la misericordia de Dios y a los humildes les revela sus secretos»⁷⁰.

Queda claro el sentido espiritual de la humildad, entendida como distante de toda arrogancia espiritual, como simplicidad interior que, paradójicamente, hace al hombre más cercano a los secretos trascendentes de Dios. Además, el sabio debe tener conciencia de un límite particular, el pecado, por el cual ha de buscar activamente humillarse delante de Dios. Por otra parte, debe también saber que reconocer humildemente el propio pecado es abrirse al perdón de Aquél que humilla y que enaltece⁷¹. En este sentido humildad y temor de Dios convergen y no son en absoluto

⁶⁶ Cfr. Si 3, 17-20.

⁶⁷ Cfr. Si 2, 6-14; 34, 13-17.

⁶⁸ Si 3, 18. Cfr. J. DOMÍNGUEZ SANABRIA, *Proceder con humildad. Sugerencias agustinianas, o.c.*, p. 193.

⁶⁹ La traducción de los LXX dice: «porque es grande la fuerza del Señor y es glorificado por los humildes».

⁷⁰ Si 3, 20.

⁷¹ Cfr. Si 7,11.

contrarios a la magnanimidad, virtud tan apreciada por los griegos, sino que permiten custodiar la verdad de que la persona humana depende de su Creador.

Después de haber expuesto las ventajas morales y religiosas de la humildad, el Eclesiástico pasa a presentar algunos argumentos contra su opuesto, identificado con la presunción intelectual (vv. 21-25) y con la ignorancia del orgulloso (vv. 26-28). El único antídoto a la soberbia es renovar la disponibilidad a escuchar, meditar y obedecer la Ley; y la conciencia clara de los propios límites.

Para el Eclesiástico hay una serie de actitudes que se deben evitar, en particular la impaciencia, la imprudencia, la presunción, la falta de confianza en la oración, la falta de medida en las relaciones sociales, la insinceridad. A todo esto el sabio debe replicar humillando profundamente su alma o, como dice el texto hebreo, la propia soberbia⁷².

El Eclesiástico da tanta importancia a la humildad que le dedica también otra parte en la cual es vista como exigencia de la verdad acerca de la relación del hombre con Dios, con los demás y con el mundo⁷³. Humildad y verdad contrastan con toda forma de exhibicionismo, de vanagloria que hace ocultar las propias miserias e incapacidades a los otros.

Especial atención merece la humildad necesaria para la oración. La oración del humilde penetra en el Cielo porque es verdadera y no hipócrita, porque no es teatral; el humilde no la eleva a Dios deseando una complacencia de los demás o de sí mismo, sino sólo buscando intensamente estar en la presencia del Altísimo. Por tanto hemos de suplicar a Dios muchas veces la virtud de la humildad, conscientes de que ser humilde en todo tiempo, circunstancia y ocasión, ante Dios y ante los demás, es un don de Dios que requiere su gracia y ayuda constante⁷⁴.

* * *

⁷² Cfr. G. BORGONOVO, *Siracide*, en AA.VV., *I libri di Dio. III: La Sapienza di Israele*, Arnoldo Mondadori Editore, Milano 2000, p. 478.

⁷³ Cfr. Si 10, 26-31.

⁷⁴ Cfr. Si 35, 17-18; cfr. también J. DOMÍNGUEZ SANABRIA, *Proceder con humildad. Sugerencias agustinianas, o.c.*, p. 198.

Como resumen de la enseñanza del Antiguo Testamento acerca de la virtud de la humildad, podríamos decir que el fundamento de la humildad que nos enseña es la Creación, que muestra la total dependencia de Dios tanto en el ser como en el obrar⁷⁵.

Esa dependencia no es más que el camino continuo y progresivo para llegar a la percepción de Dios como Padre. Esta percepción en Israel, está unida, más que a la acción creadora, a la intervención histórico-salvífica, a través de la cual entabla una especial relación con Dios.

«Al salvarlo de la esclavitud de Egipto Dios llama a Israel a entrar en una relación de alianza con él e incluso a considerarse su primogénito. De este modo, Dios demuestra que es su padre de manera singular. (...) En virtud de esta situación, Israel está obligado a cumplir una ley que lo distingue de los demás pueblos, a los que debe testimoniar la paternidad divina de la que goza de manera especial»⁷⁶.

Los textos que hemos estudiado reflejan que la humildad –ligada a la pobreza–, que se opone al orgullo, es la actitud espiritual básica para la rectitud de toda la vida moral⁷⁷. Actitud que pone en camino hacia la comprensión de la paternidad de Dios. Se entiende que toda la tradición espiritual sitúe la humildad como base y fundamento de todas las virtudes.

C. LA HUMILDAD EN EL NUEVO TESTAMENTO

En el Nuevo Testamento la naturaleza y el valor de la humildad se revelan plenamente. Ya en el umbral del mismo, Juan Bautista se inclina ante el que viene detrás de él y se declara indigno de desatar sus sandalias: «Conviene que él crezca y que yo disminuya»⁷⁸.

⁷⁵ Cfr. L. BOGLIOLO, *Umiltà*, en E. ANCILLI (dir.), *Dizionario di Spiritualità dei laici*, vol. 2, Edizioni OR, Milano 1981, p. 355.

⁷⁶ SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 13-I-1999, n. 4, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XXII, 1 (1999), pp. 44-45 (La traducción es nuestra).

⁷⁷ Cfr. A. GELIN, *Il Povero nella sacra scrittura*, o.c., p. 34.

⁷⁸ Cfr. Mt 3, 11; Jn 3, 30. Cfr. J.M. IRABURU - J. RIVERA, *Síntesis de Espiritualidad Católica*, o.c., p. 127.

En cuanto al vocabulario sólo añadiremos a lo escrito anteriormente, que el grupo de términos cercanos a *tapeinós* aparece 34 veces. La distribución en los diferentes libros es la siguiente: Mt 4; Lc 7; Hch 2; Rm 1; 2Co 4; Ef 1; Flp 4; Col 3; St 4; 1P 4. Este grupo de vocablos no aparece en Marcos, en ninguno de los escritos joánicos, ni en las cartas no mencionadas. Estos términos en Mateo y Lucas son utilizados en contextos escatológicos. En cuanto al grupo de vocablos cercanos a *práys* sólo remarcar que, en general, vienen sustituido por *tapeinós*⁷⁹.

C.1. La humildad de María

Los relatos evangélicos de la infancia de Jesús muestran un conjunto de personajes que son ejemplos del ideal bíblico de los “pobres del Señor”: los padres de Jesús, los pastores, Isabel y Zacarías, Simeón y Ana. Entre todos destaca de modo singular la figura de María, la cual, en el Cántico del Magníficat, celebra la mirada del Señor que se ha posado sobre su *tapeinosis* (Lc 1,48)⁸⁰.

En ese poema logra su culminación la espiritualidad de los pobres de Yahweh y el profetismo de la Antigua Alianza. María se nos manifiesta vacía de sí misma y poniendo toda su confianza en la misericordia del Padre. En el Magníficat, María se presenta como modelo para los que proclaman con ella que Dios “ensalza a los humildes” y, si es el caso, derriba a los potentados de sus tronos.

La humildad es la única virtud presentada en modo explícito en el Magníficat. La propia virtud aparece sustantivada en los humildes (*tapeinoi*) que Dios ensalza. Tanto María como estos pobres-humildes no

⁷⁹ Cfr. W. GRUNDMANN, *tapeinós*, en *GLNT*, XIII, c. 822-892; F. HAUCK – S. SCHULZ, *práys*, *práytês*, en *GLNT*, XI, c. 63-80.

⁸⁰ Cfr. T. OSANNA, *Il magnificat progetto di vita. Analisi etico strutturale di Lc 1, 46b-55*, Borla, Roma 1984, pp. 118-129.

son grandes por sí mismos, sino porque son objeto de la atención de Dios a través de su mirada⁸¹.

María encarna el ideal de los “humildes del Señor”, aquellos que, se confían totalmente a Él.

Después de Cristo, María es el ejemplo más perfecto de humildad. Ella es la “humilde esclava del Señor”. María retoma aquí cuanto ya había afirmado en la anunciación, manifestando su propia dedicación total al plan del Señor sobre ella. Servicio y humildad, por tanto, se entrelazan y muestran cómo la humildad está llamada a ser don de sí, a no reservar nada para sí, sino a entregar todo al Señor. Proclamándose esclava pretende reconocer el señorío de Dios, y también delinear su propio proyecto de vida, que es un humilde servicio⁸².

Se podría objetar que al celebrar la propia humildad, ésta se pierde. En realidad, María no celebra la propia humildad, sólo celebra la mirada de Dios; y es exclusivamente esta mirada de elección la que llena de alegría su espíritu. Aquel ensalzamiento de los humildes (*tapeinoi*), anunciado y prometido por los profetas, se realiza en la humildad (*tapeinosis*) de la Virgen María, que refleja fielmente la plenitud de humildad propia de Jesucristo.

C.2. La humildad en la vida y la enseñanza de Jesús

El Arcángel san Gabriel «entra en una casa de Nazaret, una ciudad desconocida para las Sagradas Escrituras; en una casa que seguramente hemos de imaginar muy humilde y muy sencilla. (...) Una joven mujer desconocida, una aldea olvidada, una casa particular anónima. El signo de

⁸¹ El verbo que utiliza san Lucas para “mirar” (*epiblépo*) es usado con frecuencia por los LXX para decir que Dios cuida a los pobres, a los humildes, de las miserias sea de un individuo que de una colectividad. María canta al renovarse la acción pascual de Dios que “miró y conoció” la opresión de Israel en Egipto. (cfr. E. BIANCHI, *Magnificat (Lc 1, 39-56); Benedictus (Lc 1, 67-80); Nunc dimittis (Lc 2, 22-38). Commento esegetico-spirituale*, Qiqajon, Magnano (VC) 1989, p. 37).

⁸² Cfr. J. DOMÍNGUEZ SANABRIA, *Proceder con humildad. Sugerencias agustinianas*, o.c., p. 194.

la Nueva Alianza es la humildad, lo escondido: el signo del grano de mostaza. El Hijo de Dios viene en la humildad. Ambas cosas van juntas: la profunda continuidad del obrar de Dios en la historia y la novedad del grano de mostaza oculto»⁸³.

Jesús es pobre y humilde, desde su nacimiento hasta su muerte en la Cruz. Todo el recorrido de su vida está marcado por esta virtud: nace en un lugar humilde, sufre el exilio en Egipto y vive ignorado en una aldea de Galilea. Los años de la llamada “vida oculta” enseñan especialmente la humildad de Cristo, al hacerse uno más entre los hombres participando de todos nuestros afanes. En esto consiste esencialmente la humildad del Hijo de Dios, en que habiéndose hecho hombre vivió de acuerdo con la condición de hombre, con las limitaciones y miserias de nuestra naturaleza en el estado actual⁸⁴. Incluso la entrada en Jerusalén a lomos de un borrico está marcada por el sello de la humildad. Muere desnudo y difamado y es enterrado en un sepulcro prestado⁸⁵.

Pero, aparte y además de estas circunstancias exteriores, interiormente Jesús es «suave y humilde de corazón (*prays kai tapeinos*)»⁸⁶. Siendo rico, se hizo pobre, para enriquecernos en su pobreza⁸⁷. No quiere ser servido sino servir⁸⁸, su mensaje va dirigido sobre todo a los pobres, a los últimos, a los más pequeños⁸⁹. Siendo divino, se hizo humano, y aceptó la humillación de la muerte, y muerte de cruz⁹⁰.

Como bien se ve en la primera y la tercera bienaventuranzas, según san Mateo⁹¹, Jesús ha indicado la humildad como una de las condiciones para entrar en el reino. Los estudios exegéticos han puesto de manifiesto que la bienaventuranza de los pobres de espíritu traza un ideal de la actitud ante Dios. Es la pobreza que el Antiguo Testamento perfila ya desde su valor

⁸³ J. RATZINGER, *La Infancia de Jesús*, Librería Planeta, Madrid 2012, p. 30.

⁸⁴ Cfr. Flp 2, 7-8.

⁸⁵ Cfr. J. DOMÍNGUEZ SANABRIA, *Proceder con humildad. Sugerencias agustinianas, o.c.*, p. 205.

⁸⁶ Cfr. Mt 11, 29.

⁸⁷ Cfr. 2Co 8, 9.

⁸⁸ Cfr. Mc 10, 45.

⁸⁹ Cfr. Mc 9, 42; Mc 10, 14; Mt 19, 30.

⁹⁰ Cfr. Flp 2, 6-11. Cfr. J.M. IRABURU - J. RIVERA, *Síntesis de Espiritualidad Católica, o.c.*, p. 127.

⁹¹ Cfr. Mt 5, 3-5.

religioso. En este sentido la pobreza declarada bienaventurada por Jesús es la actitud de dependencia de Dios y de sus dones y el rechazo de la autosuficiencia humana, actitud que en otros textos bíblicos viene definida como humildad⁹².

Afín a la primera bienaventuranza es la tercera. La mansedumbre entendida como no irritarse sin medida, evitar la ira indebida –hay una ira justa (cfr. Jn 2, 15-17)–, renunciar a cualquier forma de agresión injusta, es cercana a la idea de humildad, ya que ésta incluye la renuncia a toda arrogancia. Estas bienaventuranzas no están reservadas a una categoría social, sino a todos los que se hacen “pequeños” por el Reino de los Cielos⁹³.

En definitiva, la condición para acceder al reino es la fe y la humildad. De esta humildad Jesús mismo se ha presentado como modelo:

«Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas»⁹⁴.

“Aprended de mí” es una invitación a convertirse en su discípulo, se trata de seguir a Jesús, “manso y humilde de corazón” como lo hacen los pequeños, los niños.

Otro texto de Mateo habla explícitamente de la humildad, es el inicio del discurso de Mt 18 con la temática de los niños:

«En verdad os digo: si no os convertís y os hacéis como los niños no entraréis en el Reino de los Cielos. Pues todo el que se humille como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos»⁹⁵.

El “niño” puede ser entendido aquí como aquel que en el estatus social de la época no cuenta nada, como los pobres del Antiguo Testamento. El adulto está satisfecho de lo que es, y no quiere volver a la condición humilde del débil, a la no-importante situación del pequeño⁹⁶.

⁹² Cfr. *Sagrada Biblia*, Eunsa, Pamplona 1997-2004, vol. 5, p. 87.

⁹³ Cfr. P. SCALABRINI, *L'umiltà, custode di verità. Lineamenti di Teologia Biblica, o.c.*, p. 39

⁹⁴ Mt 11, 29.

⁹⁵ Mt 18, 3-4. Es un texto que se puede leer en paralelo con el de Mc 9, 33-37 y el de Lc 9, 46-48.

⁹⁶ Cfr. P. SCALABRINI, *L'umiltà, custode di verità. Lineamenti di Teologia Biblica, o.c.*, p. 47.

Efectivamente, ser niño consiste en esa sencillez última que abre nuestra vida a la voluntad de Jesús. Se podría decir que nuestra voluntad tiene que ser la voluntad del Hijo. Ser hijo significa existir en una relación. Comporta abandonar la propia autonomía que se encierra en sí misma⁹⁷.

Estas palabras de Jesús, que estamos comentando, han ido precedidas de una pregunta de sus discípulos: «¿Quién piensas que es el mayor en el Reino de los Cielos?»⁹⁸. El Maestro responde con un gesto que parece una paradoja: «...llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo...»⁹⁹. El fin era que los apóstoles no se atribuyesen a sí mismos el honor que se les había dado, ya que habían recibido ese honor, no por sus méritos, sino por los de su Maestro.

Es continua la enseñanza de Jesús acerca de la humildad, al predicar y con su propia vida. Con su ejemplo, el Señor, enseña que no sólo hay que ser humildes ante Dios, sino también en la relación con los hombres. Algunos textos del Evangelio resultan particularmente significativos a propósito de la exigencia de la humildad como estilo personal, que se plasma, también, en las relaciones con los demás¹⁰⁰. Nos detendremos en los versículos con que se abre el capítulo 23 de Mateo.

La naturaleza de la humildad, que se reconoce por el juicio divino que ensalza y humilla, viene descrita sobre todo por los comportamientos opuestos, objeto de las críticas de Jesús a los fariseos y a los escribas. Encontramos tres duras reprobaciones debidas a la hipocresía: la primera es la falta de atención a los demás, a sus dificultades y su dignidad (vv. 2-4); la segunda sobre la exhibición de uno mismo (v. 5) y la tercera respecto a la actitud interior que lleva a amar y desear los puestos de honor. El objetivo último de esta denuncia no es sólo la falsedad en las relaciones sociales a que lleva la hipocresía, sino algo mucho más importante, pues de esta forma no se puede tener una auténtica relación con Dios, a la que lleva

⁹⁷ Cfr. J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret*, vol. 1, o.c., p. 397.

⁹⁸ Mt 18, 1.

⁹⁹ Mt 18, 2.

¹⁰⁰ Cfr. Mt 18,5; Mt 23, 1-12; Jn 13, 14-17.

la humildad, porque la representación prevalece sobre la escucha y la obediencia¹⁰¹.

Estos versículos encuentran su síntesis en los dos últimos:

«El mayor entre vosotros sea vuestro servidor. El que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado»¹⁰².

La misma conclusión de Mt 23, 12 aparece en Lc 18, 14, al final de la parábola del fariseo y el publicano. Esta parábola es un texto particularmente instructivo sobre la humildad. La diferencia fundamental entre los dos hombres es que el fariseo estaba persuadido de ser justo; no deja que el juicio lo haga Dios, el cual queda reducido a un espectador y contable de sus méritos. Su oración es falsa porque está cerrada sobre sí mismo. Un segundo aspecto de la falta de humildad del fariseo sería respecto a la relación con los demás: su “yo” le permite emitir un juicio sobre el publicano y despreciarlo.

En el polo opuesto está el publicano. Éste reconoce humildemente su indignidad y se arrepiente sinceramente; se considera un pecador y confía sólo en la misericordia divina. Su oración es auténtica y descubre las verdaderas disposiciones que hay que tener ante Dios¹⁰³.

El publicano baja justificado, el fariseo no (v. 14). La humildad que lleva a la justificación por parte del Señor consiste en no buscar confirmaciones de la propia bondad, porque esta actitud comporta cerrarse sobre uno mismo. En el caso del publicano es Dios quien lo declara justificado, la humildad consiste en no pretender tener las manos llenas, sino en fiarlo todo a Dios; no exigir ser escuchado sino escuchar.

La otra ocasión en que aparece la misma conclusión de Mt 23, 12 y de Lc 18, 14 es en Lc 14, 11. En esta ocasión podríamos definir la enseñanza de Jesús como la humildad y el verdadero honor. Jesús propone algunas consideraciones sobre el puesto que se debe tomar en la mesa al ser invitado. Quiere que los cristianos sepan estar libres de la búsqueda del

¹⁰¹ Cfr. G. ANGELINI, *Le virtù e la fede*, Glossa, Milano 1994, p. 321.

¹⁰² Mt 23, 11-12.

¹⁰³ Cfr. *Sagrada Biblia, o.c.*, vol. 5, p. 507.

reconocimiento de los demás o del temor de no ser suficientemente valorados.

Evidentemente Jesús no está proponiendo, como un estrategia, tener ocultos los propios talentos a la espera de que vengan reconocidos y puestos a la luz de todo el mundo. La verdad de la propuesta radica en una gran certeza: la categoría de la persona depende de su valor delante de Dios, no de la opinión de los demás.

Para apreciar plenamente esta parábola hay que relacionarla con la siguiente, la de los invitados a las bodas¹⁰⁴, donde Jesús exhorta a llamar a la propia mesa a personas pobres e insignificantes, que no aumentarán el propio prestigio, ni podrán devolver en el futuro lo que han recibido. Esta es la lógica del Reino, que pide al discípulo no buscar exclusiva o prioritariamente las relaciones que refuerzan a uno mismo, el prestigio, la propia capacidad; sino descubrir la dimensión de lo gratuito, darse a quien tiene necesidad.

Precisamente esta actitud de servicio desinteresado nos lleva a comentar la enseñanza de otra parábola que podríamos resumir como “humildad en el servicio”, y que termina: «somos unos siervos inútiles; no hemos hecho más que lo que teníamos que hacer»¹⁰⁵.

Es claro que Jesús ni recomienda el trato abusivo del amo ni lo aprueba. Tampoco quiere decir que la relación de la humanidad con Dios sea de tipo servil. Enseña sobre todo a no sentirse indispensable pero, a la vez, a no renunciar a la propia responsabilidad de modo indolente, renuncia que puede ser confundida con la humildad. Reconocerse “simplemente siervo”, lleva al discípulo a saber que la casa es de Otro y que es colaborador de Dios. La humildad conoce como recompensa el don inigualable de poder gastar la propia vida al servicio del Señor.

¹⁰⁴ Lc 14, 12-14.

¹⁰⁵ Cfr. Lc 17, 7-10.

C.3. Otros textos sobre la humildad en la predicación apostólica

La *tapeinóphrōsýnē*, entendida como humildad y valoración modesta de uno mismo, aparece una vez en los Hechos de los Apóstoles¹⁰⁶ y seis veces en las cartas de san Pablo, mientras el adjetivo *tapeinóphrōn* aparece sólo una vez en 1P 3, 8¹⁰⁷.

San Pablo ve la obra de Cristo como “humillación”. La humildad de Dios en Cristo consiste en haberse encarnado en la bajeza del hombre, sin haber abdicado de su divinidad ni destruido la humanidad¹⁰⁸. En otro momento expresa la obra de Cristo con dos categorías veterotestamentarias de la doctrina de la humildad: pobreza y humildad: «Siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros seáis ricos en su pobreza»¹⁰⁹.

El himno cristológico de Filipenses muestra toda la consistencia del pensamiento paulino sobre la humildad, la cual no puede ser reducida a un sentimiento, sino que es un aspecto de la identificación con Cristo que, para san Pablo, es la esencia de la vida cristiana.

Este es uno de los textos más antiguos del Nuevo Testamento sobre la divinidad de Cristo; quizá era un himno utilizado por los primeros cristianos que san Pablo retoma¹¹⁰. En él se canta la humillación y la exaltación de Cristo. El Apóstol teniendo presente la divinidad de Cristo, centra su atención en la muerte de cruz como ejemplo supremo de humildad y obediencia.

La existencia de Cristo se desarrolla sustancialmente en dos movimientos: uno de anonadamiento y otro de exaltación.

¹⁰⁶ Cfr. Hch 20, 18. San Pablo, hablando sobre el modo en que se ha desarrollado su ministerio, lo define como un servicio al Señor con “toda humildad”. Aquí el significado es el de un servicio desinteresado, sin pretender mandar, lleno de bondad y comprensión.

¹⁰⁷ Cfr. W. GRUNDMAN, *tapeinós*, in *GLNT*, XIII, c. 822-892; F. HAUCK – S. SCHULZ, *praj̄s*, *praj̄tēs*, en *GLNT*, XI, c. 63-80.

¹⁰⁸ Cfr. Flp 2, 8.

¹⁰⁹ 2Co 8, 9. Cfr. A. STÖGER, *Humildad*, o.c., c. 473.

¹¹⁰ Cfr. *Sagrada Biblia*, o.c., vol. 5, p. 162.

El movimiento descendente parte de la condición divina de Jesús, y pasa por un anonadamiento, que es en primer lugar hacerse hombre. Pero además, la condición humana asumida por Jesús viene calificada como “forma de siervo”. San Pablo identifica en la humildad y en la obediencia el modo en que Jesús ha elegido vivir, como Hijo del hombre que no ha venido para ser servido sino para servir: «se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (v. 8). La muerte es la cumbre de esta anonadamiento y de esta obediencia. En ella la identificación con la condición humana se hace completa. De este modo, en la humilde obediencia de Jesús, el hombre es capaz de obedecer a Dios, de hacer aquello que Adán no había hecho, cuando había buscado ser igual a Dios.

El movimiento ascendente ilumina a su vez las promesas neotestamentarias de exaltación a los humildes: también en esto se da la identificación con Cristo. En este movimiento el Padre proclama Señor al Hijo, haciendo que todos reconozcan que en él se ha cumplido el plan de salvación (v. 11)¹¹¹.

Comentando este himno, Benedicto XVI escribe: «El ascenso a Dios se produce precisamente en el descenso del servicio humilde, en el descenso del amor, que es la esencia de Dios y, por eso, la verdadera fuerza purificadora que capacita al hombre para percibir y ver a Dios. (...) Dios desciende hasta la muerte en la cruz. Y precisamente así se revela en su verdadero carácter divino. El ascenso a Dios se produce cuando se le acompaña en ese descenso»¹¹².

La virtud de la humildad recorre todos los escritos paulinos. San Pablo mismo vive en humildad. Se siente indigno de ser llamado apóstol¹¹³, se ve el último de los apóstoles¹¹⁴. Sirve al Señor con toda humildad, como un esclavo¹¹⁵. Sus cualidades y éxitos los atribuye únicamente a Dios¹¹⁶, a su

¹¹¹ Cfr. P. SCALABRINI, *L'umiltà, custode di verità. Lineamenti di Teologia Biblica, o.c.*, pp. 48-49.

¹¹² J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret*, vol. 1, o.c., pp. 124-125.

¹¹³ Cfr. 1Co 15, 8ss.

¹¹⁴ Cfr. Ef 3, 8.

¹¹⁵ Cfr. Hch 20, 19; 2Co 6, 4.

¹¹⁶ Cfr. 2Co 3, 5.

gracia¹¹⁷, a su fuerza¹¹⁸. De su flaqueza saca la esperanza de que Dios lo fortalecerá¹¹⁹.

La doctrina paulina sobre la justificación quita al hombre toda ocasión de alardear de sus propias obras y de su fama. La justificación es obra de la gracia y no de propio merecimiento, a fin que nadie pueda gloriarse en sus obras¹²⁰. Dios escoge precisamente lo débil, lo que no tiene valor ante el mundo, para levantarlo, y así no pueda gloriarse el hombre, sino que sea Dios glorificado¹²¹. Dios levanta a los humildes¹²². La humildad se funda en la verdad y en la justicia: la verdad nos proporciona el conocimiento cabal de nosotros mismos -nada bueno tenemos, sino lo que hemos recibido de Dios-; y la justicia nos exige dar a Dios todo el honor y la gloria que exclusivamente a Él le pertenece¹²³.

Enseña que los cristianos han de ser humildes también con los hombres. Han de vivir para los demás, para el servicio del cuerpo de Cristo¹²⁴; no han de buscar el propio interés sino el provecho de los hermanos¹²⁵; no han de aspirar a la vanagloria, sino mirar con humildad que otros estén sobre ellos: no buscar la propia ventaja sino mirar el bien de los otros¹²⁶. La humildad es la disposición del espíritu del que tiene en más a los otros que a sí mismo y hace esto no para levantarse de esta manera sobre ellos, sino porque reconoce con sincera modestia lo que Dios ha concedido a otro y no a él. Sólo cabe una postura del cristiano humilde ante la vida: « ¿Qué tienes que

¹¹⁷ Cfr. 1Co 15, 20.

¹¹⁸ Cfr. Flp 4, 13.

¹¹⁹ 2Co 12, 10; 1Co 3, 5ss; Ef 2, 8; 2Tim 4, 17.

¹²⁰ Cfr. Rm 3, 27.

¹²¹ Cfr. 1Co 1, 26-31.

¹²² Cfr. 2Co 7, 6.

¹²³ Cfr. 1Tim 1, 17. Cfr. A. ROYO MARÍN, *Teología de la Perfección Cristiana*, BAC 114, Madrid 1985, n. 355.

¹²⁴ Cfr. Ef 4, 11-16.

¹²⁵ Cfr. Rm 12, 2 ss. Cfr. también J.M. IRABURU - J. RIVERA, *Síntesis de Espiritualidad Católica*, o.c., p. 128.

¹²⁶ Cfr. Flp 2, 3.

no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?»¹²⁷.

Un texto decisivo para entender el alcance de la *tapeinóphrōsýnē* es Flp 2, 1-5:

«...No actuéis por rivalidad ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada uno a los demás como superiores, buscando no el propio interés, sino el de los demás».

Estos versículos delimitan el comportamiento fundamental de los cristianos en cuanto se refiere a la humildad. La humildad considera a los demás superiores a uno mismo. El humilde no tiene en el corazón sus propios intereses, sino los de los otros. La humildad cristiana tiene su fundamento en la autohumillación de Cristo¹²⁸.

La humildad es de capital importancia cuando está amenazada la unidad de la Iglesia, pues la unidad exige un modo humilde de obrar y sentir, la renuncia a lo que pide la ambición. Unidad, caridad y humildad se intercambian y se entrelazan. En los catálogos de virtudes¹²⁹, la humildad es presupuesto de la caridad¹³⁰.

La humildad en las epístolas católicas tiene dos referencias: Dios y los hermanos¹³¹. Es, en la enseñanza apostólica, una modalidad de la caridad fraterna¹³². El cristiano debe ser humilde como su maestro, debe seguirle, y, porque se somete a él, encuentra gracia y benevolencia ante el Señor¹³³.

La humildad es fundamento de la santidad, nos ayuda a evitar los obstáculos que impiden la actitud de constante conversión y santificación.

¹²⁷ 1Co 4, 7. Cfr. J. DOMÍNGUEZ SANABRIA, *Proceder con humildad. Sugerencias agustinianas, o.c.*, p. 202.

¹²⁸ Cfr. H. GIESEN, *tapeinós, o.c.*, c. 1566-1567.

¹²⁹ Cfr. Col 3, 12; Ef 4, 2; 1P 3, 8; 5, 5.

¹³⁰ Cfr. A. STÖGER, *Humildad, o.c.*, c. 474.

¹³¹ Cfr. E. KACZYNSKI, *Umiltà, o.c.*, p. 1393.

¹³² Cfr. J.M. IRABURU - J. RIVERA, *Síntesis de Espiritualidad Católica, o.c.*, p. 128.

¹³³ Cfr. St 4, 6-10; 1P 5, 5-6.

A este propósito, san Pedro y Santiago escriben: «Dios resiste a los soberbios, y a los humildes da la gracia»¹³⁴.

Santiago enseña que todo lo que tenemos es gracia, don de Dios¹³⁵. Y los apóstoles, partiendo de esta profunda humildad personal, que no es sino experiencia de la gracia divina, no se cansan de exhortar a la humildad a los fieles: «Humillaos en la presencia del Señor y el os exaltará»¹³⁶, «humillaos, por eso, bajo la mano poderosa de Dios, para que a su tiempo os exalte. Descargar sobre Él todas vuestras preocupaciones porque Él cuida de vosotros»¹³⁷. Es la humildad hecha disponibilidad ante Dios y ante los demás, acompañada de la confianza de quien se sabe siempre en manos de Dios¹³⁸.

Aunque en san Juan no se halla ninguna palabra del grupo *tapeinós*, se da la idea. Jesús no busca su gloria sino la de su Padre¹³⁹. La entrega de la vida se manifiesta como servicio humilde a los hombres («habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (...) y empezó a lavarles los pies a los discípulos») ¹⁴⁰. Este bajo servicio de esclavo es necesario para entrar en comunión con Cristo y tener parte en su gloria¹⁴¹. El hombre que presume de sí y se aferra a su propio sentir no puede comprender este proceder de Jesús. La humildad de Jesús abre a los discípulos la posibilidad de la humildad de unos con otros, y la exige de ellos. El tener parte con Él por su servicio de humildad ha de realizarse en el servicio de humildad prestado a los otros¹⁴². En san Juan, amor, obediencia y humildad se unifican y, como la muerte, son considerados como glorificación¹⁴³.

¹³⁴ Cfr. 1P 5, 5; St 4, 6. Cfr. J. DOMÍNGUEZ SANABRIA, *Proceder con humildad. Sugerencias agustinianas, o.c.*, p. 187.

¹³⁵ Cfr. St 1, 17.

¹³⁶ St 4, 10.

¹³⁷ 1P 5, 6-7.

¹³⁸ Cfr. J. DOMÍNGUEZ SANABRIA, *Proceder con humildad. Sugerencias agustinianas, o.c.*, p. 185.

¹³⁹ Cfr. Jn 8, 50ss.

¹⁴⁰ Cfr. Jn 13, 1-20.

¹⁴¹ Cfr. Jn 13, 8.

¹⁴² Cfr. Jn 13, 12ss.

¹⁴³ Cfr. A. STÖGER, *Humildad, o.c.*, c. 474-476.

* * *

En conclusión, podemos decir que, en el Nuevo Testamento, la humildad posee las connotaciones de una virtud moral, si bien para perfilarla más habrá que esperar al pensamiento de los Padres y de los santos y teólogos.

En todas las enseñanzas evangélicas se presenta la humildad como la actitud fundamental cristiana, por la que se abre el corazón a la gracia de Dios.

La humildad de Jesús, modelo para sus discípulos, la conocemos tanto a través de sus palabras, como de su vida. Es expresión sublime del espíritu de servicio, amando a los discípulos hasta lavarles los pies. Se presenta a sí mismo como «manso y humilde de corazón». Su sumisión obediente a la voluntad del Padre es fruto de su amor, que se manifiesta en la renuncia a la gloria humana, que sin embargo le corresponde; es la humildad del que ha venido a servir y no a ser servido, complaciendo al Padre hasta la muerte.

La humildad de María, como la de Jesús, no proviene de la conciencia del pecado o de la humana debilidad, sino de la conciencia de que todo proviene de Dios. La humildad de los discípulos de Jesús tiene dos direcciones complementarias: Dios y los demás. El cristiano debe ser humilde como su maestro, debe seguirle y vivir, así, como hijo de Dios.

En el Antiguo Testamento la paternidad divina se fue revelando mediante la percepción de la total dependencia de Dios, a través de su intervención histórico-salvífica. En el Nuevo, la revelación de la paternidad divina, se ha completado en el Hijo, «que se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo». Siguiendo a san Juan Pablo II diremos que «desde que Jesús vino al mundo, la búsqueda del rostro de Dios Padre ha asumido una dimensión aún más significativa. En su enseñanza, Jesús, fundándose en su propia experiencia de Hijo, confirmó la concepción de Dios como Padre, ya esbozada en el Antiguo Testamento; más aún, la destacó constantemente,

viviéndola de modo íntimo e inefable y proponiéndola como programa de vida para quien quiera obtener la salvación»¹⁴⁴.

Diversos exégetas ponen en relación las referencias de Jesús a “los pequeños” y a “los niños”, con la espiritualidad de “los pobres de Yahweh”, tal y como se había desarrollado en los últimos tiempos del período veterotestamentario, es decir, la actitud espiritual de quien se reconoce pequeño y necesitado de todo ante Dios. En todo caso es claro que Jesús alaba la sencillez y la sinceridad del niño, su inocencia, su apertura hacia sus padres a quienes reconoce como fuente de cuanto recibe, y presenta esas cualidades como disposiciones de ánimo imprescindibles para recibir la palabra de Dios y entrar en el Reino de los cielos¹⁴⁵.

¹⁴⁴ SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general, 13-I-1999*, n. 4, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XXII, 1 (1999), pp. 44-45 (La traducción es nuestra).

¹⁴⁵ Cfr. J.L. ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual, o.c.*, p. 215.

Capítulo II

La humildad en la tradición espiritual

En este capítulo trataremos de resumir las enseñanzas sobre la humildad que transmiten algunos santos considerados maestros de vida espiritual, ilustrándolas con textos significativos¹.

El objetivo no es reconstruir una historia de las enseñanzas acerca de la virtud de la humildad en la espiritualidad cristiana, ni presentar íntegramente el pensamiento de los maestros de vida espiritual sobre esta virtud. Nos proponemos destacar algunas ideas más frecuentes e importantes de la reflexión cristiana sobre la humildad, que han llegado a constituir un patrimonio común, una “tradición espiritual”, acerca de esta virtud. Patrimonio que se va enriqueciendo a lo largo del tiempo gracias a la luz que aporta la meditación de la Sagrada Escritura y la correspondencia de cada uno a las inspiraciones interiores del Paráclito,

¹ Exposiciones sintéticas sobre el tema se pueden encontrar en: P. ADNÈS, *Humilité, o.c.*, c. 1134-1187; P. SCALABRINI – P. SEQUERI – C. STERCAL, *L'umiltà*, Glossa, Milano 2003; P. SCIADINI, *Humildad, o.c.*, pp. 267-270; D. MONGILLO, *Umiltà*, en E. DE FIORES (ed.), *Nuovo Dizionario di spiritualità*, Edizioni Paoline, Milano 1985, pp. 1610-1620; J.M. IRABURU - J. RIVERA, *Síntesis de Espiritualidad Católica, o.c.*; J. DOMÍNGUEZ SANABRIA, *Proceder con humildad. Sugerencias agustinianas, o.c.*

que les impulsa a poner en práctica la humildad, de modos diversos. En general se puede conjeturar que este patrimonio es el que reciben los cristianos del siglo XX y, por tanto, san Josemaría. No obstante, en el capítulo siguiente, veremos algunos motivos específicos que parecen corroborar esta hipótesis general, en el caso de san Josemaría. Después, en el último capítulo de la tesis, procuraremos individualizar sus aportaciones a ese patrimonio o tradición espiritual.

En general no es posible documentar que san Josemaría se haya inspirado en un autor o en otro, pero sí se puede señalar que una determinada idea, presente en la tradición, se encuentra también en su predicación. Por eso, ordenaremos la primera parte de este capítulo por ideas comunes, no por autores. En cambio, dedicaremos la segunda parte a los principales autores espirituales del Siglo de Oro español, porque san Josemaría tenía gran familiaridad con sus escritos y se refiere con cierta frecuencia a ellos².

A. ALGUNAS IDEAS FRECUENTES EN LA REFLEXIÓN SOBRE LA HUMILDAD

En este apartado presentamos la doctrina de los diversos autores estudiados ordenada por temas que se repiten en la mayoría de los maestros de vida espiritual y nos permiten ofrecer un esquema de lo que entiende por humildad la tradición espiritual.

A.1. La importancia de la humildad

Es indudable que la humildad ha ocupado un puesto de gran relieve en la tradición cristiana. Son muchos los textos que podríamos citar para

² Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría*, Rialp, Madrid 2002, p. 94; R. HERRANDO, *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925)*, Rialp, Madrid 2002, p. 124; P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid 2002, p. 225.

justificar esta afirmación³. Guiados por la revelación, los Padres de la Iglesia, los maestros espirituales, los teólogos, después de las virtudes teologales, fundamentan la vida moral en la humildad⁴.

Ya en las obras de los Padres Apostólicos se manifiesta la novedad del ideal que supone la humildad en el Evangelio respecto a los ideales paganos⁵. Se presenta como una virtud, y una virtud importante en las cartas de san Ignacio de Antioquía⁶ y en la Carta de Clemente a los Corintios⁷. En estos escritos se nota una transformación del término *tapeinosis* que –como ya hemos estudiado– en el mundo pagano, evocaba algo despreciable⁸. También en la Epístola a Bernabé el término tiene un significado positivo⁹. Así mismo, el Pastor de Hermas describe la humildad como una virtud en la que se reconoce si una persona tiene el Espíritu de Dios¹⁰.

³ De la humildad se ocupan todos los tratados de Teología Espiritual, por ejemplo, M. BELDA, *Guiados por el Espíritu de Dios. Curso de Teología espiritual, o.c.*, pp. 263-279; R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Las tres edades de la vida interior*, Palabra, Madrid 2007; J.L. ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual, o.c.*, pp. 418-423; A. TANQUEREY, *Compendio di Teologia ascetica e mistica*, Desclée, Roma-Parigi 1928, pp. 692-714; etc.

⁴ Cfr. P. SCIADINI, *Humildad, o.c.*, p. 2580.

⁵ Cfr. P. ADNÈS, *Humilité, o.c.*, c. 1152-1153.

⁶ «Orad sin cesar por los otros hombres, porque hay en ellos esperanza de arrepentirse, para que lleguen a Dios. Permitidles, pues, al menos por vuestras obras, ser vuestros discípulos. Frente a sus iras, vosotros sed mansos; a sus jactancias, vosotros sed humildes; a sus blasfemias, vosotros mostrad vuestras oraciones; a sus errores, vosotros sed "firmes en la fe; a su fiereza, vosotros sed apacibles, sin buscar imitarlos» (SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, 1ª Carta a los Efesios, n. 10, en *Fuentes Patristicas 1*, J.J. AYÁN CALVO (dir.), Ciudad Nueva, Madrid 1999, p. 85).

⁷ «Seamos, pues, humildes, hermanos, deponiendo toda jactancia, ostentación, insensatez y arrebatos de ira, y cumplamos lo que está escrito». (SAN CLEMENTE ROMANO, Carta a los Corintios, nn. 13-14, en *Fuentes Patristicas 4*, J.J. AYÁN CALVO (dir.), Ciudad Nueva, Madrid 1999, p. 89). El texto es el inicio de la exhortación a la humildad presente en la carta.

⁸ Cfr. I. LANA, *La cristianizzazione di alcuni termini retorici nella Lettera ai Corinti di Clemente*, Forma Futuri, Torino 1975, pp. 110-118.

⁹ «No te exaltarás a ti mismo, sino que serás humilde en todo. No te arrojarás a ti mismo la gloria. No tomarás mal consejo contra tu prójimo. No consentirás a tu alma la temeridad» (*Epístola a Bernabé*, XIX, 3, en *Padres Apostólicos y apologistas griegos (s. II)*, D. RUIZ BUENO (ed.), BAC 629, Madrid 2009, p. 613).

¹⁰ «Escucha –me dice– lo referente a ambos profetas. Tal como te diga, probarás al profeta y al falso profeta. Examina por su vida al hombre que tenga el espíritu divino. En primer

Más tarde, Orígenes explica que el orgullo es el principal de los pecados y fue la causa de nuestra caída; por esto concluye que la humildad es la principal virtud¹¹. San Basilio destaca, igual que Orígenes, que la humildad hace al hombre volver al estado original del que fue apartado por el pecado, condiciona todo el desarrollo de la vida espiritual¹², y la define como “omnivirtuosa” porque contiene en potencia todas las virtudes¹³. Para san Ambrosio de Milán la humildad es comienzo y meta de la vida espiritual. Esta virtud hace percibir al hombre su condición de pecador y, por tanto, abre el camino para la conversión y la penitencia impidiéndole confiar sólo en sus propias fuerzas¹⁴.

San Juan Crisóstomo define la humildad como la madre, raíz y fundamento de todas las virtudes¹⁵. Se puede decir que la humildad está presente en toda su obra¹⁶, donde aparece como una virtud que preserva de toda complacencia en uno mismo y que hace que se acepte la condición de criatura.

San Agustín es el Padre que más insiste en la primacía de esta virtud¹⁷. Escribe en una de sus cartas:

«No busques otro camino (...) sino el establecido por Dios (...): primero la humildad; segundo la humildad, y tercero, la humildad. Y no porque no existan otros preceptos que puedan decirse, sino

lugar, el que tiene el espíritu divino, el de arriba, es manso, tranquilo, humilde, apartado de toda maldad y del deseo vano de este mundo; se hace el más pequeño de todos los hombres» (*El Pastor de Hermas*, n.11, en *Fuentes Patristicas 6*, J.J. AYÁN CALVO (dir.), Ciudad Nueva, Madrid 1995, p. 165).

¹¹ Cfr. ORÍGENES, *In Leviticum*, 9,2 (PG 13, 734).

¹² Cfr. C. SORSOLI, *Basilio Magno*, en E. ANCILLI (dir.), *Diccionario de espiritualidad*, vol. 1, Herder, Barcelona 1983, p. 209.

¹³ Cfr. SAN BASILIO, *De renuntiatione seculi*, 9 (PG 31, 645).

¹⁴ Cfr. M. BELDA, *Guiados por el Espíritu de Dios. Curso de Teología espiritual, o.c.*, p. 268.

¹⁵ «Todas las oraciones, ayunos, obras de misericordia, la castidad, y por último, las virtudes todas, perecerán algún día si no van fundadas sobre la humildad; porque así como la soberbia es la fuente de todos los vicios, la humildad es el manantial de todas las virtudes» (cfr. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matthaem homiliae*, 15: PG 57, 228).

¹⁶ Cfr. I. RAMELLI, *Umiltà nei Padri*, en A. DI BERNARDINO (dir.), *Nuovo Dizionario patristico e di antichità cristiane*, t. 3, Marietti, Genova-Milano 2006-2010, c. 5502.

¹⁷ Cfr. D. REDDY, *Humildad*, en A. FITZGERALD (dir.), *Diccionario de San Agustín*, Monte Carmelo, Burgos 2001, p. 654.

porque si a todo cuanto hacemos bien no precede la humildad, acompaña la humildad y le sigue la humildad para moderarnos, la soberbia nos arrebatará de las manos cualquier obra cuya ejecución nos alegraba»¹⁸.

Con razón el mismo san Agustín decía que la humildad resume toda la vida cristiana¹⁹.

Para él la humildad no es sólo el principio de la conversión sino también el camino y la cúspide, el fundamento del edificio espiritual. Poniendo en relación la fe y la humildad, califica ambas virtudes con el término «fundamento»²⁰.

En los *Instituta coenobiorum*²¹ de Juan Casiano, la importancia de la humildad se presenta porque es la virtud que permite luchar contra el más grave y peligroso de los vicios: la soberbia. Esta última, de hecho, es tan peligrosa que sólo Dios, y no un ángel y ni siquiera el conjunto de las virtudes, puede vencerla. Dios, «creador y médico del mundo», hace que lo que cae por culpa de la soberbia, venga alzado de nuevo por la humildad²².

La humildad es, por tanto, el “instrumento” elegido por Dios para la lucha más profunda y radical de la vida cristiana, aquella que se tiene

¹⁸ SAN AGUSTÍN, *Epístola 118, 3, 22*, en *Obras Completas de San Agustín*, L. CILLERUELO (ed.), BAC 69, Madrid 1986, p. 867.

¹⁹ Cfr. J. DOMÍNGUEZ SANABRIA, *Proceder con humildad. Sugerencias agustinianas, o.c.*, p. 187.

²⁰ «¿Quieres ser grande? Comienza por lo ínfimo. ¿Piensas construir una gran fábrica en altura? piensa primero en el cimiento de la humildad. Y cuanto mayor mole pretende alguien imponer al edificio, cuanto más elevado sea el edificio, tanto más profundo cava el cimiento. Cuando la fábrica se construye, sube a lo alto; pero quien cava fundamentos se hunde en la zanja. Luego la fábrica se humilla antes de elevarse y después de la humillación se remonta hasta el remate» (SAN AGUSTÍN, *Sermones, 69,2*, en *Obras Completas de San Agustín*, L. CILLERUELO (ed.), BAC 441, Madrid 1983, p. 294). «Nunca encontré tanta fe en Israel (Mt 8, 10). ¿Qué significa tanta? Tan grande. ¿De dónde procede esa grandeza? De la pequeñez, es decir, lo grande procede de la humildad» (*ibid.*, 77,12, p. 410).

²¹ Compuesto entre el 420 y el 424. Los *Instituta* contribuyeron a enriquecer los intercambios entre el monaquismo oriental y el occidental y se convirtieron muy pronto en una fuente para los siglos sucesivos.

²² «Ideoque universitatis Creator et medicus Deus, causam principiumque morborum superbiam esse cognoscens, contrariis sanare contraria procuravit, ut ea scilicet quae per superbiam corruerant, per humilitatem resurgerent» (JUAN CASIANO, *Instituta coenobiorum XII, 8, 1*: SC 109, 456).

contra la soberbia. En este sentido, afirma que sólo gracias a la humildad es posible alcanzar la perfección²³.

En las *Collationes*, Casiano formulará de modo todavía más preciso y sintético su enseñanza sobre la humildad:

«La humildad es maestra de todas las virtudes, es el firmísimo fundamento del edificio celeste, es el don propio y magnífico del Salvador»²⁴.

Afirmación que parece ser retomada, al final del siglo siguiente, por san Gregorio Magno en *Moralia in Job*:

«La humildad es maestra y madre de todas las virtudes»²⁵.

Los dos autores, por tanto, eligen sintetizar la función fundamental de la humildad con el sustantivo «maestra». El término parece privilegiar la función de introducción y de enseñanza que la humildad desempeña respecto a la vida cristiana y al ejercicio de todas las demás virtudes.

San Gregorio Magno añade el término «madre», término que también utiliza para la caridad: «madre y guardiana de todas las virtudes»²⁶. La caridad acompaña las virtudes para conseguir su fin. La humildad, en cambio, les enseña y las guía como una buena «maestra». Dos funciones no en competencia, sino complementarias, ya que especifican un aspecto del papel “materno” que las dos virtudes ejercitan respecto a todas las demás²⁷.

La ascesis monástica oriental y occidental ve la humildad como la auténtica medida del progreso espiritual. San Benito hace propia y completa la enseñanza de Casiano en *Instituta*. Sin embargo, para

²³ «Evidenter itaque non posse quem quam perfectionis finem ac puritatis attingere, nisi per humilitatem veram» (JUAN CASIANO, *Instituta coenobiorum* XII, 23: SC 109, 484).

²⁴ «Omnium magistra virtutum, caelestis aedificii firmissimum fundamentum, dono proprium atque magnificum salvatoris» (JUAN CASIANO, *Collationes*, XV, 7: SC 54, 217).

²⁵ «Magistra est omnium materque virtutum» (SAN GREGORIO MAGNO, *Moralia in Job* XXIII, 13,24: PL 75, 162).

²⁶ «Mater est omnium custosque virtutum» (SAN GREGORIO MAGNO, *Regula pastoralis* III, 9: PL 77, 296).

²⁷ Cfr. C. STERCAL, *L'umiltà: "la più delicata delle virtù cristiane"*, o.c., p. 72. Conviene recordar, a este propósito, que en la tradición cristiana se afirma, con frecuencia, que las virtudes constituyen un conjunto unitario y orgánico.

comprender el método monástico de la humildad hay que tener presente que san Benito, junto con toda la tradición ascética, considera esta virtud «como un sumario de la vida espiritual...de modo que en su desarrollo comprende todas las demás. No considera la humildad como una virtud especial que se vincula con la templanza, sino como la actitud del alma ante Dios, en que se resumen los diversos sentimientos que nos deben animar como criaturas y como hijos adoptivos»²⁸.

Esta enseñanza de san Benito es acogida por san Bernardo en el *De gradibus humilitatis* donde viene propuesta como virtud fundamental, presupuesto de todas las demás. Para san Bernardo el primer paso, el inicio necesario para restaurar la semejanza con Dios perdida por el pecado, es la virtud de la humildad²⁹.

La importancia de la humildad impregna toda la enseñanza ascética medieval sobre esta virtud. Siguiendo con las imágenes anteriores, santa Catalina de Siena la llama «ama y nodriza», para ilustrar que la humildad es fundamento de todas las virtudes³⁰.

Finalmente tenemos la aceptación de la enumeración benedictina en la *Summa*. Sin embargo, más que grados, deberíamos ver en ella una descripción de los distintos aspectos de la humildad. No se trata de una progresión paulatina para alcanzar la perfecta humildad sino, más bien, de la conquista, por medio de la práctica de la humildad, de todas las dimensiones de nuestra personalidad³¹.

²⁸ C. MARMION, *Cristo ideale del monaco*, Piemme, Padua 2000, p. 214-215.

²⁹ «El primer plato es, pues, el de la humildad» (SAN BERNARDO DE CLARAVALL, *De los grados de la humildad y de la soberbia*, c. 5, 1, en *Obras Completas de San Bernardo*, I, MONJES CISTERCIENSES DE ESPAÑA (eds.), BAC 444, Madrid 1983, p. 539).

³⁰ «Ninguna virtud puede tener vida en sí, si no procede de la caridad. La humildad es su ama y nodriza. Por el conocimiento de ti misma te humillarás al ver que de por ti no eres, y conocerás que tu ser viene de mí, que os he amado antes de que existieseis» (SANTA CATALINA DE SIENA, *El Diálogo*, n. 4, en *Obras de Santa Catalina de Siena. El Diálogo*, J. SALVADOR-CONDE (ed.), BAC 415, Madrid 1996, p. 60).

³¹ Cfr. M.A. FUENTES, *Tres ensayos sobre la humildad*, Ediciones del Verbo Encarnado, Argentina 2010, pp. 19-20.

Santo Tomás en la *Summa Theologiae* coloca la humildad como una virtud anexa a la templanza, y subordinada a la modestia³². Se convierte, así, en el primer autor cristiano que relaciona la humildad con la templanza y, en general, con cualquier virtud concreta, en el sentido de considerarla como parte de otra virtud³³.

Al hacer esto puede dar la impresión de que concede a la humildad menos importancia de la que realmente le corresponde. De hecho, siguiendo a santo Tomás, muchos manuales de teología moral consideraron la humildad como parte de la virtud de la templanza, y, ciertamente, le concedieron poca relevancia, también en cuanto al espacio que le dedicaron³⁴.

La excelencia, nobleza o importancia de la humildad, para santo Tomás, lo muestra el hecho de que resume de alguna manera toda la ley. Lo afirma de modo explícito en esta cita de rico contenido:

«Toda la ley nueva consiste en dos cosas: la mansedumbre y la humildad. Por la mansedumbre el hombre se ordena respecto al prójimo... Por la humildad se ordena respecto a Dios y respecto a sí mismo»³⁵.

Para santo Tomás, siguiendo a san Pablo, la virtud más importante es la caridad³⁶, sin embargo la humildad desarrolla un papel determinante en cuanto dispone a los bienes espirituales y divinos:

«Cristo nos ha recomendado, de modo particular, la humildad, porque sobre todo gracias a ella se remueve el obstáculo para la

³² Cfr. *S. Th.*, II-II, q. 161, a. 4, co..

³³ Cfr. S. CARLSON, *The Virtue of Humility*, Studium Generale S. Thomae Aquinatis, Dubuque (Iowa) 1952, p. 100.

³⁴ J. BERMÚDEZ, *La virtud de la humildad en las obras de Santo Tomás*, Tesis doctoral presentada en la Universidad de Navarra, Pamplona 2002, c. 1, p. 2.

³⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Super evangelium Matthaei*, Cap. XI, Lect. III, en R. CAI (ed.), Maretti, Torino 1951, n. 970: «Tota enim lex nova consistit in duobus: in mansuetudine et humilitate. Per mansuetudine homo ordinatur ad proximum... Per humilitatem ordinatur ad se, et ad Deum».

³⁶ Cfr. *S. Th.*, II-II, q. 184, a. 1.

salvación del hombre. (...) Por ello el Señor (...) nos ha enseñado con su ejemplo de humildad»³⁷.

La humildad para santo Tomás, no constituye el fin de la vida cristiana –como, por otra parte, tampoco para el resto de autores de la tradición cristiana–, pero permite eliminar los obstáculos que retardan o impiden la salvación. Una perspectiva según la cual la humildad, aun no siendo la virtud más elevada, es fundamental. Desarrolla la función que, santo Tomás define *per modum removentis*: la humildad ocupa el primer puesto del edificio espiritual si se la considera en su capacidad de remover la soberbia. Desde el punto de vista, en cambio, de la capacidad de acercarse a Dios, el primer puesto lo ocupa la fe:

«Así como el conjunto ordenado de las virtudes se compara con un edificio por la semejanza que guarda con él, así también lo que es primero en la adquisición de las virtudes se compara con los cimientos, que son lo primero que se echa en un edificio. Ahora bien: las verdaderas virtudes son infundidas por Dios, por lo cual puede considerarse de dos modos la razón de principio en las virtudes. En primer lugar, como algo que aparta los obstáculos, y en ese sentido la humildad ocupa el lugar principal en cuanto que elimina la soberbia, a la cual resiste Dios, y hace al hombre obediente y siempre sumiso para recibir el influjo de la gracia divina eliminando la hinchazón de la soberbia, pues en St 4,6 se dice que *Dios resiste a los soberbios y da la gracia a los humildes*. En este sentido se dice que la humildad es el cimiento del edificio espiritual. Puede decirse que, en las virtudes, algo es el fundamento directamente de otro modo, a saber: por el acercamiento a Dios. Ahora bien: el primer acercamiento a Dios se produce por la fe, conforme a lo que se dice en Heb 11,6: *Es preciso que quien se acerca a Dios crea*. Bajo este aspecto, se considera cimiento a la fe de un modo más excelente que la humildad»³⁸.

Para concluir esta época de la historia, podríamos decir que una síntesis de toda la mentalidad espiritual medieval está en el libro de la *Imitación de Cristo*, que preanuncia ya la espiritualidad moderna. Es una de las obras de la devoción cristiana más conocida y los autores espirituales le

³⁷ Cfr. *ibid.*, II-II, q. 184, a. 4.

³⁸ *Ibid.*, II-II, q. 161, a. 5, ad 2.

han dado gran relieve. Este libro se abre con la llamada a la humildad; y se alude a ella de continuo como el tema preferido (I; II, caps. 2, 9, 12; III, caps. 3, 4, 7, 8, 13,14, etc.; IV, caps. 15,18)³⁹, lo que nos hace comprender su importancia central. Bogliolo afirma que la *Imitación de Cristo* tiene en la humildad su piedra clave⁴⁰. «Es la virtud eminente sobre la que sus frases vuelven sin cesar»⁴¹.

Ya en la edad moderna, san Francisco de Sales enseña que el fin de todos es común, la perfección, como también es común el principal enemigo: el amor propio. A todos recomienda ejercitarse en las virtudes sin olvidar nunca que tienen valor por el amor que las informa. Insiste por ello en las virtudes que están en relación más directa con la caridad: ante todo, la humildad, que liberando al alma del amor propio, la hace disponible al amor de Dios⁴².

En resumen, el papel central de las virtudes cristianas es otorgado a la caridad, pero la humildad desempeña un papel determinante. No constituye el fin de la vida cristiana para la tradición espiritual, pero permite eliminar los obstáculos para conseguir la santidad.

A.2. Cristo, modelo de humildad

Los grandes autores de la tradición espiritual tienen la clara conciencia de que el fundamento más convincente de la grandeza de la humildad es el mismo Cristo, su doctrina y su vida. Para subrayar la constante presencia de esta convicción la documentaremos con la enseñanza de algunos maestros de épocas diversas.

En el tratado de san Agustín *De sancta virginitate*, la afirmación aparece con la fuerza de un silogismo:

³⁹ Cfr. P. SCIADINI, *Humildad*, o.c., p. 269.

⁴⁰ Cfr. L. BOGLIOLO, *Umiltà*, o.c., p. 358.

⁴¹ H. DANIEL-ROPS, *Préface a "L'Imitation de Notre Seigneur Jésus-Christ"*, Librairie Arthème Fayard, París 1961, p. 13.

⁴² Cfr. P. SERUET, *Francisco de Sales*, en E. ANCILLI (dir.), *Diccionario enciclopédico de espiritualidad*, vol. II, Herder, Barcelona 1998, pp. 148-149.

«La humildad debe ser custodiada por todos los cristianos, ya que se llaman cristianos por Cristo, cuyo Evangelio ninguno lo estudia atentamente sin encontrarle como maestro de humildad»⁴³.

El Obispo de Hipona indica a san Pablo como la fuente de su propio aprecio por la humildad⁴⁴. La meditación de Filipenses 2 le llevó a comprender que un verdadero discípulo de Cristo ha de caminar por la senda de la humildad. Esta meditación le condujo a una “segunda conversión” porque le hizo considerar la importancia central de la humildad en la vida de Cristo y en la de sus discípulos⁴⁵. En efecto, señala que esta virtud se aprende de Cristo, doctor y maestro de humildad, en particular de la Encarnación y la Pasión⁴⁶.

Hay una expresión característica de san Agustín, «Dios humilde», que emplea para resaltar que el Dios omnisciente y omnipotente se ha hecho humilde en Cristo. Este concepto ha sido luego muy repetido en la historia de la espiritualidad⁴⁷.

Enseña san Agustín que, para poder vivir las virtudes, es necesario que seamos conscientes de que Cristo, nuestro modelo, se ha hecho hombre de verdad, en todas las dimensiones de la humanidad:

«El hecho de que Cristo se entregue al sueño, se nutra de alimentos y experimente todas las afecciones humanas, persuade a los hombres de que es hombre y de que no aniquiló sino que asumió a ese hombre»⁴⁸.

Para san Agustín la humildad de Cristo tiene un papel corrector y un papel mediador. Corrector porque es la respuesta de Dios al hombre

⁴³ SAN AGUSTÍN, *De Sancta Virginitate*, XXXIII, 33, en *Obras Completas de San Agustín*, L. CILLERUELO-R. FLÓREZ (eds.), BAC 121, Madrid 1954, p. 189.

⁴⁴ Cfr. P. ADNÈS, *Humilité*, o.c., c. 1150.

⁴⁵ Cfr. D. REDDY, *Humildad*, o.c., pp. 654-655.

⁴⁶ Cfr. SAN AGUSTÍN, *Comentario a los Salmos*, o.c., 93, 15, pp. 455-466.

⁴⁷ Cfr. D. REDDY, *Humildad*, o.c., p. 655.

⁴⁸ SAN AGUSTÍN, *Cartas*, 137,3, en *Obras Completas de San Agustín*, L. CILLERUELO-R. FLÓREZ (eds.), BAC 99, Madrid 1987, p. 110.

orgullosa incapaz de volver a Él⁴⁹; y mediador porque al unir su divinidad con nuestra humanidad se hizo semejante a nosotros⁵⁰.

En su predicación recorre frecuentemente distintas etapas de la vida del Señor como modelo de humildad⁵¹, y la culminación de esa senda es la Cruz. Agarrarse al leño de la Cruz es, ante todo, caminar por el camino de la humillación escogido por Dios, y el fin de la senda es la Gloria⁵².

También en el medioevo la convicción de que Cristo es el modelo de la humildad es clara. San Bernardo de Claraval precisa, en su *De gradibus humilitatis et superbiae*, que el camino de la humildad es Cristo mismo. En el Evangelio, Jesús se propone con claridad como *exemplum humilitatis*⁵³.

Santa Catalina de Siena enseña que el camino para aprender la humildad es «la humildad de Dios»⁵⁴. En Jesucristo, Dios hecho hombre, encontramos «el manantial de la humildad»⁵⁵:

«¡Oh, cuán grande sería la ignorancia, miseria y dificultad para el corazón si no se humillase viendo a la suma y eterna grandeza tan baja como lo está nuestra humanidad! ¿No veis a Cristo pobre, humillado en un pesebre, entre dos animales, rehusada toda pompa y gloria humana?»⁵⁶.

También en los siglos sucesivos es constante la afirmación de que el modelo de la humildad es Cristo. Basta recordar a san Ignacio de Loyola que, en los *Ejercicios Espirituales*, escribe que la forma más perfecta de humildad es la imitación y la identificación con Cristo, eligiendo ser lo que

⁴⁹ «Como tú no podías ir a Él, Él vino a ti. Él vino para enseñarnos humildad, a fin de que por ese camino regresemos a la vida» (IDEM, *Sermones*, o.c., 142, 2, p. 286).

⁵⁰ «Se manifestó como Mediador entre Dios y los hombres, de tal modo que unió ambas naturalezas en la unidad de una sola Persona, y elevó lo común hasta las alturas de la nada común e hizo descender la nada común hasta el lugar de lo común» (IDEM, *Cartas*, o.c., 137, 10, p. 111).

⁵¹ Cfr. IDEM, *Comentario a los Salmos*, o.c., 12,5, p. 979.

⁵² Cfr. D. REDDY, *Humildad*, o.c., p. 658.

⁵³ Cfr. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *De los grados de la humildad y de la soberbia*, o.c., I,3, p. 175.

⁵⁴ Cfr. SANTA CATALINA DE SIENA, *Cartas*, 95, en J. SALVADOR Y CONDE (ed.), *Epistolario de Santa Catalina de Siena*, Editorial San Esteban, Salamanca 1982, p. 471.

⁵⁵ Cfr. *ibid.*, 112, 152, pp. 515-518.

⁵⁶ *Ibid.*, n. 152, p. 615.

Él ha sido y ser considerado lo que Él ha sido considerado: «vano y loco, que primero fue tenido por tal, que por sabio y prudente en este mundo»⁵⁷.

A.3. La humildad lleva a tomar conciencia de la grandeza de los bienes recibidos de Dios

Si se considerase la humildad como la conciencia del propio pecado sería difícil atribuirla a Cristo. Tanto la Escritura como la tradición cristiana presentan la humildad como una “virtud” de Cristo, por tanto hemos de buscar otra comprensión. La línea en la cual los grandes maestros cristianos nos invitan a interpretarla es considerarla como la virtud que introduce y acompaña la conciencia de que la entera existencia es un don. En definitiva, el don de la comunión personal con Dios. En este sentido puede ser, al mismo tiempo, virtud de Cristo y del cristiano⁵⁸.

Así, por ejemplo, Orígenes enseña que la humildad es fundamento de nuestra grandeza, porque el hombre humilde se hace receptor de los dones divinos⁵⁹.

También, san Agustín en *De sancta virginitate* presenta la humildad como condición para recibir y hacer crecer los grandes dones de Dios⁶⁰. Por esto, no es casualidad que precisamente en la obra en que san Agustín habla de la virginidad –presentándola como uno de los más grandes bienes de la vida cristiana– sea en la que trata con mayor amplitud de la humildad, como él mismo observa:

«Pero alguno podría decir: aquí no escribe sobre la virginidad, sino sobre la humildad (...) Y es que, en los santos de Dios, la continencia perfecta, y sobre todo la virginidad, es el mayor bien, por eso se debe

⁵⁷ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, n. 167, en *Obras Completas*, M. RUIZ JURADO (ed.), BAC 86, Madrid 1963, pp. 191-192.

⁵⁸ Cfr. C. STERCAL, *L'umiltà: "la più delicata delle virtù cristiane"*, o.c., p. 82.

⁵⁹ Cfr. P. ADNÈS, *Humilité*, o.c., c. 1158.

⁶⁰ «Es preciso que aquellos que han recibido grandes bienes sean discípulos y custodios de esta virtud (la humildad), de modo que consideren con frecuencia lo que hemos recordado antes: Cuanto más grande seas, humíllate más en todo, y encontrarás gracia ante Dios» (SAN AGUSTÍN, *De Sancta Virginitate*, 33, o.c., p. 189).

cuidar, con la máxima vigilancia, que no venga corrompida por la soberbia»⁶¹.

San Bernardo precisa que el don es, en definitiva, la relación personal con la Trinidad y que la humildad constituye el primer paso a través del cual el Hijo, ejemplo de humildad, permite a sus discípulos crecer en la recepción de este don⁶².

Según san Bernardo, el hombre viene introducido en una relación siempre más profunda y personal con Dios y primero se hace “discípulo”, después “amigo” y al final “hijo”. La humildad introduce y acompaña en este itinerario, invitando a asumir como modelo a Cristo y buscar, como término, la comunión plena y personal con la Trinidad⁶³.

Se puede comprender cómo, con este cuadro presentado anteriormente, una de las características de la humildad cristiana es la de implicar progresiva y totalmente a todo el hombre en una relación personal con Dios. El mismo san Bernardo lo precisa en el tratado, ya varias veces citado, *De gradibus humilitatis et superbiae*. La acción de las tres Personas de la Trinidad, en este itinerario que define como «escuela de humildad», implica primero la razón –por la acción del Hijo– y después la voluntad –por la acción del Espíritu Santo–, de modo que el alma, finalmente perfecta, pueda ser acogida en la comunión con el Padre⁶⁴.

Esta perspectiva de la implicación progresiva de la razón y la voluntad del hombre en el itinerario de la vida cristiana, para cuya realización tiene un papel principal la humildad, no es exclusiva de san Bernardo. Recordemos los numerosos itinerarios y grados de la humildad propuestos a lo largo de toda la tradición cristiana. Aunque formulados en épocas distintas –dentro de enfoques teológicos diversos– tienen, entre los elementos comunes, el de volver a mostrar cómo, gracias a la virtud de la humildad, es posible que el hombre se empeñe con fuerza en el camino de

⁶¹ *Ibid.*, 52, o.c., p. 215.

⁶² Cfr. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *De los grados de la humildad y de la soberbia*, o.c., VI, 19-VII, 20, pp. 30-31

⁶³ Cfr. C. STERCAL, *L'umiltà: "la più delicata delle virtù cristiane"*, o.c., pp. 85-86.

⁶⁴ Cfr. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *De los grados de la humildad y de la soberbia*, o.c., VII, 21, p. 32.

la vida cristiana y en su relación con Dios. Y esto aunque, al menos desde el punto de vista numérico, aparecen muy diversos entre sí, individuando tres⁶⁵, seis⁶⁶, siete⁶⁷, diez⁶⁸ o doce⁶⁹ grados de humildad.

En los inicios del siglo XVII, san Francisco de Sales, en su *Introducción a la vida devota*, expresa con una bella fórmula, la convicción de que la raíz de la humildad es la conciencia de los dones recibidos:

«El vivo conocimiento de las gracias recibidas nos hace humildes, ya que el conocimiento genera el reconocimiento»⁷⁰.

Y pocas líneas después, invitando a no caer, como el profeta Acaz⁷¹, en el engaño de la falsa humildad, precisa:

«¿Pero [Acaz] no se da cuenta que cuando Dios nos quiere ensalzar, es orgullo rechazarlo? ¿Y que los dones de Dios nos obligan a recibirlos, y que es humildad obedecer y seguir lo mejor que podamos sus deseos? El deseo de Dios es que nosotros seamos perfectos, uniéndonos a él e imitándolo lo más posible. El soberbio que se fía de sí mismo tiene un buen motivo de no atreverse a hacer

⁶⁵ Cfr. *ibid.*, I.1-VII.21; DAVIDE DI AUSBURG, *De exterioris et interioris hominis compositione*; LUDOLFO DI SASSONIA, *Vita Jesu Christi*, p. I, c. 21; SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, nn. 164-168; ALONSO RODRIGUEZ, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, p. II, tr. III; JEAN-JACQUES OLIER, *Introduction à la vie et aux vertus chrétiennes*, c. 5; VINCENZO DE PAOLI, *Regulae seu Constitutiones Comm. Congreg. Missionis*, c. 2, n. 7.

⁶⁶ Cfr. SAN LORENZO GIUSTINIANI, *Lignum vitae*, tr. 12, c. 7; LUIS DE GRANADA, *Addiciones al memorial de la vida cristiana*, p. II, c. 6.

⁶⁷ Cfr. SAN ANSELMO D'AOSTA, *Liber de similitudinibus*, C-CIX; NICOLA LANCISIUS, *Opuscula spiritualia*, 1. I, c. 13.

⁶⁸ Cfr. JUAN CASIANO, *Instituta cenobiorum*, IV, 39.

⁶⁹ La más célebre es la que se contiene en la Regla monástica de san Benito. El Capítulo VII trata sobre la humildad, virtud que es dividida en doce grados o escalones en la escala que conduce hacia el cielo. Son los siguientes: 1. temor de Dios; 2. represión propia de la voluntad; 3. sometimiento de la voluntad al superior; 4. obediencia en las dificultades y en las mayores contrariedades; 5. la confesión de las faltas; 6. conocimiento de la propia indignidad; 7. preferir a los demás antes que a uno mismo; 8. evitar rarezas; 9. no hablar a destiempo; 10. evitar la risa indecorosa; 11. represión del orgullo; 12. humildad en el porte externo (Cfr. SAN BENITO DE NURSIA, *Regla*, VII); también presenta doce grados SANTIAGO ÁLVAREZ DE PAZ, *De vita spirituali*, p. III.

⁷⁰ SAN FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, III, V, en *Obras selectas de San Francisco de Sales*, I, F. DE LA HOZ (ed.), BAC 109, Madrid 1953, p. 141.

⁷¹ Cfr. Is 7, 12.

nada; pero el humilde es tanto más atrevido cuánto más se reconoce incapaz, y cuánto más se estima débil más audaz es, ya que pone toda su confianza en Dios, el cual se complace en magnificar su propia omnipotencia en nuestra enfermedad y en ensalzar su misericordia sobre nuestra miseria»⁷².

A.4. El conocimiento de sí lleva a la humildad

La regla directiva de la humildad consiste en el conocimiento de sí, que ya se encuentra en el axioma escrito en el pronaos del templo de Apolo, antes citado, «conócete a ti mismo», y sucesivamente en san Agustín, san Bernardo, y en otros autores, para los cuales la humildad consiste en andar según la verdad⁷³.

Ser consciente de las propias capacidades es primordial para el Crisóstomo. El conocimiento de sí es fruto de la humildad, que sitúa al hombre en lo que realmente es⁷⁴. Por eso exhorta a practicar el examen de conciencia para que el alma se haga humilde⁷⁵.

San Agustín insiste en que la humildad hace que el hombre se conozca tal y como es:

«Tú, hombre, conoce que eres hombre; toda tu humildad es que te conozcas como eres»⁷⁶.

⁷² SAN FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota, o.c.*, III, V, p. 141.

⁷³ Cfr. SAN AGUSTÍN, *Sermón 293*, BAC 448, o.c., pp. 184-202; SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *In Canticum, sermo 42*, en *Obras Completas de San Bernardo. V. Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, MONJES CISTERCIENSES DE ESPAÑA (eds.), BAC 491, Madrid 1987, pp. 572-573; SANTA CATALINA DE SIENA, *El Diálogo, o.c.*, c. 4, 7, p. 269; SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas del Castillo Interior, Sextas moradas*, en *Obras Completas*, ed. de EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS - O. STEGGINK, BAC 212, Madrid 2006⁹, c. 10, p. 434.

⁷⁴ Cfr. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *De humilitate* (PG 63, 618).

⁷⁵ Cfr. C. SORSOLI, *Juan Crisóstomo*, en E. ANCILLI (dir.), *Diccionario de Espiritualidad*, t. 2, Herder, Barcelona 1983, p. 406. Cfr., también, SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Genesim*, 11,2 (PG 53,93).

⁷⁶ SAN AGUSTÍN, *Tratado sobre el Evangelio de San Juan*, 25, 16, en *Obras Completas de San Agustín*, T. PRIETO (ed.), BAC 139, Madrid 1955, p. 649.

Como san Juan Crisóstomo, uno de los medios que propone para el propio conocimiento es el examen de conciencia⁷⁷.

San Bernardo que escribió: «la humildad, nos engendra en la verdad»⁷⁸, al inicio del tratado *De gradibus humilitatis et superbiae*, concluye que el fin de estos grados es conseguir la verdad, y el camino para obtenerla es la humildad⁷⁹.

Define la humildad como «una virtud que incita al hombre a menospreciarse a la clara luz de su propio conocimiento»⁸⁰. El primer grado de la humildad es el propio conocimiento que lleva a asumir la propia bajeza. Si queremos recuperar la semejanza con Dios, sobre todo debemos ser conscientes de haberla perdido. Este hecho comporta saber de dónde venimos, dónde estamos, a dónde vamos. Significa saber lo que éramos, lo que somos y lo que estamos llamados a ser. Gilson llama a esta ciencia del conocimiento de sí, *socratismo cristiano*, y explica la diferencia entre el socratismo “clásico” y el “cristiano” de este modo: «Los griegos dicen: conócete a ti mismo para saber que no eres un dios, sino un mortal; los cristianos dicen: conócete a ti mismo para saber que eres un mortal, pero la imagen de Dios»⁸¹.

San Buenaventura habla de la «*humilitas veritatis et severitatis*»: la primera nace de la conciencia de la condición de criatura, la segunda de la conciencia de pecado. El conocimiento de sí y del puesto propio en el mundo creado y salvado por Dios es la norma de la humildad consigo mismo, respecto al mundo, respecto a los demás y respecto a Dios⁸².

Está claro que la humildad cristiana no se puede reducir, para los grandes maestros espirituales de la tradición cristiana, al simple conocimiento de sí o a la conciencia del propio pecado, aunque estos son aspectos importantes de la vida cristiana. De hecho no faltan autores que se

⁷⁷ Cfr. P. ADNÈS, *Humilité, o.c.*, c. 1155.

⁷⁸ SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *In Canticum, sermo 42, o.c.*, pp. 572-573.

⁷⁹ «*Viam dicit humilitatem, quae ducit ad veritatem*» (IDEM, *De los grados de la humildad y de la soberbia, o.c.*, I, 1, p. 168).

⁸⁰ *Ibid.*, o.c., I, 2, p. 175.

⁸¹ E. GILSON, E., *La teología mística de san Bernardo*, Jaca Book, Milano 1987, p. 78, nota 27.

⁸² Cfr. E. KACZYNSKI, *Umiltà, o.c.*, p. 1396. Cfr. también *S. Th.*, II-II, q. 161, a.5, ad 2.

sienten en el deber de recordarlo, como es el caso, por ejemplo, de san Juan Clímaco en su *Scala Paradisi*, presentando en el escalón veinticinco, la humildad:

«Una cosa es la contrición, otra es el conocimiento de sí y otra cosa es la humildad. La contrición nace del pecado: quien ha caído se arrepiente, y sin fiarse de la propia oración se pone con admirable descaro en la presencia de Dios y, apoyándose en el bastón de la esperanza, como un herido, rechaza así el perro de la desesperación. El conocimiento de sí es un conocimiento de los propios defectos, el recuerdo y la valoración profunda de las propias culpas, incluso pequeñas. Humildad es doctrina espiritual de Cristo escondida espiritualmente en lo íntimo de nuestra alma por aquellos que son merecedores de esta virtud»⁸³.

Si hablamos de propio conocimiento no podemos dejar de citar la doctrina de santa Catalina de Siena. Uno de los principios fundamentales de su doctrina espiritual es el conocimiento de sí mismo y de Dios⁸⁴.

«¿Sabes, hija mía, quién eres tú y quién soy yo? Si sabes estas dos cosas serás feliz. Tú eres la que no es; yo, por el contrario, el que soy. Si hay en tu alma este conocimiento el enemigo no te podrá engañar, te librarás de todas sus insidias...»⁸⁵.

El hombre debe situarse en estas dos coordenadas: el conocimiento de sí y el conocimiento de Dios⁸⁶. En el *Diálogo* afirma que el conocimiento de uno mismo y de las propias culpas lleva a la destrucción del amor propio: «este conocimiento engendra odio y aborrecimiento del pecado y de los

⁸³ SAN JUAN CLÍMACO, *Scala Paradisi*, XXV (PG 88, 997A-B).

⁸⁴ Cfr. A. ROYO MARÍN, *Doctoras de la Iglesia*, BAC 17, Madrid 1979, p. 131. E. F. DÍAZ-COVARRUBIAS ESTRADA, *El conocimiento de sí, fundamento de la vida espiritual en la doctrina de Santa Catalina de Siena*, Pontificia Università della Santa Croce, Roma 2005.

⁸⁵ Palabras que escuchó Santa Catalina del Señor al preguntarle qué podía hacer para conocerle más. Están recogidas por su biógrafo: R. DE CAPUA, *Biografía de Catalina de Siena*, Vergara 1926, p. 61.

⁸⁶ Cfr. SANTA CATALINA DE SIENA, *Cartas, o.c.*, 51, 178,189, pp. 355, 685, 711 respectivamente.

propios sentidos»⁸⁷. Todo esto es necesario, pero es el inicio. La humildad se adquiere sólo por el amor a Dios⁸⁸.

El fundamento de nuestro amor a Dios es que Él nos ha amado primero, al crearnos, y debido al pecado nos ha vuelto a “engendrar”, dándonos de nuevo vida sobrenatural por medio de la muerte del Hijo unigénito. Gracias a este ser «nueva creatura»⁸⁹ podemos conocer la verdad, pero sólo la conocerán aquellos que hayan combatido el amor propio por medio del conocimiento de sí mismos⁹⁰.

Conocerse a sí mismo como el “no-ser” (por uno mismo) lleva al conocimiento de Dios como la fuente y origen de todo lo que se es y se tiene. Engendra en el alma, además de una profunda humildad, un amor intensísimo a Dios⁹¹, como dice la Santa:

«Cuando el alma abre los ojos del conocimiento y ve que por sí misma no es, puesto que todo ser procede de Dios, encuentra su inestimable caridad, que por amor y no por deber la ha creado a imagen y semejanza suya para que goce y participe de la suma y eterna belleza de Dios, que no la ha creado para otro fin»⁹².

San Francisco de Sales intenta, ante todo, hacer comprender a las almas que dirige, que el fin supremo de la existencia humana es la perfección. Al conocimiento del fin, si no se quiere tomar un camino equivocado, hay que añadir necesariamente el conocimiento más exacto posible del grado en que uno se encuentra. Cualquiera que sea, y por más bajo que se pueda haber caído, hay siempre un camino que nos vuelve a llevar a Dios. Para encontrarlo, es absolutamente necesario darse cuenta del propio estado. Insiste mucho en la necesidad de conocerse a sí mismo, porque cuanto más

⁸⁷ IDEM, *El Diálogo, o.c.*, n. 4, p. 59.

⁸⁸ Esta doctrina está también en muchos autores, por ejemplo cfr. SAN ANSELMO, *De Similitudinibus*, c. 101 (PL 149, 665C); A. RODRÍGUEZ, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas, o.c.*, tratado 3, c. 5.

⁸⁹ Cfr. 2Co 5, 17.

⁹⁰ Cfr. SANTA CATALINA DE SIENA, *El Diálogo, o.c.*, n. 4, p. 60.

⁹¹ Cfr. A. ROYO MARÍN, *Doctoras de la Iglesia, o.c.*, p. 133.

⁹² SANTA CATALINA DE SIENA, *Cartas, o.c.*, 5, p. 236.

miserables nos reconozcamos, tanto más necesaria será la confianza en Dios⁹³.

En conclusión, la humildad se relaciona, en primer lugar, con la inteligencia. «*Noverim te, noverim me*»⁹⁴, se lee en los escritos de san Agustín: Señor, que te conozca y que me conozca. No puede haber humildad sin un adecuado conocimiento de sí mismo. No resulta difícil comprender que la verdad sobre nuestras miserias sea un buen punto de partida para la humildad; pero la verdad que está en la base de la humildad es la verdad íntegra, que incluye también nuestros aspectos positivos. Nuestros dones y méritos no obstaculizan la humildad porque todos ellos son recibidos de Dios. «¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorias como si no lo hubieras recibido?»⁹⁵.

Al respecto explica Garrigou-Lagrange que «el acto propio de la humildad consiste en inclinarse hacia la tierra (...) inclinarse delante de Dios y de todo lo que hay de Dios en las criaturas. Mas inclinarse delante del Altísimo equivale a reconocer, no solo de manera especulativa, sino práctica, nuestra inferioridad, nuestra pequeñez e indigencia, que, aunque fuéramos inocentes, es en nosotros manifiesta; y además, después del pecado, consiste en reconocer nuestra miseria. Así la humildad se une a la obediencia y a la religión, mas difiere de ellas: la obediencia se fija en la autoridad de Dios y en sus preceptos; la religión, en su excelencia y en el culto que se le debe; la humildad, inclinándonos hacia la tierra, reconoce nuestra pequeñez y pobreza, y glorifica y ensalza la grandeza de Dios. La humildad así entendida se funda en la verdad, sobre todo en esta verdad: es infinita la distancia que hay entre la criatura y el criador. Cuanto comprende esta distancia de manera más clara y más concreta, el hombre es más humilde. Por muy elevada que esté una criatura, tal abismo es siempre infinito; y cuanto más va uno elevándose, tanto mejor la

⁹³ Cfr. P. SERUET, *Francisco de Sales, o.c.*, p. 148.

⁹⁴ SAN AGUSTÍN, *Soliloquia*, II, 1, 1 (PL 32, 885).

⁹⁵ 1Co 4, 7.

comprende. Por eso el que está más alto [en la santidad] es el más humilde, porque comprende mejor esa verdad»⁹⁶.

A.5. Medios para alcanzar la humildad

La grandeza de la humildad, unida a la grandeza de su modelo - Cristo- y de su fin -la comprensión de la existencia como un don recibido de Dios, el cual nos invita a crecer hacia la comunión personal con Él-, no impide a los autores cristianos individuar o proponer los aspectos más concretos y cotidianos de esta virtud. Es más, también en este caso, vemos la estrecha relación entre la grandeza del fin que debemos alcanzar y los concretos medios propuestos para alcanzarlo. En el caso de la humildad, los “medios” sugeridos parecen moverse sustancialmente en dos direcciones: la propuesta de algunos “indicios”, que pueden ayudar a reconocer si está presente y en qué medida en la vida de los cristianos, y la propuesta de algunos “ejercicios”, que ayuden a crecer en esta virtud⁹⁷.

Se podrían recordar muchos textos que pertenecen a épocas diversas, ya que precisamente esta parte “práctica” ha sido la más ampliamente desarrollada⁹⁸. Queremos destacar un texto de los *Instituta coenobiorum* de Juan Casiano, porque es una de las fuentes más antiguas y en seguida se convirtió en una de las más autorizadas sobre el tema:

⁹⁶ R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Las tres edades de la vida interior, o.c.*, p. 670-671. Ésta es una de las obras maestras de espiritualidad del siglo XX. Es un compendio preciso y profundo, pero accesible, de las principales fases que las almas suelen atravesar en su relación con Dios. Vio la luz, por primera vez, en 1938, fruto del saber enciclopédico del autor, de su experiencia personal y pastoral en la vida interior y de veinte años de docencia sobre esta materia, y fue una de las obras que más contribuyó a fundar la Teología Espiritual como disciplina plenamente teológica.

⁹⁷ Podría releerse, a este propósito, el opúsculo del cardenal Gioacchino Pecci, después Papa León XIII, que al final del siglo XIX y durante una gran parte del XX, tuvo una gran difusión, sobre todo en los seminarios, para la formación de los sacerdotes: G. PECCI, *La práctica de la humildad*, Rialp, Madrid 2007; cfr. también L. BEAUDENOM, *Formación en la humildad y, mediante ella, en las demás virtudes, o.c.*

⁹⁸ Cfr., por ejemplo, el cap. VII de la Regla de san Benito; la segunda parte del *De gradibus humilitatis et superbiae* de san Bernardo o los cap. IV al VII, en la tercera parte, de la *Introducción a la vida devota*, de san Francisco de Sales.

«La humildad se comprueba con estos indicios: primero, si se tiene mortificada la propia voluntad; segundo si no se ha escondido nada al superior, no sólo de las acciones, sino incluso de los pensamientos; tercero, si no confía nada al propio discernimiento, sino todo al juicio del superior y escucha con atención y agrado sus enseñanzas; cuarto, si en toda circunstancia mantiene la dulzura de la obediencia y la constancia de la paciencia; quinto, si no sólo no causa ofensa a ninguno, sino que no se lamenta y no se entristece por las que le pueden causar otros; sexto, si no hace nada o no se atreve a nada que no sea sugerido en la regla común o por el ejemplo de los ancianos; séptimo, si se contenta con aquello que es de poco valor y si, como un mal operario, se considera indigno de lo que se le ofrece; octavo, si se declara inferior a todos no sólo con palabras, sino que lo cree profundamente en la intimidad del corazón; noveno, si tiene bajo control la lengua y no alza mucho la voz; décimo, si no es de risa demasiado pronta y fácil»⁹⁹.

Estas indicaciones son, según Casiano, un “indicio” de la presencia de la humildad y, también se pueden considerar un buen ejercicio de la virtud. Al ser ejemplos prácticos es más fácil modificarlos que la doctrina que hay en su base, y será fácil interpretar estos “indicios” y estos “ejercicios” como si fuesen ellos mismos la esencia de la humildad. Con el riesgo de sobrevalorarlos y, consecuentemente, de perder de vista los valores profundos y los objetivos propios de la humildad. Cuando se pone el énfasis en estos “indicios” y “ejercicios”, haciéndolos aparecer como si fueran la esencia de la humildad, es frecuente malinterpretar esta virtud.

Uno de los textos clásicos de la tradición cristiana es *La Imitación de Cristo*, que ya hemos citado en otras ocasiones. Haciendo una lectura rápida y fragmentada del texto puede parecer que insiste exageradamente en la humildad¹⁰⁰, mientras que una lectura más atenta, y de todo el libro en su conjunto, permite entender que presenta una consideración equilibrada de la virtud y de toda la vida cristiana. En el segundo capítulo del primer libro,

⁹⁹ JUAN CASIANO, *Institutum coenobiorum* XII, 6, 1-8, 1 (SC 109, 180).

¹⁰⁰ Es la interpretación, por ejemplo, de George Maloney, el cual defiende que a través de la *Imitación de Cristo* muchos «han recibido una visión distorsionada de la humildad, en términos negativos» (G. MALONEY, *On the Road to Perfection. Christian Humility in Modern Society*, New City Press, New York 1995, p. 15).

cuyo título es «El humilde conocimiento de sí», está claramente formulada la invitación a un “ejercicio” severo de la humildad:

«Mejor es el rústico humilde que a Dios sirve, que el soberbio filósofo que, dejando de conocerse, considera el curso del cielo. (...) Si quieres saber y aprender algo provechosamente, desea que no te conozcan ni te estimen. El verdadero conocimiento y desprecio de sí mismo es altísima y doctísima lección. Gran sabiduría y perfección es sentir siempre bien y grandes cosas de otros, y tenerse y reputarse en nada. Si vieres a alguno pecar públicamente o cometer culpas graves, no te debes juzgar por mejor, porque no sabes cuánto podrás perseverar en el bien. Todos somos flacos; mas tú a nadie tengas por más flaco que a ti»¹⁰¹.

En el capítulo siguiente, que lleva por título «La doctrina de la verdad», muestra con la misma claridad como el fin de estos “ejercicios” de humildad no son la anulación de uno mismo, ni una práctica de la virtud por la virtud misma, sino un empeño –ciertamente fuerte y riguroso– orientado a la búsqueda de la felicidad en una relación profunda y personal con Dios:

«Bienaventurado aquel a quien la Verdad por sí misma enseña, no por figuras y voces que se pasan, sino así como es. (...) ¡Oh Dios, que eres la Verdad! Hazme permanecer uno contigo en caridad perpetua»¹⁰².

Se entiende que una separación de los “indicios” y de los “ejercicios” de la humildad, de la consideración de su sentido y de su fin –quizá con un mayor reconocimiento a los primeros respecto a los segundos, pueda haber constituido, en la historia de la espiritualidad, una amenaza al equilibrio de esta virtud¹⁰³.

¹⁰¹ TOMÁS DE KEMPIS, *La Imitación de Cristo*, San Pablo, Madrid 1996, pp. 7-10.

¹⁰² *Ibid.*, pp. 11-12.

¹⁰³ Cfr. C. STERCAL, *L'umiltà: "la più delicata delle virtù cristiane"*, o.c., p. 97. Las ideas acerca de la doctrina de la humildad en *La Imitación de Cristo*, las hemos tomado de este libro.

A.6. Humildad y grandeza de ánimo

En esta misma dirección se puede registrar la distorsionada tendencia a identificar la humildad con el «desprecio de lo que uno mismo es» y de la verdad sobre uno mismo o, al menos, con una falsa consideración de sí¹⁰⁴. Lo podemos documentar haciendo referencia a un manual de Guy de Cressé –doctor de la Sorbona– publicado en Francia en 1826 y destinado a la formación de los seminaristas. Documenta, en modo sintético, la conciencia de la época a propósito de la humildad, ilustrando una concepción en la que parece identificar esta virtud con el desprecio de uno mismo:

«La humildad, virtud cristiana, que nos da el sentimiento de nuestra debilidad interna, es relativa a todo lo que nos es superior, tanto de grado, como para la perspicacia de la mente, por la calidad del corazón y por los talentos. La humildad difiere de la modestia, en cuanto que nos muestra a nosotros mismos inferiores a lo que somos de verdad, mientras la modestia por el contrario, nos muestra como somos, nos impide prevalecer ante los demás por amor propio»¹⁰⁵.

Es claro el fin propuesto para la humildad: «nos muestra a nosotros mismos inferiores a los que somos». Ello contrasta claramente con la enseñanza de los Padres y otros santos que, siendo conscientes de nuestra condición de criaturas y de la culpa de nuestros pecados, para una concepción integral de la humildad tienen en cuenta un aspecto esencial ulterior: el reconocimiento de la dignidad de la persona humana y de la gracia. El hombre creado y salvado por Cristo, por la gracia del Espíritu Santo, no puede dejar de reconocer la gratuidad de todos los dones recibidos: los dones de la inteligencia y de la libertad, de la gracia y de todas las virtudes a ella conexas. Juntamente la conciencia de ser una “nada” moral a causa de la propia infidelidad y la conciencia de haber recibido la

¹⁰⁴ La expresión “desprecio de sí” se ha entendido en dos modos diversos, uno que expresa la virtud de la humildad y otro que la deforma. Intentaremos explicarlos a lo largo de este subtítulo.

¹⁰⁵ G. DE CRESSÉ, *Manuale del sacerdozio ad uso particolarmente dei seminaristi*, Giacomo Pirola, Milano 1838, p. 100.

semejanza con Dios y con Cristo, forman el rostro de la auténtica virtud cristiana de la humildad¹⁰⁶.

San Juan Crisóstomo, por ejemplo, previene contra la falsa humildad que tiene una de sus manifestaciones en el abstenerse de obrar, porque se piensa que faltan cualidades:

«Ninguno diga: dispongo sólo de un talento, no puedo lograr nada. También con un solo talento puedes obrar de modo meritorio»¹⁰⁷.

Enseña que la humildad engendra la magnanimidad porque hace reconocer al hombre lo que realmente es delante de Dios: su pequeñez que no impide que Dios pueda obrar a través de él:

«Y es que el poder de Dios se hará visible sobre todo cuando con medios ruines realice cosas grandes»¹⁰⁸.

Para san Bernardo, el primer grado de la humildad es reconocer la propia miseria, juzgarse miserable y menospreciarse. Y, amar a Jesucristo es el último grado de la humildad porque no es posible conocerse a uno mismo sin conocer a Jesucristo y amarle. Destaca que la humildad es el camino de la contemplación, porque el hombre purificado en su corazón por el conocimiento de sí y de todos los hombres, puede llegar a una contemplación que se promete a los corazones limpios:

«Purificados ya en lo íntimo de sus corazones con esta misma caridad fraterna, se deleitan en contemplar la Verdad en sí misma (*in sui natura*), por cuyo amor sufren los males ajenos»¹⁰⁹.

En la doctrina de san Bernardo sólo el humilde puede amar: amarse a sí mismo en la aceptación de la propia miseria; amar al prójimo tal como es, y no tal como quisiéramos que fuera, y amar a Dios en su verdad, no según nuestras proyecciones¹¹⁰. Como se ve, la humildad siempre lleva a reconocer el don de Dios, por el cual el hombre es portador de una gran dignidad. Errores y miserias, según la doctrina de san Bernardo, los

¹⁰⁶ Cfr. E. KACZYNSKI, *Umiltà*, o.c., p. 1396.

¹⁰⁷ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matthaeum homiliae*, 78,3 (PG 58,714).

¹⁰⁸ IDEM, *Homiliae in Epistulam secundam ad Corinthios*, 8,3 (PG 61, 457).

¹⁰⁹ SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *De los grados de la humildad y de la soberbia*, o.c., III,6, p. 181.

¹¹⁰ Cfr. *ibid.*, o.c., VII, 20-21; VIII, 22-23, pp. 201-207.

tenemos todos. Y todos, debemos reconocerlos y confrontar nuestra vida con la del Señor, pero sin olvidar lo más importante: el don de Dios. Precisamente por eso debemos también amarnos a nosotros mismos, porque Dios nos ama.

En el pensamiento de santo Tomás podemos encontrar tres puntos de referencia al aspecto de la humildad que estamos considerando:

- a) Hacia sí mismo: ateniéndose a las reglas de la recta razón, la humildad conduce a la estima exacta de las dotes propias¹¹¹. Se refleja en tres cosas: una baja concepción de uno mismo; una desconfianza en la propia capacidad; y, por último, un desprecio de la propia persona¹¹².
- b) Hacia los demás: «la humildad propiamente se refiere (...) a la reverencia con que el hombre se somete a Dios (...). Sin embargo, uno puede pensar que en el prójimo hay un bien que él no tiene, o bien que en sí mismo hay un mal que no encuentra en los demás; y así puede ponerse por debajo del prójimo»¹¹³. «En cualquier hombre –escribe en otro momento– existe algún aspecto por el que los otros pueden considerarlo como superior, conforme a las palabras del Apóstol “llevados por la humildad, teneos unos a otros por superiores” (Flp 2, 3). Según esto, todos los hombres deben honrarse mutuamente»¹¹⁴. La humildad lleva a reconocer las cualidades de los demás como dones de Dios y reflejo suyo, por lo que esta virtud inclina a mostrar señales de honor y reverencia a los demás. La soberbia, en cambio, busca justo lo contrario, pues desprecia a los demás, con ansia de que sólo brille el propio bien¹¹⁵.
- c) Hacia Dios: «el hombre se eleva tanto más cuanto más se somete a Dios con humildad»¹¹⁶. En la doctrina de santo Tomás encontramos que son manifestaciones de humildad respecto a

¹¹¹ *S. Th.*, II-II, q. 161, a. 6.

¹¹² Cfr. J. BERMÚDEZ, *La virtud de la humildad en las obras de Santo Tomás, o.c.*, c. 1, p. 17.

¹¹³ *Ibid.*, c. 1, p. 22.

¹¹⁴ *S. Th.*, II-II, q. 103, a. 2-3.

¹¹⁵ Cfr. *S. Th.*, II-II, q. 162, a. 4, prólogo.

¹¹⁶ *Ibid.*, a.2.

Dios pedir su ayuda, pedir perdón, darle gracias y adorarle. Se podría decir que las manifestaciones de humildad respecto a Dios son básicas para alcanzar los fines la Misa¹¹⁷.

Santo Tomás relaciona la humildad con la magnanimidad. La consecución de los bienes, tanto morales como espirituales, exige estas dos virtudes: una para moderar las aspiraciones exageradas del hombre, que es la humildad; la otra para preservar al hombre del abatimiento y estimularlo a la conquista de las cosas grandes, que es la magnanimidad¹¹⁸. Para santo Tomás no son virtudes contrapuestas sino complementarias.

Posteriormente, a lo largo de los siglos se han puesto muchas objeciones a la virtud de la humildad. Además de los motivos expuestos en el apartado precedente, quizá se deba a un modo de plantear la virtud que se basaba en la noción de obligación. Pero también puede deberse a una reacción contra la concepción pasiva de la naturaleza humana que tenía su expresión en el quietismo de M. Molinos y en el jansenismo, según el cual la humildad era pasividad, no sólo en la experiencia religiosa, sino también en la moral: sumisión a la injusticia y al poder; resignación a la propia condición de vida; servilismo indigno del hijo de Dios; renuncia a los propios derechos humanos y cristianos, y, finalmente, cierre individualista en sí mismo¹¹⁹.

Más tarde Pierre de Bérulle, san Juan Eudes y otros autores franceses del XVII parecen concebir la humildad como “aniquilamiento” y “abnegación”¹²⁰.

Distinto es el planteamiento que san Francisco de Sales hace de esta virtud, en el que presenta como elemento más característico la aceptación sincera de la propia miseria¹²¹. Es el primer modo de practicar la humildad:

¹¹⁷ Cfr. J. BERMÚDEZ, *La virtud de la humildad en las obras de Santo Tomás, o.c.*, c. 1, p. 21.

¹¹⁸ Cfr. S. Th., II-II, q. 161, a.1. Un estudio detallado sobre la relación entre estas virtudes en Santo Tomás se puede ver en la tesis doctoral de J. BERMÚDEZ, *La virtud de la humildad en las obras de Santo Tomás, o.c.*

¹¹⁹ Cfr. P. POURRAT, *Quiétisme*, en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN (eds.), *Dictionnaire de Théologie Catholique*, 15, Letouzey et Ané, Paris 1930-1950, pp. 1454-1565.

¹²⁰ Cfr. P. ADNÈS, *Humilité, o.c.*, c. 1177-1178.

¹²¹ Cfr. M. BELDA, *Guiados por el Espíritu de Dios. Curso de Teología espiritual, o.c.*, p. 278.

«Te digo, Filotea, que siempre y en todo lugar debes amar tu propia abyección. Pero me dirás: ¿Qué quiere decir amar la propia abyección? En latín, abyección quiere decir humildad, y humildad significa abyección; de manera que, cuando Nuestra Señora en su Cántico sagrado dice que, *porque Dios contempló la humildad de su sierva, le llamarán bienaventurada todas las generaciones* (Lc 1,48) quiere decir que Dios ha mirado con buenos ojos su abyección, su vileza, su bajeza, para colmarla de gracias y favores. Con todo, existe diferencia entre la abyección y la humildad; porque abyección es lo mismo que pequeñez, es la bajeza y la vileza que hay en nosotros y de la cual no nos damos cuenta; mientras que la verdadera humildad es el conocimiento verdadero y voluntario que nosotros tenemos de nuestra abyección»¹²².

Parece que fuera contradictorio con el argumento que estamos presentando, pero está precisamente diciendo que el desprecio de sí es necesario para recibir todas las gracias, que son lo realmente importante.

En este sentido enseña que desalentarse al experimentar la propia debilidad revela un amor propio desordenado:

«Aunque la razón pide que, si cometemos faltas nos sintamos tristes y contrariados, conviene evitar ser presa de una desazón despiadada y colérica. Por lo cual caen en grave error los que, estando encolerizados, se lamentan de haberse encolerizado, se entristecen de haberse entristecido y sienten despecho de haberse despechado (...). Estos movimientos de cólera, malhumor y desazón contra sí mismo son causa de orgullo y tienen su origen en el amor propio, que nos turba e inquieta al vernos tan imperfectos»¹²³.

Otro de los aspectos de la doctrina de san Francisco de Sales, que ilumina nuestro argumento, es la conciliación entre humildad y magnanimidad, en la línea de san Juan Crisóstomo y de santo Tomás de Aquino, a los cuales nos hemos referido antes¹²⁴:

¹²² SAN FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota, o.c.*, pp. 137-138.

¹²³ *Ibid.*, p. 147.

¹²⁴ Cfr. P. ADNÈS, *Humilité, o.c.*, c. 1178.

«Pero al paso que la humildad nos hace abatir y humillar con el conocimiento de lo que somos nosotros mismos y por la poca estima en que tiene a todo cuanto hay en nosotros y de nosotros, nos hace también grandemente estimar por los bienes que hay en nosotros y no de nosotros, que son la fe, la esperanza y el amor de Dios, como también una cierta capacidad que Dios nos ha dado de unirnos a él por medio de la gracia y esto por poco que de ellos tengamos. Y en cuanto a nosotros, nuestra vocación que nos da una seguridad, cuanto podemos tenerla en esta vida, de la posesión de la gloria y felicidad eterna. Y esta estimación que la humildad hace de todos estos bienes, conviene a saber, de la fe, de la esperanza, de la caridad, es el fundamento de la generosidad de espíritu»¹²⁵.

La expresión «generosidad de espíritu» manifiesta esta relación porque la humildad hace desconfiar de uno mismo, pero lleva a afrontar cosas grandes poniendo la confianza en Dios:

«La humildad que no produce la generosidad es indudablemente falsa, porque después que ha dicho: Yo no puedo nada, yo no soy más que un puro nada, luego al punto cede su lugar a la generosidad del espíritu, la que dice: No hay ni puede haber cosa que yo no pueda, porque pongo toda mi confianza en Dios que lo puede todo; y sobre esta confianza emprende valerosamente cuanto se le manda»¹²⁶.

A.7. Humildad e “infancia espiritual”

Los autores que estudian el tema de la infancia espiritual, aún con divergencias en el modo de tratarlo, están de acuerdo en general en que tiene un fundamento bíblico¹²⁷ y que aparece, sobre todo a partir de la Edad Media, asociado a la devoción a la Infancia de Jesús¹²⁸. La expresión

¹²⁵ SAN FRANCISCO DE SALES, *Conversaciones espirituales*, en *Obras selectas de San Francisco de Sales*, I, F. DE LA HOZ (ed.), BAC 109, Madrid 1953, p. 75.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 77.

¹²⁷ El fundamento escriturístico se encuentra en Is 66, 12-13 y en varios textos del Nuevo Testamento (Cfr. Mc 10, 14-15; Mt 19, 14; Lc 18, 16-17), donde se subraya la necesidad de recibir el reino de Dios como niños.

¹²⁸ Cfr. M-F. BERROUARD, *Enfance spirituelle*, en A. VILLER - M. DERVILLE (dir.), *DSp*, t. IV/1, Beauchesne, Paris 1969, c. 682-706; C. GENNARO, *Infancia Espiritual*, en E. ANCILLI (dir.),

“infancia espiritual” surgió alrededor del siglo XIII, se desarrolló y difundió mucho en el siglo XVII, y se haría célebre gracias a las enseñanzas de santa Teresa del Niño Jesús¹²⁹.

Estos autores consideran que la infancia espiritual tiene sus raíces en la realidad de la filiación divina¹³⁰, objetivamente hablando, aunque la relación no sea explícita en algunos de ellos.

En la época patrística los comentarios a la Sagrada Escritura ponen de relieve la necesidad de volverse como niños para entrar en el reino de los cielos. Por ejemplo, el Papa san León Magno alude a la conjunción entre la filiación divina, la sencillez y la humildad:

«Cristo ama la infancia que Él mismo asumió en alma y cuerpo; Cristo ama la infancia, maestra de humildad, medida de la inocencia, molde de la mansedumbre. El ama la infancia, según la cual Él quiere ver modelado el comportamiento de los mayores, incluso los años de la senectud (...) pero debemos ser niños no “en el uso de la razón, sino en la malicia” (cfr. 1Co 14, 20); no debemos volver a los infantilismos o la imperfección de la niñez, sino que debemos tomar aquellas características de los niños que son también de gran valor para los adultos: la inmediata atenuación de las irritaciones, la capacidad para perdonar con rapidez, el no guardar rencor por las ofensas, ni ambicionar rangos y dignidades, el gusto por la convivencia amistosa, el sentido de la igualdad mutua»¹³¹.

San Hilario exhorta a volver a la sencillez de los niños:

«Para conseguir reproducir en nosotros la humildad del Señor: los niños obedecen al padre, aman a la madre, no quieren mal al prójimo, no se preocupan de atesorar cosas de valor material, no son

Diccionario Enciclopédico de Espiritualidad, vol. II, Herder, Barcelona 1998, pp. 306-307; L.M. HERRÁN, *Infancia espiritual*, en *Gran Enciclopedia Rialp*, XII, Rialp, Madrid 1972, pp. 692-694.

¹²⁹ Aunque Teresa de Lisieux no usó este término para designar su “caminito”, éste vino a ser sinónimo de vida de infancia. Se hizo popular y pasó al Magisterio de la Iglesia y a los trabajos de Teología; cfr. C. DE MEESTER, *Infancia espiritual*, en L. BORRIELLO, *Diccionario de Mística*, Ediciones San Pablo, Madrid 2002, pp. 905-906.

¹³⁰ Cfr. *ibid.*, p. 905; M-F. BERROUARD, *Enfance spirituelle, o.c.*, c. 712.

¹³¹ SAN LEÓN MAGNO, *Sermo 37* (PL 54, 258-259).

presuntuosos, no conocen ni el odio ni la mentira: creen lo que se les dice y tienen por verdadero lo que oyen»¹³².

Y san Agustín, a su vez, escribe:

«Este camino de la infancia es tan grande, que sólo Cristo podía señalárnoslo: es tan grande que sin Ti, el eternamente grande, jamás hubiéramos podido aprenderlo»¹³³.

Sin embargo, también hay un uso negativo de la idea ser como niños, que se apoya en algunos pasajes de los escritos paulinos¹³⁴ y lleva a considerar la infancia como una etapa a superar, ya que la vida cristiana exige tensión hacia la perfección; se distingue así entre cristianos infantes y cristianos adultos¹³⁵.

San Juan Crisóstomo, al explicar la doctrina contenida en las enseñanzas de Jesús sobre los “niños”, menciona la humildad, la lucha contra la arrogancia, la vanagloria, la envidia, etc.¹³⁶. Utiliza comparaciones como: «debemos ser niños en los vicios y adultos en los juicios»¹³⁷, pero no habla de infancia espiritual.

Las primeras alusiones las tenemos en san Bernardo quien subraya la necesidad de un retorno a la infancia en un sermón el día de la conversión de san Pablo:

«Por tanto, tu conversión apunta hacia este niño, para aprender a ser niño, para que te hagas niño mientras te estás convirtiendo. Porque fíjate qué claro te manifiesta ese niño la forma de conversión, y te propone sus matices más característicos cuando te dice: *Aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón*. La humildad es pequeñez interior; la sencillez es externa. Mas no son dos virtudes insignificantes, pues ese niño tan grande hace de ellas su único

¹³² SAN HILARIO, *In Matth.* 18, 1 (PL 9, 1018).

¹³³ SAN AGUSTÍN, *De Sancta Virginitate*, o.c., c. 35.

¹³⁴ «Os di a beber leche, no alimento sólido, pues todavía no podíais soportarlo; ni siquiera ahora podéis» (1Co 3, 2).

¹³⁵ Cfr. M-F. BERROUARD, *Enfance spirituelle*, o.c., p. 697-698.

¹³⁶ Cfr. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matthaem* 38, 1. (PG 58, 2-3 y 62,4; PG 58, 568-569 y 600-601).

¹³⁷ Cfr. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homiliae in Epistulam secundam ad Corinthios* 36,1 (PG 61, 306d).

mensaje. Hoy Pablo se ha convertido. Hoy ha dejado de ser Saulo. Hoy se ha vuelto sencillo y humilde»¹³⁸.

San Francisco de Asís fue un gran propagador del espíritu de infancia y simplicidad. San Buenaventura insiste en la humildad y la simplicidad para entrar en el reino de los cielos. Alusiones a la infancia espiritual se encuentran en Ángela de Foligno, Taulero y Ruysbroeck, pero con Juliana Norwich la doctrina adquiere mayor consistencia. El español Miguel de Medina escribe un tratado sobre la infancia espiritual publicado en Toledo en 1570. También se hallan trazas de dicha doctrina en san Juan de la Cruz¹³⁹.

La espiritualidad de san Francisco de Sales está fuertemente centrada en el abandono del alma en Dios¹⁴⁰. El paradigma y la fuente del abandono perfecto es Cristo que, en la Cruz, se ofrece por completo al Padre. De ahí nace la filiación adoptiva del hombre que, con propiedad, puede llamar a Dios "Padre". El abandono no es una ley abstracta o teórica, es confiar la propia voluntad a un Dios que es Padre.

La filiación divina ilumina la doctrina del abandono en la providencia, una filiación que adopta con frecuencia el cauce de la infancia espiritual. A este respecto, Viller afirma que «el abandono es concebido por san Francisco de Sales como un espíritu de infancia»¹⁴¹. En efecto, san Francisco compara este abandono con la actitud del niño pequeño en brazos de su madre¹⁴².

La infancia espiritual es un camino por el que el alma vive el abandono de Cristo en la Cruz a través de la sencillez y la humildad. En este sentido, san Francisco de Sales hace una lectura particular del pasaje de Mateo 10,15:

«Si no os hacéis como niños por la simplicidad, la humildad y la dulzura, no entraréis en el reino de mi Padre (...) ¡Qué bella cosa es

¹³⁸ Cfr. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Sermón sobre la conversión de San Pablo* (PL 183, 365ab).

¹³⁹ Cfr. C. GENNARO, *Infancia Espiritual*, o.c., p. 306.

¹⁴⁰ Cfr. P. SEUROET, *François de Sales (saint)*, en *DSp*, t. 5, Beauchesne, París 1969, c. 1087.

¹⁴¹ Cfr. M. VILLER, *Abandono*, en *DSp*, t. 1, c. 21.

¹⁴² Cfr. P. SEUROET, *François de Sales (saint)*, o.c., c. 1088.

ser dulce y condescendiente con todos! No sólo los santos nos han enseñado la práctica de la sumisión de nuestra voluntad, también nos la enseña Nuestro Señor con la palabra y con el ejemplo. Cuando el Maestro nos aconseja la abnegación de sí, no quiere otra cosa sino que renunciemos siempre a nuestra voluntad, a la opinión propia, para seguir la voluntad de Dios»¹⁴³.

De esta manera relaciona de modo directo el hacerse como niños y el seguimiento de la voluntad divina. A través de la infancia espiritual, el alma simple alcanza el grado más alto del abandono: la unidad con la Voluntad divina, fin último de su existencia¹⁴⁴.

Detengámonos ahora en la enseñanza de santa Teresa de Lisieux reconocida maestra en esta doctrina¹⁴⁵.

Toda la espiritualidad de la Santa está fundamentada en su extraordinaria humildad y sencillez. El camino de infancia espiritual pone delante el amor, la confianza y el abandono de una criatura que se siente pequeña ante Dios, y esa persuasión se convierte en fuente caudalosa de vida espiritual. La humildad es una de las características fundamentales de esta vía¹⁴⁶.

El “caminito de infancia” de santa Teresita busca la santificación del momento presente, sin pensar para nada en el pasado ni en el porvenir, con un continuo identificarse con la voluntad de Dios y un sí pronto y alegre a cuanto Él disponga. En definitiva, un vivir la vida minuto por minuto en actitud de *fiat* permanente¹⁴⁷.

La vida de la gracia es también fruto de la colaboración humana; dicha colaboración que normalmente se indica con la expresión «búsqueda de la santidad», para santa Teresa de Lisieux tiene como bases fundamentales el

¹⁴³ SAN FRANCISCO DE SALES, *Conversaciones espirituales, o.c.*, p. 676.

¹⁴⁴ Cfr. C. VILLAR LÓPEZ, *La simplicidad en San Francisco de Sales*, Edusc, Roma 2007, p. 215.

¹⁴⁵ Cfr. C. GENNARO, *Infancia Espiritual, o.c.*, p. 306.

¹⁴⁶ Cfr. P. ADNÈS, *Humilité, o.c.*, c. 1182.

¹⁴⁷ Cfr. A. ROYO MARÍN, *Santa Teresa de Lisieux. Doctora de la Iglesia, o.c.*, p. 88.

amor y la humildad, ya que son esos dos elementos los que adaptan perfectamente la criatura a la acción del amor y de la misericordia divina¹⁴⁸.

Una de las máximas ambiciones de santa Teresa fue pasar oculta. Manifestaba este deseo, consciente de que para la santidad es necesario «escondese y practicar la virtud»¹⁴⁹.

Otro de los aspectos que destaca la espiritualidad de santa Teresa es la importancia que otorga a las cosas pequeñas. El amor es lo que da valor y excelencia a los actos insignificantes¹⁵⁰:

«Con frecuencia mira más Dios estas acciones insignificantes de un alma débil, estas pequeñas nonadas, como coger una paja o un alfiler por su amor, que otras obras magnificas. (...). No es la grandeza ni aun la santidad de la obra en sí misma, lo que vale a sus ojos, sino solamente el amor con que se hace, y nadie puede decir que no puede dar esas pequeñas cosas al buen Dios, porque están al alcance de todos»¹⁵¹.

En la base de esta doctrina se encuentra la idea –presente en la enseñanza de diversos santos¹⁵²– de que, para la santidad, es prioritario el amor respecto a la materialidad de las obras. Teresa comprende que la debilidad humana no es obstáculo a la santidad, y que para santificarse basta colaborar generosamente con la gracia que Dios ofrece a todas las almas de buena voluntad. La santidad no está en relación directa con los

¹⁴⁸ Como bibliografía básica remitimos a: A. COMBES, *Introducción a la espiritualidad de santa Teresa del Niño Jesús*, Desclée, Bilbao 1960; F-M. LÉTHEL, *L'Amore di Gesù. La cristologia di Teresa di Gesù Bambino*, Libreria Editrice Vaticana, Roma 1999.

¹⁴⁹ SANTA TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma, o.c.*, Manuscrito A, c. IV, en *Obras completas, o.c.*, p. 64.

¹⁵⁰ Cfr. A. ROYO MARÍN, *Santa Teresa de Lisieux. Doctora de la Iglesia, o.c.*, p. 98.

¹⁵¹ E. SERRA, *El camino de infancia espiritual*, Balmes, Barcelona 1946, p. 54.

¹⁵² «El Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen» (SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas del Castillo Interior, o.c., Séptimas moradas*, c. 4, n. 15, p. 585.); «Es más precioso delante de Dios y del alma un poquito de este puro amor y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas» (SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, canción 28 (29), L. DEL SSMO. SACRAMENTO (ed.), BAC 15, Madrid 1991, p. 855); pueden verse otros textos y otros autores en: E. HENNESSEY, *La noción de "cosas pequeñas" en cuatro autores espirituales del "Siglo de Oro" español*, Edusc, Roma 2009.

esfuerzos humanos, aunque son necesarios, sino con la acción santificante y misericordiosa de Dios¹⁵³.

Para santa Teresa la santidad requiere hacerse humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra flaqueza, confiados, hasta la audacia, en su bondad, y delicadamente atentos a obedecerle y complacerle en todo¹⁵⁴:

«No tengo otra forma de demostrarte mi amor que arrojando flores, es decir, no dejando escapar ningún pequeño sacrificio, ni una sola mirada, ni una sola palabra, aprovechando hasta las más pequeñas cosas por amor»¹⁵⁵.

Podríamos resumir que para Teresa de Lisieux, la infancia espiritual se reduce a estos tres puntos básicos: conocimiento de la propia miseria, confianza en el amor y en la acción santificante de Dios hasta la audacia, colaboración generosa a la gracia¹⁵⁶.

El *Caminito de infancia espiritual* del Padre Gabriel Martín¹⁵⁷ ofrece una síntesis de la “pequeña vía”, del *caminito* de santa Teresita. Comienza por explicar que la infancia espiritual –que ahonda sus raíces en el Bautismo– consiste en la consideración de Dios como un Padre que está próximo a sus hijos y en la relación con Él como niños¹⁵⁸. Las características de los niños son vistas como imágenes de las virtudes cristianas que son propias de la infancia espiritual: su pequeñez y flaqueza, la pobreza, la sencillez, la absoluta confianza, el abandono, el amor, son las virtudes propias de la infancia espiritual¹⁵⁹, según el autor.

¹⁵³ Cfr. C. GENNARO, *Infancia Espiritual*, o.c., p. 307.

¹⁵⁴ E. SERRA, *El camino de infancia espiritual*, o.c., p. 52.

¹⁵⁵ SANTA TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, Manuscrito B, c. IX, en *Obras completas*, o.c., p. 263.

¹⁵⁶ Cfr. C. GENNARO, *Infancia Espiritual*, o.c., p. 307.

¹⁵⁷ R.P. MARTÍN, *El caminito de infancia espiritual según la vida y los escritos de la Beata Teresita del Niño Jesús*, Librería Católica de Rafael Casulleras, Barcelona 1924. Utilizamos esta obra porque presenta un buen resumen de la doctrina de santa Teresita y, además, porque san Josemaría la leyó y habla de ella en sus Apuntes como de un libro que le hizo mucho bien (cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica*, o.c., p. 915).

¹⁵⁸ Cfr. *ibid.*, pp. 2-3.

¹⁵⁹ Cfr. *ibid.*, pp. 6-7.

Ser pequeños y débiles delante de Dios equivale a ser humildes, con humildad de corazón: considerar que lo que se tiene de bueno es de Dios, y reconocer la incapacidad de llegar a la santidad por las propias fuerzas. De ahí que no se perturben con su pequeñez. Santa Teresita decía, usando el lenguaje de san Pablo, que no se afligía viendo la propia flaqueza, sino que se gloriaba en ella y esperaba descubrir en sí nuevas imperfecciones todos los días¹⁶⁰. Los niños son pobres, saben que no tienen nada suyo –a no ser la propia fragilidad–. Todo es de sus padres, que les van dando lo que necesitan. Santa Teresita afirmaba que lo que agradaba a Jesús en su alma era ver cómo amaba su pequeñez y su pobreza y la esperanza ciega en su misericordia¹⁶¹. De ahí que la confianza en Dios nunca sea excesiva, ni tampoco el amor y el abandono, por ser Dios tan bueno¹⁶². El amor es propio de este camino¹⁶³; finalmente, todo en él lleva al abandono. Son estas las varias virtudes del camino de infancia, tal como lo presenta el libro del Padre Martín.

A.8. Humildad, contrición y reparación

La relación de la humildad con la contrición y la reparación es una constante en la tradición de los maestros de vida espiritual que, desde san Agustín a nuestros días, frecuentemente citan y comentan los pasajes de la Sagrada Escritura en los que esa relación aparece de modo explícito, como en el Salmo 51[50], 3-4, 19: «Ten misericordia de mi, Dios mío, según tu bondad; según tu inmensa compasión borra mi delito. Lávame por completo de mi culpa, y purifícame de mi pecado (...). Un corazón contrito y humillado, Dios mío, no lo desprecias».

Entre los autores en quienes es central esta idea, se encuentran los que difunden en el siglo XX la devoción al Amor Misericordioso, que –como veremos más adelante– san Josemaría conoció y estimó. Por eso nos vamos

¹⁶⁰ Cfr. *ibid.*, pp. 10-12.

¹⁶¹ Cfr. *ibid.*, pp. 13 y 15-24.

¹⁶² Cfr. *ibid.*, pp. 25-44.

¹⁶³ Cfr. *ibid.*, pp. 45-63ss.

a limitar a hablar de ellos, aunque ciertamente no son los únicos en los que está presente la relación entre humildad, contrición y reparación.

Los orígenes de la devoción al Amor Misericordioso de Dios y la doctrina espiritual que está en su base, se remontan, en la época moderna, al mensaje de santa Margarita María de Alacoque (1647-1690), religiosa de la Orden de la Visitación, que impulsó el culto al Sagrado Corazón de Jesús, ya presente en Centroeuropa en los siglos precedentes. Manifestación importante de esta devoción es la expiación de los pecados. Y una forma de la expiación es el ofrecimiento a Dios como víctima, cuya difusión se debe en gran parte a santa Teresa de Lisieux. En este contexto, otra religiosa francesa de la Visitación, Maria Teresa Desandais (1876-1943), dio origen a la "Obra del Amor Misericordioso", que se extendió notablemente en España a lo largo del primer tercio del siglo XX con la difusión de sus escritos publicados en la revista "La Vida sobrenatural", dirigida por el P. Juan González Arintero¹⁶⁴.

El mensaje del Amor Misericordioso tenía un carácter universal y pretendía llegar a cualquier cristiano con independencia de su edad, estado y condición¹⁶⁵. Para los católicos españoles, en torno a 1930, era una llamada a la oración, a la reparación por los pecados, y por tanto a la contrición y a la humildad, con la confianza en Dios, en aquellos momentos de incertidumbre tan cercanos a lo que después fue una gran persecución religiosa¹⁶⁶.

En uno de los primeros escritos de Desandais se encuentra este pasaje:

«[Jesús] quiere que llamemos a Dios nuestro Padre, y que seamos sus verdaderos hijos... para ello, es preciso tener fe viva en el Padre, acudir a Él como hijos amantes, respetuosos, sumisos... como niños que se dan cuenta del amor de su Padre (...) que no buscan sino el dar gusto a su Padre... *que llevan en sí los rasgos y fisonomía de Él

¹⁶⁴ Cfr. F. REQUENA, *Católicos, devociones y sociedad durante la dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República. La Obra del Amor Misericordioso en España (1922-1936)*, Biblioteca Nueva, Madrid 2008.

¹⁶⁵ Cfr. P.M. SULAMITIS, *La Obra del Amor Misericordioso*, La Tipográfica, Vergara 1932, p. 18.

¹⁶⁶ Cfr. IDEM, *La Obra del amor Misericordioso (II)*, en «La Vida Sobrenatural» n. 69 vol. 12 (1926), p. 257.

(...) que pareciéndose a Él, son su gloria y su alegría, y aman asimismo a sus hermanos, hijos también de este buen Padre. ¿Soy yo para mi buen Padre un verdadero hijo, un buen hijo?»¹⁶⁷.

Toda una exhortación a vivir como hijos de Dios y precisamente como hijos pequeños. La infancia espiritual vivida de forma particular por santa Teresita (aunque en ella no está en primer plano la filiación –sin estar ausente–, sino la conciencia de ser “pequeña criatura”), fue utilizada como apoyo fundamental en los escritos de Desandais¹⁶⁸. A partir de esta espiritualidad nace una confianza y un mayor conocimiento del amor de Dios, con un acento en su misericordia que viene al encuentro de nuestra miseria perdonando los pecados a quien vuelve a Él, como el hijo pródigo (cfr. Lc 15, 11-32), con un corazón “contrito y humillado” (cfr. Sal 51, 19):

«[Jesucristo] Nos enseña que nosotros, pobres pecadores, no le recibiremos en nosotros, con la ayuda de la gracia, sino por la fe, personificada en Abraham, y por la contrición y la humildad»¹⁶⁹.

La fe es la primera premisa para llegar a Dios y para corresponder y abrirse a las enseñanzas de Cristo. La doctrina del Amor Misericordioso muestra la fe como lo que es, don de Dios que el creyente ha de pedir con humildad, ya que sin ella la sola razón no es capaz de acceder al sentido pleno de las realidades sobrenaturales. Ha de ser, pues, pedida y custodiada con humildad.

«La fe es un don de Dios, que debemos tener en grande estima y debemos guardar con mucha humildad y oración. No temamos mendigar el don de la fe, su conservación y acrecentamiento para nosotros y para las almas»¹⁷⁰.

A la luz de la fe, la humildad consiste en el «conocimiento íntimo y profundo de nuestra nada y bajeza, pero también en el conocimiento de los

¹⁶⁷ IDEM, *Centellitas. El don de Dios o sea secretos del amor divino*, Fides, Salamanca 1933, p. 33.

¹⁶⁸ Cfr. P. VERDEJA FERNÁNDEZ, *Aproximación teológica al mensaje de María Teresa Desandais sobre el amor misericordioso difundido en España*, Cuadernos Doctorales de la Facultad de Teología, n. 58, Universidad de Navarra. Servicio de Publicaciones, Pamplona 2011, p. 453.

¹⁶⁹ IDEM, *Jesucristo, meditaciones sobre el Evangelio I*, La Rafa, Madrid 1934, p. 180.

¹⁷⁰ P.M. SULAMITIS, *Jesucristo, meditaciones sobre el Evangelio II*, La Rafa, Madrid 1932, p. 211.

designios de Dios sobre nosotros; en el conocimiento de nuestra nada y en el conocimiento del don de Dios a cada uno de nosotros»¹⁷¹.

De ese conocimiento surge la convicción de que sin Él nada podemos alcanzar (cfr. Jn 15, 5), es decir, la confesión de la propia indigencia ante Dios que es elemento esencial de la humildad.

La humildad y la pequeñez de niños están en el centro de la vida interior.

«Seamos pequeños y sencillos porque los pequeños hallan siempre el camino de su Corazón. Seamos pequeños para ser tratados como pequeños (...) seamos humildes y pequeños pensando antes que en la santificación ajena en la propia»¹⁷².

En lo más profundo de esa indigencia se encuentra el reconocimiento del pecado y la realidad de la contrición que lleva a acudir con humildad a la misericordia divina –al amor misericordioso– en petición de perdón y con deseos de reparación y de expiación.

Tales son los rasgos de la vida cristiana más desarrollados en los escritos de Desandais, rasgos que, como se ve, están penetrados de la conciencia de la filiación divina¹⁷³.

«Hijo soy del querer divino; de la substancia de esta idea debo vivir; ese divino querer realizándose en mi existencia me hace, de hecho, hijo de Dios por la gracia, por el amor y por la fe. No necesitó el señor de mi consentimiento para ser mi padre; pero para ser yo hijo suyo y para que como a tal me mire, debo corresponder a sus bondades»¹⁷⁴.

¹⁷¹ IDEM, *Jesucristo, meditaciones sobre el Evangelio IV*, La Raha, Madrid 1935, p. 260.

¹⁷² IDEM, *Jesucristo, meditaciones sobre el Evangelio II*, o.c., p. 178.

¹⁷³ Por este motivo, como veremos en el capítulo siguiente, san Josemaría se encontró en sintonía con la doctrina del amor misericordioso, aunque muy pronto tomara las distancias de algunos aspectos, concretamente del "ofrecimiento como víctima", que no era compatible con la espiritualidad laical y secular que predicaba.

¹⁷⁴ *Ibid.*, p. 53.

La filiación divina, y en concreto la infancia espiritual, es el punto de partida por el que el cristiano entabla la relación con Dios, por medio de Jesucristo.¹⁷⁵

El itinerario que proponía la Obra del Amor Misericordioso era: conocer a Cristo, amarle, imitarle y ofrecerse con Él. Este ofrecimiento como víctima remite, también, a la doctrina espiritual de santa Teresa de Lisieux. Continuamente se afirma que Cristo es la única víctima verdadera y que lo importante del ofrecimiento es la identificación con Él¹⁷⁶.

El misterio de la Cruz es triunfo de la humildad de Cristo, «para confundir y expiar el orgullo del hombre y enseñarle con sus palabras y ejemplos la verdadera humildad»¹⁷⁷.

Otra de las características es que el ofrecimiento tiene que ser oculto y que busca una entrega en lo pequeño¹⁷⁸. El ejemplo de María, y de san Juan Bautista son propuestos como modelo de vivir en Cristo y para Cristo: dejarse hacer por el amor de Dios, ocultarse para acercarse a los demás al Creador fueron sus máximas en sus vidas. En esta humildad, en el servicio callado a los demás quiere apuntalar esta doctrina su presentación de las enseñanzas de Cristo¹⁷⁹.

«Que sepamos olvidarnos de nosotros mismos para pensar en la gloria de Jesús y que nuestra única ambición sea prepararle el camino en las almas por la oración, el sacrificio, dilatándolas en el amor»¹⁸⁰.

¹⁷⁵ Cfr. P. VERDEJA FERNÁNDEZ, *Aproximación teológica al mensaje de María Teresa Desandais sobre el amor misericordioso difundido en España*, Cuadernos Doctorales de la Facultad de Teología, o.c., p. 437.

¹⁷⁶ Cfr. F. REQUENA, *San Josemaría Escrivá de Balaguer y la devoción al Amor Misericordioso (1927-1935)*, en «Studia et Documenta» 3 (2009), p. 147.

¹⁷⁷ P.M. SULAMITIS, *Jesucristo, meditaciones sobre el Evangelio II*, o.c., p. 217.

¹⁷⁸ Cfr. F. REQUENA, *San Josemaría Escrivá de Balaguer y la devoción al Amor Misericordioso (1927-1935)*, o.c., pp. 146-148.

¹⁷⁹ Cfr. P. VERDEJA FERNÁNDEZ, *Aproximación teológica al mensaje de María Teresa Desandais sobre el amor misericordioso difundido en España*, Cuadernos Doctorales de la Facultad de Teología, o.c., p. 475.

¹⁸⁰ P.M. SULAMITIS, *Jesucristo, meditaciones sobre el Evangelio II*, o.c., p. 256.

B. LA HUMILDAD EN AUTORES DEL SIGLO DE ORO ESPAÑOL

Abandonamos ahora, como hemos señalado al principio, la descripción temática. Nos adentramos en la enseñanza de seis maestros espirituales del siglo XVI español. Nos ha parecido que, en este caso, exponer esa doctrina por autores y no por temas, ayuda más a entender la importancia que tienen en la enseñanza de san Josemaría¹⁸¹.

Después de la Sagrada Escritura y los Padres de la Iglesia, el autor que más cita san Josemaría es santo Tomás de Aquino, seguido de santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz. Además de estos dos Doctores de la Iglesia, profesaba una gran devoción personal a san Ignacio de Loyola que, junto a otros, aparece frecuentemente en *Camino* –la obra más conocida de san Josemaría– como figura eminente de santidad¹⁸². También sabemos que leía con frecuencia otros clásicos de espiritualidad como san Juan de Ávila o fray Luis de Granada¹⁸³ y durante los años de seminario en Zaragoza, leyó el *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas* de Alonso Rodríguez¹⁸⁴. Era este un libro de gran influencia en los seminarios de la época. San Josemaría se sirvió de él, a veces, para su predicación¹⁸⁵.

En las primeras décadas del siglo XX, la difusión del Movimiento Místico¹⁸⁶ en España impulsó las ediciones de las obras de los grandes

¹⁸¹ Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 94; R. HERRANDO, *El seminario de S. Francisco de Paula, o.c.*, p. 124; P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 225.

¹⁸² Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 225.

¹⁸³ Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 94.

¹⁸⁴ Cfr. R. HERRANDO, *El seminario de S. Francisco de Paula, o.c.*, p. 76.

¹⁸⁵ En unos ejercicios espirituales que predicó en el seminario de Valencia en 1941 decía: «Yo entiendo que para hacer labor en las almas, es preciso repetir, insistir, “machacar”. Hay un autor espiritual (el P. Alonso Rodríguez) que mucho insiste en sus cosas, y le llaman el Padre Machaca: ¡ha hecho mucho bien a las almas!» (Plática del día 4, Valencia 6-XI-1940; notas tomadas por Vicente Moreno, sacerdote.). Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 396, nota 129.

¹⁸⁶ «Ha dado en llamarse así a la rica floración de obras, de artículos y de revistas sobre temas místicos, que polarizaron la literatura espiritual de los tres primeros decenios. (...) Movimiento místico designa, por tanto, la orientación mística no sólo del estudio de la

autores: santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, fray Luis de Granada, san Ignacio de Loyola, etc.; el incremento de las traducciones de libros de espiritualidad de otras lenguas, principalmente el francés; y la proliferación de congresos y revistas¹⁸⁷. Fueron precisamente los años de la adolescencia y juventud de san Josemaría, etapa de maduración en su formación humana y sobrenatural. Muchos de estos autores los estudió en el Seminario en el primer cuarto del siglo XX¹⁸⁸.

B.1. San Ignacio de Loyola

En la espiritualidad ignaciana, la virtud de la humildad es la actitud fundamental que capacita a la persona para que alcance su fin, que es «alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima»¹⁸⁹. La humildad es objetivo central de quienes hacen los Ejercicios¹⁹⁰ y es una característica que deben buscar los que entran en la Compañía. Para san Ignacio, la esencia de la humildad consiste en centrarse en el otro, disponer el corazón fuera de su propio interés para que, olvidándose de sí, se entregue a Jesús, a su vida y misión. Para enmendar y reformar la propia vida, dice san Ignacio, «piense cada uno, que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interés»¹⁹¹. La humildad está íntimamente unida a la “indiferencia” hacia todo para el mayor servicio de Dios¹⁹².

ciencia espiritual sino también de la piedad vivida» (C. GARCÍA, *Corrientes nuevas de teología espiritual*, Studium, Madrid 1971, p. 14).

¹⁸⁷ Cfr. F. REQUENA, *Espiritualidad en la España de los años veinte*, Eunsa, Pamplona 1999, p. 31.

¹⁸⁸ El orden de exposición obedece sólo a una relación cronológica según la fecha de la muerte de cada uno de los autores.

¹⁸⁹ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, o.c., p. 161.

¹⁹⁰ La obra más famosa del fundador de la Compañía de Jesús es *Ejercicios Espirituales*, escrita en París en 1534. Esta obra ha contribuido al crecimiento espiritual de innumerables fieles a lo largo de los siglos y hasta nuestros días.

¹⁹¹ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, o.c., p. 196.

¹⁹² El concepto “indiferencia” es muy característico de la ascética de san Ignacio de Loyola, que lo sitúa en el “principio y fundamento” de los Ejercicios: «*Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido*» (*ibid.*, pp. 63ss.). La indiferencia en los Ejercicios es, principalmente, en orden a la “elección” en función del fin: «*Segundo: es menester tener por*

En la espiritualidad ignaciana la humildad es una virtud central para quienes quieran seguir a Cristo con gozo y fervor¹⁹³. Es la base para el crecimiento de las demás virtudes morales:

«Considerando el ejemplo de Cristo...El primer punto es considerar cómo Cristo Nuestro Señor se pone en lugar humilde...segundo a deseo de oprobios y menosprecios, porque de éstas dos cosas se sigue la humildad...tercero, humildad contra la soberbia: y de estos tres escalones induzcan todas las otras virtudes»¹⁹⁴.

San Ignacio define tres maneras de humildad; la primera es la menos perfecta y consiste en cumplir en todo la ley de Dios hasta el martirio, la segunda es aceptar lo que venga sin desear ni lo uno ni lo otro: honor o deshonor, riqueza o pobreza, etc.; y la tercera forma, la más perfecta, es elegir la pobreza, el oprobio, la humillación, etc.¹⁹⁵, definida como la participación y asimilación de los sufrimientos y alegría de Jesucristo hasta llegar a la identificación de su querer y voluntad¹⁹⁶.

El ejercitante es conducido hacia una serie de meditaciones con el fin de prepararle para elegir la entrega total a Cristo. Las tres maneras de la humildad parecen ser una especie de fundamento destinado a sostener la decisión del ejercitante sobre cómo ser un discípulo de Jesús¹⁹⁷.

En la espiritualidad ignaciana el examen, tanto general como particular, es siempre un medio, ante todo, de lucha contra los propios defectos; luego, para controlar y medir el progreso espiritual. Es medio de conocimiento propio, primer paso de la humildad. Tiene como dos vertientes complementarias: corregir los defectos o reformar la vida y conseguir las

objeto el fin para que soy criado, que es para alabar a Dios nuestro Señor y salvar mi ánima; y con esto hallarme indiferente sin afeción alguna desordenada, de manera que no esté más inclinado ni afectado a tomar la cosa propuesta, que a dexarla, ni más a dexarla que a tomarla» (ibid., p. 15).

¹⁹³ Cfr. L. FULLAM, *Humildad*, en J. GARCÍA DE CASTRO (dir.), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, 2, Ediciones Mensajero, Bilbao 2007, p. 957.

¹⁹⁴ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, o.c., pp. 187-188.

¹⁹⁵ Cfr. *ibid.*, pp. 191-192.

¹⁹⁶ Cfr. P. IPARRAGUIRRE, *Introducción a los Ejercicios Espirituales de san Ignacio*, en SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, o.c., p. 137.

¹⁹⁷ Cfr. DALEY, B., *To be More Like Christ: "The Background and Implications of three Kinds of Humility"*, en «Seminar on Jesuit Spirituality» 27 (1995), p. 26.

virtudes. Lleva a practicar las virtudes particulares poniendo el esfuerzo necesario. Esfuerzo que no equivale a considerar las virtudes morales como fin en sí mismas y a olvidar el primado de la caridad y su ser alma de toda la lucha ascética. El empeño directo en corregir los defectos y cultivar las virtudes no debe hacer olvidar el papel decisivo de la gracia divina, que inspira, sostiene y corona cualquier intento humano. Sin olvidar el papel decisivo de las virtudes teologales, la espiritualidad ignaciana da especial énfasis y alcance a las virtudes morales¹⁹⁸.

Como tantos otros autores espirituales, previene contra la falsa humildad que paraliza el obrar de las personas, convirtiéndolas en pusilánimes por tener poca confianza en Dios¹⁹⁹.

La imitación de Jesús es central en la referencias de san Ignacio a la humildad en las *Constituciones* de la Compañía de Jesús. La humildad junto a la abnegación, la caridad y la obediencia forma un «haz de virtud» en el que reside la perfección²⁰⁰.

Más adelante algunos sucesores de san Ignacio al frente de la Compañía de Jesús –Juan Roothaan²⁰¹ (1830) y Pedro Beckx²⁰² (1864) –

¹⁹⁸ La síntesis de la ascesis ignaciana está extraída de M. NICOLAU, *La ascesis ignaciana*, en «Manresa» 30 (1958), pp. 129-148.

¹⁹⁹ En una carta referida a un jesuita, que se sentía incapaz de acometer una tarea, escribe: «...y guárdese de tanto quererse humillar que llegue a dar lugar al espíritu de pusilanimidad. Los dones de Dios no se deben estimar poco...Cuanto a la ceguera o aridez de espíritu, que le parece encontrar en sí, puede fácilmente proceder de la desconfianza o pusilanimidad» (SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Carta al P. Felipe Leerno*, 30.XII.1553, en *Obras completas, o.c.*, p. 857).

²⁰⁰ Cfr. L. FULLAM, *Humildad, o.c.*, p. 961. Los jesuitas de la primera generación fueron a veces acusados de simular humildad y pobreza con la esperanza de captar un obispado o alguna otra dignidad. Hacia 1543 tal insinuación vino de labios del Marqués de Aguilar, embajador en Roma del emperador Carlos V, san Ignacio, entonces, «quitándose el bonete y hecha la señal de la Cruz, hizo voto delante del marqués de no aceptar dignidad que se le diese fuera de la Compañía, si no fuese constreñido a tomarla del Vicario de Cristo Nuestro Señor so pena de pecado...El mismo voto entiendo que hizo otra vez delante de un cardenal». (Según testimonio de Pedro de Ribadeneyra recogido en SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Constituciones*, nota a pie de página al nº 817, en *Obras Completas, o.c.*, p. 559).

²⁰¹ «No ignoráis, ..., cuántas veces se ha cacareado que, aunque muy amantes de la humildad privada, en corporación y cuando se trata de la Compañía son tan soberbios, que desprecian fácilmente a los de fuera, atenúan sus méritos, miran con envidia sus

señalaron el peligro de una soberbia corporativa, aún cultivando la humildad personal²⁰³. Con todo, este sentido de humildad corporativa no excluye la defensa de la Compañía contra injustos ataques y calumnias, la publicación de obras objetivas y científicas de la historia de la Compañía, o la promoción del culto de los santos jesuitas²⁰⁴.

triumfos, y apenas estiman en algo cosa que no sea hecha por los suyos,...(...) ...si tratándose de cada uno en particular, sería esto vergonzoso y reprehensible delante de Dios, ¿podrá alguno persuadirse que comenzará a ser lícito con sólo hacerlo en nombre de la Compañía, y que en ello le muestra a esta amor? (...)¿No es verdad que debemos alegrarnos y congratularnos de todo lo que se hace a gloria de Dios, sea quien quiera el que lo hace? He querido traer a la memoria estos puntos, que también en estos tiempos, en que reina por todas partes el espíritu de envidia, se echan en cara a los nuestros, para que con mayor cuidado procuren todos evitar aun la apariencia de soberbia o envidia; amen y veneren a todos los que trabajan en promover y defender la causa de Dios, en cualquier parte que se hallen; abracen con la veneración que merecen y con sincero afecto a los hijos de cualquier otra orden religiosa, y en fin se acuerden que la humildad y caridad son las principales glorias de la Compañía.» (J. ROOTHAAN, *Del amor de la Compañía y de nuestro Instituto*, en AA. VV., *Cartas Selectas de los Padres Generales*, Imprenta Privada, Oña 1917, pp. 175-176).

²⁰² «No rehuyamos los ministerios humildes...busquémoslos con gusto, abracémoslos con afán, ni enorgullecidos con vano orgullo, por ser miembros de una Compañía que tantos y tan preclaros varones ha engendrado, nos prefiramos a los demás. Antes bien, bajo el peso de tantas adversidades, humillémonos, (...), reconociendo nuestras imperfecciones, no despreciando a nadie, sino es cada uno a sí mismo, (...). Esta fue en realidad la única razón por la que nuestro bienaventurado Padre Ignacio deseó que se llamase "mínima" a esta su Compañía, el que todos y cada uno de sus hijos cultivásemos con intensidad la virtud que es como base y fundamento de todas las demás, la virtud de la humildad. Y si fue voluntad del mismo Santo Padre, que todos con ardor deseásemos las ocasiones de ejercitar esta virtud, y en cuanto fuere posible las buscásemos con solicitud, como los mundanos buscan con tanta diligencia honores y estimación de mucho nombre; ¿qué debemos sentir de la ocasión, que por inescrutable disposición del Señor nos ofrecen muy singularmente los actuales tiempos? Humíllanos nuestro Señor con las adversidades, para que aunque sea a la fuerza aprendamos a ser humildes" (P. BECKX, *De nuestro espíritu en las actuales persecuciones*, en *ibid.*, pp. 261-262. P. Becks fue General de la Compañía entre 1853 y 1887).

²⁰³ Cfr. I. PÉREZ DEL VISO, *La "mínima" Compañía*, en «Stromata» 47 (1991), pp. 105-143.

²⁰⁴ Cfr. *ibid.*

B.2. San Juan de Ávila

También en san Juan de Ávila, encontramos que el conocimiento propio lleva a ser humildes, y la humildad a ser conscientes de la dependencia de Dios, a sentir necesidad de Él²⁰⁵. Como regla general afirma el Maestro:

«Los ojos del cuerpo basta que miren la tierra en que se han de tornar, y que miren el cielo donde está el deseo de su corazón»²⁰⁶.

Este mirar ha de enfocarse a dos puntos clave: al conocimiento propio y al conocimiento de Dios. Siguiendo el “socratismo cristiano” de cuño agustiniano, presenta la dinámica espiritual como proceso de confrontación entre el conocimiento propio y el conocimiento de Cristo: a medida que se descubre la miseria propia crece la estima por Cristo; a la inversa, cuanto mejor se conoce a Cristo más se penetra en la propia condición, se desprecia y humilla el hombre reconociendo su bajeza²⁰⁷. Introduce la temática con esta afirmación:

«Tenéis, pues, este orden en el mirar: que primero os miréis a vos, y después a Dios, y después a los prójimos. Miraos a vos, porque os conozcáis y tengáis en poco; porque no hay peor engaño que ser uno engañado en sí mismo, teniéndose por otro de lo que es»²⁰⁸.

La necesidad del propio conocimiento se demuestra, en primer término, por los males que se siguen de su ausencia. Supone una especie de resistencia a la gracia, y Dios «se torna riguroso en echar de casa sus hijos,

²⁰⁵ «¡Bienaventurados los pobres de espíritu, los que no hallan cosa buena en sí, no tienen en sí arrimo, no en su sabor, en su discreción, no en su razón; en todo se halla pobre, en todo tiene necesidad de Dios!» (SAN JUAN DE ÁVILA, *Sermones*, 13,17, en *Obras Completas del Santo Maestro JUAN DE ÁVILA. II*, L. SALA BALUST - F. MARTÍN HERNÁNDEZ (eds.), BAC 72, 2003, p. 187). En su doctrina espiritual, dice Esquerda Bifet, «parte siempre de la bondad de Dios y de la realidad humana (personal y comunitaria), para pasar a la confianza filial y a la unión con Dios». (J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de San Juan de Ávila*, BAC 608, Madrid 2000, p. 390).

²⁰⁶ IDEM, *Audi filia*, c. 56, en *Obras Completas del Santo Maestro Juan de Ávila. I*, L. SALA BALUST - F. MARTÍN HERNÁNDEZ (eds.), F., BAC 64, Madrid 2007, p. 697.

²⁰⁷ Cfr. E. PACHO, *El apogeo de la Mística Cristiana*, Monte Carmelo, Burgos 2008, p. 747.

²⁰⁸ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi filia*, o.c., c. 57, p. 699.

porque no se conocen, pensando ser algo, y estribando sobre sus fuerzas»²⁰⁹. La falta de humildad, de temor y del celo santo son males nacidos de no conocerse bien el hombre. Al contrario, quien pone diligencia en el propio conocimiento se cimienta en la humildad y adquiere otras virtudes²¹⁰.

Considera la oración-meditación como medio privilegiado del propio conocimiento. No se contenta con apuntar normas y reglas generales. Desciende a su aplicación en una extensa serie de meditaciones propicias para progresar en el dicho conocimiento²¹¹.

En cuanto a la oración, atiende más a las disposiciones interiores que a la reglamentación. Destaca entre estas actitudes la humildad²¹². Atestigua el Maestro haber visto personas «llenas de reglas para la oración y hablar de ella muchos secretos y estar muy vacíos de la obra de ella; porque el estribar en ellas, y el acordarse de ellas en el tiempo de la oración, les quita aquella humildad y simplicidad del niño, con que en este negocio han de tratar con Dios»²¹³.

Al estilo ignaciano, como complemento de la oración, enseña que «el cotidiano examen de nuestras faltas ayuda mucho para el propio conocimiento; y de otros grandes provechos que este ejercicio del examen trae; y del provecho que nos viene de las reprensiones que otros nos dan, o el Señor interiormente nos envía»²¹⁴.

En la pedagogía de la oración de san Juan de Ávila el examen puede considerarse como una forma peculiar de oración reflexiva y a la vez como prolongación de la misma. Se coloca precisamente como medio excelente

²⁰⁹ *Ibid.*, c. 57, p. 700.

²¹⁰ Cfr. *ibid.*, caps. 57 y 58, pp. 699-703.

²¹¹ Cfr. *ibid.*, caps. 60-61, pp. 707-711.

²¹² Cfr. E. PACHO, *El apogeo de la Mística Cristiana, o.c.*, p. 757.

²¹³ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi filia, o.c.*, c. 75, p. 747. Concluye sus reflexiones sobre estas materias así: «Por tanto, quien quisiere acertar en este negocio, fúndese principalmente en humillarse a Dios y llegarse a Él como un ignorante niño y humilde discípulo a su maestro, yendo más proveído de sosegada atención para oír lo que le han de decir, que con lengua afilada para hablar» (*ibid.*, p. 481).

²¹⁴ *Ibid.*, c. 62, p. 711.

para ahondar en el propio conocimiento a la luz de la fe y del misterio de Cristo²¹⁵.

Al examen diario de la conciencia le atribuye un valor extraordinario:

«Por maravilla hallaréis cosa tan provechosa para enmienda de la vida, como tomarse el hombre cuenta de cómo la gasta, y de los defectos que hace»²¹⁶.

La finalidad específica del examen «es cavar en la propia poquedad, hasta que, quitando de vuestra estimación todo lo movedizo que tenéis, lleguéis a la firme piedra que es Dios, sobre la cual, y no sobre arena, fundaréis vuestra casa»²¹⁷. De este modo, «poco a poco veréis con la gracia de Dios lo que en vuestro corazón hay, aunque sea en los más secretos rincones»²¹⁸.

Frente a lo malo de la propia cosecha, el hombre posee lo bueno y positivo que Dios le ha concedido. No se falta al propio conocimiento ni a la humildad estimando nuestras buenas obras. Ha de servirnos de ejemplo la conducta de Cristo²¹⁹. La consideración de las grandezas y maravillas que Dios ha puesto en nuestro ser natural, y más aún en el sobrenatural, favorece el propio conocimiento y fortalece la humildad mucho más que nuestras buenas obras, realizadas gracias a la ayuda divina²²⁰.

En sus escritos aparece una expresión paradójica²²¹:

«Debemos estar siempre humillados, y con santo temor delante de Dios; más, para con el demonio, muy esforzados con la esperanza de Dios, y llenos de una *santa soberbia*»²²².

²¹⁵ «Los pies con que nuestra alma se menea son el examen y la oración. Con los primeros se va al conocimiento propio; con el segundo, al amor de Dios» (*ibid.*).

²¹⁶ *Ibid.*

²¹⁷ *Ibid.*, c. 58, p. 704.

²¹⁸ *Ibid.*

²¹⁹ Cfr. *ibid.*, c. 63, pp. 714-715.

²²⁰ Cfr. *ibid.*, caps. 64-66, pp. 723-728.

²²¹ Esta expresión ya se encuentra en la célebre carta de san Jerónimo a Eustoquio: «*Disce in hac parte superbiam sanctam!*» (*Epístula 22,16*, a Eustoquio [PL 22, 412]). Jerónimo exhorta a la joven Eustoquio a tener un santo orgullo por la llamada que Dios le ha hecho a la virginidad y a que no envidie a las casadas.

Paradoja que refleja que la seguridad del cristiano debe estar siempre anclada en su conciencia de la ayuda de Dios, con cuya gracia lo podemos todo.

En las páginas de dirección espiritual, abunda en señalar pautas para discernir la voluntad de Dios a la luz de la fe y de la prudencia. Todo aquello que proviene o conduce a la humildad y a la caridad lleva el sello de lo auténticamente divino:

«La humildad pone tal peso en la moneda espiritual, que suficientemente la distingue de la falsa y liviana moneda»²²³.

La dirección espiritual forma junto con el examen de conciencia y el discernimiento la terna que completa su enseñanza sobre la oración y el progreso espiritual. Cuanto más avanzadas son las etapas del mismo, tanto más necesario es ponerse bajo la dirección de un guía competente y experimentado. Al igual que sus contemporáneos, prefiere hablar de guías, maestros, padres de espíritu, en lugar de dirección y directores²²⁴.

Para san Juan de Ávila el camino de la santidad es la humildad. En alguna ocasión llega a decir que tener virtudes sin humildad sería peor que no tener virtudes porque el hombre caería en la vanagloria²²⁵. Citando a san Agustín dice en *Audi filia*:

«Si me preguntares cuál es el camino del cielo, responderte he que la humildad: y si por tercera vez me lo preguntares, responderte he lo mismo; y si mil veces me lo preguntares, mil veces te responderé que no hay otro camino sino la humildad»²²⁶.

Para el Maestro Ávila hay una estrecha relación entre humildad y sencillez. «Da mucha importancia a la actitud de sencillez o de “humildad” y simplicidad de niño (...) que se concreta en “humillarse a él con un afecto

²²² SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi filia*, o.c., c.29, p. 626.

²²³ *Ibid.*, c. 52, p. 688.

²²⁴ Véase el estudio de J.E. MARTÍNEZ GIL, *San Juan de Ávila, director espiritual de S. Juan de Dios*, en «Salmanticensis» 47 (2000), pp. 433-474.

²²⁵ Cfr. J. ESQUERDA BIFET, *Humildad*, en J. ESQUERDA BIFET (dir.), *Diccionario de San Juan de Ávila*, Monte Carmelo, Burgos 1999, p. 471.

²²⁶ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi filia*, o.c., c. 63, p. 672.

sencillo, como niño ignorante y discípulo humilde, pues el amar es el fin del pensar” (*Audi Filia*, c. 75)»²²⁷.

San Juan de Ávila muestra la humildad como un requisito para alcanzar la verdadera sabiduría:

«Porque no se comunica la sabiduría de Dios, sino a los pequeños y humildes, que con sencillez se llegan a Él, inclinando su oreja a Él y a su Iglesia»²²⁸.

La verdadera humildad lleva al hombre a reconocer las cosas buenas que hay en él, pero al mismo tiempo le lleva a darse cuenta de que son regalos de Dios, que no los merece, de los que no puede gloriarse. De ahí el deseo de callar, vivir oculto, pasar inadvertido. Por lo tanto, la verdadera humildad no es un simple desprecio de sí, como si nada bueno hubiera en el alma, sino conocer lo bueno que hay y darse cuenta de que Dios es el autor, emplearlos a su servicio y atribuirle a Él la gloria. El deseo de pasar oculto no es humildad en sí misma sino un modo concreto de vivirla, una manifestación práctica. Fue una de las reglas de conducta del maestro Ávila²²⁹, que rehusó honores y beneficios tanto civiles como eclesiásticos²³⁰.

Es uno de los maestros que dividió en grados la práctica de la humildad. En su enseñanza menciona cinco:

«1) El primero es que el hombre, conociendo de verdad su vileza, se menosprecie a sí mismo en la voluntad. 2) Este menosprecio muestre exteriormente en el hábito y en el andar y en ejercitarse en cosas bajas y despreciadísimas. 3) Cuando es menospreciado de otros, tenga paciencia. 4) Que en este menosprecio se alegre. 5) Que de todo corazón desee ser menospreciado de todos»²³¹.

²²⁷ J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de San Juan de Ávila*, o.c., p. 83.

²²⁸ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi filia*, o.c., c. 49, p. 642.

²²⁹ Cfr. J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de San Juan de Ávila*, o.c., p. 368.

²³⁰ Cfr. *ibid.*, 368. Se lee en *Audi Filia* c.5: «muy mal se guarda la humildad entre honras».

²³¹ SAN JUAN DE ÁVILA, *Reglas de Espíritu*, 6, en *Obras Completas del Santo Maestro Juan de Ávila*. II, L. SALA BALUST-F. MARTÍN HERNÁNDEZ (eds.), BAC 72, Madrid 2003, p. 1058.

Por último, queremos destacar que, en esta virtud, la doctrina y los ejemplos del Señor y de su Madre son el punto de referencia. Los diversos momentos de la vida del Señor son una llamada a la humildad²³²:

«Y si te acordares que está Cristo en un pesebre, ¿habrás vergüenza de ensalzarte en este mundo? Que este Niño que está en este mundo, verdad es de Dios Padre... Cuando nace, en pesebre; cuando muere, en cruz»²³³.

B.3. Santa Teresa de Jesús

Santa Teresa se basa, para dirigirse al lector con seguridad y eficacia, en su propia experiencia en la vida espiritual. En sus escritos aparecen a menudo las expresiones: «lo sé», «lo sé por experiencia» o «esto sin falta, yo lo sé». Esta capacidad de comunicar con el lector a través de su propia experiencia religiosa es uno de sus grandes méritos²³⁴.

Para ella, la humildad es situarse exactamente ante Dios y la propia conciencia. Es decir, tener conciencia de la condición de criaturas y de criatura pecadora, y obrar en consecuencia. Fue el *leit-motiv* ascético de toda su doctrina espiritual²³⁵. Para santa Teresa «humildad es andar en verdad». Esta experiencia la relata en el libro de su Vida, fruto de un “arrobamiento”²³⁶, y la concreta en las Moradas:

«Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad y púsoseme delante (...) esto:

²³² Cfr. J. ESQUERDA BIFET, *Humildad, o.c.*, p. 471.

²³³ SAN JUAN DE ÁVILA, *Sermones*, n. 4, en *Obras Completas del Santo Maestro Juan de Ávila. II*, L. SALA BALUST - F. MARTÍN HERNÁNDEZ (eds.), BAC 72, Madrid 2003, p. 62.

²³⁴ Un buen estudio sobre la doctrina de la santa es el libro escrito por R. MORETTI, *Teresa d'Avila e lo sviluppo della vita spirituale*, San Pablo, Milano 1996. Como obra biográfica de referencia hemos utilizado: EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, BAC 52, Madrid 1996.

²³⁵ Cfr. B. JIMÉNEZ DUQUE, *Teología de la Mística*, BAC 224, Madrid 1963, p. 326.

²³⁶ «Dijéronme, sin ver quién, mas bien entendí ser la misma Verdad» (SANTA TERESA DE JESÚS, *El libro de su vida*, c. 40, n. 1, en *Obras Completas*, ed. de EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS - O. STEGGINK, BAC 212, Madrid 2006⁹, p. 223).

que es porque Dios es suma Verdad y la humildad es andar en verdad»²³⁷.

Otras afirmaciones sobre la importancia de esta virtud son:

«No pierda la memoria de su ser, para que siempre esté humilde. (...). Todo este edificio (...) es su cimiento humildad»²³⁸.

«No hay [por eso] dama [alude al juego del ajedrez] que así le haga rendir, [al Señor] como la humildad (...). No puede haber humildad sin amor ni amor sin humildad»²³⁹.

Es continua su insistencia sobre la necesidad de «andar en verdad»:

«Estudiemus siempre mucho de andar en esta verdad. No digo sólo que no digamos mentira -que en eso, gloria a Dios, ya veo que traéis gran cuenta en estas casas con no decirla por ninguna cosa-, sino que andemos en verdad delante de Dios y de las gentes de cuantas maneras pudiéremos, en especial no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos y en nuestras obras dando a Dios lo que es suyo y a nosotras lo que es nuestro, y procurando sacar en todo la verdad»²⁴⁰.

La base de la humildad está en el propio conocimiento, que se adquiere contemplando a Dios. Por eso es necesario conocer a Dios, a través de Cristo que es el maestro:

«No sé si queda dado bien a entender, porque es cosa tan importante este conocernos, que no querría en ello hubiese jamás relajación, por subidas que estéis en los cielos; pues mientras estamos en esta tierra no hay cosa que más nos importe que la humildad (...). Y a mi parecer jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes (...). Por eso digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo nuestro bien y allí aprenderemos la

²³⁷ IDEM, *Moradas del Castillo Interior, o.c., Sextas moradas*, c. 10, n. 8, p. 562.

²³⁸ *Ibid.*, *Séptimas moradas*, c. 4, n. 9, p. 580.

²³⁹ IDEM, *Camino de Perfección*, en *Obras Completas*, ed. de EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS - O. STEGGINK, BAC 212, Madrid 2006⁹, c. 24, n. 2, p. 297.

²⁴⁰ IDEM, *Moradas del Castillo Interior, o.c., Sextas moradas*, c. 11, n. 7, p. 562.

verdadera humildad»²⁴¹. «El modelo es “la humildad del buen Jesús”, “vestido de nuestra tierra” y enviado a vivir nuestra existencia»²⁴².

Santa Teresa es, ante todo, maestra de oración. Para ella la humildad es la base de la oración, que es cuestión de amor, pero un amor no reducido a sentimiento sino con obras de «servir con justicia y fortaleza de alma y humildad»²⁴³.

Esta virtud debe estar presente en todos los estadios de la oración. En lo relativo a las gracias “sobrenaturales” especiales, como visiones, revelaciones, éxtasis, etc., reconoce que es más perfecto no pedir las, pero le parece lícito hacerlo y confiesa haberlo hecho alguna vez²⁴⁴. Los favores divinos «despiertan la fe y la fortalecen», y recibidos con humildad ayudan a realizar grandes cosas por Dios²⁴⁵.

La vida espiritual se asienta, según santa Teresa, sobre dos pilares: oración y mortificación. Mortificación no es simple ejercicio de penitencia; abarca todo lo que atañe a la práctica de las virtudes, que es la forma concreta de seguir a Cristo²⁴⁶. Penitencia y mortificación no son fin en sí mismas; tienen que ser «discretas y concertadas»²⁴⁷; son medios para conseguir la abnegación interior y dominar el amor propio, aspectos de la humildad²⁴⁸.

La humildad teresiana no nos hace perder nuestra personalidad debida; al revés, es la única manera de adquirirla. La humildad no es apocamiento, a pesar de los fracasos; si el alma se esfuerza, poco a poco, puede llegar a donde llegaron muchos santos; sería entender mal la humildad no tener grandes deseos y no querer imitar a los santos y no desear ser mártires; la humildad tampoco es tener cara triste²⁴⁹. La

²⁴¹ IDEM, *Moradas del Castillo Interior, o.c., Primeras moradas*, c. 2, n. 8, p. 478.

²⁴² Cfr. IDEM, *Camino de Perfección, o.c.*, c. 45, n. 3, p. 346.

²⁴³ IDEM, *El libro de su vida, o.c.*, c. 11, n. 13, p. 74.

²⁴⁴ Cfr. *ibid.*, c. 9, n. 9, p. 65.

²⁴⁵ Cfr. E. PACHO, *El apogeo de la Mística Cristiana, o.c.*, p. 1098.

²⁴⁶ Cfr. SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de Perfección, o.c.*, c. 10, n. 5; c. 15, n. 3, pp. 265 y 279.

²⁴⁷ Cfr. *ibid.*, c. 39, n. 3, p. 333; IDEM, *Moradas del Castillo Interior, o.c., Terceras moradas*, c. 2, n. 7, p. 492.

²⁴⁸ Cfr. E. PACHO, *El apogeo de la Mística Cristiana, o.c.*, p. 1050.

²⁴⁹ Cfr. SANTA TERESA DE JESÚS, *El libro de su vida, o.c.*, c. 13, pp. 77-83.

humildad se abre a la magnificencia, a la confianza, al optimismo. Precisamente porque se apoya en Dios, es audaz, generosa, emprendedora. Sabe sufrir y sabe esperar. Es el trampolín necesario para lanzarse a las alturas²⁵⁰. Humildad es, en conclusión, gratuidad: reconocer que en nosotros todo lo bueno es recibido. La conciencia de esa gratuidad es el termómetro de la humildad²⁵¹.

La falsa humildad es tratada desde dos puntos de vista: la soberbia de no aceptar las propias imperfecciones que lleva a temer a Dios, y la pusilanimidad, que es otra forma de soberbia. En los dos textos siguientes de santa Teresa podemos leer estas enseñanzas:

«Déjense de algunos encogimientos que tienen algunas personas y piensan que es humildad»²⁵².

«¡Oh grandeza de Dios! ¡Y cómo mostráis vuestro poder en dar osadía a una hormiga! ¡Y cómo, Señor mío, no queda por Vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad!»²⁵³.

Uno de los conflictos que pueden surgir en torno a la práctica de la humildad es saber, o no saber mandar; esa función de servicio aneja al ejercicio de la autoridad. La solución, enseña santa Teresa, está en que se realice en el ámbito del amor, de la caridad. A la luz del Evangelio, la autoridad no puede concebirse más que como un servicio, no como una situación de privilegios. La autoridad no es un fin, es un medio para bien de los subordinados. Por consiguiente, se ejerce a base de sacrificio, de abnegación, de amor, de humildad. Para amar con amor caritativo, oblativo, hay que ser humildes. Humildad y amor, el más superior ha de ser, por eso, el más humilde y abnegado, el más sacrificado, el que menos goce de ventajas, el último, en una palabra. La fuerza de la autoridad viene sólo de Dios y del amor y de la competencia del que manda²⁵⁴.

²⁵⁰ Cfr. B. JIMÉNEZ DUQUE, *Teología de la Mística, o.c.*, p. 327.

²⁵¹ Cfr. SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas del Castillo Interior, o.c.*, *Segundas moradas*, n. 9, p. 485.

²⁵² SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de Perfección, o.c.*, c. 46, n. 3, p. 350.

²⁵³ IDEM, *Fundaciones*, c. 2, n. 7, en *Obras Completas*, ed. de EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS - O. STEGGINK, BAC 212, Madrid 2006⁹, p. 680.

²⁵⁴ Cfr. B. JIMÉNEZ DUQUE, *Teología de la Mística, o.c.*, pp. 327-328.

Respecto a la obediencia habla con gran coherencia a sus monjas de que no han de decir a todo que sí, e incluso las incita al diálogo y discusión con los teólogos o los mismos confesores: «Le digáis (al confesor) esta razón con humildad y no le toméis (el consejo de dar higas)»²⁵⁵. Ser críticos y usar la razón es fundamental para Teresa. Ella habla mucho de la razón, y en ningún caso para negarla (salvo que se trate de la “sinrazón” del ego). En este sentido, señala Maximiliano Herráiz: «El amor de Teresa a la Iglesia y la obediencia a quienes en ella encarnan el servicio de la autoridad, aparece de este modo en toda su grandeza teologal y humana. Sabe obedecer, pero sin taparse los ojos ni comerse las palabras que brotan de su conciencia de ser miembro activo y responsable de su Iglesia. En ella, pese a todas sus lacras y todas sus lagunas humanas, permanece, porque en ella sabe que está su hogar, porque es el hogar de Jesús. Dejarla, rompiendo ataduras jurídicas o afectivas, es dejar a Jesús. Como “poner a su Iglesia por los suelos” es “tornar a Jesús a la cruz” (C 1,2). Ni quiere ni puede vivir en una iglesia ideal, hecha a su medida. Quiere vivir en esta Iglesia que le “duele”, que es la suya porque es la de Cristo; y luchar hasta el extenuamiento por acercarla cada vez más al ideal, la utopía de la Iglesia celeste, escatológica que tan vivamente lleva presente en su espíritu»²⁵⁶.

Y es aquí donde entra la pedagogía de la Santa que enseña a sus monjas a ser maduras y discernir cuándo hay que discutir y hablar y cuándo hay que callar. En el estudio del conocimiento propio y el de Cristo hay que buscar el equilibrio, sentido común y discreción que ayuden a hacer en cada momento lo más adecuado. Callar cuando hay que hablar no es humildad ni verdad sino cobardía, y hablar cuando hay que callar es dejarse llevar del amor propio.

²⁵⁵ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas del Castillo Interior, o.c., Sextas moradas*, c. 9, n. 13, p. 559. “Dar higas” significa despreciar el consejo.

²⁵⁶ M. HERRAIZ, *Santa Teresa, Maestra de Espirituales*, Instituto de Espiritualidad a Distancia, Madrid 2000, p. 243.

B.4. Fray Luis de Granada

Predica la santidad para todos los fieles. Todos están llamados a ser «perfectos cristianos». Esa perfección consiste en la perfección de la caridad y de todas las demás virtudes. A ella se opone el pecado, también el pecado venial, que es un «enemigo pequeño»²⁵⁷.

La humildad interior y exterior es, para Fray Luis de Granada, raíz y fundamento de todas las virtudes. Esta virtud lleva al hombre a conocer su bajeza e ingratitud, y a sentirse indigno de cualquier cosa que posea, incluidas todas las maravillas de la creación²⁵⁸. Como consecuencia, debe amar todos los trabajos que manifiestan su nada:

«Ame los oficios más bajos y viles, el fregar, el barrer, el lavar y limpiar las inmundicias de los otros así enfermos como sanos, y esto tenga por suma gloria, venir a ser estropajo de todos por amor de Dios, pues él se hizo menos que todo esto cuando ofendió a Dios»²⁵⁹.

Enseña que, a causa del pecado, la razón pasó de dirigir los afectos a obedecerlos y que, reconocer esta realidad, lleva a conducirse con una sana desconfianza en uno mismo²⁶⁰:

«La maldad de corazón sobrevino como consecuencia del pecado. Esta consideración engendra la verdadera humildad de corazón, el temor casto, y el cuidado atento de uno mismo, cuanto el piadoso advierte que lleva dentro de sí a tal huésped»²⁶¹.

Para Fray Luis la soberbia es el principal de los vicios. Fundamenta esta afirmación contrastando la desobediencia de los ángeles caídos con el

²⁵⁷ Cfr. A. HUERGA, *Los métodos espirituales de fray Luis de Granada*, en «La vida sobrenatural» 52-53 (1951-1952), pp. 262-273, 177-188. (Son cuatro artículos donde Huerga analiza la doctrina espiritual de Fray Luis de Granada).

²⁵⁸ Cfr. LUIS DE GRANADA, *Tratato IV: Instrucción para los que comienzan*, en *Obras Completas*, o.c., XIV, p. 196.

²⁵⁹ *Ibid.*, p. 197.

²⁶⁰ Cfr. ÍDEM, *Silva de Lugares Comunes I: Primera clase, XXIV*, en *Obras Completas*, o.c., XLVIII, p. 213.

²⁶¹ *Ibid.*, p. 215.

ejemplo de humildad del Hijo de Dios²⁶². Aconseja también mirarse a uno mismo:

«¿De qué te ensoberbeces hombre, cuyo nacimiento es culpa, cuya vida es miseria, y cuyo fin es podredumbre y corrupción? Si te ensoberbeces por el resplandor de los bienes temporales que posees, espera un poco, vendrá la muerte, la cual nos hará iguales a todos»²⁶³.

Luis de Granada pone en guardia de la tendencia, típica de la soberbia, a compararse con los demás y verse en alguna cosa mejor que los otros. Insiste en la necesidad de fijarse en lo que no se tiene, y no en lo que ya se ha obtenido, como fuente de humildad²⁶⁴.

Fray Luis aconseja seguir el camino de la humillación, «porque si no quieres ser humillado, nunca llegarás a ser humilde... porque la humildad en la honra es honra de la misma honra, y dignidad de la dignidad, y si esta falta piérdese la misma dignidad»²⁶⁵.

B.5. San Juan de la Cruz

No existe en los escritos de san Juan una exposición sistemática y directa de la virtud de la humildad. Las enseñanzas sobre el tema están dispersas por todos sus escritos. La contraposición a la soberbia espiritual le sirve para iluminar el sentido de la humildad, que es «la virtud contraria al primer vicio capital, que es la soberbia»²⁶⁶. A las ideas comunes y generales sobre esta virtud, san Juan añade detalles muy interesantes al tratar de la correcta actitud espiritual frente a las gracias y favores concedidos por Dios²⁶⁷.

²⁶² Cfr. IDEM, *Guía de Pecadores*, en *Obras Completas*, o.c., VI, pp. 897-898.

²⁶³ *Ibid.*, p. 899.

²⁶⁴ *Ibid.*, pp. 905-906.

²⁶⁵ *Ibid.*, p. 908.

²⁶⁶ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche Oscura*, en *Obras Completas*, L. DEL SSMO. SACRAMENTO (ed.), BAC 15, Madrid 1991, L. 1, c. 12, n. 7, p. 348.

²⁶⁷ Cfr. E. PACHO, *Diccionario de San Juan de la Cruz*, Monte Carmelo, Burgos 2000, p. 761.

Estas visiones y revelaciones suelen ser motivo de vanidad y cierta complacencia, cosas contrarias a la verdadera humildad. La norma de san Juan es clara y contundente: «No las ha el alma de querer admitir»²⁶⁸, entre otras razones, porque «en renunciar estas cosas con humildad y recelo, ninguna imperfección ni propiedad hay»²⁶⁹. Todavía más: aunque «parece soberbia desechar estas cosas si son buenas, digo que antes es humildad prudente aprovecharse de ellas en el mejor modo y guiarse por lo más seguro»²⁷⁰.

La conclusión del santo, aplicable a todas las gracias extraordinarias, queda formulada así:

«Por tanto, el alma pura, cauta, y sencilla y humilde, con tanta fuerza y cuidado ha de resistir y desechar las revelaciones y otras visiones, como las muy peligrosas, porque no hay necesidad de quererlas, sino de no quererlas para ir a la unión de amor»²⁷¹.

Pese a los esfuerzos personales, no es posible limpiarse de toda soberbia hasta que la obra purificadora de la noche pasiva no acaba con todas las “escorias” a través de la sequedad y el verdadero conocimiento de la propia miseria. Sólo entonces se adquiere la auténtica humildad²⁷².

Cuando es así, pura y auténtica, se convierte en caridad exquisita; de ahí su incomparable valor:

«Visiones y revelaciones y sentimientos del cielo...no valen tanto como el menor acto de humildad, la cual tiene los efectos de la caridad, que no estima sus cosas ni las procura, ni piensa mal sino de sí, y de sí ningún bien piensa, sino de los demás. (1 Co 13, 4-7)»²⁷³.

Para el Doctor místico la humildad comienza y termina en el conocimiento de la propia realidad, y su valor dimana de la palabra y del ejemplo de Cristo. La humildad alcanza su plenitud a medida que se erradica el propio egoísmo y se realiza la configuración con Cristo:

²⁶⁸ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, o.c., L. 2, c. 17, n. 7, p. 179.

²⁶⁹ *Ibid.*

²⁷⁰ *Ibid.*, L. 3, c. 13, n. 9, p. 257.

²⁷¹ *Ibid.*, L. 2, C. 27, n. 6, p. 224.

²⁷² Cfr. IDEM, *Noche Oscura*, o.c., L. 1, c. 12, n. 7, p. 348.

²⁷³ IDEM, *Subida al Monte Carmelo*, o.c., L. 3, c. 9, n. 4, p. 250.

«Cuando –el hombre– viniere a quedar resuelto en nada, que será la suma humildad, podrá unirse con Cristo»²⁷⁴.

Llegar a esta cima es difícil y el modo de proceder es asumir la propia nada que lleva, entre otras cosas, al deseo sincero de ser guiados y enseñados por los demás. La actitud de quien quiere ser humilde es someter todas las cosas al maestro o director espiritual:

«Porque para la humildad y sujeción y mortificación del alma conviene dar parte de todo, aunque todo ello no haga caso ni lo tenga en nada. Porque hay algunas almas que sienten mucho en decir las tales cosas, por parecerles que no son nada, y no saben cómo las tomará la persona con quien las han de tratar, lo cual es poca humildad y, por lo mismo, es menester sujetarse a decirlo»²⁷⁵.

A la motivación suprema de su valor evangélico, como imitación de Cristo, añade otras razones para destacar la necesidad de esta virtud. Una de ellas es su valor para descubrir y superar las insidias del demonio. Asumiendo la doctrina de Cristo repite que nadie podrá entender sus engaños sin oración, mortificación y humildad²⁷⁶. Las armas más eficaces para luchar contra los enemigos del alma son de hecho: «la oración y la cruz de Cristo, en que está la verdadera humildad y mortificación»²⁷⁷.

Particularmente interesante nos ha parecido resaltar las enseñanzas del Doctor Místico acerca de cómo se presenta el orgullo en las personas que ya han alcanzado un cierto grado de contemplación y están a punto de entrar en la noche de los sentidos, porque tampoco estas almas carecen de él, aunque en ellas se trate de «imperfecciones espirituales (...) acerca del hábito de la soberbia. Esta soberbia “espiritual” se manifiesta de varias maneras»²⁷⁸:

²⁷⁴ *Ibid.*, L. 2, c.7, n. 11, p. 145.

²⁷⁵ *Ibid.*, L. 2, c. 22, n. 18, p. 207.

²⁷⁶ Cfr. IDEM, *Cántico Espiritual, o.c.*, Can (B) 3, n. 4, p. 587.

²⁷⁷ *Ibid.*, n. 8, p. 589.

²⁷⁸ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche Oscura, o.c.*, L. 1, c. 2, pp. 322-325.

- 1º En la complacencia en las propias obras²⁷⁹.
- 2º En la vanidad de hablar de cosas espirituales más para dar lecciones que para ponerlas por obra²⁸⁰.
- 3º En las críticas a quienes no parecen tener la devoción que ellos querrían²⁸¹.
- 4º En la inclinación a aumentar el fervor y hacer más obras, pero mezcladas de soberbia²⁸².
- 5º En el fastidio con el director espiritual o el confesor cuando estos no les aprueban el espíritu²⁸³.
- 6º En la exterioridad y ostentación²⁸⁴.
- 7º En el buscar no ser tenidos en menos²⁸⁵

²⁷⁹ «Como estos principiantes se sienten tan fervorosos y diligentes en las cosas espirituales y ejercicios devotos... les nace muchas veces cierto ramo de soberbia oculta, de donde vienen a tener alguna satisfacción de sus obras y de sí mismos».

²⁸⁰ «Y de aquí también les nace cierta gana algo vana, y a veces muy vana, de hablar cosas espirituales delante de otros, y aun a veces de enseñarlas más que de aprenderlas».

²⁸¹ «y condenan en su corazón a otros cuando no los ven con la manera de devoción que ellos querrían, y aun a veces lo dicen de palabra, pareciéndose en esto al fariseo, que se jactaba alabando a Dios sobre las obras que hacía, y despreciando al publicano».

²⁸² «A estos muchas veces los acrecienta el demonio el fervor y gana de hacer más estas y otras obras porque les vaya creciendo la soberbia y presunción. Porque sabe muy bien el demonio que todas estas obras y virtudes que obran, no solamente no les valen nada, mas antes se les vuelven en vicio».

²⁸³ «A veces también, cuando sus maestros espirituales, como son confesores y prelados, no les aprueban su espíritu y modo de proceder (porque tienen gana que estimen y alaben sus cosas), juzgan que no los entienden el espíritu, o que ellos no son espirituales, pues no aprueban aquello y condescienden con ello. Y así, luego desean y procuran tratar con otro que cuadre con su gusto; porque ordinariamente desean tratar su espíritu con aquellos que entienden que han de alabar y estimar sus cosas, y huyen, como de la muerte, de aquellos que se los deshacen para ponerlos en camino seguro, y aun a veces toman ojeriza con ellos».

²⁸⁴ «Presumiendo, suelen proponer mucho y hacen muy poco. Tienen algunas veces gana de que los otros entiendan su espíritu y su devoción, y para esto a veces hacen muestras exteriores de movimientos, suspiros y otras ceremonias; y, a veces, algunos arrobamientos, en público más que en secreto, a los cuales les ayuda el demonio, y tienen complacencia en que les entiendan aquello, y muchas veces codicia».

²⁸⁵ «Muchos quieren preceder y privar con los confesores, y de aquí les nacen mil envidias y desquietudes. Tienen empacho de decir sus pecados desnudos porque no los tengan sus confesores en menos, y vanlos coloreando porque no parezcan tan malos, lo cual más es

8º Finalmente, en el ser cambiantes respecto de sus pecados: pasan de no darles importancia a hundirse en la tristeza si caen en alguno grave; y las dos cosas nacen de la misma soberbia²⁸⁶.

B.6. Alonso Rodríguez

Utiliza abundantes citas de los Padres para justificar la excelencia de la virtud de la humildad y la necesidad que de ella tenemos. Como todos los autores, mira a Jesucristo como modelo de esta virtud. En este sentido recoge la doctrina de otros maestros que hemos estudiado, entre ellos: san Agustín, san Bernardo y santo Tomás²⁸⁷.

Para explicar cómo la humildad es el fundamento de las virtudes va haciendo un recorrido, por las que considera principales, poniéndolas en relación:

- Para recibir la fe es necesario un entendimiento humilde y rendido y para conservarla es necesaria, también, la humildad de anteponer al propio parecer y juicio el sentir común de los santos y la Iglesia.
- La esperanza se sustenta en la humildad, porque el humilde siente su necesidad, y entiende que no puede de sí cosa alguna.
- La caridad se aviva con la humildad, porque el humilde conoce que todo lo que tiene le viene de la mano de Dios y que él está muy lejos de merecerlo, y con esto se llena de amor de Dios.
- De la humildad nace también la paciencia porque el humilde conoce sus culpas y pecados, se ve digno de toda pena, y no juzga ningún trabajo como menor y así calla y no se queja.

irse a excusar que a acusar. Y a veces buscan otro confesor para decir lo malo porque el otro no piense que tienen nada malo, sino bueno...»

²⁸⁶ «Algunos de éstos tienen en poco sus faltas, y otras veces se entristecen demasiado de verse caer en ellas, pensando que ya habían de ser santos, y se enojan contra sí mismos con impaciencia, lo cual es otra imperfección». En general, «son enemigos de alabar a otros y amigos que los alaben, y a veces lo pretenden».

²⁸⁷ Cfr. ALONSO RODRÍGUEZ, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas, o.c.*, pp. 762-768.

- Nace la paz, como dice el mismo Cristo: «y hallaréis descanso para vuestras almas».
- La pobreza y la humildad tienen tal conexión que parecen hermanas.
- Para la guarda de la castidad es necesaria la humildad de no fiarse de uno mismo.
- La obediencia lleva a la humildad de conformarse con la voluntad del superior. La oración, si no va acompañada de la humildad no tiene valor²⁸⁸.

Alonso Rodríguez sigue a san Buenaventura en la división de la práctica de la humildad en tres grados. El primero es tenerse a uno mismo en poco y el medio para esto es el propio conocimiento; doctrina presente en todos los maestros espirituales, como ya hemos dicho en otras ocasiones. Resume así la tradición:

«Todos convenimos en que el conocimiento propio es el principio y fundamento para alcanzar la humildad y tenernos en lo que somos»²⁸⁹.

Cuando comenzamos a ahondar en lo que somos y en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas llegamos a la humildad. Escribe:

«Ten siempre delante de los ojos lo que fuiste antes de tu generación, que es una materia hedionda y sucia que no se puede decir; qué eres ahora, que es un vaso de estiércol; qué serás de aquí a poco, que serás manjar de gusanos»²⁹⁰.

Un medio fundamental para que el hombre alcance la humildad es la consideración de los propios pecados. Pero es tan grande nuestra miseria que no hemos de pararnos ahí, porque desmayaríamos, sino que debemos poner delante el conocimiento de la bondad de Dios y poner en Él toda nuestra confianza. También recoge la enseñanza antigua de tantos maestros espirituales acerca de la necesidad de no parar en el conocimiento de nuestras miserias para llegar al conocimiento de la bondad y misericordia

²⁸⁸ Cfr. *ibid.*, pp. 768-773.

²⁸⁹ *Ibid.*, p. 785.

²⁹⁰ *Ibid.*, p. 786.

de Dios; hemos de volver a poner continuamente nuestros ojos en la propia miseria y flaqueza para evitar que, por la presunción de creernos ya humildes, volvamos a caer²⁹¹.

El segundo grado es desear ser tenido en poco por los otros. Para conseguirlo habla de cuatro escalones. Sólo citaremos el cuarto: «desear ser despreciados y tenidos en poco y holgarnos con ello»²⁹², porque es un aspecto radical de la humildad cristiana que está presente en toda la tradición espiritual.

Buscar ser tenidos en nada le lleva a predicar el desprecio del mundo, como se solía decir entonces, propio del estado religioso que profesa:

«Y como los mundanos, que siguen el mundo, buscan con tanta diligencia honras, fama y estimación de mucho nombre en la tierra, como el mundo les enseña; así los que van en espíritu y siguen de veras a Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario, es a saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor, por su divino amor y reverencia (...) Esto es haber dejado y aborrecido de veras el mundo y lo más fino de él, que es el apetito y deseo de ser tenidos y estimados; esto es estar muertos al mundo y ser de veras religiosos, que como los del mundo desean honra y estimación, y se huelgan con ella, así nosotros deseemos deshonras y menosprecios, y nos holguemos con ellos»²⁹³.

Para conseguir la virtud de la humildad sugiere luchar al modo del examen particular. Así como éste siempre se ha de hacer de una cosa sola, la persona debe mirar en qué suele sentir falta de humildad y tener soberbia y escogiendo una cosa concreta –particular–, luchar en ella y después en otra, y otra, etc. Y de esa manera se irá desarraigando el vicio de la soberbia. Y como campos concretos sugiere:

- 1º No hablar de cosas que puedan darnos alabanza y estima.
- 2º No oír de buena gana que otro nos estime y alabe.
- 3º No hacer cosa alguna por ser vistos y estimados de los hombres.

²⁹¹ Cfr. *ibid.*, pp. 793-796.

²⁹² *Ibid.*, p. 821.

²⁹³ *Ibid.*, pp. 824-825.

- 4º No excusarnos.
- 5º Cortar pensamientos de soberbia.
- 6º Tener a todos por superiores²⁹⁴.

Acaba su enseñanza sobre esta virtud insistiendo en la importancia de acogernos a la humildad, para suplir con ello lo que nos falta de virtud y perfección, y así que no nos humille y castigue Dios.

«Si nos pidiera Dios grandes ayunos, grandes penitencias, grandes contemplaciones, pudiéranse algunos excusar, diciendo que para lo uno no tenían fuerzas, y para lo otro no tenían talento ni habilidad; empero para no ser humildes no hay razón y excusa ninguna. (...) Pues acojámonos a la humildad y suplamos con confusión lo que nos falta de perfección y de esa manera moveremos las entrañas de Dios a misericordia y perdón»²⁹⁵.

* * *

Como conclusión de este breve recorrido histórico sobre la humildad en la tradición espiritual, y buscando individuar alguna línea según la cual, a la luz de los análisis y las consideraciones realizadas hasta aquí, entender el sentido de la humildad, se podría indicar que es esencial la referencia a Cristo. Hemos puesto de relieve como la humildad es, sobre todo, una virtud de Cristo. La humildad de Cristo es la virtud que conduce al cristiano al descubrimiento y la conciencia de los grandes dones recibidos y del gran don por recibir en la gloria: la comunión personal con Dios en la visión cara a cara y la comunión perfecta con los demás hombres.

La humildad hace referencia a todo el hombre, incluida la lucha contra el pecado. Permite comprender y vivir bien la relación con el mundo, con los demás y con Dios. En este sentido se entiende la gran insistencia de la tradición cristiana acerca de la “práctica” de la humildad. No porque la humildad sea reducible a sus “indicios”, o a sus “ejercicios”, sino porque estos permiten articular, en la vida cotidiana, los grandes objetivos que el cristiano reconoce como propuestos a su propia vida.

²⁹⁴ Cfr. *ibid.*, pp. 877-884.

²⁹⁵ *Ibid.*, pp. 934-935.

PARTE B

LA HUMILDAD EN LA ENSEÑANZA DE SAN JOSEMARÍA

En la segunda parte de nuestro trabajo vamos a analizar la enseñanza de san Josemaría respecto a la virtud de la humildad. Comenzaremos presentando en el capítulo III la conexión entre la tradición descrita en la Parte A y la enseñanza de san Josemaría. Para ello propondremos algunos textos de sus escritos y de su predicación en los que se advierte la presencia de esa tradición bíblica, doctrinal y espiritual acerca de la virtud de la humildad.

En el capítulo IV, expondremos sistemáticamente los aspectos más característicos de la enseñanza de san Josemaría sobre la virtud de la humildad, ateniéndonos a los escritos publicados hasta el momento y a los textos de obras no publicadas que han sido reproducidos por otros autores.

En Apéndice recogeremos una síntesis de los testimonios que reflejan cómo vivió san Josemaría la virtud de la humildad. Veremos que no sólo concuerdan con su enseñanza escrita sino que, en cierto sentido, la interpretan y completan.

Recordemos que la consideración de los santos como verdaderos y propios *loci theologici*¹ abarca tanto el mensaje espiritual del que son portadores como los eventos que componen su correspondencia a la gracia. Benedicto XVI, en la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, subraya el papel particular de los santos en la interpretación de la Escritura, cuyo estudio es el «alma de la Teología»². Concretamente, para profundizar en la doctrina bíblica sobre la humildad cristiana, es preciso acudir a las enseñanzas de quienes han «vivido verdaderamente la Palabra de Dios». Afirmaba el entonces Sumo Pontífice, ahora emérito: «la santidad en la Iglesia representa una hermenéutica de la Escritura de la que nadie puede prescindir. El Espíritu Santo, que ha inspirado a los autores sagrados, es el mismo que anima a los santos a dar la vida por el Evangelio. Acudir a su escuela es una vía segura para emprender una hermenéutica viva y eficaz de la Palabra de Dios» (nn. 48-49). En particular, para san Josemaría, escribe el beato Álvaro del Portillo, el Evangelio «no es nunca un texto para la erudición, ni un lugar común para la cita. Cada versículo ha sido meditado muchas veces y, en esa contemplación, se han descubierto luces nuevas, aspectos que durante siglos habían permanecido velados»³. En su doctrina sobre la humildad encontramos unos aspectos característicos que enriquecen la tradición en la que están arraigados.

¹ Cfr. J. RATZINGER, *Guardare Cristo. Esercizi di fede, speranza e carità*, Jaca Book, Milano 1989, p. 29.

² CONC. VATICANO II, *Const. Dei Verbum*, n. 24.

³ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Presentación a "Es Cristo que pasa"*, Rialp, Madrid 1991, pp. 10-11.

Capítulo III

Conexión de la enseñanza de san Josemaría con la doctrina espiritual precedente

En este capítulo queremos mostrar que la enseñanza de san Josemaría es concorde con toda la tradición cristiana. De ella «se alimenta su pensamiento y se inspiran sus modos de expresión; a partir de ella, como hombre portador de un carisma y una misión eclesiales de valor permanente y, a la vez, extraordinariamente adaptada a las necesidades de los tiempos, aporta, haciéndola progresar, puntos de mira y acentos específicos»¹.

Esa continuidad con la tradición no significa que se limite a repetir lo que ya ha sido dicho antes. En san Josemaría hay una profundización en la doctrina y una novedad de planteamientos y de aplicaciones. Solía decir que su mensaje es «viejo como el Evangelio, y como el Evangelio nuevo»². A la pregunta: ¿qué acento nuevo lleva consigo la enseñanza de san

¹ A. ARANDA, "El bullir de la Sangre de Cristo". *Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría, o.c.*, p. 14.

² *Carta 9-I-1932*, n. 91. Cit. en: VCS-I, p. 17.

Josemaría? Joseph Ratzinger responde: «un cristocentrismo acentuado y singular, en el que la contemplación de la vida terrena de Jesús y la contemplación de su presencia viva en la Eucaristía conducen al descubrimiento de Dios y a la iluminación, a partir de Dios, de las circunstancias del vivir cotidiano»³.

San Juan Pablo II recordaba en la homilía durante la Misa de beatificación de san Josemaría que predicó «con sobrenatural intuición (...) la llamada universal a la santidad y al apostolado»⁴. Pero además, «para dar consistencia a esta llamada» –observa Ratzinger–, es típico de san Josemaría «el reconocimiento de que a la santidad se llega, bajo la acción del Espíritu Santo, a través de la vida cotidiana»⁵.

San Josemaría fue un instrumento elegido «por el Señor para anunciar la llamada universal a la santidad y para indicar que la vida de todos los días, las actividades comunes, son camino de santificación. Se podría decir que fue el santo de lo ordinario. En efecto, estaba convencido de que, para quien vive en una perspectiva de fe, todo ofrece ocasión de un encuentro con Dios, todo se convierte en estímulo para la oración. La vida diaria, vista así, revela una grandeza insospechada. La santidad está realmente al alcance de todos»⁶. La vida ordinaria, el trabajo cotidiano, las actividades terrenas constituyen para un fiel corriente el ámbito y la materia de santificación.

En este capítulo buscaremos poner de relieve la continuidad de la enseñanza de san Josemaría con la doctrina espiritual precedente. Estableceremos ciertos paralelismos pero sin pretender reconstruir la

³ J. RATZINGER, *Mensaje inaugural del Convenio Teológico de estudio sobre las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá*, AA.VV., *Santità e mondo. Atti del Convegno teologico di studio sugli insegnamenti del beato Josemaría Escrivá* (Roma, 12 a 14-X-1993), Libreria Editrice Vaticana, Roma 1994, p. 24.

⁴ SAN JUAN PABLO II, *Homilía en la Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer*, 17-V-1992. (AAS 85, p. 243).

⁵ J. RATZINGER, *Mensaje inaugural del Convenio Teológico de estudio sobre las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá*, AA.VV., *Santità e mondo. Atti del Convegno teologico di studio sugli insegnamenti del beato Josemaría Escrivá* (Roma, 12 a 14-X-1993), o.c., p. 27.

⁶ SAN JUAN PABLO II, *Discurso durante la audiencia por la canonización de san Josemaría*, 7-X-2002 (AAS 85, p. 244).

génesis de su pensamiento en sentido causal, ni exponerlo sistemáticamente. Intentaremos, más bien, perfilar una genealogía de algunas líneas maestras de su enseñanza, que incluye parecidos, semejanzas o concomitancias, pero también diferencias.

La tradición espiritual está presente en la enseñanza de san Josemaría expuesta con los modos de vivir esta virtud según la vocación laical y secular. Para mostrarlo citaremos algunos textos suyos que lo manifiesten, pero no más de los necesarios para no tener que repetirnos cuando expongamos sistemáticamente su doctrina.

A. LA SAGRADA ESCRITURA, FUENTE PRINCIPAL

Comenzamos por la Sagrada Escritura que es, sin duda, la fuente principal en la que san Josemaría “bebió” para vivir y enseñar a vivir las virtudes. El beato Álvaro del Portillo, su más directo colaborador durante cuarenta años, testimonia que la Sagrada Escritura, «junto con la Tradición de la Iglesia, es la fuente de la que se nutría ininterrumpidamente para su oración personal y para su predicación»⁷.

San Josemaría estaba familiarizado con la enseñanza de muchos Padres y Doctores de la Iglesia, con la teología escolástica y con las enseñanzas de autores clásicos y contemporáneos de espiritualidad. Pero acudía, como fuente primaria de su enseñanza, a la Sagrada Escritura que conocía en profundidad y que citaba, con frecuencia, de memoria⁸.

⁷ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1992, pp. 147-148.

⁸ Cfr. S. HAHN, *Amar apasionadamente la Palabra de Dios. El uso de la Escritura en los escritos de San Josemaría*, en «Romana» 18 (2002), p. 377. «Me admiraba –afirma Álvaro del Portillo– la facilidad con que citaba de memoria y con exactitud frases de la Sagrada Escritura. Hasta en sus conversaciones familiares traía a colación textos sagrados para mover a los presentes a una oración más honda» (BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, o.c., p. 150).

A.1. Citas del Antiguo Testamento en relación con la humildad en las obras de san Josemaría

El concepto de humildad como indigencia ante Dios está en la base de las enseñanzas de san Josemaría sobre esta virtud. Se siente hijo pequeño, necesitado de todo, indigente, pero no apocado:

«Un hijo de Dios no tiene ni miedo a la vida, ni miedo a la muerte, porque el fundamento de su vida espiritual es el sentido de la filiación divina: Dios es mi Padre, piensa, y es el Autor de todo bien, es toda la Bondad»⁹.

La filiación divina es la verdad más profunda sobre el hombre y el fundamento en su obrar. «El que no se sabe hijo de Dios, desconoce su verdad más íntima, y carece en su actuación del dominio y del señorío propios de los que aman al Señor por encima de todas las cosas»¹⁰. El sentido de la filiación que caracteriza la enseñanza de san Josemaría incluye dentro de sí la “pobreza” de la Biblia. Los pobres de Yahweh son los humildes, los sencillos, los que se sienten totalmente dependientes de Dios: son los hijos, que por eso se apoyan en Yahweh y en Él confían.

San Josemaría enseña la necesidad de acudir a la Sagrada Escritura como escuela donde aprender la vida cristiana propia de los hijos de Dios. Concretamente acude con frecuencia a los libros sapienciales para fundamentar su enseñanza sobre la virtud de la humildad¹¹.

En el siguiente texto, citando el libro de los Proverbios, se percibe el tono característico de su enseñanza sobre la humildad:

«Si acudimos a la Sagrada Escritura, veremos cómo la humildad es requisito indispensable para disponerse a oír a Dios. *Donde hay humildad hay sabiduría* (Pr 11, 2), explica el libro de los Proverbios. Humildad es mirarnos como somos, sin paliativos, con la verdad. Y al

⁹ Forja, n. 987.

¹⁰ Amigos de Dios, n. 26.

¹¹ Aparecen 68 citas de los Sapienciales en sus escritos publicados.

comprender que apenas valemos algo, nos abrimos a la grandeza de Dios: ésta es nuestra grandeza»¹².

En el siguiente fragmento que recuerda Si 3, 20, aparecen muchas de las ideas que hemos expuesto sobre los “pobres de Yahweh”:

«Cuanto más grande seas, humíllate más y hallarás gracia ante el Señor (Si 3, 20). Si somos humildes, Dios no os abandonará nunca. Él humilla la altivez del soberbio, pero salva a los humildes. Él libera al inocente, que por la pureza de sus manos será rescatado. La infinita misericordia del Señor no tarda en acudir en socorro del que lo llama desde la humildad. Y entonces actúa como quien es: como Dios Omnipotente. Aunque haya muchos peligros, aunque el alma parezca acosada, aunque se encuentre cercada por todas partes por los enemigos de su salvación, no perecerá. Y esto no es sólo tradición de otros tiempos: sigue sucediendo ahora»¹³.

En otras ocasiones, sin citar directamente el texto del Eclesiástico, está presente en el contenido de su enseñanza:

«Cuanto más me exalten, Jesús mío, humíllame más en mi corazón, haciéndome saber lo que he sido y lo que seré, si tú me dejas»¹⁴.

También acude al retrato que el profeta Zacarías hace del Mesías¹⁵ para presentar la humildad de Cristo que, montado en un pollino, «quiere mostrar de un modo gráfico su realeza»¹⁶. Lo hace directamente o mediante referencias a los versículos de los evangelios de san Mateo y san Lucas donde se trae a la memoria la profecía de Zacarías para hacer comprender el “Domingo de Ramos”¹⁷.

Atendiendo al número de citas de la Sagrada Escritura, en sus escritos publicados, aproximadamente la mitad son de los salmos. El peso que tiene

¹² *Amigos de Dios*, n. 96.

¹³ *Ibid.*, n. 104.

¹⁴ *Camino*, n. 591. Cfr. también: *Ibid.*, nn. 589.

¹⁵ Cfr. Zc 9, 9.

¹⁶ *Amigos de Dios*, n. 103.

¹⁷ Cfr. Mt 21, 5; Jn 12, 15.

este libro parece que se debe a que es el más presente en la liturgia, de donde san Josemaría se nutre preferentemente para su predicación¹⁸.

Algunas de sus enseñanzas sobre la humildad tienen como base este libro; son salmos que manifiestan la actitud humilde de los “pobres de Yahweh” y que san Josemaría refiere directamente a esta virtud:

- «*Un corazón contrito y humillado, Dios mío, no lo desprecias*» (Sal 51). Este salmo es como el paradigma de la oración humilde de contrición en la tradición espiritual. Es un salmo repetidamente utilizado por san Josemaría en su predicación y en su vida. Véase como ejemplo el punto 172 de *Forja*:

«Si has cometido un error, pequeño o grande, ¡vuelve corriendo a Dios! –Saborea las palabras del salmo: “*cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias*” –el Señor jamás despreciará ni se desentenderá de un corazón contrito y humillado».

Y el siguiente testimonio del beato Álvaro del Portillo:

«Antes de acostarse recitaba a diario el salmo Miserere, postrado en tierra»¹⁹.

- «*Quia tu es Deus fortitudo mea*» (Sal 43, 2)²⁰. Es una de las citas más frecuentes, que escribe habitualmente en latín. Con ella pretende resaltar la virtud de la humildad, el hombre que se siente nada y se apoya en Dios que lo es todo:

«Somos la oscuridad, y Él es clarísimo resplandor; somos la enfermedad, y Él es la salud robusta; somos la escasez, y Él la infinita riqueza; somos la debilidad, y Él nos sustenta, *quia tu es Deus, fortitudo mea* (Ps XLII, 2), porque siempre eres, oh Dios mío, nuestra fortaleza»²¹.

¹⁸ Cfr. J. PANIELLO, *Las "homilías" de San Josemaría Escrivá*, Tesis doctoral presentada en la Universidad de la Santa Cruz, Roma 2004, p. 121.

¹⁹ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 54.

²⁰ Obsérvese que san Josemaría cita este salmo como el 42, nosotros hemos preferido citarlos con la numeración actual que sigue la Neovulgata, solamente dejaremos la numeración de la Vulgata en las citas textuales para respetar el modo en que fue escrito.

²¹ *Es Cristo que pasa*, n. 80. De las otras cinco citas, cuatro están en un contexto de contrición, y la otra trata de las dificultades en la vida cristiana.

El punto clave es esa fuerza de Dios, que todo lo puede, capaz de superar cualquier obstáculo exterior o interior, pero sobre todo, capaz de ofrecer al cristiano el perdón y de darle esperanza nueva. Esa perspectiva esperanzada resalta con mucha frecuencia en sus enseñanzas²².

- «*Expecta Dominum*» (Sal 26, 14). Con este salmo, tomado del introito de la Misa del martes de Pasión, introduce la homilía titulada "*Humildad*"²³. En este caso, con el objeto de animar a confiar siempre en Dios a pesar de los propios errores personales. Y es que la humildad enciende la esperanza²⁴. Esta enseñanza de la Escritura la encontramos expresada en la predicación de san Josemaría con frecuencia, aunque sin referencia al salmo 26, como en el texto siguiente:

«En la base de nuestra vocación está el conocimiento de nuestra miseria, (...), el deseo por el que nos sostenemos –la esperanza–, (...). Por eso, no crecer en humildad significa perder de vista el objetivo de la elección divina: *ut essemus sancti*, la santidad personal»²⁵.

- «*El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?*» (Sal 26, 1). Este verso del salmo aparece en varias ocasiones en las obras de san Josemaría aplicado a la humildad. Por ejemplo, en la homilía del martes de Pasión, antes citada, para alentar a la confianza en el auxilio del Señor ante las debilidades propias. En otra de las homilías, para confiar en la fortaleza que nos proporciona el Señor ante nuestra propia debilidad:

«Y la certeza de nuestra nulidad personal –no se requiere una gran humildad para reconocer esta realidad: somos una auténtica multitud de ceros– se trocará en una fortaleza irresistible, porque a la izquierda de nuestro yo estará Cristo, y ¡qué cifra inconmensurable resulta!: *el Señor es mi fortaleza y mi refugio, ¿a quién temeré?*»²⁶.

²² Cfr. J. PANIELLO, *Las "homilías" de San Josemaría Escrivá, o.c.*, pp. 140-141.

²³ Homilía pronunciada el 6-IV-1965 recogida en *Amigos de Dios*, nn. 94-109.

²⁴ Cfr. Sof 3, 12.

²⁵ *Es Cristo que pasa*, n.3.

²⁶ *Amigos de Dios*, n. 218. Cfr., también, *ibid.*, n. 95.

La misma enseñanza se repite en *Camino*²⁷ y, en general, siempre que predica sobre este tema, como puede verse en este fragmento de una meditación predicada en 1937:

«¿Veis que no estamos solos? Como los primeros fieles en la quietud de las catacumbas romanas, podemos clamar: *Dominus illuminatio mea et salus mea, quem timebo?* (Ps 26, 1) el Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? Sólo así podemos explicarnos las hazañas, verdaderamente recias, que llevaron a cabo los primeros cristianos»²⁸.

Ante la certeza de la nulidad personal, de los propios errores, de “nuestra miseria”; busca en este salmo la fortaleza de Dios, que nos hace ser conscientes de “nuestra grandeza”. Cuando san Josemaría habla de la humildad los dos términos –miseria y grandeza– suelen ir juntos. Porque el sentido de la filiación divina, fundamento de la vida espiritual que enseña, lleva a un «endiosamiento bueno» y, al mismo tiempo, la conciencia de las propias flaquezas y miserias impide olvidar que se es “nada”²⁹.

- «*Líbrame de todo lo malo y perverso que hay en el hombre (...) emitte lucem tuam*» (Sal 52, 1, 3). Es un salmo que destaca las malas inclinaciones del hombre. De él se sirve para explicar el “endiosamiento bueno” parafraseando el v. 3: «tu luz y tu verdad, que me han guiado y traído a tu monte santo»³⁰; porque es Dios quien hace que la miseria del hombre se convierta en grandeza al subirnos al “monte santo” de la filiación divina.

- «Esperen en Ti todos los que conocen tu nombre, porque nunca abandonas a los que te buscan (...), porque no se ha olvidado de las oraciones de los pobres» (Sal 9, 11, 13). Es otro de los salmos con los que define la humildad de hijos de Dios:

²⁷ Vid. *Camino*, n. 482.

²⁸ Apuntes tomados de una meditación, 8-IV-1937. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, pp. 619-620.

²⁹ Cfr. *VCS-II*, p. 401.

³⁰ *Amigos de Dios*, n. 107.

«Endiosamiento bueno (...). Y viene el regocijo de este barro lleno de lañas, porque no se ha olvidado de las oraciones de los pobres (Sal 9, 13), de los humildes»³¹.

Resaltemos, también, en este texto, la conexión explícita entre pobres y humildes que hace san Josemaría. Relación a la que ya nos hemos referido también en este apartado.

A.2. Citas del Nuevo Testamento sobre la humildad en las obras de san Josemaría

Entre las citas bíblicas, en los escritos publicados de san Josemaría, casi la mitad corresponden a los Evangelios, el corazón de las Escrituras al que cristiano ha de llegar buscando conocer a Cristo e identificarse con Él:

«Hemos de reproducir, en la nuestra, la vida de Cristo, conociendo a Cristo: a fuerza de leer la Sagrada Escritura y de meditarla, a fuerza de hacer oración»³².

La luz que recibió el 2-X-1928 le llevaba a fijarse especialmente en los treinta años de vida oculta de Jesús. En este relativo silencio encontraba un modelo para la santidad en la vida corriente³³.

«Esos años ocultos del Señor no son algo sin significado, ni tampoco una simple preparación de los años que vendrían después: los de su vida pública. Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo»³⁴.

³¹ *Ibid.*

³² *Es Cristo que pasa*, n. 14.

³³ Cfr. S. HAHN, *Amar apasionadamente la Palabra de Dios. El uso de la Escritura en los escritos de San Josemaría, o.c.*, p. 378.

³⁴ *Es Cristo que pasa*, n. 20. Este y otros textos han llevado a A. Aranda a sostener que «en la historia de la espiritualidad católica ya no se podrá hablar del significado de Nazaret y de la vida escondida de Cristo, sin aludir explícitamente a la doctrina del beato Josemaría sobre la existencia ordinaria y el trabajo santificados y santificadores del

La lección que aprende de ese período se mueve en una línea nueva, compartida con otros autores contemporáneos³⁵ respecto a la que se suele encontrar en la tradición cristiana precedente más inclinada a sacar partido de otros momentos de la vida del Señor, pasando por alto los lustros de trabajo oculto o bien otorgándoles un significado distinto al que encuentra san Josemaría³⁶.

¿Cuáles son las principales lecciones que descubre en la vida oculta del Señor?

«Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino. Por mucho que hayamos considerado estas verdades, debemos llenarnos siempre de admiración al pensar en los treinta años de oscuridad, que constituyen la mayor parte del paso de Jesús entre sus hermanos los hombres. Años de sombra, pero para nosotros, claros como la luz del sol. Mejor, resplandor que ilumina nuestros días y les da una auténtica proyección, porque somos cristianos corrientes, que llevamos una vida ordinaria, igual a la de tantos millones de personas en los más diversos lugares del mundo»³⁷.

Verbo encarnado y redentor, y en él, del cristiano» (A. ARANDA, *Identidad cristiana y configuración del mundo. La fuerza configuradora de la secularidad y del trabajo santificado*, en AA.VV. (PONTIFICIA UNIVERSITÀ DELLA SANTA CROCE, ed.), *La grandezza della vita quotidiana*, vol. I (LL. CLAVELL, ed.): *Vocazione e missione del cristiano in mezzo al mondo*, Edusc, Roma 2002, p. 195).

³⁵ Hemos encontrado un texto escrito en 1928 que tiene una enseñanza semejante a la de san Josemaría: «¿No vivió él treinta años en un taller de carpintería? Pues lo hizo así para consagrar tu vida. De hoy más ya no existen ocupaciones viles o baldías; todo es grande, todo es santo, todo es divino si lo hacemos con el espíritu de los hijos de Dios. ¿Qué importa pues que mis ocupaciones sean humildes, si en ellas cumplo la voluntad de Dios y con ellas le robo el corazón? Si sé que nada le agrada tanto como la humildad del corazón» (V. OSENDE, *El hombre nuevo: (V) El santo orgullo*, en «La Vida Sobrenatural» 15 (1928), p. 82. No tenemos ningún dato que haga pensar que san Josemaría leyera este artículo; sólo sabemos que la revista en que apareció era bien conocida por san Josemaría (Cfr. *VCS-II*, p. 68).

³⁶ Que tal actitud era la más generalizada en la tradición espiritual, antes del desarrollo de la teología del trabajo en la segunda mitad del siglo XX, lo confirma el breve recorrido histórico de J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Rialp, Madrid 2010, pp. 44-62.

³⁷ *Es Cristo que pasa*, n. 14.

Esta es una clave fundamental de su mensaje en general, y particularmente sobre la humildad. El cristiano ha de aprender de los treinta años de la vida oculta de Cristo: una vida sin esplendor, sin brillo, sin llamar la atención, apenas conocida de los vecinos, de su familia, sin nada extraordinario. Esta es la vida que cualquier cristiano corriente está llamado a imitar. Así vivió Jesús seis lustros, conocido como el hijo del carpintero³⁸.

Esos años silenciosos de la vida de Jesús son un llamamiento que Dios dirige a los hombres para que salgan del propio egoísmo y se entreguen generosamente a los demás y al cumplimiento de la voluntad divina en sus quehaceres cotidianos, muchas veces humildes.

Otro de los puntos en que hace particular hincapié cuando comenta la vida del Señor es la naturalidad, virtud conexas con la humildad, que destaca tanto remitiendo a los años de la vida oculta, como fijándose en los tres años de predicación. Algunas veces lo subraya de ambos períodos:

«Al comportarnos con normalidad –como nuestros iguales– y con sentido sobrenatural, no hacemos más que seguir el ejemplo de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre. Fijaos en que toda su vida está llena de naturalidad. Pasa seis lustros oculto, sin llamar la atención, como un trabajador más, y le conocen en su aldea como el hijo del carpintero. A lo largo de su vida pública, tampoco se advierte nada que desentone, por raro o por excéntrico. Se rodeaba de amigos, como cualquiera de sus conciudadanos, y en su porte no se diferenciaba de ellos. Tanto, que Judas, para señalarlo, necesita

³⁸ Cfr. *Ibid.* El Boletín Eclesiástico Oficial de la Diócesis de Zaragoza publicó, el 25 de enero de 1921, una Instrucción del Cardenal-Arzobispo Mons. Juan Soldevila. San Josemaría, al leerla, tuvo oportunidad de reflexionar sobre unos conceptos que con el tiempo llegarían a estar sólidamente grabados en su alma ya que, formarían parte de la luz divina que recibiría años más tarde. Hacen referencia al trabajo y, en concreto, a tener los años de la “vida oculta” en Nazaret como modelo: «El trabajo es el destino del hombre, que nace para eso, como el ave para volar. Es más. El trabajo es su corona, es su dignidad. Aun a Adán feliz, se le impuso el trabajo en el paraíso (...). Para curar esta llaga –se refiere a la resistencia al trabajo, la náusea al trabajo– es necesario enderezar en la mente de los individuos el concepto del trabajo. Pero en ninguna escuela mejor que en el taller de Nazaret; con ningún medio mejor que con el Divino Obrero...» (Boletín Eclesiástico Oficial del Arzobispado de Zaragoza, 25-I-1921, n. 2, pp. 15 y 34-35. Cit. en: R. HERRANDO, *El seminario de S. Francisco de Paula, o.c.*, pp. 118-119.

concertar un signo: *aquel a quien yo besare, ése es*. No había en Jesús ningún indicio extravagante. A mí, me emociona esta norma de conducta de nuestro Maestro, que pasa como uno más entre los hombres»³⁹.

En las homilías publicadas de san Josemaría las dos citas del Nuevo Testamento más frecuentes⁴⁰ son: «se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y, mostrándose igual que los demás hombres»⁴¹ y «aprended de mí que soy manso y humilde de corazón»⁴²; textos que ponen de relieve la virtud de la humildad destacando, la primera, que el mismo hecho de la Encarnación es un abajamiento (“kénosis”) y que vivir de acuerdo con esa condición manifiesta un acto de humildad del Dios hecho hombre, como ya hemos dicho. La segunda muestra el Corazón de Jesús, «manso y humilde».

También el texto que sigue en número de citas⁴³ habla de esta virtud, en este caso de la humildad de la Virgen:

«Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava, por tanto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es todopoderoso, cuyo nombre es santo»⁴⁴.

La mayor parte de las veces reproduce los dos versículos. Aparentemente, la intención es subrayar el abismo interpuesto entre la pequeñez personal y la grandeza de Dios, concluyendo que sólo la Omnipotencia divina es capaz de colmarlo. A esas palabras de María hacen eco aquellas otras que ella misma dirige al Ángel Gabriel cerrando la escena de la Anunciación, que encontramos citadas en cinco ocasiones⁴⁵: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra»⁴⁶.

³⁹ *Amigos de Dios*, n. 121.

⁴⁰ J. PANIELLO, *Las "homilías" de San Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 132.

⁴¹ Flp 2, 7.

⁴² Mt 11, 29.

⁴³ Nos referimos al número de citas totales en las homilías publicadas de san Josemaría, no a citas sobre la virtud de la humildad.

⁴⁴ Lc 1, 48-49.

⁴⁵ Cfr. *Amigos de Dios*, nn. 25 y 284; *Es Cristo que pasa*, n. 173; *Surco*, nn. 33 y 124.

⁴⁶ Lc 1, 38.

J. Paniello argumenta que san Josemaría elige este texto porque presenta una humildad que no da vueltas a la conciencia de la propia pequeñez, sino que la reconoce, al tiempo que se abre a la magnanimidad de Dios. «Su modo de hablar de la humildad no le lleva a sacar de la Escritura ejemplos de la pequeñez humana, sino que prefiere presentar los modelos acabados de la virtud: la humildad del Señor y de la Virgen. Porque tampoco trata de centrarse en la poquedad, sino de subrayar que la fortaleza viene de Dios»⁴⁷.

El *fiat* de la Virgen le sirve de ejemplo para conectar otras virtudes con la humildad: la audacia⁴⁸, el saber pasar oculto desempeñando la propia misión⁴⁹, la naturalidad⁵⁰, etc.

San Josemaría meditó con frecuencia las palabras de san Juan Bautista: *Illum oportet crescere me autem minui*⁵¹. Y sintetizó esta meditación en una frase que hizo lema de su conducta: «Lo mío es ocultarme y desaparecer: que sólo Jesús se luzca»⁵². De hecho, huyó de todo protagonismo –siempre que le fue posible– y procuró evitar las ocasiones de lucimiento personal e incluso de comparecencia en público, a menos que lo exigiera el servicio a su misión⁵³.

No sólo en su vida, también esta aspiración es una constante en su predicación. Unas palabras suyas lo ilustran:

«Hace falta, sin duda, una nueva mudanza, una lealtad más plena, una humildad más profunda, de modo que, disminuyendo nuestro

⁴⁷ J. PANIELLO, *Las "homilías" de San Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 140.

⁴⁸ «¿Quieres vivir la audacia santa, para conseguir que Dios actúe a través de ti? – Recurre a María, y Ella te acompañará por el camino de la humildad, de modo que, ante los imposibles para la mente humana, sepas responder con un "fiat!" – ¡hágase!, que una la tierra al Cielo» (*Surco*, n. 124).

⁴⁹ «¡María, Maestra del sacrificio escondido y silencioso! – Vedla, casi siempre oculta, colaborar con el Hijo: sabe y calla» (*Camino*, n. 509).

⁵⁰ «María Santísima, Madre de Dios, pasa inadvertida, como una más entre las mujeres de su pueblo. Aprende de Ella a vivir con "naturalidad"» (*ibid.*, n. 499).

⁵¹ «Es necesario que Él crezca y que yo disminuya» (Jn 3, 30).

⁵² Sobre este lema en san Josemaría, véase: J.M. CASCIARO, *Fundamentos bíblicos del lema "ocultarme y desaparecer" de San Josemaría Escrivá*, en J. CHAPA (ed.), *Signum et Testimonium. Estudios en honor del Prof. Antonio García-Moreno*, Eunsa, Pamplona 2003.

⁵³ Cfr. J.L. ILLANES (dir.), *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid 2012, p. X.

egoísmo, crezca Cristo en nosotros, ya que *illum oportet crescere, me autem minui* (Jn 3, 30), hace falta que Él crezca y que yo disminuya»⁵⁴.

El deseo de pasar oculto es un modo concreto de vivir la humildad, una manifestación práctica⁵⁵.

En su predicación, san Josemaría contempla a Dios como Padre, fomentando una confianza plena en que Él todo lo puede. Por ello recurre con frecuencia a un versículo de la carta de san Pablo a los Filipenses que destaca esa actitud: «Todo lo puedo en aquél que me conforta»⁵⁶. Esta cita, presente en seis homilías, subraya que la humildad no puede ser considerada apocamiento sino base de una audacia que pone la confianza en Dios. Ese grito del apóstol de los gentiles, toca el núcleo del modo de ser del cristiano humilde que san Josemaría presenta: todo lo puede precisamente cuando no confía en sí mismo⁵⁷.

Y de nuevo, recurriendo a san Pablo, explica una característica clara de su enseñanza acerca de la humildad: el «endiosamiento bueno».

«Porque Dios que nos inspira ser humildes es el mismo que transformará el cuerpo de nuestra humildad y le hará conforme al suyo glorioso, con la misma virtud eficaz con que puede también sujetar a su imperio todas las cosas (Flp 3, 21). Nuestro Señor nos hace suyos, nos endiosa con un endiosamiento bueno»⁵⁸.

En esta misma homilía también acude a la enseñanza de 1P para fundamentar su enseñanza sobre esta virtud:

«Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da su gracia (1P 5, 5), enseña el Apóstol san Pedro. En cualquier época, en cualquier situación humana, no existe más camino –para vivir vida divina– que el de la humildad»⁵⁹.

⁵⁴ *Es Cristo que pasa*, n. 58.

⁵⁵ Fue una de las reglas de conducta del maestro de Ávila (cfr. J. ESQUERDA BIFET, *Introducción a la doctrina de San Juan de Ávila, o.c.*, p. 368), de santa Teresa de Lisieux (cfr. A. ROYOMARÍN, *Santa Teresa de Lisieux. Doctora de la Iglesia, o.c.*, p. 98), y de otros autores espirituales.

⁵⁶ Flp 4, 13.

⁵⁷ Cfr. J. PANIELLO, *Las "homilías" de San Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 141.

⁵⁸ *Amigos de Dios*, n. 98.

⁵⁹ *Amigos de Dios*, n. 98.

B. LA IMPRONTA DE LOS PADRES DE LA IGLESIA

San Josemaría tenía familiaridad con los escritos de los Padres y autores cristianos antiguos. En particular recurría a aquellos que realizaron comentarios a la Escritura. Entre ellos destacan varios que fueron a la vez grandes predicadores, como Orígenes, san Basilio, san Gregorio de Nisa, san Juan Crisóstomo, san Ambrosio, san Jerónimo, san Agustín y san Gregorio Magno. Para san Josemaría los Padres son maestros de vida espiritual en todas las épocas⁶⁰.

Si comparamos el número de referencias a comentarios bíblicos de los Padres en las obras de san Josemaría, con el resto de las referencias a comentaristas posteriores, comprobaremos que son muchas más las de los Padres. Por ejemplo, en *Es Cristo que pasa* encontramos 41 citas de la patrística, mientras que de otros autores –sobre todo medievales– sólo se encuentran 7. Veamos algunos ejemplos relacionados con la virtud de la humildad.

El siguiente texto de san Ambrosio de Milán viene citado por san Josemaría en *Amigos de Dios* n. 106, para corroborar sus afirmaciones anteriores en las que expone que la humildad lleva a realizar grandes proyectos, no a permanecer escondidos.

«Admite sin vacilaciones que eres un servidor obligado a realizar un gran número de servicios. No te pavonees por ser llamado hijo de Dios –reconozcamos la gracia, pero no olvidemos nuestra naturaleza–; no te engrías si has servido bien, porque has cumplido lo que tenías que hacer. El sol efectúa su tarea, la luna obedece; los ángeles desempeñan su cometido. El instrumento escogido por el Señor para los gentiles, dice: yo no merezco el nombre de Apóstol, porque he perseguido la Iglesia de Dios (1Co 15,9)... Tampoco nosotros pretendamos ser alabados por nosotros mismos»⁶¹.

⁶⁰ Cfr. D. RAMOS-LISSÓN, *El uso de los "loci" patrísticos en las Homilias del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en «Archivo de Historia de la Iglesia» 2 (1993), pp. 18-27.

⁶¹ SAN AMBROSIO, *Expositio Evangelii secundum Lucam* (PL 15, 1774).

Como vimos, Orígenes enseña que la humildad es fundamento de nuestra grandeza, porque el hombre humilde se hace receptor de los dones divinos⁶². La enseñanza de san Josemaría, coincide en este punto con Orígenes. Una de las características que san Josemaría resalta de la humildad, como ya hemos dicho, es que nos da a conocer «nuestra miseria y nuestra grandeza»⁶³.

En *Camino* se lee: «La santa pureza la da Dios cuando se pide con humildad »⁶⁴. Una enseñanza que se encuentra en la doctrina de Orígenes: «La castidad la da Dios a los que con empeño, con fe y con oraciones, continuamente la piden»⁶⁵.

San Basilio define la humildad como “omnivirtuosa” porque contiene en potencia todas las virtudes⁶⁶. En un estudio sobre la enseñanza de san Josemaría se dice que hay una “omnipresencia” de la humildad en su doctrina que sólo se entiende si la considera como base de todas las virtudes⁶⁷. En este sentido se puede ver una concordancia con san Basilio.

San Josemaría habla con frecuencia de la obligación que tiene el cristiano de acometer grandes empresas, firmemente apoyado en Dios.

«Te reconoces miserable. Y lo eres. –A pesar de todo –más aún: por eso– te buscó Dios. –Siempre emplea instrumentos desproporcionados: para que se vea que la “obra” es suya. –A ti sólo te pide docilidad»⁶⁸.

Este número de *Camino* puede considerarse como un punto emblemático de su enseñanza acerca de “los medios”, que es «radicalmente teocéntrica y desnudamente evangélica»⁶⁹. San Juan Crisóstomo la expresaba así:

⁶² Cfr. P. ADNÈS, *Humilité, o.c.*, c. 1158.

⁶³ *Amigos de Dios*, n.94.

⁶⁴ *Camino*, n. 118.

⁶⁵ ORÍGENES, *In Evangelium Matthaei commentarium*, 15, 5 (PG 13, 829).

⁶⁶ Cfr. SAN BASILIO, *De renuntiatione seculi, o.c.*, 9 (PG 31, 645).

⁶⁷ Cfr. VCS-II, p. 388.

⁶⁸ *Camino*, n. 475.

⁶⁹ P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 616.

«Y es que el poder de Dios se hará visible sobre todo cuando con medios ruines realice cosas grandes»⁷⁰.

Una concordancia que se manifiesta también en las siguientes palabras:

«La humildad nos empujará a que llevemos a cabo grandes labores; pero a condición de que no perdamos de vista la conciencia de nuestra poquedad, con un convencimiento de nuestra pobre indigencia que crezca cada día»⁷¹.

Es esta una enseñanza que encontramos también hecha vida en san Josemaría que se pasmaba de que Dios le hubiese escogido:

«Sólo encuentro una explicación, cuando pienso en que el Señor para hacer esta extensión de su amor por el mundo ha escogido a un pobre pingajo como soy yo: que se vea claramente que es Él quien ha hecho todo y que Él es el Amor sin tasa, que se entrega a todos los hombres sin discriminación alguna»⁷².

Otro momento en que se muestra su afinidad con la predicación del Crisóstomo es la exhortación a practicar el examen de conciencia, comparándolo con los negocios humanos, para que el alma se haga humilde⁷³:

«Examen. -Labor diaria. -Contabilidad que no descuida nunca quien lleva un negocio. ¿Y hay negocio que valga más que el negocio de la vida eterna?»⁷⁴.

Este enfoque del examen de conciencia y esta manera de hacer notar su importancia -la comparación con los negocios-, que tiene su origen en los Padres, lo han repetido a lo largo de la historia diversos autores. Por ejemplo, en el pasado siglo encontramos esta comparación en la

⁷⁰ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homiliae in Epistolam secundam ad Corinthios*, 8,3 (PG 61, 475s.).

⁷¹ *Amigos de Dios*, n.106.

⁷² Palabras de san Josemaría citadas en: J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 300.

⁷³ «Examinemos nuestra conciencia siguiendo el ejemplo de los hombres de negocios, y hagamos nuestras cuentas para saber qué ganancia obtuvimos esta semana, cuál la semana pasada, y cuál la que debo obtener la semana próxima» (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Genesim, o.c.*, 11,2 : PG 53,93).

⁷⁴ *Camino*, n. 235.

Exhortación *Haerent animo*, del Papa san Pío X⁷⁵. Hemos de concluir que no nos consta de quién toma san Josemaría esta comparación que podría haber leído en autores de todas las épocas.

En otros casos, en cambio, san Josemaría se remite expresamente a un Padre de la Iglesia. En *Es Cristo que pasa* cita unas palabras de san Juan Crisóstomo en las que exhorta a aceptar lo que Dios nos ha revelado aun sin entenderlo, como manifestación de humildad ante Dios⁷⁶. La misma enseñanza puede verse en otro texto en que el Crisóstomo pone de ejemplo a san José que, sin entender –con humildad– obedece⁷⁷. Aparece citado por san Josemaría en una homilía fechada el 19-III-1963 bajo el epígrafe «*La fe, la esperanza y el amor de José*»⁷⁸.

Se conserva una nota autógrafa de san Josemaría en la que reproduce esta reflexión de san Agustín:

«¿Quieres ser grande? Comienza por lo ínfimo. ¿Piensas construir una gran fábrica en altura? piensa primero en el cimiento de la humildad. Y cuanto mayor mole pretende alguien imponer al edificio, cuanto más elevado sea el edificio, tanto más profundo cava el cimiento. Cuando la fábrica se construye, sube a lo alto; pero quien

⁷⁵ «Sería una vergüenza que en esto [hacer el examen de conciencia]...descuidando con enorme negligencia el negocio más importante y más difícil: el de nuestra propia santificación» (SAN PÍO X, *Ex. ap. Haerent animo*, al clero católico en el 50º aniversario de su ordenación sacerdotal, 4-VIII-1908, n. 26: acta IV, p. 237).

⁷⁶ «Vemos que Jesús ha salido de nosotros y de nuestra sustancia humana, y que ha nacido de Madre virgen: pero no entendemos cómo puede haberse realizado este prodigio. No nos cansemos intentando descubrirlo: aceptemos más bien con humildad lo que Dios nos ha revelado, sin escudriñar con curiosidad en lo que Dios nos tiene escondido» (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matthaicum homiliae, o.c.*, 4,3: PG 57,43). San Josemaría utiliza este texto en *Es Cristo que pasa* n. 13.

⁷⁷ «Al oír esto, José no se escandalizó ni dijo: eso parece un enigma. Tú mismo hacías saber no ha mucho que El salvaría a su pueblo, y ahora no es capaz ni de salvarse a sí mismo, sino que tenemos necesidad de huir, de emprender un viaje y sufrir un largo desplazamiento: eso es contrario a tu promesa. José no discurre de este modo, porque es un varón fiel. Tampoco pregunta por el tiempo de la vuelta, a pesar de que el Angel lo había dejado indeterminado, puesto que le había dicho: está allí –en Egipto– hasta que yo te diga. Sin embargo, no por eso se crea dificultades, sino que obedece y cree y soporta todas las pruebas alegremente» (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matthaicum homiliae*, 8, 3: PG 57, 85).

⁷⁸ Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 42.

cava fundamentos se hunde en la zanja. Luego la fábrica se humilla antes de elevarse y después de la humillación se remonta hasta el remate»⁷⁹.

En sus cuadernos personales señala que hizo oración en varias ocasiones con el texto. Quizá estas reflexiones se encuentren en el origen del número 590 de *Camino*⁸⁰.

También, en sintonía con el pensamiento de san Agustín⁸¹, san Josemaría enseña que la senda de la humildad pasa por la Cruz, explicando que es el camino necesario para llegar a la eternidad⁸².

Otra enseñanza de san Agustín –que la humildad lleva a ver a los demás como superiores, y a no juzgarlos–, está presente en san Josemaría en este caso citando textualmente:

«Procurad adquirir las virtudes que creéis que faltan en vuestros hermanos, y ya no veréis sus defectos, porque no los tendréis vosotros»⁸³.

Otro texto en que quedan remarcadas las acciones “humanas” de Cristo, muestra también una conexión con la doctrina de san Agustín⁸⁴:

«Si quieres ir adelante previniendo tropiezos y extravíos, no tienes más que andar por donde Él anduvo, apoyar tus plantas sobre la impronta de sus pisadas, adentrarte en su Corazón humilde y

⁷⁹ SAN AGUSTÍN, *Sermones*, o.c., 69,2, p. 294.

⁸⁰ «No quieras ser como aquella veleta dorada del gran edificio: por mucho que brille y por alta que esté, no importa para la solidez de la obra. –Ojalá seas como un viejo sillar oculto en los cimientos, bajo tierra, donde nadie te vea: por ti no se derrumbará la casa» (cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica*, o.c., p. 715).

⁸¹ Para San Agustín, la culminación de la senda de la humildad es la Cruz. Agarrarse al leño de la Cruz es, ante todo, caminar por el camino de la humillación escogido por Dios y el fin de la senda es la Gloria (cfr. D. REDDY, *Humildad*, o.c., p. 658).

⁸² Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 66.

⁸³ SAN AGUSTÍN, *Comentario a los Salmos*, o.c., 30, 2, 7, p. 228 (PL 36, 243). San Josemaría utiliza esta cita en *Es Cristo que pasa*, n. 68.

⁸⁴ «Y, así, Aquel que tenía tan enorme poder sintió sed, tuvo que retirarse a dormir, fue detenido, golpeado, crucificado, muerto. Éste es el camino: caminar por la senda de la humildad para llegar a la eternidad» (*ibid.*, 12, 5, p. 979). También hay otros autores que predicán de este modo, cfr. por ejemplo: SANTA CATALINA DE SIENA, *Cartas*, o.c., n. 152, p. 615; SAN JUAN DE ÁVILA, *Sermones*, o.c., n. 4, p. 62.

paciente (...). Repasa el ejemplo de Cristo, desde la cuna de Belén hasta el trono del Calvario. Considera su abnegación, sus privaciones: hambre, sed, fatiga, calor, malos tratos, incomprensiones, lágrimas...»⁸⁵.

En *Amigos de Dios*, escribe:

«Para que tú y yo sepamos que no hay otro camino, que sólo el conocimiento sincero de nuestra nada encierra la fuerza de atraer hacia nosotros la divina gracia»⁸⁶.

En las palabras «conocimiento sincero de nuestra nada», dice Ramos-Lissón, descubrimos un aspecto concreto de la humildad que tiene reminiscencias agustinianas⁸⁷. Se trata del conocido "*Noverim te, noverim me*", ya citado anteriormente⁸⁸.

La homilía recién citada continúa haciendo suyas estas palabras de san Agustín:

«Por nosotros, Jesús vino a padecer hambre y a alimentar, vino a sentir sed y a dar de beber, vino a vestirse de nuestra mortalidad y a vestir de inmortalidad, vino pobre para hacer ricos»⁸⁹.

Nos da así una visión modélica de la humildad de Cristo, al indicarnos que la misma Encarnación del Verbo lleva consigo una humillación, que es pródiga en efectos salvíficos para los hombres.

La sinceridad en la dirección espiritual es una enseñanza muy repetida por toda la tradición. San Josemaría para fundamentar su doctrina, utiliza en una de sus homilías, unas palabras de Casiano:

«No penséis que los que se pierden caen víctimas de un fracaso repentino; cada uno de ellos erró en los comienzos de su senda, o bien descuidó por largo tiempo su alma, de modo que debilitándose

⁸⁵ *Amigos de Dios*, n. 128.

⁸⁶ *Ibid.*, n. 97.

⁸⁷ Cfr. D. RAMOS-LISSÓN, *La presencia de san Agustín en las homilías del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en «Scripta Theologica» 25/3 (1993), p. 926.

⁸⁸ Esta doctrina aparece también en otros escritos de san Josemaría, por ejemplo: «La humildad nace como fruto de conocer a Dios y de conocerse a sí mismo» (*Forja*, n. 184).

⁸⁹ SAN AGUSTÍN, *Comentario a los Salmos, o.c.*, 49, 19, p. 356 (PL 36, 577).

progresivamente la fuerza de sus virtudes y creciendo, en cambio, poco a poco la de los vicios, vino a quebrantarse miserablemente... Una casa no se derrumba de golpe por un accidente imprevisible: o había ya algún defecto en sus fundamentos, o la desidia de los que la habitaban se prolongó por mucho tiempo, de forma que los desperfectos en un principio pequeñísimos fueron corroyendo la firmeza de la armadura, por lo que, cuando llegó la tempestad o arreciaron las lluvias torrenciales, se destruyó sin remedio, poniendo de manifiesto lo antiguo del descuido»⁹⁰.

C. SINTONÍA CON LA DOCTRINA DE ALGUNOS MAESTROS DE VIDA ESPIRITUAL

San Josemaría conoció y apreció la obra de muchos grandes autores de la historia de la espiritualidad que influyeron de diversos modos en su biografía espiritual. Es fácil encontrar paralelismos y semejanzas, pero no podemos ver en esto relación de dependencia genética, que ofrecería una imagen falsa de su figura y doctrina. A este respecto nos parece elocuente el proceso seguido por san Josemaría para introducirse en la «vía de infancia espiritual», tal como expondremos más adelante.

Veamos, ahora, algunos ejemplos que manifiestan la presencia en san Josemaría de enseñanzas sobre la virtud de la humildad que se encuentran antes en otros maestros de vida espiritual.

⁹⁰ JUAN CASIANO, *Collationes*, VI, 17 (PL 49, 667-668). San Josemaría cita este texto en *Amigos de Dios*, n. 15.

C.1. Algunos autores de la Edad Media

a) San Bernardo de Claraval y san Buenaventura

Para san Josemaría, «el propio conocimiento nos lleva como de la mano a la humildad»⁹¹; pero no es todavía humildad, sino su principio, como ya decía san Bernardo⁹².

En *Camino* se lee:

«Si te conocieras, te gozarías en el desprecio, y lloraría tu corazón ante la exaltación y la alabanza»⁹³.

Es un aspecto radical de la humildad cristiana que san Josemaría recibe de la tradición cristiana⁹⁴. Coincide con san Bernardo y tantos otros maestros en que, precisamente al “conocerse”, el hombre es consciente de la verdad de su vida y de que ha recibido muchos dones divinos, el mayor: la filiación divina. Ya hemos dicho que, para san Josemaría, la humildad es «la virtud que nos ayuda a conocer, simultáneamente, nuestra miseria y nuestra grandeza»⁹⁵.

Esta radicalidad en su enseñanza, fundamentada también en la tradición espiritual, se manifiesta en *Camino*:

⁹¹ *Camino*, n. 609.

⁹² «*Humilitas, quem nobis veritas parit*» (SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *In Canticum, sermo 42, o.c.*, pp. 572-573). Es también una doctrina presente en varios maestros espirituales; cfr. cap. II, A. 4: «El conocimiento de sí lleva a la humildad». Por ejemplo, Alonso Rodríguez resume así la tradición: «Todos convenimos en que el conocimiento propio es el principio y fundamento para alcanzar la humildad y tenernos en lo que somos». (ALONSO RODRÍGUEZ, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas, o.c.*, p. 785).

⁹³ *Camino*, n. 595.

⁹⁴ Cfr. SAN ANSELMO, *De similitudinibus*, c.107 (PL 149, 668B); SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *In Canticum, sermo 42, o.c.*, p. 573 s.; SAN JUAN DE ÁVILA, *Cinco grados de la humildad*, en *Obras Completas del Santo Maestro Juan de Ávila. I*, L. SALA BALUST - F. MARTÍN HERNÁNDEZ (eds.), BAC 67, Madrid 2002, p. 1058; A. RODRÍGUEZ, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas, o.c.*, Parte 2, tratado 3º, c. 15.

⁹⁵ *Amigos de Dios*, n. 94.

«¿Soberbia?-¿Por qué?... Dentro de poco –años, días– serás un montón de carroña hedionda: gusanos, licores malolientes, trapos sucios de la mortaja..., y nadie, en la tierra, se acordará de ti»⁹⁶.

Son palabras que tienen una proximidad con las imágenes y el vocabulario con san Bernardo⁹⁷.

Los maestros espirituales enseñan que el cristiano no se debe parar en el conocimiento de las propias miserias, sino que ha de llegar al conocimiento de la bondad y misericordia de Dios; y, a continuación, volver a poner continuamente los ojos en la propia miseria y flaqueza para evitar, por la presunción de creerse ya humilde, volver a caer⁹⁸.

A este género de presunción san Josemaría lo llama “endiosamiento malo” que es el engrimiento de quien olvida su propia miseria:

«No puedo ocultaros, hijos míos, mi temor de que en algún caso ese endiosamiento, sin una base de profunda humildad, pueda ocasionar la presunción, la corrupción de la verdadera esperanza, la soberbia y –más tarde o más temprano– el derrumbamiento espiritual ante la experiencia inesperada de la propia flaqueza (...). Si tú y yo nos sabemos polvo y miseria, poquita cosa, lo demás lo pondrá el Señor. Es una consideración que me llena el alma»⁹⁹.

En una homilía predicada en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús acude a san Buenaventura:

«¿Quién no amará su Corazón tan herido?, ¿quién no devolverá amor por amor? ¿Quién no abrazará un Corazón tan puro? Nosotros, que somos de carne, pagaremos amor por amor, abrazaremos a nuestro herido, al que los impíos atravesaron manos y pies, el costado y el Corazón. Pidamos que se digne ligar nuestro corazón con el vínculo

⁹⁶ *Camino*, n. 601.

⁹⁷ «*Quomodo componantur in tumulo, quomodo pulvere contegantur, quomodo vorentur a vermibus, quomodo quasi saccus putrefactus consumantur*» (SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Formula honestae vitae. Utile monitum de consideratione mortis*: PL 184, 1170D).

⁹⁸ Cfr. ALONSO RODRÍGUEZ, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas, o.c.*, pp. 793-796; remitimos al apartado «La humildad lleva a tomar conciencia de la grandeza de los bienes recibidos de Dios» del capítulo anterior.

⁹⁹ *Carta 24-III-1931*, n. 4. Cit. en: *VCS-II*, pp. 399-400.

de su amor y herirlo con una lanza, porque es aún duro e impenitente»¹⁰⁰.

Y explica que «para entender ese lenguaje, para saber de verdad lo que es el corazón humano y el Corazón de Cristo y el amor de Dios, hace falta fe y hace falta humildad»¹⁰¹. Porque cuando se descuida la humildad el hombre intenta reducir la grandeza divina a los límites humanos¹⁰².

b) Santo Tomás de Aquino

En el esquema de las virtudes de la *Summa Theologiae* se sitúa la humildad en el “apetito sensible” como parte de la virtud de la templanza, concretamente aneja a la modestia¹⁰³. San Josemaría conoció esta doctrina; pero de su enseñanza se desprende que la humildad está también en la voluntad, en la razón y en todas las facultades sensibles: es una inclinación de la persona entera¹⁰⁴; como han manifestado también tantos otros autores de la tradición espiritual cristiana¹⁰⁵.

Ante Dios, lo decisivo es el testimonio de la conciencia recta, pero ante los hombres se requieren también los signos externos¹⁰⁶. En la homilía *El respeto cristiano a la persona y a su libertad*, después de haber citado esta enseñanza de santo Tomás, enseña san Josemaría:

«La humildad es la virtud que lleva a descubrir que las muestras de respeto por la persona –por su honor, por su buena fe, por su intimidad–, no son convencionalismos exteriores, sino las primeras manifestaciones de la caridad y de la justicia»¹⁰⁷.

Es una aplicación de la doctrina del Aquinate dirigida a aquellos que han de santificarse en el seno de la sociedad, ámbito en el que es lógico que

¹⁰⁰ SAN BUENAVENTURA, *Vitis mystica*, 3, 11 (PL 184, 643). San Josemaría utiliza esta cita en *Es Cristo que pasa*, n. 165.

¹⁰¹ *Es Cristo que pasa*, n. 165.

¹⁰² Cfr. *ibid.*

¹⁰³ Cfr. *S. Th.*, II-II, q. 164, a. 4.

¹⁰⁴ Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 164.

¹⁰⁵ Cfr. *VCS-II*, p. 385.

¹⁰⁶ Cfr. *S. Th.*, II-II, q.103, a. 1-3.

¹⁰⁷ *Es Cristo que pasa*, n. 72; cfr. *Camino*, n. 372.

se viva, con naturalidad, una cierta consideración en el trato, un cierto honor externo, que suele acompañar a la persona que tiene algún grado de excelencia, y este reconocimiento no significa falta de humildad.

San Josemaría se remite a la doctrina de santo Tomás sobre la prudencia¹⁰⁸ para afirmar que la humildad es el “primer paso” de esta virtud:

«Santo Tomás señala tres actos de este buen hábito de la inteligencia: pedir consejo, juzgar rectamente y decidir (Cfr. S. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, II-II, q. 47, n. 8). El primer paso de la prudencia es el reconocimiento de la propia limitación: la virtud de la humildad. Admitir, en determinadas cuestiones, que no llegamos a todo, que no podemos abarcar, en tantos casos, circunstancias que es preciso no perder de vista a la hora de enjuiciar. Por eso acudimos a un consejero; pero no a uno cualquiera, sino a uno capacitado y animado por nuestros mismos deseos sinceros de amar a Dios, de seguirle fielmente. No basta solicitar un parecer; hemos de dirigirnos a quien pueda dárnoslo desinteresado y recto»¹⁰⁹.

C.2. El Siglo de Oro español

San Josemaría no establece grados ni clasificaciones en esta virtud, aunque conoce las que han hecho tantos autores¹¹⁰. Su enseñanza presenta contrastes con algunos. Por ejemplo, *Camino*¹¹¹, respecto al segundo grado de la humildad del Maestro Ávila¹¹² donde habla de manifestaciones externas de esta virtud que chocarían con la naturalidad propia de la vida cristiana en medio del mundo, que él predicaba. Sin embargo, otro punto

¹⁰⁸ Cfr. S. Th., II-II, q. 47, a. 8.

¹⁰⁹ *Amigos de Dios*, n. 86.

¹¹⁰ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 718.

¹¹¹ «Esa falsa humildad es comodidad: así tan humildito, vas haciendo dejación de derechos... que son deberes» (*Camino*, n. 603).

¹¹² «Este menosprecio muestre exteriormente en el hábito y en el andar y en ejercitarse en cosas bajas y despreciadísimas» (SAN JUAN DE ÁVILA, *Reglas de Espíritu, o.c.*, 6, p.1058).

de este mismo libro¹¹³ –que ya hemos citado– sí está en clara concordancia con el tercer grado de la humildad de san Juan de Ávila¹¹⁴. También el cuarto escalón de la clasificación que hace Alonso Rodríguez¹¹⁵ lo enseña, san Josemaría, en toda su radicalidad:

«Si te conocieras, te gozarías en el desprecio, y lloraría tu corazón ante la exaltación y la alabanza»¹¹⁶.

En la enseñanza de **Alonso Rodríguez** se da espacio a explicar la “humildad de garabato”, que el diccionario de la lengua española define como: “humildad falsa y afectada”. Rodríguez explica que con ese garabato lo que se busca es, en realidad, que otro nos alabe y, por tanto, no es más que una forma de soberbia¹¹⁷. San Josemaría conoce esta expresión clásica y la utiliza en sus escritos¹¹⁸. La idea se encuentra apuntada en el siguiente guión para desarrollar en una plática:

«Verdadera humildad: Humildad y verdad –humildad de garabato– *humilis mente (qui gloriatur, in Domino gloriatur [1Co 1,31])*»¹¹⁹.

Al estudiar las enseñanzas acerca de la dirección espiritual se observa una similitud con algunas expresiones y conceptos de **san Juan de la Cruz** en el modo en que san Josemaría se expresa. Así el Doctor místico escribe en la *Noche Oscura*:

«[Algunos] tienen empacho de decir sus pecados desnudos para que no los tengan sus confesores en menos, y vanlos coloreando para que no parezcan tan malos...»¹²⁰.

¹¹³ «No eres humilde cuando te humillas, sino cuando te humillan y lo llevas por Cristo» (*Camino*, n. 594).

¹¹⁴ «Cuando es menospreciado de otros, tenga paciencia» (Cfr. SAN JUAN DE ÁVILA, *Reglas de Espíritu*, o.c., 6, p.1058).

¹¹⁵ «Desear ser despreciados y tenidos en poco y holgarnos con ello» (ALONSO RODRÍGUEZ, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, o.c., p. 821); aspecto radical de la humildad cristiana que está presente en toda la tradición espiritual.

¹¹⁶ *Camino*, n. 595.

¹¹⁷ ALONSO RODRÍGUEZ, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, o.c., pp. 814-815.

¹¹⁸ «Decía –sin humildad de garabato– aquel amigo nuestro: “no he necesitado aprender a perdonar, porque el Señor me ha enseñado a querer”» (*Surco*, n. 804).

¹¹⁹ Plática sobre “Espíritu de humildad” predicada por San Josemaría en unos ejercicios espirituales en Vitoria el año 1938 Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica*, o.c., p. 728.

Un consejo que se encuentra también en este punto de *Forja*:

«Al abrir tu alma, ¡sé sincero! y, sin dorar la píldora, que a veces es infantilismo, habla»¹²¹.

La expresión «dorar la píldora» parece equivalente a “vanlos coloreando para que no parezcan tan malos” de san Juan de la Cruz.

La referencia al Doctor místico es, en ocasiones, explícita, como cuando escribe:

«Sólo entregándonos con humildad podremos decir con san Juan de la Cruz: *volé tan alto, tan alto que le di a la caza alcance*»¹²².

“Pierde si quieres ganar, baja si quieres subir...”, es otro fragmento muy conocido de una poesía de claras resonancias sanjuanistas y teresianas que, en ocasiones, cita san Josemaría¹²³. Tanto en estas palabras como en el texto anterior encontramos la misma convicción de fondo: «la donación total a Dios es el mejor camino para *darle a la caza alcance*. Exaltación y humildad, renuncia y ganancia, olvido de sí y plenitud de realización y de sentido se unen en la experiencia de estos dos grandes maestros espirituales»¹²⁴.

En los escritos de **san Juan de Ávila** aparece una expresión paradójica, «santa soberbia»¹²⁵, en la que, según Pedro Rodríguez, parece estar inspirado un punto de *Camino*¹²⁶:

¹²⁰ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche Oscura*, o.c., L. 2, c. 2, n.4, p. 326.

¹²¹ *Forja*, n. 427.

¹²² Texto citado en: J.L. ILLANES, *Presencia de San Juan de la Cruz en los escritos de Josemaría Escrivá de Balaguer*, en E. PACHO (ed.), *Dottore mistico: San Giovanni della Croce. Simposio nel IV centenario della morte, 4-8 novembre 1991*, Teresianum, Roma 1992, p. 377.

¹²³ Cfr. *ibid.*

¹²⁴ *Ibid.*, pp. 377-378.

¹²⁵ «Debemos estar siempre humillados, y con santo temor delante de Dios; más, para con el demonio, muy esforzados con la esperanza de Dios, y llenos de una santa soberbia» (SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi filia*, o.c., c.29, p. 626).

¹²⁶ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica*, o.c., p. 449. La sugerencia del profesor Rodríguez se funda en la semejanza entre los conceptos y en el hecho de que san Josemaría conocía las obras de san Juan de Ávila. Pero no está probado que se haya inspirado en este autor al escribir el punto de *Camino*.

«Padre -me decía aquel muchachote (¿qué habrá sido de él?), buen estudiante de la Central-, pensaba en lo que usted me dijo... ¡que soy hijo de Dios!, y me sorprendí por la calle, ‘engallado’ el cuerpo y soberbio por dentro... ¡hijo de Dios!» Le aseguré, con segura conciencia, fomentar la “soberbia”»¹²⁷.

En la enseñanza de san Josemaría encontramos, en común con la tradición espiritual que hemos estudiado, una profunda comprensión de la condición de la criatura humana caída y redimida: un misterio de pecado y de gracia; como se refleja en *Camino*:

«No olvides que eres... el depósito de la basura. -Por eso, si acaso el Jardinero divino echa mano de ti, y te friega y te limpia... y te llena de magníficas flores..., ni el aroma ni el color, que embellecen tu fealdad, han de ponerte orgulloso.

-Humíllate: ¿no sabes que eres el cacharro de los desperdicios?»¹²⁸.

En este texto -afirma P. Rodríguez- «hay un profundo conocimiento de eso que Pascal llamaba “*ce vilain fond de l’homme*”¹²⁹, pero sin la ironía pascaliana: el discurso se mueve, todo él, en lo que podríamos llamar “humildad ante Dios”: un “reconocerse” que está ya atravesado por el Amor». Todo el capítulo de Humildad en *Camino* -continúa P. Rodríguez- «refleja una “experiencia” de la seriedad de la relación con Dios, común a la tradición de los grandes santos. Desde ella puede también comprenderse, en su ambivalencia, el drama de Lutero, a la vez que se descarta toda concepción, podríamos decir, “apolínea” de la vida espiritual. En última instancia, el fondo teológico sobre el que está meditando el Autor en ambos puntos es la doctrina de san Pablo en Rm 9, 20-24, incluso con sus imágenes: vasos *in honorem* y vasos *in contumeliam* (vid también 2Tm 2, 20)

¹²⁷ *Camino*, n. 274.

¹²⁸ *Ibid.*, n. 592; «Eres polvo sucio y caído. - Aunque el soplo del Espíritu Santo te levante sobre las cosas todas de la tierra y haga que brille como oro, al reflejar en las alturas con tu miseria los rayos soberanos del Sol de Justicia, no olvides la pobreza de tu condición» (*Ibid.*, n. 599).

¹²⁹ B. PASCAL, *Pensées*, 453, en L. BRUNSCHVICG (ed.), *Librairie Générale Française*, Paris 1972, p. 209.

para que aparezcan los “vasos de misericordia que de antemano preparó para su gloria”»¹³⁰.

En un texto de los años setenta continúa el diálogo comenzado en *Camino*:

«Comprende que eres de barro de botijo y no te asustes, nunca más, de topar dentro de ti con abismos de vileza. Clama, ruega, recorre las etapas del hijo pródigo. Tu Padre Dios sale a tu encuentro apenas te confiesas pecador, en aquello que la soberbia te ocultaba como pecado. Comienza para ti una gran fiesta –la profunda alegría del arrepentimiento– y estrenas un traje limpio: una caridad más honda, más divina y más humana, porque cuentas ya con la seguridad de haber aceptado humildemente la poquedad de tu condición»¹³¹.

Detrás de estas expresiones está una viva conciencia de la teología paulina y agustiniana de la gracia: «*Oportet ut oderis in te opus tuum, ut ames in te opus Dei*»¹³².

Una vivencia semejante, se encuentra en **santa Teresa de Jesús**, que explica así por qué aceptó escribir el Libro de su vida:

«Sea bendito por todo, y sírvase de mí, por quien Su Majestad es; que bien sabe mi Señor que no pretendo otra cosa en esto, sino que sea alabado y engrandecido en esto un poquito de ver que en un muladar tan sucio y de mal olor hiciese huerto de tan suaves flores. Plega a Su Majestad que por mi culpa no las torne yo a arrancar y se torne a ser lo que era»¹³³.

Por último, queremos hacer referencia a la doctrina sobre la humildad colectiva. Un aspecto de la humildad que ya hemos comentado al exponer la enseñanza de san Ignacio de Loyola. En 1951, san Josemaría, escribió:

¹³⁰ P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, pp. 716-717.

¹³¹ *Carta 14-II-1974*, n. 7. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 717.

¹³² SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, en *Obras Completas de San Agustín*, T. PRIETO (ed.), BAC 139, Madrid 1955, 12, 13, pp. 314s.

¹³³ SANTA TERESA DE JESÚS, *El libro de su vida, o.c.*, 10, 9, p. 69. Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 741.

«Aparte de la humildad personal, imprescindible para todos los fieles, amar y practicar la humildad colectiva»¹³⁴.

La humildad colectiva, de origen evangélico¹³⁵, es un aspecto de la humildad personal que deriva de formar parte de una “colectividad”, en este caso de una institución de la Iglesia. En el mismo número de la carta, un poco más adelante, escribe:

«Esta humildad colectiva tan grata a Dios, libra del exagerado espíritu de cuerpo, del fanatismo, de formar grupito (...) [Con la humildad colectiva] se rechaza la idea que lo nuestro es bueno, por ser nuestro; y lo de los demás, mediocre o malo»¹³⁶.

C.3. Edad Moderna y Contemporánea

El sentido de la filiación divina empapa cada una de las enseñanzas de san Josemaría. «Y esa espiritualidad de la filiación divina se modula, junto con otras dimensiones, cardinalmente, en la vida de espíritu de abandono y de infancia espiritual»¹³⁷; dos aspectos muy relacionados con la humildad.

Este espíritu de abandono en Dios y la sencillez de la infancia espiritual se realizan, como todas las enseñanzas de san Josemaría, dentro de las circunstancias de trabajo y de vida peculiares de cualquier cristiano corriente. Por ello, no hay que olvidar que los puntos que san Josemaría asume de la tradición adquieren en su enseñanza la novedad del espíritu que predica.

El estudio del espíritu de abandono y la infancia espiritual nos ha llevado a investigar la relación con la tradición que san Josemaría recibe, especialmente con san Francisco de Sales y, sobre todo, con santa Teresa de Lisieux. Añadimos un epígrafe sobre la devoción al Amor Misericordioso

¹³⁴ Carta 24-XII-1951, n. 42. Cit. en: VCS-II, p. 401.

¹³⁵ Lc 9, 49-50.

¹³⁶ Carta 24-XII-1951, n. 42. Cit. en: VCS-II, p. 402.

¹³⁷ J. ARELLANO, *Espíritu de Abandono y Vida de Infancia Espiritual*, en J. MORALES (coord.), *Estudios sobre Camino*, Rialp, Madrid 1988, p. 113.

porque fue para san Josemaría un punto de encuentro con las tradiciones de estos dos santos¹³⁸.

a) San Francisco de Sales

Para poner en relación la doctrina de san Josemaría con la de san Francisco de Sales, sería necesario un estudio largo y metódico. Nos limitaremos, en este trabajo, a mencionar sólo algunos puntos sobre la virtud de la humildad.

Un elemento característico de las enseñanzas de san Francisco de Sales acerca de esta virtud es la aceptación sincera de la propia miseria¹³⁹. En este sentido san Francisco enseña que cuando una persona se desalienta al experimentar la propia debilidad significa que tiene mucho amor propio¹⁴⁰. Esta doctrina se encuentra de diversos modos en la enseñanza de san Josemaría. Por ejemplo:

«La tristeza es la escoria del egoísmo; si queremos vivir para el Señor, no nos faltará la alegría, aunque descubramos nuestros errores y nuestras miserias»¹⁴¹.

Otro de los aspectos de la doctrina de san Francisco de Sales es la conciliación entre humildad y magnanimidad¹⁴². San Josemaría –ya lo hemos hecho notar en otras ocasiones– relaciona siempre estas dos virtudes. Como ejemplo citamos un fragmento de una homilía:

¹³⁸ Cfr. F. REQUENA, *San Josemaría Escrivá de Balaguer y la devoción al Amor Misericordioso (1927-1935)*, o.c., p. 172.

¹³⁹ Cfr. M. BELDA, *Guiados por el Espíritu de Dios. Curso de Teología espiritual*, o.c., p. 278.

¹⁴⁰ «Aunque la razón pide que, si cometemos faltas nos sintamos tristes y contrariados, conviene evitar ser presa de una desazón despiadada y colérica. Por lo cual caen en grave error los que, estando encolerizados, se lamentan de haberse encolerizado, se entristecen de haberse entristecido y sienten despecho de haberse despechado (...). Estos movimientos de cólera, malhumor y desazón contra sí mismo son causa de orgullo y tienen su origen en el amor propio, que nos turba e inquieta al vernos tan imperfectos» (SAN FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, o.c., p. 147).

¹⁴¹ *Amigos de Dios*, n. 92.

¹⁴² Cfr. P. ADNÈS, *Humilité*, o.c., col. 1178.

«Nosotros que somos especialmente de Dios, instrumentos suyos a pesar de nuestra pobre miseria personal, seremos eficaces si no perdemos el conocimiento de nuestra flaqueza»¹⁴³.

Pero sobre todo la espiritualidad de san Francisco de Sales está fuertemente centrada en el abandono del alma en Dios¹⁴⁴.

La doctrina del “abandono” en las manos de Dios, dimensión fundamental de la vida de infancia, llena los Cuadernos de *Apuntes íntimos*, y algunas de esas anotaciones pasaron a *Camino*. En el abandono está una gran batalla personal de san Josemaría en su trato con Dios¹⁴⁵. Escribía en 1932:

«Por haber vuelto al abandono, he recibido, del Espíritu Santo, luces en el entendimiento y vigor en la voluntad»¹⁴⁶.

Pedro Rodríguez apunta que san Francisco de Sales y santa Teresa de Lisieux fueron autores de referencia en la doctrina del abandono para san Josemaría, en cuya enseñanza el tema está íntimamente unido a la praxis de la vida de infancia¹⁴⁷.

En el siguiente número de *Camino* se encuentra una síntesis de su vivencia del abandono y de su propuesta acerca de la “infancia espiritual”¹⁴⁸:

«Camino de infancia. –Abandono. –Niñez espiritual. –Todo esto no es una bobería, sino una fuerte y sólida vida cristiana»¹⁴⁹.

San Josemaría se refiere al «abandono en Dios» como un aspecto del espíritu de filiación divina. En el siguiente texto observamos cómo se relaciona ser hijos pequeños de Dios y el abandono en sus manos:

«Sé que eres mi Padre, y he visto siempre que los pequeños están absolutamente seguros de sus padres. Mi experiencia sacerdotal me

¹⁴³ *Es Cristo que pasa*, n. 160.

¹⁴⁴ Cfr. Cap. II, A.7.

¹⁴⁵ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 846.

¹⁴⁶ *Apuntes íntimos*, n. 879. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 847.

¹⁴⁷ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 943.

¹⁴⁸ Cfr. *Camino*, nn. 864, 871; P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 948.

¹⁴⁹ *Ibid.*, n. 853.

ha confirmado que este abandono en las manos de Dios empuja a las almas a adquirir una fuerte, honda y serena piedad, que impulsa a trabajar constantemente con rectitud de intención»¹⁵⁰.

San Francisco de Sales compara el abandono con la actitud del niño pequeño en brazos de su madre¹⁵¹. También san Josemaría utiliza esta comparación:

«No estás solo. –Lleva con alegría la tribulación. –No sientes en tu mano, pobre niño, la mano de tu Madre: es verdad. –Pero... ¿has visto a las madres de la tierra, con los brazos extendidos, seguir a sus pequeños, cuando se aventuran, temblorosos, a dar sin ayuda de nadie los primeros pasos? –No estás solo: María está junto a ti»¹⁵².

San Josemaría, siguiendo una amplia tradición de maestros espirituales, mueve a vivir el abandono en la Voluntad de Dios mostrando todos los frutos de santidad y de eficacia que trae en todos los sucesos, con la sencillez del espíritu de vida de infancia¹⁵³:

«Paradojas de un alma pequeña. –Cuando Jesús te envíe sucesos que el mundo llama buenos, llora en tu corazón, considerando la bondad de Él y la malicia tuya: cuando Jesús te envíe sucesos que la gente califica de malos, alégrate en tu corazón, porque El te da siempre lo que conviene y entonces es la hermosa hora de querer la Cruz»¹⁵⁴.

El abandono en la Voluntad de Dios tiene como frutos la alegría y la paz:

«El “*gaudium cum pace*” –la alegría y la paz– es fruto seguro y sabroso del abandono»¹⁵⁵.

Respecto a la docilidad en la dirección espiritual, ambos autores recomiendan, claramente, la necesidad de contar con un maestro¹⁵⁶. En esta línea escribe san Josemaría:

¹⁵⁰ *Amigos de Dios*, n. 143.

¹⁵¹ Cfr. P. SEUROET, *François de Sales (saint)*, o.c., c. 1088.

¹⁵² *Camino*, n. 900.

¹⁵³ Cfr. J. ARELLANO, *Espíritu de Abandono y Vida de Infancia Espiritual*, o.c., p. 146.

¹⁵⁴ *Camino*, n. 873.

¹⁵⁵ *Ibid.*, n. 768; cfr. nn. 758, 766, 767.

«Conviene que conozcas esta doctrina segura: el espíritu propio es mal consejero, mal piloto, para dirigir el alma en las borrascas y tempestades, entre los escollos de la vida interior.

Por eso es Voluntad de Dios que la dirección de la nave la lleve un Maestro, para que, con su luz y conocimiento, nos conduzca a puerto seguro»¹⁵⁷.

b) Santa Teresa de Lisieux

Aunque la espiritualidad de san Josemaría sea diferente de la de santa Teresa de Lisieux –que tanto deseó alejarse del mundo para entrar en el Carmelo– les acerca, sin embargo, la vivencia de la infancia espiritual, aunque con distinto fundamento, como vamos a considerar ahora¹⁵⁸.

San Josemaría tenía mucha devoción a santa Teresita. Narra en sus *Apuntes íntimos* que el día 2 de octubre de 1931, tercer aniversario de la fundación del Opus Dei y fiesta de los Ángeles Custodios, invocó ardientemente a su Ángel:

«Que me enseñe a amar a Jesús, siquiera, siquiera, como le ama él. Indudablemente Santa Teresita [...] quiso anticiparme algo por su fiesta y logró de mi Ángel Custodio que me enseñara hoy a hacer oración de infancia. ¡Qué cosas más pueriles le dije a mi Señor! Con la confiada confianza de un niño que habla al Amigo Grande, de cuyo amor está seguro»¹⁵⁹.

¹⁵⁶ «Hay almas tan confiadas en sí mismas, que quieren como único guía al Espíritu Santo, y se figuran que todo lo que les viene a la mente son inspiraciones de Él, que las toma de la mano y las conduce como a niños en todo aquello que emprenden. Se engañan, decidme: ¿ha habido vocación más especial que la de San Pablo, al que habló Nuestro Señor mismo para convertirle? Sin embargo, no lo quiso instruir directamente, sino que le mandó a Ananías» (SAN FRANCISCO DE SALES, *Conversaciones espirituales, o.c.*, p. 723).

¹⁵⁷ *Camino*, n. 59.

¹⁵⁸ Cfr. M. GUERRA PRATAS, *La vida de Infancia en san Josemaría Escrivá. Una introducción.*, en «Scripta Theologica» 32 (2010), pp. 611-638. En este artículo se presenta una descripción de la enseñanza de san Josemaría sobre este tema, tanto en sus escritos como en su vida.

¹⁵⁹ *Apuntes íntimos*, n. 307. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1997, vol. I, pp. 404-405. Cfr. *Ibid.*, n. 1348. Cit. en P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición*

Sin embargo, san Josemaría comenta que no aprendió en los libros el camino de infancia, aunque los hubiese leído, hasta «después de haberme hecho andar Jesús por esa vía»¹⁶⁰.

En enero de 1932, algún tiempo después de haber profundizado en la vida de infancia espiritual, relata:

«Ayer, por primera vez comencé a hojear un libro que he de leer despacio muchas veces: “Caminito de infancia espiritual” por el P. Martín. Con esa lectura, he visto cómo Jesús me ha hecho sentir, hasta con las mismas imágenes, la vía de Santa Teresita. (...) Leeré también la “Historia de un alma”. Creo que ya la leí una vez, pero sin darle importancia, sin que, al parecer dejara poso en mí espíritu. Fue primero Mercedes¹⁶¹, quien hizo que yo comprendiera y admirara y quisiera practicar la síntesis de su vida admirable: ocultarse y desaparecer. Pero este plan de vida, que en ella era consecuencia, fruto sabroso de su humildad íntima y profunda, no es otra cosa, afín de cuentas, que la médula de la infancia espiritual. Entonces, me tomó Teresita y me llevó, con Mercedes, por María, mi Madre y Señora, al Amor de Jesús»¹⁶².

crítico-histórica, o.c., p. 914: «Ser niño (...) niño otra vez, y niño para siempre. *Sancta Theresia a Iesu Infante, ora pro me!*».

¹⁶⁰ *Ibid.*, n. 460. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 415.

¹⁶¹ Mercedes Reyna O’Farrill, Dama Apostólica del Sagrado Corazón (1889-1929), Congregación fundada por Luz Rodríguez-Casanova, que llevaban el Patronato de Enfermos. San Josemaría, capellán del Patronato en aquellos años, la conoció y la atendió en sus últimos meses y le dio los Últimos Sacramentos. Falleció en olor de santidad. Después de su muerte le tuvo una gran devoción personal. Se encargó de preparar una estampa para la devoción privada y, entre los textos que transcribió, incluyó este: «Quiero examinar mis actos y limpiarlos de amor propio, de propia complacencia y procurar rodearlos de silencio, para que no pueda recaer sobre mí ni la más pequeña partecita de una gloria que pertenece sólo a Dios; vivir una vida recogida, callada, ingeniándome en ocultarme y desaparecer» (*Apuntes espirituales*, 1926). La breve biografía de la estampa está firmada por “J. M^a. E. y A.” y fechada en 3 de julio de 1930. Sobre Mercedes Reyna, vid P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, comentario al n^o 152, p. 353 con las referencias que allí se incluyen; A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, pp. 313-315 y 419 y sobre todo, A. MUÑOZ GONZÁLEZ, *Testimonio, Jesús Urteaga (dir.)*, *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, Palabra, Madrid 1994, pp. 376-377

¹⁶² *Apuntes íntimos*, n. 562. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 915.

San Josemaría deseaba este “ocultarse y desaparecer” que es “fruto sabroso de la humildad”. Hay en esto una cercanía a santa Teresa de Lisieux que manifestaba el deseo de vivir oculta, consciente de que para la santidad es necesario «esconderse y practicar la virtud»¹⁶³. El aprecio por «ser ignorada» y «ser olvidada» es semejante al «ocultarse y desaparecer» de san Josemaría, como núcleo de la vida de infancia. Sin embargo, en santa Teresita este deseo de ocultarse surge unido a la contemplación de la Santa Faz de Jesús, tal como aparece profetizada en Isaías, desprovista de esplendor y de belleza¹⁶⁴, y no a los años de vida oculta –de trabajo y de vida familiar y social– del Señor, como sucede en san Josemaría¹⁶⁵.

Con la documentación de que disponemos –textos publicados de san Josemaría– no es posible determinar hasta qué punto las ideas e imágenes que emplea acerca de la infancia espiritual se deben a influencia directa de santa Teresa de Lisieux. Quizá algunas tengan su origen en la lectura de los escritos autobiográficos de esta santa. Como hemos visto, san Josemaría atribuye su propia oración de infancia a la intercesión de santa Teresita, y meditó el *Caminito de infancia espiritual* del Padre Gabriel Martín, que ofrece una síntesis de la “pequeña vía”¹⁶⁶.

Al leer la obra de santa Teresita y varios de los escritos de san Josemaría, se encuentra una misma actitud de infancia, con muchas características comunes: el amor, el abandono y la confianza en Dios, la sencillez, la osadía humilde; usan también algunas expresiones comunes; sin embargo, este hecho no significa necesariamente que resulten de la influencia de santa Teresita.

Como santa Teresita, también san Josemaría se sirve de la metáfora de los “alfilerazos” para designar los pequeños contratiempos y sacrificios que

¹⁶³ SANTA TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma, o.c.*, Manuscrito A, c. IV, en *Obras completas, o.c.*, p. 64.

¹⁶⁴ Cfr. Is 53 1-2; SANTA TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma, o.c.*, Manuscrito A, c. VII, p. 153.

¹⁶⁵ Cfr. *Amigos de Dios*, nn. 56, 81, 89; *Camino*, n. 840; *Es Cristo que pasa*, n. 20.

¹⁶⁶ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, pp. 932-933.

surgen en la vida de cada día¹⁶⁷, así como de otras imágenes: la comparación del alma a un ave que levanta vuelo¹⁶⁸ –tradicional en la literatura espiritual– o la de los escalones que es necesario subir en el camino de santidad que debe estar, efectivamente, inspirada en santa Teresa de Lisieux, pues es una de sus imágenes preferidas en lo que respecta a la infancia espiritual¹⁶⁹. Para un niño pequeño, subir los escalones –y aquí hablamos de los que llevan a la santidad– supone un gran esfuerzo, hasta que Dios, compadecido, lo toma amorosamente en sus brazos.

Vale la pena reproducir un punto de *Forja* en que san Josemaría visualiza la escena:

«Hagamos presente a Jesús que somos niños. Y los niños, los niños chiquitines y sencillos, ¡cuánto sufren para subir un escalón! Están allí, al parecer, perdiendo el tiempo. Por fin, han subido. Ahora, otro escalón. Con las manos y los pies, y con el impulso de todo el cuerpo, logran un nuevo triunfo: otro escalón. Y vuelta a empezar. ¡Qué esfuerzos! Ya faltan pocos..., pero, entonces, un traspíés... y ¡hala!... abajo. Lleno de golpes, inundado de lágrimas, el pobre niño comienza, recomienza el ascenso. Así, nosotros, Jesús, cuando estamos solos. Cógenos Tú en tus brazos amables, como un Amigo grande y bueno del niño sencillo; no nos dejes hasta que estemos arriba; y entonces - ¡oh, entonces!-, sabremos corresponder a tu Amor Misericordioso, con audacias infantiles, diciéndote, dulce Señor, que, fuera de María y de José, no ha habido ni habrá mortal -eso que los ha habido muy locos- que te quiera como te quiero *yo*»¹⁷⁰.

Aunque no sepamos la fecha en que escribió este punto, se percibe el “aire” de santa Teresita, tanto en la mención al Amor Misericordioso¹⁷¹, como la imagen de los escalones –que el niño tiene dificultad en subir–

¹⁶⁷ Sobre los alfilerazos, cfr. SANTA TERESA DE LISIEUX, Cartas 57, 62, en *Obras completas, o.c.*, p. 312; *Camino*, n. 204; *Forja*, n. 329.

¹⁶⁸ Cfr. SANTA TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma, o.c.*, Manuscrito B, c. IX, en *Obras completas, o.c.*, p. 198; *Forja*, n. 39.

¹⁶⁹ Cfr. M. GUERRA PRATAS, *La vida de Infancia en san Josemaría Escrivá. Una introducción., o.c.*, p. 630.

¹⁷⁰ *Forja*, n. 346.

¹⁷¹ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 885.

sustituidos por los brazos de Jesús, que la Santa compara a un ascensor, pues se ve demasiado pequeña para subir:

«Para subir la difícil escalera de la perfección (...) ¡el ascensor en que he de subir al Cielo son vuestros brazos, mi Jesús! Para eso no preciso crecer; por el contrario, tengo de ser pequeñita, hacerme cada vez más pequeñita»¹⁷².

Es evidente la importancia que santa Teresa de Lisieux, y después san Josemaría, dan a las cosas pequeñas¹⁷³ de la vida corriente, realizadas con amor. Sin embargo, santa Teresita las relaciona sólo con la infancia espiritual, mientras que para san Josemaría, son también una dimensión fundamental y constitutiva de la santificación del trabajo profesional y de la vida cotidiana.

Es interesante observar que, mientras santa Teresa dice que es «un alma muy pequeñita, que sólo sabe ofrecer a Dios cosas también muy pequeñitas»¹⁷⁴, san Josemaría escribe, en aparente contraste que «las almas grandes tienen muy en cuenta las cosas pequeñas»¹⁷⁵. En realidad no hay diferencia, porque un “alma pequeña” es, ante Dios, un “alma grande”.

En relación con la “infancia espiritual”, Pedro Rodríguez ve una diferencia entre las enseñanzas de los dos santos: «La “infancia espiritual” que san Josemaría vive y propone (...), no es solo, ni ante todo, pequeñez, humildad de la criatura ante Dios, sino, radicalmente, gozo y seguridad ante la paternidad de Dios-Padre, y modo de vivir la filiación divina del “niño” (...), que ve en Jesús a su hermano mayor»¹⁷⁶.

Una cosa es saberse “hijos pequeños de Dios” -lo que ciertamente es un rasgo del espíritu de filiación divina que enseña san Josemaría-, y otra es seguir un concreto camino de infancia espiritual en la vida interior, por ejemplo, el “caminito de infancia” de santa Teresa de Lisieux. San

¹⁷² SANTA TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma, o.c.*, Manuscrito C, c. X, en *Obras completas, o.c.*, p. 209.

¹⁷³ Cfr. *Camino*, nn. 813-830.

¹⁷⁴ SANTA TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma, o.c.*, Manuscrito C, c. XI, en *Obras completas, o.c.*, p. 254.

¹⁷⁵ *Camino*, n. 818.

¹⁷⁶ P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 945.

Josemaría distinguía las dos cosas y señalaba que el modo de vivir como hijo pequeño de Dios no era único y el mismo para todos¹⁷⁷.

Habría que señalar también que la secularidad –con todo lo que lleva consigo: la santificación del mundo desde dentro de las actividades temporales– ocupa un lugar central en la enseñanza de san Josemaría, a diferencia de santa Teresita, pero el desarrollo de este punto nos alejaría del tema de esta tesis.

c) La devoción al Amor Misericordioso¹⁷⁸

Algunas de las ideas básicas de esta devoción, citadas anteriormente¹⁷⁹, están presentes en las enseñanzas de san Josemaría¹⁸⁰, vistas con las luces propias recibidas de Dios, es decir, a partir de su espíritu de santificación en medio del mundo. Nos parece que este es el motivo por el que

¹⁷⁷ Cfr. VCS-II, p. 68.

¹⁷⁸ En la bibliografía sobre san Josemaría encontramos algunas referencias a la devoción al Amor Misericordioso. Se pueden citar tanto el extenso testimonio del beato Álvaro del Portillo (BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 138), como las biografías de Andrés Vázquez de Prada (cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, pp. 380, 381, 407 y 426) y de Pilar Urbano (cfr. P. URBANO, *El hombre de Villa Tevere, o.c.*, p. 95), y, especialmente, la edición crítico-histórica de Camino, elaborada por Pedro Rodríguez (cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, pp. 345, 367-368, 486-487, 804-805, 838-839, 853-854 y 884-885). Estas obras afirman que la devoción al Amor Misericordioso que conoció san Josemaría fue la promovida por la religiosa francesa de la Visitación, María Teresa Desandais.

¹⁷⁹ Cfr. cap. II, A.8.

¹⁸⁰ En sus *Apuntes* hay numerosas anotaciones sobre el tema, de las que copiamos estas dos: «¡Oh, Jesús! Si, siendo ¡como he sido! –pobre de mí–, has hecho lo que has hecho, si yo correspondiera, ¿qué harías? Da pasmo y congoja de Amor y Dolor, ver hasta dónde ha llegado conmigo tu Amor Misericordioso» (n. 1828. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, n. 831). «Y el Amor Misericordioso será nuestro ideal [...]: queremos que Xto. reine, practicamos y propagaremos el Evangelio, procuraremos el amor entre los hombres y desde luego y siempre ¡todo por Amor de Dios!» (n. 318. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 885). El paralelismo que se encuentra entre la enumeración hecha por san Josemaría, en este último número, y la doctrina del Amor Misericordioso es bastante notable (cfr. F. REQUENA, *San Josemaría Escrivá de Balaguer y la devoción al Amor Misericordioso (1927-1935), o.c.*, p. 165).

prescindió de algunos aspectos muy presentes en los autores que difundían esa devoción, concretamente, de la espiritualidad victimal¹⁸¹.

En la Navidad de 1931, escribió:

«Acerca del Amor Misericordioso diré que es una devoción que me roba el alma»¹⁸².

Según Pedro Rodríguez esta devoción guardaba en san Josemaría una relación íntima con su camino de infancia espiritual¹⁸³. El período que abarca desde el 2-X-1931 hasta finales de 1932 es un tiempo de especial vivencia de la paternidad de Dios y de la filiación divina del cristiano. La contemplación de Jesús nacido en Belén le lleva a meterse por caminos de vida de infancia y a descubrir la vida de infancia de Cristo¹⁸⁴.

¹⁸¹ Cfr. F. REQUENA, *San Josemaría Escrivá de Balaguer y la devoción al Amor Misericordioso (1927-1935)*, o.c., pp. 172-173. Por ejemplo, acerca del ofrecimiento como víctimas predicó: «La única víctima es Cristo. En el Opus Dei no hay víctimas, hay cruces gloriosas. Nosotros estamos gozando de su hiel y de su sangre. Tengo mucha devoción a Santa Teresita pero no seremos víctimas. ¡No hay víctimas! Sacerdotes míos: no llevéis a nadie por ese camino. No es de nuestro espíritu» (Notas de una meditación predicada en Molinoviejo (Segovia), 14-XII-1948, durante un curso de retiro. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica*, o.c., p. 367). San Josemaría entiende la vida de entrega, de sacrificio hasta el holocausto, en la línea de las obligaciones propias de la vida ordinaria del fiel laico y el sacerdote secular, del trabajo profesional responsable y muchas veces agotador con todo lo que comporta de servicio, de darse, de desaparecer, unido a la total aceptación de la Voluntad de Dios: enfermedades, contradicciones, envidias, soledad, abandono. Sabía que el victimismo cristiano se propagaba invocando indebidamente el patrocinio de santa Teresa de Lisieux.

¹⁸² *Apuntes íntimos*, n. 510. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica*, o.c., pp. 804-805.

¹⁸³ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica*, o.c., p. 831.

¹⁸⁴ Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, o.c., vol. I, pp. 404-422. El 15 de octubre de 1931 san Josemaría tuvo su primer contacto con una imagen de Jesús-Niño llamada a dejar una profunda huella en su vida de piedad. Era una talla que tenían las Agustinas Recoletas de Santa Isabel, convento del que san Josemaría era rector en aquellos años. El relato del primer encuentro con esta imagen lo recogió con detalle: «Al salir de la clausura, en la portería, me han enseñado un Niño, que era un Sol. ¡No he visto Jesús más guapo! Encantador: lo desnudaron: está con los bracitos cruzados sobre el pecho y los ojos entreabiertos. Hermoso: me lo he comido a besos y...de buena gana lo habría robado» (*Apuntes íntimos*, n. 328. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, o.c., vol. I, p. 406). Al día siguiente tuvo lugar una intensa experiencia de la filiación divina mientras viajaba en un tranvía (ver c. II, apartado A, nota 81).

La devoción al Amor Misericordioso en la vida de san Josemaría se puede individuar en dos ámbitos: por un lado, su relación con algunos promotores de la devoción y las visitas de las imágenes del Amor Misericordioso, y, por otro, en sus propios escritos¹⁸⁵. Nosotros sólo nos ocuparemos de este último.

En *Camino* alude expresamente al Amor Misericordioso en dos ocasiones. El primero de ellos hace referencia al modo de afrontar la lucha interior: ante las caídas, pedir perdón con humildad y recomenzar de nuevo:

«Otra caída... y ¡qué caída!... ¿Desesperarte?... No: humillarte y acudir, por María, tu Madre, al Amor Misericordioso de Jesús. –Un ‘miserere’ y ¡arriba ese corazón! –A comenzar de nuevo»¹⁸⁶.

En estas palabras se advierte la relación entre la devoción al Amor Misericordioso, la contrición y la humildad. Relación que se encuentra, como ya vimos (cfr. cap. II, A.8), en la entraña de esa devoción, y que en san Josemaría está empapada del sentido de la filiación divina y de la infancia espiritual que le lleva a recurrir a la misericordia de su Padre Dios reconociendo las propias miserias con una humilde contrición.

En el segundo texto que queremos citar recurre a la petición de ayuda al Amor Misericordioso de Jesús para afrontar la tarea apostólica. La conciencia de la propia nada y, a la vez, de poder conseguirlo todo con la ayuda divina es una de las definiciones características de la humildad en la enseñanza de san Josemaría:

«Jesús: nosotros, con la ayuda de tu Amor Misericordioso, convertiremos la manada en mesnada, el rebaño en ejército..., y de la pira extraeremos, purificados, a quienes ya no quieran ser inmundos»¹⁸⁷.

En otro punto de *Camino* en el que contempla la humildad del Señor, se percibe una referencia implícita a la devoción al Amor misericordioso, pero

¹⁸⁵ Cfr. F. REQUENA, *San Josemaría Escrivá de Balaguer y la devoción al Amor Misericordioso (1927-1935)*, o.c., p. 174.

¹⁸⁶ *Camino*, n. 711.

¹⁸⁷ *Camino*, n. 914.

añadiendo algo que no está presente en los autores que promueven esa devoción:

«Humildad de Jesús: en Belén, en Nazaret, en el Calvario... -Pero más humillación y más anonadamiento en la Hostia Santísima: más que en el establo, y que en Nazaret y que en la Cruz. Por eso, ¡qué obligado estoy a amar la Misa! («Nuestra» Misa, Jesús...)»¹⁸⁸.

La expresión «nuestra Misa» es una fórmula que emplea con frecuencia P. M. Sulamitis en su opúsculo *A los sacerdotes*¹⁸⁹; y “Belén, Calvario y Eucaristía”: es una tríada habitual en las enseñanzas de Desandais¹⁹⁰. En esto se manifiesta implícitamente el influjo de esa devoción. Sin embargo no hemos encontrado en la doctrina del Amor Misericordioso ninguna referencia que relacione la Eucaristía con la humildad, mientras que en san Josemaría la relación es explícita¹⁹¹.

Pedro Rodríguez afirma que el número 813 de *Camino* presenta una síntesis entre las cosas pequeñas¹⁹² y el Amor Misericordioso¹⁹³. Este número tiene su origen en un texto de *Apuntes íntimos* escrito en 1932 que reproducimos a continuación:

«Hacedlo todo por Amor. Así no hay obras pequeñas: todo es grande. La perseverancia en las cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo. El secreto para dar relieve a lo más humilde, y aun a lo más humillante es AMAR»¹⁹⁴.

Efectivamente el tema del “¡Todo por Amor!” aparece en los escritos de san Josemaría, por primera vez, en 1931. En este período, como ya hemos

¹⁸⁸ *Camino*, n. 533.

¹⁸⁹ Cfr. P.M. SULAMITIS, *A los sacerdotes, o.c.*, pp. 171-172. Publicado primero en «La Vida Sobrenatural», año VII, tomo 14, n° 81 (septiembre 1927).

¹⁹⁰ Cfr. P. VERDEJA FERNÁNDEZ, *Aproximación teológica al mensaje de María Teresa Desandais sobre el amor misericordioso difundido en España*, Cuadernos Doctorales de la Facultad de Teología, o.c., p. 464.

¹⁹¹ De este pensamiento Cornelio Fabro decía «que parece el más original, pues no he leído esto en ningún autor, ni de teología ni de ascética» (C. FABRO, *El temple de un Padre de la Iglesia*, Rialp, Madrid 2002, p. 109).

¹⁹² Sobre las ‘cosas pequeñas’ en la enseñanza de san Josemaría ver c. IV, A. 3. b.

¹⁹³ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 912.

¹⁹⁴ *Apuntes íntimos*, n. 804. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 912.

dicho, su devoción al Amor Misericordioso es ferviente y es el clima en que se forman este y otros pensamientos¹⁹⁵.

Esta jaculatoria aparece en los escritos de santa Margarita María de Alacoque¹⁹⁶, religiosa salesa y ya san Francisco de Sales había dedicado en su *'Tratado del amor a Dios'*, varios capítulos al amor de preferencia. Pero en la enseñanza de san Josemaría, dice Gallego Lupiáñez, la expresión "¡Todo por Amor!" tiene un sentido más general que en santa Margarita, ya que ella se refiere al celibato y, en general, al desprendimiento de los afectos; mientras que san Josemaría «exhorta a impregnar el amor a personas o realidades humanas del Amor de Dios, no a la negación de estos afectos»¹⁹⁷.

A partir de septiembre de 1935 no se encuentran referencias explícitas al Amor Misericordioso en los escritos de san Josemaría. Pero sí abundantes referencias a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús –al que se refería, con frecuencia, como «Corazón Sacratísimo y Misericordioso»– y a Cristo Rey, que son la esencia de la doctrina propagada por Desandais¹⁹⁸.

Desde los primeros años de su ministerio sacerdotal san Josemaría experimentó en su alma un intenso afán de reparación caracterizado por un fuerte deseo de reparar las ofensas infligidas al Sagrado Corazón de Jesús. Este afán de reparación fue una constante en su vida y su enseñanza con los

¹⁹⁵ «No deseo recompensa: ¡todo por Amor!» (ibid., n. 296). «Ya no debo tener más preocupaciones que tu Obra, tu Gloria..., en una palabra, tu Amor. – ¡Todo por Amor!» (ibid., n. 301). «Que tu borrico, Jesús, domine su pobre sensualidad de asno, que no responda con coces al aguijón, que lleve con gusto la carga, que su pensamiento y su rebuzno y su obra estén impregnados de tu Amor, ¡todo por Amor!» (ibid., n. 313. Todos cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 913).

¹⁹⁶ Cfr. SANTA MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE, *Consejos*, en J. M. SÁENZ DE TEJADA (ed.), *Vida y obras principales de Santa Margarita María de Alacoque*, Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1921, n. IV. Como ya hicimos notar, la doctrina del Amor Misericordioso es considerada continuadora del mensaje de santa Margarita María de Alacoque sobre la devoción al Sagrado Corazón.

¹⁹⁷ F. GALLEGO LUPIÁÑEZ, *Santa Margarita María de Alacoque y San Josemaría Escrivá de Balaguer*, en «*Studium: revista de filosofía y teología*» 43 (2003), p. 367.

¹⁹⁸ Estas dos devociones tuvieron un amplio desarrollo en el Magisterio del primer cuarto del siglo XX. Por eso son muchas las fuentes de las que una persona en esta época recibía esta doctrina.

rasgos propios de su espíritu de filiación divina y de santificación en medio el mundo¹⁹⁹.

«En medio de las limitaciones inseparables de nuestra situación presente, porque el pecado habita todavía de algún modo en nosotros, el cristiano percibe con claridad nueva toda la riqueza de su filiación divina (...) cuando el dolor ante el pecado no degenera nunca en un gesto amargo, desesperado o altanero, porque la compunción y el conocimiento de la humana flaqueza le encaminan a identificarse de nuevo con las ansias redentoras de Cristo, y a sentir más hondamente la solidaridad con todos los hombres. Cuando, en fin, el cristiano experimenta en sí con seguridad la fuerza del Espíritu Santo, de manera que las propias caídas no le abaten: porque son una invitación a recomenzar, y a continuar siendo testigo fiel de Cristo en todas las encrucijadas de la tierra, a pesar de las miserias personales, que en estos casos suelen ser faltas leves, que enturbian apenas el alma; y, aunque fuesen graves, acudiendo al Sacramento de la Penitencia con compunción, se vuelve a la paz de Dios y a ser de nuevo un buen testigo de sus misericordias»²⁰⁰.

En este texto observamos las características de la humildad que predica san Josemaría, y que están vinculadas a la misericordia divina: conciencia de la propia miseria; la vida interior consiste en «comenzar y recomenzar»; reconocimiento de la propia grandeza como fruto de la filiación divina y sentido de la fraternidad con todos los hombres, que le lleva no despreciar nunca a una persona, ni a sentirse por encima de nadie.

Acerca del reinado de Cristo en relación con la humildad escribe:

«La paz de Cristo es la del reino de Cristo; y el reino de nuestro Señor ha de cimentarse en el deseo de santidad, en la disposición humilde para recibir la gracia, en una esforzada acción de justicia, en un divino derroche de amor»²⁰¹.

¹⁹⁹ Cfr. *VCS-III*, p. 370.

²⁰⁰ *Es Cristo que pasa*, n. 138.

²⁰¹ *Ibid.*, n. 182.

El afán de que Cristo reine le impulsa a «colocar al Señor en lo alto y en la entraña de todas las cosas»²⁰², lo cual en modo alguno es contrario a la humildad porque se realiza no a través de grandes hazañas sino, «cumpliendo el pequeño deber de cada momento»²⁰³, siendo testimonio de Jesús «en lo que parece grande y en lo que parece pequeño»²⁰⁴ porque Dios envió a su Hijo al mundo para que «fuéramos constituidos hijos de Dios, capaces de participar en la intimidad divina: para que así fuera concedido a este hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios, liberar el universo entero del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo, que los ha reconciliado con Dios»²⁰⁵. Para lograr esta realidad, es preciso «colaborar humilde y fervorosamente en el divino propósito de unir lo que está roto, de salvar lo que está perdido, de ordenar lo que el hombre ha desordenado, de llevar a su fin lo que se descamina, de reconstruir la concordia de todo lo creado»²⁰⁶.

Vale la pena reproducir, por último, el siguiente número de *Forja* en el que pueden observarse algunos de los aspectos que hemos puesto de relieve en las líneas anteriores: las «cosas pequeñas», la insistencia en que «la única Víctima es Cristo» y la «alegría y la paz» que siguen a la humildad y el abandono:

«Si unimos nuestras pequeñeces -las insignificantes y las grandes contradicciones- a los grandes sufrimientos del Señor, Víctima - ¡la única Víctima es El!-, aumentará su valor, se harán un tesoro y, entonces, tomaremos a gusto, con garbo, la Cruz de Cristo. -Y no habrá así pena que no se venza con rapidez; y no habrá nada ni nadie que nos quite la paz y la alegría»²⁰⁷.

* * *

²⁰² *Forja*, n. 678.

²⁰³ Apuntes de una meditación, 27-X-1963 (AGP, P01 XI-1975, p.13). Cit. en VCS-I, pp. 426-427.

²⁰⁴ *Ibid.*

²⁰⁵ *Es Cristo que pasa*, n. 183.

²⁰⁶ *Ibid.*

²⁰⁷ *Forja*, n. 785.

Hemos puesto de manifiesto cómo la enseñanza de san Josemaría está anclada en la gran tradición católica, para la cual la humildad es una de las dos virtudes “fundantes”, junto a la fe. Se expresa en ella una fuerte conciencia de la “nada” del hombre ante Dios y, a la vez, de los dones que Dios pone en nuestra vida. El discurso de la enseñanza de san Josemaría es existencial: el “hombre viejo” anidado en el fondo del alma, y ésta, a la vez, transformada por la gracia. Subraya la importancia del “propio conocimiento” para la humildad²⁰⁸.

En la historia de la espiritualidad católica es mucho mayor lo común, que lo específico o singular. En este sentido queremos intentar abordar la singularidad de la figura de san Josemaría y de su carisma. Para ello hemos tratado de situarlo en la gran corriente de la tradición espiritual católica; y, en concreto, de evidenciar algunos elementos característicos de su predicación en función de las personas a las que dirige su mensaje. En el último capítulo de este estudio, presentaremos una síntesis de su enseñanza, deteniéndonos especialmente en los rasgos peculiares propios de la doctrina de san Josemaría, que ya han brotado en algunos de los textos que hemos citado: el sentido de la filiación divina y la secularidad.

²⁰⁸ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 712.

Capítulo IV

Aspectos característicos de la virtud de la humildad en los escritos publicados de san Josemaría

Al resumir la enseñanza de la tradición espiritual acerca de la virtud de la humildad, hemos comprobado que los mismos principios doctrinales vienen acogidos e “interpretados” por los santos de modos diversos, sea a causa de sus características personales y de las circunstancias externas irrepetibles en que vivieron, sea por la vocación y misión de cada uno y, en definitiva, por el proyecto de Dios mismo que quiere enseñarnos distintos aspectos a través de personas dotadas de carismas particulares.

Desde muy joven, san Josemaría mostraba a quienes se acercaban a su labor pastoral, una senda para seguir a Cristo en la vida ordinaria. Dios le concedió una luz especial para descubrir el contenido salvífico de la existencia de Cristo en Nazaret, que –como afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica*– «permite a todos entrar en comunión con Jesús a través de los

caminos más ordinarios de la vida humana»¹. Lo afirmó Benedicto XVI al reconocer que en la conducta y en los escritos de san Josemaría brilla con fuerza particular un rayo de la luz divina contenida en el Evangelio, precisamente por haber enseñado que la santidad puede y debe alcanzarse en las circunstancias normales de la existencia cristiana², compuesta de horas de trabajo, de dedicación a la familia, de relaciones profesionales y sociales.

La enseñanza espiritual de san Josemaría se desarrolla en estas coordenadas: «la creación, iluminada por la presencia y la obra del Redentor, la persona humana embellecida por la liberación del pecado y por su exaltación a la condición filial, el vivir cotidiano del hombre bajo el resplandor de su ascensión y santificación por el Hijo de Dios...»³. En su doctrina, el camino de la identificación con Cristo consiste en imitar su vida diaria de trabajo en medio del mundo, su servicio abnegado a los demás, su voluntad de hacer la voluntad del Padre. Es un proceso de santificación personal y de apostolado que tiene su paradigma en el ejemplo de Cristo durante los treinta años de su vida oculta, un camino abierto, por tanto, a todos aquellos que están llamados a buscar la santidad en las actividades corrientes de la vida diaria.

Presentamos, a continuación, las enseñanzas de san Josemaría sobre esta virtud, contenidas en sus escritos publicados. Como quedará explicitado a lo largo del capítulo, tienen una relación muy directa con la filiación divina y, como aspecto especialmente novedoso respecto a otros autores, con la secularidad.

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 533.

² Cfr. BENEDICTO XVI, Exhort. apost. *Verbum Domini*, 30-IX-2010, n. 48.

³ A. ARANDA, "El bullir de la Sangre de Cristo". *Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría, o.c.*, pp. 25-26.

A. HUMILDAD Y FILIACIÓN DIVINA

La humildad es una virtud fundamental en un hijo de Dios. La filiación adoptiva introduce al cristiano en la intimidad con Él. Cuanto más consciente es de este don y mayor es su unión con la Trinidad, más siente la infinita trascendencia de Dios. Entonces, se hace más profunda su humildad, y se dispone mejor a la acción del Espíritu Santo, de modo que inicia así otro ciclo: una nueva concesión de gracia que suscita una respuesta de amor, en esa espiral apasionante que conduce a la santidad⁴.

El misterio de la filiación divina aparece para san Josemaría, en primer término, como el máximo don sobrenatural de Dios al hombre. La conciencia de este don –o más exactamente el “sentido de la filiación divina”, como suele decir– y la virtud de la humildad, son dos realidades muy próximas en sus enseñanzas⁵:

«La conciencia de la magnitud de la dignidad humana –de modo eminente, inefable, al ser constituidos por la gracia en hijos de Dios– junto con la humildad, forma en el cristiano una sola cosa, ya que no son nuestras fuerzas las que nos salvan y nos dan la vida, sino el favor divino»⁶.

La Tradición espiritual es unánime al concebir la humildad como la base de todas las virtudes. Esta posición la acerca al sentido de la filiación divina, que es para san Josemaría el fundamento de la vida espiritual.

El vínculo entre humildad y sentido de la filiación divina se entiende mejor estudiando lo que supone para la filiación adoptiva la Encarnación del Hijo de Dios. En la Encarnación, el Hijo «se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y, mostrándose igual que los demás hombres, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»⁷. Al Hijo le

⁴ Cfr. *Amigos de Dios*, n. 253.

⁵ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *La economía de la salvación y la secularidad cristiana. Algunos aspectos de la aportación de Mons. Escrivá de Balaguer a la teología y a la espiritualidad*, en «Scripta Theologica» 9 (1977), pp. 51-52.

⁶ *Es Cristo que pasa*, n. 133.

⁷ Flp 2, 7-8.

corresponde la humildad en cuanto hombre. Y puesto que el cristiano participa de la filiación divina a través de la Humanidad del Señor, se puede decir que la condición humilde pertenece esencialmente a nuestra filiación adoptiva, ya que ésta es una exaltación que presupone la bajeza de la condición humana respecto a la divina. De ahí que el “sentido de la filiación divina” deba incluir necesariamente la conciencia y aceptación de esa bajeza, es decir, la humildad⁸.

Por el abajamiento de Dios en Cristo, hemos sido hechos hijos de Dios. Jesús, enseña san Josemaría, es un misterio de humildad, de abajamiento por amor. Incluso se ha puesto, no ya a la altura de los hombres, como verdadero hombre que nace, crece, trabaja y muere en la Cruz, sino que se ha abajado aún más, hasta el extremo de hacerse presente bajo las apariencias de pan y vino en la Eucaristía⁹:

«Considera lo más hermoso y grande de la tierra..., lo que place al entendimiento y a las otras potencias..., y lo que es recreo de la carne y de los sentidos...

Y el mundo, y los otros mundos, que brillan en la noche: el Universo entero. –Y eso, junto con todas las locuras del corazón satisfechas..., nada vale, es nada y menos que nada, al lado de ¡este Dios mío! – ¡tuyo!– tesoro infinito, margarita preciosísima, humillado, hecho esclavo, anonadado con forma de siervo en el portal donde quiso nacer, en el taller de José, en la Pasión y en la muerte ignominiosa... y en la locura de Amor de la Sagrada Eucaristía»¹⁰.

Somos hijos de Dios: una realidad que san Josemaría «hizo –antes que doctrina teológica, y no sin particular providencia de Dios– alma de su misma alma»¹¹. Cuando se refería a la especial intervención divina que le llevó a sentirse hijo de Dios, en octubre de 1931, se daba cuenta de que estaba ligada a la humillación que Dios había querido para él de modo patente en aquella época. Por ejemplo, en una homilía recordaba:

⁸ Cfr. *VCS-II*, pp. 386-389.

⁹ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *La economía de la salvación y la secularidad cristiana. Algunos aspectos de la aportación de Mons. Escrivá de Balaguer a la teología y a la espiritualidad*, o.c., pp. 65-66.

¹⁰ *Camino*, n. 432.

¹¹ F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, en F. OCÁRIZ, *Naturaleza, Gracia y Gloria*, Eunsa, Pamplona 2000, p. 176.

«Por motivos que no son del caso – pero que bien conoce Jesús, que nos preside desde el Sagrario –, la vida mía me ha conducido a saberme especialmente hijo de Dios, y he saboreado la alegría de meterme en el corazón de mi Padre, para rectificar, para purificarme, para servirle, para comprender y disculpar a todos, a base del amor suyo y de la humillación mía»¹².

La filiación divina «lo informa todo» –escribe Fernando Ocariz– en la predicación de san Josemaría: «Si habla o escribe sobre la fe, se trata de la fe de los hijos de Dios, si predica sobre la fortaleza, habla de la fortaleza de los hijos de Dios, si contempla la realidad de la conversión y la penitencia, su palabra versa sobre la conversión de los hijos de Dios... Toda virtud, todo aspecto del existir cristiano –y aun humano en general– está caracterizado desde dentro, en su vida, en su voz y en su pluma, por ser de los hijos de Dios»¹³. También se puede decir que la humildad que enseña lo informa todo, porque es la humildad de los hijos de Dios.

A.1. La humildad, fundamento moral de la vida cristiana

La humildad es condición necesaria para que Dios colme el alma de su gracia: «Dios resiste a los soberbios y a los humildes da la gracia» (St 4, 6; 1P 5, 5). En este sentido es fundamento moral de toda la vida espiritual. San Josemaría «estaba bien persuadido de que es el fundamento estable y necesario para el ejercicio de las demás virtudes. Le hemos oído comentar su necesidad para adquirir una sólida vida interior porque aunque no sea la virtud [la principal es la caridad, hacía notar], ninguna otra lo es verdaderamente si falta la humildad»¹⁴.

¹² *Amigos de Dios*, n. 143.

¹³ F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer, o.c.*, p. 179.

¹⁴ Testimonio de Mons. Javier Echevarría; cfr. también testimonio de María Isabel La Porte, que afirma: «consideraba la humildad como el fundamento insustituible de las demás virtudes morales, como disposición necesaria para recibir la gracia de Dios y conseguir una sólida vida cristiana». Cit. en: *Positio*, p. 819.

Desde sus primeros escritos manifiesta la profunda convicción de que las más grandes cualidades humanas no sirven para nada sin la humildad, ya que sólo esta abre las puertas del alma a la gracia divina. En *Camino* dejó escrito:

«Tú, sabio, renombrado, elocuente, poderoso: si no eres humilde, nada vales»¹⁵.

Para san Josemaría, el fundamento de la vida espiritual del cristiano no es la humildad, sino el sentido de la filiación divina. Valga como muestra, el relato que hace uno de sus biógrafos:

«Un joven sacerdote del Opus Dei, recién ordenado, estaba dando una meditación en el oratorio de un Centro del Opus Dei. Sin que los demás se diesen cuenta, entró el Fundador y se sentó en el último banco. Cuando el sacerdote comentó que el fundamento de la vocación al Opus Dei es la humildad, Mons. Escrivá de Balaguer, en contra de su costumbre, le interrumpió diciendo: “No, hijo mío, la filiación divina”»¹⁶.

Sin embargo, en ocasiones afirma también que «la humildad es el fundamento de nuestra vida»¹⁷. Esta afirmación no contradice la anterior sino que da a entender que la humildad forma parte esencial del “sentido de la filiación divina”. La humildad es «la virtud que nos ayuda a conocer, simultáneamente, nuestra miseria y nuestra grandeza»¹⁸, y la expresión más alta de esta grandeza es precisamente nuestra condición de hijos de Dios.

¹⁵ *Camino*, n. 602.

¹⁶ P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y Obra del fundador Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 71. Aunque en este texto se hable del fundamento de la vocación al Opus Dei, en diversas ocasiones san Josemaría explicó que el sentido de la filiación divina es el fundamento de la vida del cristiano.

¹⁷ *Carta 24-III-1930*, n. 20. Cit. en: A. de FUENMAYOR - V. GÓMEZ-IGLESIAS - J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei*, Eunsa, Pamplona 1990, p. 112.

¹⁸ *Amigos de Dios*, n. 94.

A.2. La humildad de los hijos de Dios: el “endiosamiento bueno”

San Josemaría habla de endiosamiento, empleando un término propio de la patrística griega, semejante a “divinización”¹⁹. El endiosamiento “bueno” (porque también hay uno “malo”, derivado de la soberbia, como veremos enseguida) pasa por tomar conciencia de nuestra participación en la naturaleza divina como hijos de Dios. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en la unidad de su acción *ad extra*, nos adoptan como hijos en el Hijo. El término de esa acción divina, su resultado «es precisamente nuestro endiosamiento, nuestra verdadera introducción en la Vida divina»²⁰.

El sentido de la filiación es un don que sólo puede recibir quien se abre a él sin poner obstáculos. Es, por tanto, un don y una tarea; pero no una tarea más, sino que es la base de todo el edificio de la santidad, porque quien se sabe hijo de Dios en Cristo y reconoce la presencia de su Vida en él, ¿no se verá impulsado a hacerla suya quitando todo estorbo? Muriendo al hombre viejo (cfr. Rm 6, 6), venciendo el principal de todos los obstáculos para la vida cristiana: la soberbia²¹.

«¿Y qué es lo que impide esta humildad, este *endiosamiento bueno*? La soberbia. Ése es el pecado capital que conduce al *endiosamiento malo*. La soberbia lleva a seguir, quizá en las cuestiones más menudas, la insinuación que Satanás presentó a nuestros primeros padres: *se abrirán vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal* (Gen 3, 5). Se lee también en la Escritura que el *principio de la soberbia es apartarse de Dios* (Eccl 10, 14). Porque este vicio, una vez arraigado,

¹⁹ Los términos “divinización” y “endiosamiento” no son sinónimos. El primero hace referencia al don de Dios, mientras que el segundo viene a ser lo que el cristiano alcanza cuando corresponde a la acción de Dios (Cfr. M. MIRA, “Endiosamiento” y *divinización*” en *las enseñanzas de san Josemaría Escrivá*, en AA.VV. (PONTIFICIA UNIVERSITÀ DELLA SANTA CROCE, ed.), *San Josemaría e il pensiero teologico*, vol. II (J. LÓPEZ, ed.), Edusc, Roma 2015, pp. 95-132).

²⁰ F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, o.c., p. 191.

²¹ Precisamente, como hemos tenido ocasión de ver en los capítulos precedentes, la tradición argumenta que la humildad es la primera de las virtudes porque es el arma para vencer el peor de todos los vicios: la soberbia.

influye en toda la existencia del hombre, hasta convertirse en lo que San Juan llama *superbia vitæ*, soberbia de la vida (1 Jn 2, 16)»²².

La humildad remueve los obstáculos a la acción de la gracia:

«Dios únicamente desea nuestra humildad, que nos vaciemos de nosotros mismos, para poder llenarnos; pretende que no le pongamos obstáculos, para que -hablando al modo humano- quepa más gracia suya en nuestro pobre corazón»²³.

Por eso repite, parafraseando a san José de Calasanz:

«si quieres ser santo, sé humilde; si quieres ser más santo, sé más humilde; si quieres ser muy santo, sé muy humilde»²⁴.

La soberbia impide el reconocimiento de las propias miserias y pecados, cerrando el camino a la conversión. La humildad, en cambio, conduce a una oración filial y confiada, ante la experiencia de las propias flaquezas²⁵.

«Ante nuestras miserias y nuestros pecados, ante nuestros errores - aunque, por la gracia divina, sean de poca monta-, vayamos a la oración y digamos a nuestro Padre: ¡Señor, en mi pobreza, en mi fragilidad, en este barro mío de vasija rota, Señor, colócame unas lañas y -con mi dolor y con tu perdón- seré más fuerte y más gracioso que antes! Una oración consoladora, para que la repitamos cuando se destroce este pobre barro nuestro»²⁶.

Por razón de la filiación divina, la conciencia cristiana está muy lejos de la arrogancia de quien sólo confía en sí mismo y del temor de quien no confía en Dios.

«Que no nos llame la atención si somos deleznales, que no nos choque comprobar que nuestra conducta se quebranta por menos de nada; confiad en el Señor, que siempre tiene preparado el auxilio: *el Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?* (Sal 36, 1). A nadie:

²² *Amigos de Dios*, n. 99.

²³ *Ibid.*, n. 98.

²⁴ Apuntes de la predicación, 7-VI-1975. Cit. en: *VCS-II*, p. 389.

²⁵ Cfr. F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, o.c., p. 218.

²⁶ *Amigos de Dios*, n. 95; cfr. *Forja*, n. 168; *Vía Crucis*, VII, 2.

tratando de este modo a nuestro Padre del Cielo, no admitamos miedo de nadie ni de nada»²⁷.

Lo más contrario al estilo de vida de los hijos de Dios es la soberbia porque «un instante de soberbia te volvería al suelo»²⁸. El motivo es que la humildad y el sentido de la filiación divina, como hemos visto, son como «una sola cosa»²⁹. Para san Josemaría es patente la gran alternativa que caracteriza a la humana existencia: «o hijos de Dios o esclavos de la soberbia»³⁰.

«El estilo de vida que predicaba san Josemaría –escribe Pedro Rodríguez– tiene, desde el hecho capital de la vocación a la filiación divina, como una doble característica: la humildad, que lleva por una parte, a la contrición, al dolor de amor por los pecados; y por otra, a una animosa y continuada batalla para superar la huella que todas esas experiencias de la miseria humana dejan en el hombre. En su doctrina sobre el hombre cristiano, es cierto, se interfieren de continuo estas dos motivaciones: conciencia viva de la propia nada (...), y, a la vez, y desde ahí, una renovada alegría, la alegría de los hijos de Dios»³¹.

La humildad que forma parte del «sentido de la filiación divina» lleva a la vez al “complejo de superioridad” (consecuencia de la grandeza de ser hijos de Dios) e, inseparablemente, a la conciencia de la propia nada:

«Cuando se trabaja por Dios, hay que tener “complejo de superioridad”, te he señalado.

Pero, me preguntabas, ¿esto no es una manifestación de soberbia? – ¡No! Es una consecuencia de la humildad, de una humildad que me hace decir: Señor, Tú eres el que eres. Yo soy la negación. Tú tienes todas las perfecciones: el poder, la fortaleza, el amor, la gloria, la sabiduría, el imperio, la dignidad... Si yo me uno a Ti, como un hijo

²⁷ *Amigos de Dios*, n. 95.

²⁸ *Camino*, n. 599.

²⁹ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *La economía de la salvación y la secularidad cristiana. Algunos aspectos de la aportación de Mons. Escrivá de Balaguer a la teología y a la espiritualidad*, o.c., p. 59.

³⁰ *Amigos de Dios*, n. 38.

³¹ P. RODRÍGUEZ, *La economía de la salvación y la secularidad cristiana. Algunos aspectos de la aportación de Mons. Escrivá de Balaguer a la teología y a la espiritualidad*, o.c., p. 60.

cuando se pone en los brazos fuertes de su padre o en el regazo maravilloso de su madre, sentiré el calor de tu divinidad, sentiré las luces de tu sabiduría, sentiré correr por mi sangre tu fortaleza»³².

El reconocimiento de la propia poquedad es la puerta para participar de la vida íntima de Dios, ya que «al comprender que apenas valemos algo, nos abrimos a la grandeza de Dios: ésta es nuestra grandeza»³³. Es más: «nuestra propia miseria es la que nos lleva a refugiarnos en Dios, a “endiosarnos”, y con Él lo podemos todo»³⁴.

«Jesucristo no tiene inconveniente en rebajarse, para elevarnos de la miseria a la dignidad de hijos de Dios, de hermanos suyos»³⁵. La grandeza de Dios y la maravilla a la que llama al hombre puede asombrar al comprobar la propia debilidad. Pero,

«no te turbe conocerte como eres: así, de barro. No te preocupe. Porque tú y yo somos hijos de Dios –y éste es endiosamiento bueno–, escogidos por llamada divina desde toda la eternidad: *nos eligió el Padre, por Jesucristo, antes de la creación del mundo para que seamos santos en su presencia* (Ef 1, 4). Nosotros que somos especialmente de Dios, instrumentos suyos a pesar de nuestra pobre miseria personal, seremos eficaces si no perdemos el conocimiento de nuestra flaqueza. Las tentaciones nos dan la dimensión de nuestra propia debilidad»³⁶.

En la vida espiritual, explica san Josemaría, las caídas no son nunca un problema irremediable, sino que han de llevarnos a pedir perdón con humildad y agradecimiento:

«Hay que aprender a ser hijo de Dios. Y, de paso, transmitir a los demás esa mentalidad que, en medio de las naturales flaquezas, nos hará *fuertes en la fe* (1P 5, 9), fecundos en las obras, y seguros en el camino, de forma que cualquiera que sea la especie del error que podamos cometer, aun el más desagradable, no vacilaremos nunca en reaccionar, y en retornar a esa senda maestra de la filiación divina

³² Forja, n. 342.

³³ Amigos de Dios, n. 96.

³⁴ Forja, n. 212.

³⁵ Amigos de Dios, n. 112.

³⁶ Es Cristo que pasa, n. 160.

que acaba en los brazos abiertos y expectantes de nuestro Padre Dios»³⁷.

La experiencia de su propio trato con Dios, así como su labor de almas, le hace escribir en *Forja*:

«Si tus errores te hacen más humilde, si te llevan a buscar con más fuerza el asidero de la mano divina, son camino de santidad: “*felix culpa!*” –¡bendita culpa!, canta la Iglesia»³⁸.

En el camino de la santidad no hay límites: «sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial»³⁹, repite con frecuencia san Josemaría. Pero ante esta meta puede aparecer –consciente de la propia incapacidad y miseria– la desproporción de las fuerzas personales y la tentación de desaliento. San Josemaría acude entonces a una comparación que procede de su propia experiencia:

«Me veo como un pobre pajarillo que, acostumbrado a volar solamente de árbol a árbol o, a lo más, hasta el balcón de un tercer piso..., un día, en su vida, tuvo bríos para llegar hasta el tejado de cierta casa modesta, que no era precisamente un rascacielos...

Mas he aquí que a nuestro pájaro lo arrebató un águila –lo tomó equivocadamente por una cría de su raza– y, entre sus garras poderosas, el pajarillo sube, sube muy alto, por encima de las montañas de la tierra y de los picos de nieve, por encima de las nubes blancas y azules y rosas, más arriba aun, hasta mirar de frente al sol... Y entonces el águila, soltando al pajarillo, le dice: anda, ¡vuela!...

–¡Señor, que no vuelva a volar pegado a la tierra!, ¡que esté siempre iluminado por los rayos del divino Sol –Cristo– en la Eucaristía!, ¡que mi vuelo no se interrumpa hasta hallar el descanso de tu Corazón!»⁴⁰.

El ejemplo del águila y el pajarillo puede aplicarse a la vida de todo cristiano que busca sinceramente la santidad, porque Dios continuamente eleva a sus hijos adonde no podrían llegar con las propias fuerzas. En esta línea, san Josemaría, inculcaba en las almas aquel *possumus* de los hijos de

³⁷ *Amigos de Dios*, n. 148. Cfr. *Forja*, n. 173.

³⁸ *Forja*, n. 187.

³⁹ Mt 5, 48.

⁴⁰ *Forja*, n. 39.

Zebedeo⁴¹, invitando a pronunciarlo no como un grito que nace de la presunción, sino de la humilde confianza en la omnipotencia divina. Este es el sentido de todo el capítulo 5 de *Forja*, que tituló: ¡*Puedes!*⁴²

¿Dónde se apoya, con qué títulos cuenta el cristiano para fomentar en su vida tan asombrosas aspiraciones? La respuesta es como un estribillo, que vuelve una y otra vez, a lo largo de la enseñanza de san Josemaría: la humilde audacia «del que, sabiéndose pobre y débil, se sabe también hijo de Dios»⁴³.

El don del “endiosamiento” sólo puede recibirlo y conservarlo quien procura ser humilde.

«La piedra de toque para distinguir el endiosamiento bueno del malo es la humildad. Por eso, es bueno, mientras no se pierde la conciencia de que esa divinización es un don de Dios, gracia de Dios; es malo, cuando el alma se atribuye a sí misma —a sus obras, a sus méritos, a su excelencia— la grandeza espiritual que le ha sido dada.

¡Humildes, humildes! Porque sabemos que en parte estamos hechos de barro, y conocemos un poquito de nuestra soberbia y de nuestras miserias... y no lo sabemos todo. ¡Que descubramos lo que estorba a nuestra fe y a nuestra esperanza y a nuestro amor!»⁴⁴.

La humildad permite la compunción, y aparta los obstáculos a la infusión de la gracia que diviniza el alma. Y ese “endiosamiento” conduce a un reconocimiento más profundo de la bondad de Dios.

«Cuando llega la noche y hago el examen y echo las cuentas y saco la suma, la suma es: *pauper servus et humilis!* Digo muchas veces: *cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias!* (Sal 50, 19). No lo digo con humildad de garabato. Si el Señor ve que nos consideramos sinceramente siervos pobres e inútiles, que tenemos el corazón contrito y humillado, no nos despreciará, nos unirá a Él, a la riqueza y al poder grande de su Corazón amabilísimo. Y tendremos el endiosamiento bueno: el endiosamiento de quien sabe que nada tiene

⁴¹ Mc 10, 39.

⁴² Cfr. BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Presentación de la primera edición de Forja*, 26-VI-1986.

⁴³ *Amigos de Dios*, n. 108.

⁴⁴ *Carta 24-III-1931*, nn. 4-6. Cit. en: *VCS-II*, pp. 154-155.

de bueno, que no sea de Dios; que él, de sí mismo, nada es, nada puede, nada tiene»⁴⁵.

La humildad, en la enseñanza de san Josemaría, presenta un estilo de elevación y no de abatimiento a nuestras miserias⁴⁶. A través de la humildad, en efecto, se alcanza el “endiosamiento” bueno de un hijo de Dios.

Precisamente por estar anclada en la filiación divina, la humildad, en la enseñanza de san Josemaría, no es apocamiento ni estrechez de espíritu. Por humildad se emprenden las grandes tareas apostólicas y, «sólo si hay humildad y rectitud de intención, se llevan a cumplimiento»⁴⁷. Habla con frecuencia de la obligación que tiene el cristiano de acometer grandes empresas, firmemente apoyado en Dios⁴⁸.

«La humildad nos empujará a que llevemos a cabo grandes labores; pero a condición de que no perdamos de vista la conciencia de nuestra poquedad, con un convencimiento de nuestra pobre indigencia que crezca cada día»⁴⁹.

El beato Álvaro del Portillo, señalaba que «la conciencia de su condición de instrumento estaba tan lejos de la soberbia como de una falsa humildad, inconciliable con un recto entendimiento de la dignidad del hombre (...). Por eso, solía repetir, llevado de su realista sentido teológico, que no concedía ningún crédito a una concepción de la humildad que la presentara con apocamiento humano (...). Me parece escuchar su voz que, con convencida persuasión, repetía tantas veces lo mismo: “no tengo nada, no valgo nada, no puedo nada, no sé nada, no soy nada: ¡nada!”: todo lo confiaba a Dios, amado como un Padre buenísimo. Pero tampoco olvidaba

⁴⁵ *Ibid.*, n. 37. Cit. en: *VCS-II*, pp. 391-392.

⁴⁶ Cfr. C. FABRO, *El temple de un Padre de la Iglesia, o.c.*, p. 41.

⁴⁷ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Presentación de la primera edición de Forja*, 26-VI-1986.

⁴⁸ Es una enseñanza que encontramos también hecha vida en San Josemaría: «Se pasmaba de que Dios le hubiese escogido: “sólo encuentro una explicación, cuando pienso en que el Señor para hacer esta extensión de su amor por el mundo ha escogido a un pobre pingajo como soy yo: que se vea claramente que es Él quien ha hecho todo y que Él es el Amor sin tasa, que se entrega a todos los hombres sin discriminación alguna”»(J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 300).

⁴⁹ *Amigos de Dios*, n.106.

el deber, que a todos nos incumbe, de prepararnos para ser mejores instrumentos en las manos de este Dios nuestro amabilísimo, que se ha dignado escogernos como cooperadores libres de su obra redentora»⁵⁰.

«No confundió jamás la modestia con la pusilanimidad, y mucho menos con la cobardía. Rechazó de plano la bondadosidad –acuñó este neologismo– de quienes dejan de cumplir el deber por miedo al qué dirán, a las críticas, o a los respetos humanos. Enseñaba que esa sencillez exige no poner obstáculos al Señor. Nos lo subrayaba en 1973: “la humildad no es gazmoñería: el que es humilde de verdad, precisamente porque cuenta con Dios, es capaz de las empresas más difíciles, venciénzose a sí mismo” »⁵¹.

Seguramente su enseñanza más emblemática sobre el “endiosamiento bueno” la encontramos expresada en *Camino*:

«“Padre –me decía aquel muchachote (¿qué habrá sido de él?), buen estudiante de la Central–, pensaba en lo que usted me dijo... ¡que soy hijo de Dios!, y me sorprendí por la calle, ‘engallado’ el cuerpo y soberbio por dentro... ¡hijo de Dios!”

Le aseguré, con segura conciencia, fomentar la “soberbia” »⁵².

A.3. Hijos pequeños de Dios

En sentido estricto no es lo mismo saberse hijo de Dios que ser hijo pequeño de Dios; pero desde el punto de vista de la experiencia espiritual resulta difícil separar ambas realidades, ya que una auténtica relación filial con Dios siempre implica confianza y abandono, que son características propias del trato de un hijo pequeño con su padre.

⁵⁰ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Una vida para Dios, Reflexiones en torno a la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, homilias y otros escritos*, Rialp, Madrid 1992, pp. 20-21.

⁵¹ J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 298.

⁵² *Camino*, n. 274.

a) Humildad e infancia espiritual

En la enseñanza de san Josemaría la filiación divina surge estrechamente entrelazada con la vida de infancia espiritual, que es para él «como una concreción interior y existencial»⁵³ de esa misma filiación. La experiencia de la filiación divina que Dios le concedió en 1931 «estuvo existencialmente acompañada de una gozosa conciencia de ser un niño delante de ese Dios, que es su Padre»⁵⁴. Ésta es la característica fundamental de la manera propia que tiene de comprender, vivir y enseñar la vida de infancia.

En la vida espiritual de san Josemaría, dice P. Rodríguez, «hay un período de verdadera eclosión de la “infancia espiritual”, que abarca desde el 2-X-1931, hasta finales de marzo de 1932, con un momento de especial intensidad durante la novena de la Inmaculada del 31, que se prolonga hasta mediados de enero de 1932»⁵⁵. Son de esa época las más de 50

⁵³ M. GUERRA PRATAS, *La vida de Infancia en san Josemaría Escrivá. Una introducción., o.c.*, p. 617.

⁵⁴ P. RODRÍGUEZ - C. ANCHEL - J. SESÉ, *Santo Rosario. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid 2010, p. 90.

⁵⁵ P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 944. En aquellos tiempos, el joven sacerdote se sentía débil e indigno ante la grandeza de la misión divina de hacer que los hombres descubrieran de nuevo el camino de la santidad en medio de los deberes cotidianos y de las ocupaciones profesionales. Además, pesaban sobre sus hombros, graves dificultades económicas: vivía en una situación de auténtica pobreza, hasta el punto de no tener con qué pagar el alquiler y hasta los transportes que tenía que utilizar. Lo que le preocupaba no era el hecho de que él mismo no dispusiera de lo más indispensable, sino más bien el sufrimiento que esta penuria implicaba para sus familiares, como escribe en sus *Apuntes íntimos* (cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, pp. 396-399). Por otro lado, su situación canónica en Madrid no estaba resuelta, lo que le obligaba a hacer diligencias que parecían inútiles, pues todo parecía complicarse, sin encontrar solución (cfr. *ibid.*, pp. 403, 335-337, 376-379). Seguramente le dolería, de un modo especialmente intenso, la situación de odio y de persecución a la Iglesia que se producía en toda España, y también en Madrid, desde la proclamación de la Segunda República, el 14 de abril de 1931. Formaban parte del nuevo gobierno personas de ideologías violentamente hostiles a la religión, con ansias de exterminar las prácticas y las instituciones católicas. Se multiplicaban, incesantes, los ataques a sacerdotes y religiosos y los incendios a Iglesias, conventos y colegios dirigidos por religiosos. Entre los días 11 y 13 de mayo de ese año, ardieron 107 edificios religiosos, casi todos iglesias y conventos (cfr. *ibid.*, p. 353). Y él mismo, por su condición de

anotaciones en sus *Apuntes íntimos* que empiezan con la palabra “Niño”, muchas de las cuales, después de retirado el carácter personal autobiográfico, aparecen transcritas en su obra⁵⁶. Este tiempo viene precedido y acompañado, en su historia personal, de una profunda y sobrenatural vivencia de la paternidad de Dios, de la consiguiente filiación divina del cristiano y de la devoción a Jesús Niño⁵⁷.

Varios de los textos en los que san Josemaría habla de la filiación divina están situados en el marco de la vida de infancia. En este sentido, la infancia espiritual presenta, en su doctrina, una viva conciencia de haber sido elevados en Cristo, por el Bautismo, a la condición de hijos de Dios⁵⁸. Sin embargo, filiación divina y vida de infancia, aunque tengan muchas relaciones entre sí, no se identifican, ni en general ni en la enseñanza de san Josemaría⁵⁹. Una cosa es saberse “hijos pequeños” de Dios –lo que ciertamente es un rasgo del espíritu de filiación divina– y otra, es seguir un concreto “camino de infancia espiritual” en la vida interior. San Josemaría distinguía las dos cosas y señalaba que el modo de vivir como hijo pequeño de Dios no era único y el mismo para todos⁶⁰.

sacerdote, era constantemente objeto de insultos y de ataques personales, al recorrer las calles de la ciudad (cfr. *ibid.*, pp. 359-364).

⁵⁶ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, pp. 917- 943.

⁵⁷ Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, pp. 404-422. Esta filiación divina adquirió matices indelebles el 16 de octubre de 1931, como relata en sus *Apuntes íntimos*: «Quise hacer oración, después de la Misa, en la quietud de mi iglesia. No lo conseguí. En Atocha, compré un periódico (el ABC) y tomé el tranvía [...] no he podido leer más que un párrafo del diario [...]. Sentí afluir la oración de afectos, copiosa y ardiente [...]. Sentí la acción del Señor que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: *Abba, Pater!* Y anduve por las calles de Madrid quizá una hora, quizá dos... el tiempo sin sentirlo. Me debieron tomar por loco. Estuve contemplando con luces que no eran más esa asombrosa Verdad que quedó encendida como una brasa en mi alma, para no apagarse nunca... Entendí que la filiación divina había de ser una característica fundamental de nuestra espiritualidad, y que, al vivirla, los hijos míos se llenarían de alegría y de paz. También en el sufrimiento propio y ajeno» (cit. en: *Ibid.*, pp. 389-391).

⁵⁸ Cfr. M. GUERRA PRATAS, *Infancia Espiritual*, en J.L. ILLANES (coord.), *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Monte Carmelo, Burgos 2013, p. 629.

⁵⁹ Cfr. J.L. ILLANES, *Experiencia cristiana y sentido de la filiación divina*, en «PATH: Pontificia Academia Theologica» 7 (2008), p. 469.

⁶⁰ Cfr. VCS-II, p. 68.

San Josemaría no quiso proponer como única forma de vivir el espíritu de filiación divina que predicaba el “camino de infancia espiritual” que él seguía, sino que deseaba que cada uno siguiese su propia senda, bajo la guía del Espíritu Santo. Hay muchos modos de vivir la filiación «un hijo puede reaccionar, frente a su Padre, de muchas maneras (...); que tengamos esa familiaridad y confianza con El, que nos hace pedir, como el niño pequeño, ¡la luna!»⁶¹.

Habiendo recorrido este camino, lo aconsejaba también seguir a todos, si bien dejando la más plena libertad⁶². Su consejo, como se puede leer en el primer punto de *Camino* dedicado a la infancia espiritual, será:

«Procura conocer la “vía de infancia espiritual”, sin “forzarte” a seguir ese camino. -Deja obrar al Espíritu Santo»⁶³.

La característica del modo de vivir esta pequeñez es que la “infancia espiritual” que propone, significa -ante todo- amor a Dios: un amor sin medida. Por fundarse en el amor, se traduce también en abandono filial, un abandono alejado de cualquier aire de “puerilidad”⁶⁴.

Mons. Echevarría afirma que la vida de infancia -expresión de su relación filial con el Señor- maduró en el alma de san Josemaría, radicada en la humildad, y que acudió a ella para fomentar la humildad⁶⁵. Desde sus primeros escritos ya aparece esta evidencia. Por ejemplo en el siguiente texto, escrito en 1931, expresó el deseo de sentirse siempre niño delante de Dios, porque se sabía sin fuerzas y en peligro constante de caer:

«Jesús: yo no quiero ser mayor. Niño, niño siempre..., aunque me muera de viejo. Cuando un niño tropieza... y cae, a nadie choca. Todo el mundo va a levantarlo. Cuando el que tropieza y cae es el

⁶¹ *Es Cristo que pasa*, n. 64.

⁶² M. GUERRA PRATAS, *Infancia Espiritual*, o.c., p. 630.

⁶³ *Camino*, n. 852.

⁶⁴ Cfr. M. GUERRA PRATAS, *Infancia Espiritual*, o.c., p. 631.

⁶⁵ «Para fomentar su humildad, aunque andaba tan olvidado de sí mismo, acudió a la vida de infancia: abandonarse totalmente en el Señor, sin pretensiones personales de ningún género. Le ayudaba el recuerdo de su niñez, cuando se sentía completamente seguro en las manos de su padre, quien proveía sus necesidades y las atendía en cualquier momento» (J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría*, o.c., p. 206).

mayor, el primer movimiento es de risa. A veces, pasado ese primer ímpetu, lo ridículo da lugar a la piedad. Pero, los mayores se han de levantar solos. Jesús: mi triste experiencia cotidiana está llena de tropezones y caídas. ¿Qué sería de mí, si no me hicieras cada vez más niño? Yo no quiero ser mayor. Niño, y que cuando tropiece me levantes Tú»⁶⁶.

Este deseo fue cada vez más profundo en su vida interior con el pasar de los años y, fruto de su experiencia, enseñó el abandono en las manos de Dios como el camino más seguro para vivir como hijo de Dios:

«Pido al Señor y a su Madre Santísima que me hagan cada día más pequeño. Así, además de que tendrán que ocuparse de mí, si me dan un golpe, no lo notaré, porque los niños son de goma. Vivo al día, me llevan donde quieren, donde dispone mi Padre del Cielo. No me preocupo si quiera de hacer el programa. Os aconsejo que os abandonéis en las manos de Dios, que son las manos más seguras»⁶⁷.

En una meditación predicada en el último año de su vida, volvía a poner de manifiesto la relación entre la “infancia espiritual” que enseñaba y la humildad:

«A la vuelta de cincuenta años, estoy como un niño que balbucea. Estoy comenzando, recomenzando, en cada jornada. Y así hasta el final de los días que me queden: siempre recomenzando. El Señor lo quiere así, para que no haya motivos de soberbia en ninguno de nosotros, ni de necia vanidad»⁶⁸.

Y esta “infancia” estaba, en sus enseñanzas, profundamente conectada con la filiación divina:

⁶⁶ *Apuntes íntimos*, n. 437 (después aparecerá en *Camino* n. 870); cfr. nn. 177, 307, 421, 433, 435, 466, 477, etc. Cit. en: *Positio*, p. 841.

⁶⁷ Palabras de san Josemaría pronunciadas en 1969. Cit. en: J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 204.

⁶⁸ Apuntes tomados de una meditación, Roma 27-III-1975, Jueves Santo. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 917.

«haciendo oración, una oración mansa y luminosa, consideré que la vida de infancia, al hacerme sentir que soy hijo de Dios, me dio amor al Padre...»⁶⁹.

Esta conexión aparece resumida en este punto de *Camino*:

«Delante de Dios, que es Eterno, tú eres un niño más chico que, delante de ti, un pequeño de dos años. Y, además de niño, eres hijo de Dios. —No lo olvides»⁷⁰.

Puede decirse que la vida espiritual consiste, «de alguna manera, en abrirse a la acción de la gracia reconociendo la propia pequeñez como hijos de Dios⁷¹, en ponerse dócilmente en manos del Espíritu Santo y secundar su divina acción⁷², dejar que el Paráclito opere esta progresiva “unión” a través del abandono y el trato de hijos pequeños y necesitados de su Padre Dios; en definitiva, “hacerse como niños”⁷³ o, mejor, «aprender a ser como niños» delante de Dios⁷⁴. Por eso, la piedad de hijos pequeños, no sólo es la meta –el término de llegada o el fin de la vida interior–, sino que, en realidad, constituye como su misma médula»⁷⁵.

En la doctrina sobre la infancia espiritual que enseña san Josemaría, es decisivo el abandono en Dios, pero también la audacia espiritual y apostólica de quien sabe que todo lo puede en Dios:

«*Quasi modo geniti infantes* (1P 2, 2): como niños recién nacidos... Pensaba que esa invitación de la Iglesia nos viene muy bien a todos los que sentimos la realidad de la filiación divina. Porque nos conviene ser muy recios, muy sólidos, con un temple capaz de influir

⁶⁹ *Apuntes íntimos*, n. 864. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 270.

⁷⁰ *Camino*, n. 860; cfr. *Forja*, 913.

⁷¹ Cfr. *Forja*, n. 354.

⁷² Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 135.

⁷³ Cfr. *Camino*, n. 143.

⁷⁴ Cfr. *Amigos de Dios*, n. 148.

⁷⁵ M. DEL P. RÍO, *Piedad, doctrina y unidad de vida a la luz de las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá*, en AA.VV., (PONTIFICIA UNIVERSITÀ DELLA SANTA CROCE, ed.), *La grandezza della vita quotidiana*, vol. V/1 P. O'CALLAGHAN (ed.): *Figli di Dio nella Chiesa*, Edusc, Roma 2004, p. 287.

en el ambiente donde nos encontremos; y, sin embargo, delante de Dios, ¡es tan bueno que nos consideremos hijos pequeños!»⁷⁶.

Vida de infancia que, como leemos en el texto anterior, no significa inmadurez, ni dejadez de derechos. Implica la obligación de acometer grandes empresas por servir a Dios-Padre.

La humildad de quien se sabe “hijo pequeño de Dios” no es apocamiento humano, sino que «significa reconocerse poca cosa delante de Dios: niño, hijo»⁷⁷. Para referirse a lo profundo o a lo intenso de esa humildad, san Josemaría «da con una expresión que quizá no tiene precedentes: “vibración de humildad”⁷⁸; porque la pequeñez del niño, asistido por la protección omnipotente de su Padre Dios, vibra en obras de fe, de esperanza, de amor, y de todas las demás virtudes que el Espíritu Santo infunde en su alma»⁷⁹.

Bastaría considerar quién es Dios, para que sabernos sus hijos nos condujese por caminos de infancia espiritual. Somos hijos pequeños de Dios y, como tales, «hemos de procurar vivir, evitando la necesidad de aparentar en nuestra conducta una mayoría de edad que, ante Dios, es simplemente un absurdo. Sin embargo, sí cabe una mayoría de edad en otro sentido: la identificación con Cristo *-la plenitud de la edad perfecta de Cristo* (Ef 4, 13)-, que sólo en el Cielo alcanzaremos si somos fieles»⁸⁰.

Estamos destinados a esa grandeza incomparable, y para alcanzarla el mismo Jesucristo nos ha enseñado que es condición indispensable «hacerse como niños» (cfr. Mt 18, 3). Pero, «ser pequeño exige creer como creen los niños, amar como aman los niños, abandonarse como se abandonan los niños, amar como aman los niños..., rezar como rezan los niños»⁸¹.

⁷⁶ *Amigos de Dios*, n. 142; Cfr. *Camino*, n. 860.

⁷⁷ *Ibid.*, n. 108.

⁷⁸ *Ibid.*, n. 202.

⁷⁹ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, Presentación de la primera edición de *Amigos de Dios*, 1977.

⁸⁰ F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, o.c., p. 219.

⁸¹ *Santo Rosario*, p. 14.

Es propio de un hijo tratar a su padre, no de un modo formal, sino con un trato familiar, lleno de sinceridad y de confianza. En cuanto hijo, el cristiano –enseña san Josemaría– vive como un niño, con sencillez, sereno, desenvuelto, dócil, sin preocupaciones⁸², con una confianza invencible en su Padre omnipotente⁸³, y con la amplitud de la visión espiritual del legítimo heredero⁸⁴ que posee de algún modo todo el mundo; precisamente en la unión con Dios encuentra la mayor libertad para vivir⁸⁵. El cristiano, por la filiación divina se siente hijo pequeño de Dios necesitado de todo, necesitado especialmente de su misericordia paterna.

Pero, ¿puede un cristiano que vive en el mundo dar la impresión de que quien sigue a Cristo actúa como un niño?⁸⁶. Para responder a la cuestión, Jutta Burggraf acude a la enseñanza de san Josemaría que «no veía contradicción alguna entre un comportamiento sencillo y auténtico en relación a Dios y a los hombres, y la personalidad madura de una adulto. Incluso enseñaba que las dos cosas se entrecruzan y apoyan recíprocamente: cuando un cristiano busca el trato con Jesús, se dirige hacia una plena madurez humana y sobrenatural⁸⁷. (...) Dios no olvida al hombre, sino que cuenta con él y, en cierta forma, lo considera adulto cuando lo llama a seguir a Cristo (cfr. Gal 4, 10; 1Co 3, 1). Al declarar a sus hijos mayores de

⁸² Cfr. *Camino*, nn. 862, 864, 868; *Forja*, n. 226; *Surco*, n. 417.

⁸³ Cfr. *Camino*, nn. 857, 875; *Forja*, nn. 331, 348; *Es Cristo que pasa*, n. 64.

⁸⁴ Cfr. *Camino*, n. 874; *Surco*, n. 96.

⁸⁵ Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 14.

⁸⁶ En el Nuevo Testamento se habla de “pequeños” (o de “niños”) en dos sentidos, uno positivo y otro negativo. El positivo se encuentra en los Evangelios, por ejemplo en los dos textos siguientes: «si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt 18, 2); «dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis, porque de los que son como ellos es el Reino de Dios» (Lc 18, 16). San Ambrosio comenta estas últimas palabras diciendo que el Señor «no se refiere a la niñez como tal, sino a la inocencia que tienen los niños en su sencillez» (*Expositio in Lc 18, 16*), o sea, se trata de una cualidad virtuosa. El uso negativo se puede ver en los siguientes textos de san Pablo: «no pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo» (1Co 3, 1), o sea como a personas que aún no tienen suficiente formación cristiana, «niños que van de un lado a otro y están zarandeados por cualquier corriente doctrinal, por el engaño de los hombres, por la astucia que lleva al error» (Ef 4, 14). En una ocasión san Pablo se refiere a los dos sentidos a la vez: «Hermanos, no seáis niños en el uso de la razón. Sed niños en la malicia, pero hombres maduros en el uso de la razón» (1Co 14, 20).

⁸⁷ Cfr. *Surco*, n. 267; *Es Cristo que pasa*, n. 135.

edad, Dios no sólo les concede el derecho, sino también el deber de obrar en el mundo con responsabilidad y autonomía»⁸⁸.

Cuando san Josemaría habla de “hijos pequeños” usa el término en el sentido positivo: personas maduras que son sencillas. “Pequeños” es un gran elogio, un título de grandeza. El ejemplo supremo es la Santísima Virgen que dice de sí misma en el *Magnificat*: «porque ha visto la pequeñez (o la humildad) de su esclava, por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso» (Lc 1,48-49).

San Josemaría entiende que hacerse como niños ante Dios no tiene nada que ver con la inmadurez humana. Muy al contrario, exige virtudes sólidas, virtudes de «hijos de ese Amor, de esa grandeza, de esa sabiduría infinita, de esa misericordia, que es nuestro Padre»⁸⁹; virtudes que conducen a comportarse con la sencilla humildad de los niños⁹⁰.

b) Cosas pequeñas y vida de infancia

La doctrina de san Josemaría sobre las cosas pequeñas está presente desde los inicios de su actividad fundacional y en sus anotaciones personales de esa época. En su enseñanza, el concepto de “cosas pequeñas” adquiere un significado propio, anclado en la tradición pero caracterizado por su relación con la filiación divina, con la santificación en la vida cotidiana en medio del mundo, a la que están llamados la inmensa mayoría de los cristianos y como algo específico de la mentalidad laical⁹¹.

Así, por ejemplo, con el título “Cosas pequeñas y vida de infancia” san Josemaría introduce uno de los subapartados de la homilía “*La grandeza de*

⁸⁸ J. BURGGRAF, *El sentido de la filiación divina*, en M. BELDA - J. ESCUDERO - J.L. ILLANES - P. O'CALLAGHAN (eds.), *Santidad y Mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá*, Eunsa, Pamplona 1996, pp. 125-126. La vida de un cristiano adulto no se opone a la vida de infancia, sino a la falta de madurez (cfr. *Amigos de Dios*, n. 66).

⁸⁹ *Amigos de Dios*, n. 146.

⁹⁰ Cfr. *VCS-II*, p. 150.

⁹¹ Cfr. E. REINHARDT, *Cosas pequeñas*, en J.L. ILLANES (coord.), *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Monte Carmelo, Burgos 2013, p. 285.

*la vida corriente*⁹². La enseñanza contenida en este texto hace referencia al cumplimiento de las obligaciones habituales, a demostrar el amor a Jesucristo a través de lo pequeño, de lo normal; y también refleja la necesidad de tomar conciencia de que personalmente el cristiano no vale nada. Nos parece que éste es el sentido que tiene su enseñanza al hablar de “cosas pequeñas” y que podríamos describir como “cosas normales”:

«Convenços de que ordinariamente no encontraréis lugar para hazañas deslumbrantes, entre otras razones, porque no suelen presentarse. En cambio, no os faltan ocasiones de demostrar a través de lo pequeño, de lo normal, el amor que tenéis a Jesucristo»⁹³.

El beato Álvaro del Portillo afirma que la alabanza de Jesús a su Padre porque «revelaste [estas cosas] a los pequeñuelos»⁹⁴, está en la base de enseñanza de san Josemaría: el camino de la humildad en la búsqueda de Dios a través las cosas pequeñas de cada día⁹⁵. ¿Quiere decir esto entonces que, en la enseñanza de san Josemaría, las “cosas pequeñas” están englobadas en el camino de infancia espiritual?

En la enseñanza de san Josemaría el amor se manifiesta muchas veces en “cosas pequeñas” en el trato con Dios y con los demás⁹⁶. Ofrecer a Dios cosas pequeñas es propio del quienes se saben hijos pequeños y saben convertir en grande lo que a los ojos humanos es pequeño. Lo pequeño se agranda por el Amor y éste, si es real, se expresa en los detalles⁹⁷.

«Las obras del Amor son siempre grandes, aunque se trate de cosas pequeñas en apariencia»⁹⁸.

«El secreto para dar relieve a lo más humilde, aun a lo más humillante, es amar»⁹⁹.

⁹² Cfr. *Amigos de Dios*, nn. 1-22.

⁹³ *Ibid.*, n. 8.

⁹⁴ Mt 11, 25.

⁹⁵ Cfr. BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Una vida para Dios, Reflexiones en torno a la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, homilías y otros escritos, o.c.*, p. 185.

⁹⁶ Cfr. *Camino*, n. 813.

⁹⁷ Cfr. *Conversaciones*, n. 114.

⁹⁸ *Es Cristo que pasa*, n. 44.

⁹⁹ *Camino*, n. 418.

Una simple búsqueda en la voz “cosas pequeñas” de *Camino*, refleja que ninguna de las referencias se encuentra en los capítulos “*Infancia espiritual*” o “*Vida de Infancia*”. Sin embargo, sí hay referencias en el capítulo “*Humildad*”.

A este respecto el autor de la edición crítico-histórica de *Camino* explica que el cuidado de las cosas pequeñas no aparece en el libro como expresión del camino de infancia espiritual –como ocurría en la primera edición de *Consideraciones espirituales*¹⁰⁰– sino del amor a Dios y al prójimo en la santificación de la vida ordinaria del cristiano. «[San Josemaría], que seguía un verdadero “camino de infancia” en su relación con Dios, sintiéndose “niño pequeño” ante el Señor, veía con claridad meridiana que no todos tenían por qué hacer suyo ese camino (...). Y a la vez, veía con la misma claridad que el “cuidado de las cosas pequeñas” no era algo “optativo”, sino una dimensión fundamental, constitutiva, de la santificación del trabajo profesional y de la vida cotidiana, que él enseñaba»¹⁰¹.

Reconocerse hijo pequeño de Dios da un tono peculiar al sentido de la filiación divina. San Josemaría lo aplica a muchos aspectos: pedir como hijos pequeños, confiar como hijos pequeños, levantarse tras las caídas con la agilidad de los niños, etc.

«La piedad es la virtud de los hijos y para que el hijo pueda confiarse en los brazos de su padre, ha de ser y sentirse pequeño, necesitado. Frecuentemente he meditado esa vida de infancia espiritual, que no está reñida con la fortaleza, porque exige una voluntad recia, una madurez templada, un carácter firme y abierto»¹⁰².

En particular, es propio de la piedad de hijos ofrecer cosas pequeñas –sacrificios, detalles de piedad, etc.–, que adquieren valor por el amor con que se realizan. En este sentido, el trato con Dios como hijos pequeños está lleno de “cosas pequeñas”.

¹⁰⁰ Camino aparecerá por primera vez en 1934 con el nombre de *Consideraciones espirituales*; en 1939, fecha de la segunda edición aumentada, recibe el nombre actual y definitivo.

¹⁰¹ P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 911.

¹⁰² *Es Cristo que pasa*, n. 10.

San Josemaría predicaba que el Señor espera el corazón entero de sus hijos, también a través de cosas pequeñas, ocupaciones diarias que parecen excesivamente minúsculas, de escasísimo valor. Nos instaba, escribe Mons. Echevarría, «a que no despreciásemos, equivocadamente, esas “aparentes nimiedades”; y con su garbo tan peculiar, con la visión sobrenatural y humana que le caracterizaba, añadía: “Me diréis que todos esos detalles son pequeñas pinceladas, sin categoría. Os contesto enseguida que las pequeñas pinceladas no carecen de importancia; fijaos que quinientas, mil... ¡bien trazadas!, hacen un cuadro, una obra de arte”»¹⁰³.

B. ASPECTOS Y PARTES DE LA HUMILDAD

«El principal requisito que se nos pide –bien conforme a nuestra naturaleza–, consiste en amar: (...) *amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente* (Mt 22, 37), sin reservarnos nada. En esto consiste la santidad»¹⁰⁴.

El crecimiento en caridad implica un crecimiento en filiación divina, en identificación con Cristo. La filiación adoptiva es una participación en el Hijo y la caridad una participación en el Espíritu Santo: ambas son inseparables en el cristiano, como lo son el Hijo y el Espíritu Santo en el seno de la Trinidad. La santidad es, a la vez e inseparablemente, «plenitud de la filiación divina»¹⁰⁵ y «plenitud de la caridad»¹⁰⁶. Cuando el cristiano crece en caridad, avanza también hacia la plenitud de la filiación cuyo inicio recibió en el Bautismo; crece en lo más íntimo de su relación con Dios, en su ser hijo de Dios¹⁰⁷.

El sentido de la filiación divina, en la enseñanza de san Josemaría, es el fundamento de la vida espiritual. Esto significa, ante todo, considerarlo

¹⁰³ J. ECHEVARRÍA, *Mons. Escrivá de Balaguer, un corazón que sabía amar*, Cuadernos Mundo Cristiano, n. 7, Madrid 1976, p. 5.

¹⁰⁴ *Amigos de Dios*, n. 6.

¹⁰⁵ *Carta 2-II-1945*, n. 8. Cit. en: *VCS-II*, p. 148.

¹⁰⁶ *Surco*, n. 739; *Es Cristo que pasa*, n. 32.

¹⁰⁷ Cfr. *VCS-II*, p. 148.

como base del desarrollo de la caridad, porque esta virtud es la esencia de la vida cristiana. Ahora bien si, como hemos visto en el apartado precedente, el sentido de la filiación divina incluye necesariamente la humildad, se comprende que la humildad sea también fundamento de la caridad. Y que, a través de la caridad, “forma” de las demás virtudes, esté en la base de todas ellas¹⁰⁸.

La soberbia entorpece el crecimiento de la caridad¹⁰⁹. Y como el objeto de la humildad es combatir la soberbia, el primero de todos los vicios, entre esta virtud y la caridad hay una interconexión. En la búsqueda de la santidad, la humildad quita los obstáculos a la acción de la gracia¹¹⁰ y, sin ésta, no se puede crecer en caridad.

En la vida cristiana son necesarias estas dos virtudes capitales. La humildad evita el amor desordenado a la propia excelencia; sin caridad, faltaría el motor y la recta ordenación de la humildad. La caridad saca al hombre de sí mismo y engendra humildad; y, afirmándose la humildad, se puede recibir un aumento de caridad. La humildad es la base de la caridad, porque sólo quien conoce su propia nada busca los tesoros de Dios, y levanta sobre roca el edificio espiritual; y la caridad es el fin de la humildad. Se atraen una a la otra, se exigen mutuamente.

En la enseñanza de san Josemaría la humildad se entiende como la base de todas las virtudes¹¹¹. Concibe esta virtud como una inclinación de la persona entera, no sólo de la inteligencia, o de la voluntad o de las facultades sensibles; radica en todas las potencias. Se podría decir –de acuerdo con una amplia tradición espiritual– que reside, como la caridad¹¹², en el corazón; si se entiende el término en su sentido bíblico, como núcleo íntimo de la persona¹¹³.

¹⁰⁸ Cfr. *VCS-II*, p. 387.

¹⁰⁹ Cfr. Apuntes tomados de una meditación, III-1962. Cit. en: *VCS-II*, p. 384.

¹¹⁰ Cfr. *Amigos de Dios*, n. 98.

¹¹¹ Cfr. *VCS-II*, p. 386.

¹¹² Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 166; *Amigos de Dios*, n. 118.

¹¹³ Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 164; *Amigos de Dios*, n. 254, 314. En los escritos de san Josemaría es frecuente encontrar el uso del vocablo “corazón” para referirse a las manifestaciones debidas a la intimidad humana (cfr. J.F. SALLÉS, *La verdad del corazón*, en «Cuadernos del Anuario Filosófico. Serie Universitaria» 158, (2003), p. 35; cfr. *Amigos de Dios*, nn. 20, 64,

La humildad tiene que existir en las demás virtudes informadas por la caridad. Es como el medio de conservación espiritual de todas las virtudes, tanto de las naturales como de las sobrenaturales. Sólo la humildad garantiza que las demás virtudes no se corrompan. Es básica en el camino del cristiano. Si falta, todas las demás no son verdaderas virtudes¹¹⁴: sólo la humildad permite conocer la verdad sobre Dios –Creador y Señor de todas las cosas– y la verdad sobre el hombre, criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, y actuar en consecuencia. Así lo ejemplifica en *Surco* san Josemaría:

«“La oración” es la humildad del hombre que reconoce su profunda miseria y la grandeza de Dios, a quien se dirige y adora, de manera que todo lo espera de Él y nada de sí mismo.

“La fe” es la humildad de la razón, que renuncia a su propio criterio y se postra ante los juicios y la autoridad de la Iglesia.

“La obediencia” es la humildad de la voluntad, que se sujeta al querer ajeno, por Dios.

“La castidad” es la humildad de la carne, que se somete al espíritu.

“La mortificación” exterior es la humildad de los sentidos.

“La penitencia” es la humildad de todas las pasiones, inmoladas al Señor.

-La humildad es la verdad en el camino de la lucha ascética»¹¹⁵.

Exponemos ahora los aspectos de la virtud de la humildad en correspondencia con los de la caridad: humildad ante Dios, en relación con los demás y respecto a uno mismo y después desarrollaremos la enseñanza de san Josemaría acerca de las virtudes que forman parte de la humildad.

77, 108, 231, 293, 294). Se dice que es propio del corazón humano el sentimiento; pertenecen al corazón la sinceridad (cfr. *Forja*, nn. 128, 328, 822; *Vía Crucis*, VII, 2), la humildad (cfr. *ibid.*, IX, 1; *Amigos de Dios*, nn. 31, 103) y la contrición (cfr. *Forja*, n. 172), los grandes deseos (cfr. *ibid.*, n. 411) y la acción de gracias (cfr. *ibid.*, n. 866. Estas tres últimas ya las hemos puesto en relación con la humildad en varias ocasiones, tanto en la doctrina de san Josemaría como en la de otros maestros espirituales). Son también sentimientos positivos del corazón la alegría y la paz (cfr. *ibid.*, n. 648), que aparecen como consecuencia de la humildad (cfr. *Camino*, n. 607; *Forja*, n. 591).

¹¹⁴ Cfr. P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y Obra del fundador Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 256.

¹¹⁵ *Surco*, n. 259.

B.1. Humildad ante Dios

En la enseñanza de san Josemaría queda claro que la conducta cristiana ha de radicarse en un acto de humildad, por el que, reconociendo nuestra limitación, nos coloquemos dócil y confiadamente en las manos de Dios, de modo que su gracia nos purifique de cualquier estorbo y nos haga entrar en comunión con Él y participar de su vida.

«A pesar de nuestras pobres miserias personales somos portadores de esencias divinas de un valor inestimable: somos instrumentos de Dios. Y como queremos ser buenos instrumentos, cuanto más pequeños y miserables nos sintamos, con verdadera humildad, todo lo que nos falte lo pondrá Nuestro Señor»¹¹⁶.

La humildad ante Dios lleva a la contrición, porque descubre los pecados, las faltas de amor. «La verdadera humildad lleva... ¡a pedir perdón!»¹¹⁷. Y si el conocimiento de la propia miseria lleva a pedir perdón a Dios, saber que los dones son recibidos mueve al agradecimiento y a la responsabilidad, porque muestra lo mucho que Dios nos ha amado, concediéndonos esos dones por medio de su Hijo.

«En la base de la vocación están el conocimiento de nuestra miseria, la conciencia de que las luces que iluminan el alma –la fe–, el amor con el que amamos –la caridad– y el deseo por el que nos sostenemos –la esperanza–, son dones gratuitos de Dios. Por eso, no crecer en humildad significa perder de vista el objetivo de la elección divina: *ut essemus sancti*, la santidad personal. Ahora, desde esa humildad, podemos comprender toda la maravilla de la llamada divina»¹¹⁸.

La humildad descubre que todo lo bueno que hay en nosotros es de Dios, no nuestro, porque «¿Qué tienes que no hayas recibido?» (1 Co 4, 7). El que es humilde no ignora sus cualidades personales, pero no las toma como pedestal: son dones que debe poner al servicio de Dios y del prójimo

¹¹⁶ Carta 24-III-1931. Cit. en: P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y Obra del fundador Josemaría Escrivá*, o.c., p. 179.

¹¹⁷ *Forja*, n. 189.

¹¹⁸ *Es Cristo que pasa*, n. 3.

y es consciente de que no los puede hacer fructificar por sí mismo: «sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5):

«[La humildad] es el hondo sentimiento de que Dios Nuestro Padre es quien hace todas las cosas, con estos pobres instrumentos que somos cada uno de nosotros –*servi inutiles sumus* (Lc 17, 10) –, que juega con cada uno de nosotros como con unos niños: *ludens in orbem terrarum et deliciae meae esse cum filiis hominum* (Prov 8, 31)»¹¹⁹.

En la enseñanza de san Josemaría queda patente que la gracia purifica la precariedad y la miseria humana y, precisamente por ello, es continua la llamada a la humildad ante los dones de Dios y la confianza en que así se puede llegar a las más altas cimas:

«Hemos venido a decir con la humildad de quien se sabe pecador y poca cosa –*homo peccator sum* (Lc 5, 8), decimos con Pedro– pero con la fe de quien se deja guiar por la mano de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados, que a todos nos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén, de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión u oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencia, puede ser medio de santidad»¹²⁰.

Reconocerse criatura y comprender que la gloria de Dios es el fin último de la vida cristiana es la verdad que todo hombre debe aceptar, porque sólo así alcanzará su propia plenitud y felicidad. Por ello, el humilde no renuncia a nada, sino simplemente reconoce lo que realmente es. La humildad ante Dios no consiste en renunciar al propio yo, sino a fines o metas personales que impidan dirigir la vida entera a su gloria.

San Josemaría insiste en que el hombre debe «vaciar de sí mismo, de los motivos egocéntricos, que son caducos, para renacer en Cristo»¹²¹. Por esto, la humildad hace posible nuestra divinización: permite «vivir con Cristo en Dios»¹²².

¹¹⁹ Carta 6-V-1945, n. 31. Cit. en: VCS-II, p. 386.

¹²⁰ Carta 24-III-1930, n. 2. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 300.

¹²¹ *Surco*, n. 879.

¹²² Cfr. Col 3, 3.

«¡Qué poco es una vida para ofrecerla a Dios!...»¹²³. Estas palabras, en la predicación de san Josemaría, van dirigidas a todos los hombres y tienen su complemento es estas otras: «Si la vida no tuviera por fin dar gloria a Dios, sería despreciable, más aún: aborrecible»¹²⁴. Es precisamente por la humildad, que el hombre debe aceptar, en primer lugar, que no es ninguna pérdida darle todo a Dios, sino todo lo contrario: «los que nos hemos dedicado a Dios nada hemos perdido»¹²⁵.

San Josemaría, recurriendo al lema de san Juan Bautista: «*illum oportet crescere, me autem minui*»¹²⁶, enseñaba que «hace falta, sin duda, una nueva mudanza, una lealtad más plena, una humildad más profunda, de modo que, disminuyendo nuestro egoísmo, crezca Cristo en nosotros»¹²⁷.

Podemos resumir su enseñanza respecto a la humildad ante Dios con las siguientes palabras: «Ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca»¹²⁸. Quiere que el Señor «se luzca» en la propia vida porque es consciente de que Cristo vive en el cristiano, y la gloria de Dios exige que su Vida se manifieste en él. La humildad hace desaparecer el amor propio desordenado, el egoísmo, para que la presencia de Cristo resplandezca.

Una enseñanza que aconseja de modo especial a los sacerdotes es que la entera existencia sacerdotal se debe orientar, en efecto, a que el propio yo disminuya, para que crezca Cristo. Quien está llamado a obrar *in persona Christi* ha de ocultarse, sin buscar protagonismo, para que aparezca sólo la eficacia salvadora del Señor; desaparecer, para que Cristo se haga presente a través del ejercicio abnegado y humilde del ministerio.

«Me parece que a los sacerdotes se nos pide la *humildad de aprender a no estar de moda*, de ser realmente siervos de los siervos de Dios – acordándonos de aquel grito del Bautista: *illum oportet crescere, me*

¹²³ Camino, n. 420.

¹²⁴ *Ibid.*, n. 783.

¹²⁵ Surco, n. 21. Cfr. R. CORAZÓN, *La virtud de la sinceridad en la espiritualidad de San Josemaría Escrivá*, en AA.VV., *Tres estudios sobre el pensamiento de San Josemaría Escrivá*, Cuadernos del Anuario Filosófico n° 158, Pamplona 2003, p. 63.

¹²⁶ Jn 3, 30.

¹²⁷ *Es Cristo que pasa*, n. 58.

¹²⁸ Cfr. J.M. CASCIARO, *Fundamentos bíblicos del lema "ocultarme y desaparecer" de San Josemaría Escrivá, o.c.*, pp. 273-295.

autem minui (Jn 3, 30); conviene que Cristo crezca y que yo disminuya-, para que los cristianos corrientes, los laicos, hagan presente, en todos los ambientes de la sociedad, a Cristo»¹²⁹.

La existencia sacerdotal reclama poner todo lo propio al servicio del ministerio público que se está llamado a ejercer para que Él actúe a través de la persona del sacerdote en bien de cada uno de los fieles cristianos. San Josemaría enseña a los sacerdotes humildad y abnegación: poner enteramente a disposición del Señor el propio yo¹³⁰.

B.2. Humildad ante los demás

De la humildad del hombre respecto a Dios, que es la dimensión más profunda de esta virtud, deriva como consecuencia necesaria la actitud humilde respecto a los demás. La verdadera humildad ante Dios se manifiesta especialmente en vivirla ante el prójimo, así como el amor por los hombres es la mejor prueba de la auténtica caridad hacia Dios.

«La humildad nos lleva como de la mano a esa forma de tratar al prójimo, que es la mejor: la de comprender a todos, convivir con todos, disculpar a todos»¹³¹. Quita el obstáculo más radical en el trato con los demás que consiste en considerarse superior a ellos.

Es evidente que, en cuanto a condiciones humanas, unas personas destacan más que otras, aunque probablemente no en todo. La humildad hace descubrir los aspectos en los que otros son mejores, como enseña san Josemaría:

«En cualquier hombre –escribe Santo Tomás de Aquino– existe algún aspecto por el que los otros pueden considerarlo como superior, conforme a las palabras del Apóstol “llevados por la humildad, teneos unos a otros por superiores” (Flp 2, 3). Según esto, todos los hombres deben honrarse mutuamente (S. Th. II-II, q. 103, a. 2, ad 3).

¹²⁹ *Conversaciones*, n. 59.

¹³⁰ Cfr. Homilía “*Sacerdote para la eternidad*”, 13-IV-1973, en *Amar a la Iglesia*, Palabra, Madrid 2002.

¹³¹ *Amigos de Dios*, n. 233.

La humildad es la virtud que lleva a descubrir que las muestras de respeto por la persona –por su honor, por su buena fe, por su intimidad–, no son convencionalismos exteriores, sino las primeras manifestaciones de la caridad y de la justicia»¹³².

Incluso quien piensa que ama a Dios no puede decir que es superior a quien está notoriamente alejado de Él. San Josemaría lo expresa así:

«Es verdad que fue pecador. –Pero no formes sobre él ese juicio inconvencional. –Ten entrañas de piedad, y no olvides que aún puede ser un Agustín, mientras tú no pasas de mediocre»¹³³.

Este aspecto de la virtud enseña a querer a los demás con sus defectos, porque «si no quieres más que las buenas cualidades que veas en los demás –si no sabes comprender, disculpar, perdonar–, eres un egoísta»¹³⁴.

«La santidad está en la lucha, en saber que tenemos defectos y en tratar heroicamente de evitarlos. La santidad –insisto– está en superar esos defectos..., pero nos moriremos con defectos: si no, ya te lo he dicho, seríamos unos soberbios»¹³⁵.

San Josemaría recuerda que Dios llama a la santidad a personas «con miserias»¹³⁶. Y añade: «yo también las tengo y también he luchado y lucho»¹³⁷. La experiencia de las debilidades humanas, ajenas y propias, no es motivo para que se enfríe la caridad; al contrario, es ocasión para ahondar en ésta: para que sea más humana y más sobrenatural. En el fondo de esta actitud se encuentra la humildad que hace ser consciente de las propias limitaciones:

«Rezad por mí: yo rezo por vosotros, y comprendo vuestros defectos, y os quiero como sois, con defectos: y vosotros debéis tener el corazón grande, para querer a todas las criaturas de la tierra con sus defectos, con sus maneras de ser. –Padre, ¿usted quiere nuestros defectos? – Cuando lucháis por quitarlos, ¡los quiero!, porque son un motivo de

¹³² *Es Cristo que pasa*, n. 72.

¹³³ *Camino*, n. 675.

¹³⁴ *Forja*, n. 954.

¹³⁵ *Ibid.*, n. 312.

¹³⁶ *Instrucción*, mayo-1935/14-IX-1950, nota 84. Cit. en: *VCS-II*, p. 328.

¹³⁷ *Ibid.*

humildad, y ha dicho aquél –que es el primer literato de Castilla– que la humildad es la base y fundamento de todas las virtudes, y sin ella no hay ninguna que lo sea. Por eso amo vuestros defectos»¹³⁸.

No se trata sólo de amar a una persona “a pesar de sus defectos”; es preciso amarla “con sus defectos”, y no porque se aprueban sino porque le llevan (o le llevarán) a luchar por amor a Dios, con humildad¹³⁹.

Otra manifestación habitual de este aspecto de la humildad es la capacidad de descubrir y reconocer las cualidades y las virtudes del prójimo: dimensión de la humildad que impide el nacimiento de la envidia.

«Si cortas de raíz cualquier asomo de envidia, y si te gozas sinceramente con los éxitos de los demás, no perderás la alegría»¹⁴⁰

La humildad facilita la acción positiva de la caridad con los demás. La recta disposición hacia el verdadero bien sabe encontrar en los demás muchas cosas buenas, que son de Dios y de Él vienen.

«Cada uno de nosotros tiene su carácter, sus gustos personales, su genio –su mal genio, a veces– y sus defectos. Cada uno tiene también cosas agradables en su personalidad, y por eso y por muchas más razones, se le puede querer. La convivencia es posible cuando todos tratan de corregir las propias deficiencias y procuran pasar por encima de las faltas de los demás: es decir, cuando hay amor, que anula y supera todo lo que falsamente podría ser motivo de separación o de divergencia. En cambio, si se dramatizan los pequeños contrastes y mutuamente comienzan a echarse en cara los defectos y las equivocaciones, entonces se acaba la paz y se corre el riesgo de matar el cariño»¹⁴¹.

La actitud que aconseja san Josemaría ante los demás es la de aprender, descubrir las virtudes de los que nos rodean y no detenernos demasiado en sus defectos, salvo cuando resulte imprescindible para ayudarles con la corrección fraterna¹⁴².

¹³⁸ *Ibid.*

¹³⁹ Cfr. *VCS-II*, p. 329.

¹⁴⁰ *Surco*, n. 93.

¹⁴¹ *Conversaciones*, n. 108.

¹⁴² Cfr. *Amigos de Dios*, n. 20.

En ese caso, la corrección misma es siempre un buen motivo para aumentar la conciencia de la propia miseria:

«Sólo serás bueno, si sabes ver las cosas buenas y las virtudes de los demás.

-Por eso, cuando hayas de corregir, hazlo con caridad, en el momento oportuno, sin humillar..., y con ánimo de aprender y de mejorar tú mismo en lo que corrijas»¹⁴³.

También en el momento de ayudar a los demás sería falta de humildad dejarse llevar por la falta de fortaleza o por la comodidad.

«Como te sientes fundamento escogido por Dios para corredimir -no te olvides de que eres... miseria y miseria-, tu humildad te ha de llevar a colocarte debajo de los pies -al servicio- de todos. -Así están los cimientos de los edificios.

Pero el fundamento ha de tener fortaleza, que es virtud indispensable en quien ha de sostener o empujar a otros.

-Jesús -díselo con fuerza-, que nunca, por falsa humildad, deje de practicar la virtud cardinal de la fortaleza. Dame, Dios mío, que discierna el oro de la escoria»¹⁴⁴.

Un principio de conducta ante los demás que sentó san Josemaría fue tener comprensión suma con las personas, pero intransigencia con el error. Así lo describe un punto de *Camino*:

«Aquel hombre de Dios, curtido en la lucha, argumentaba así: ¿Que no transijo? ¡Claro!: porque estoy persuadido de la verdad de mi ideal. En cambio, usted es muy transigente...: ¿le parece que dos y dos sean tres y medio? -¿No?... ¿ni por amistad cede en tan poca cosa?

-¡Es que, por primera vez, se ha persuadido de tener la verdad... y se ha pasado a mi partido!»¹⁴⁵.

¹⁴³ *Forja*, n. 455. San Josemaría, «habitualmente se incluía entre quienes debían superar el defecto: "tú y yo, por nuestra debilidad tenemos que cuidar...", y hacía la corrección oportuna. Actuaba así, no sólo para no humillarle innecesariamente, sino porque sentía la necesidad de esforzarse en aquello, luchando más por desarraigar lo que de esa limitación quedara en su propia vida» (J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 128).

¹⁴⁴ *Forja*, n. 473.

Intransigencia en aquellas verdades que el amor a Dios y a los demás exige afirmar siempre.

«La transigencia es señal cierta de no tener la verdad. –Cuando un hombre transige en cosas de ideal, de honra o de Fe, ese hombre es un... hombre sin ideal, sin honra y sin Fe»¹⁴⁶.

En cambio, con las personas hay que ser transigentes. Rechazar el error, no al que yerra. Hemos de afirmar «la verdad serenamente, de forma positiva, sin polémica, sin humillar, dejando siempre al otro lado una salida honrosa, para que reconozca sin dificultad que estaba equivocado, que le faltaba formación o información. A veces, la caridad más fina será hacer que el otro quede con la convicción de que ha llegado, por su cuenta, a descubrir alguna verdad nueva»¹⁴⁷.

Ha sido ésta una enseñanza constante de san Josemaría.

«Caridad siempre, con todos. No podemos colocar el error en el mismo plano que la verdad, pero –siempre guardando el orden de esta virtud cristiana: de la caridad– debemos acoger con especial comprensión a los que están en el error. Violencia, nunca. No la comprendo, no me parece apta ni para convencer ni para vencer: un alma que recibe la fe se siente siempre victoriosa. El error se combate con la oración, con la gracia de Dios, con razonamientos desapasionados, ¡estudiando y haciendo estudiar!, y, repito, con la caridad. Por eso, cuando alguno intentara maltratar a los equivocados, estad seguros de que sentiré el impulso interior de ponerme junto a ellos, para seguir por amor de Dios la suerte que ellos sigan»¹⁴⁸.

Saber rectificar es una evidente muestra de humildad. Aprender a rectificar es camino seguro hacia la humildad. «Sólo los tontos son testarudos: los muy tontos, muy testarudos»¹⁴⁹, porque los asuntos

¹⁴⁵ *Camino*, n. 395.

¹⁴⁶ *Ibid.*, n. 394.

¹⁴⁷ *Carta 9-I-1932*, n. 70. Cit. en: R. JIMÉNEZ, *El comportamiento dialéctico del cliché*, p. 7. El texto corresponde a la lección inaugural del curso 2010/11 de la Universidad de la Santa Cruz, Roma 4-X-2010. (Consultado en www.pusc.it el 25-I-2013).

¹⁴⁸ Palabras de san Josemaría pronunciadas en 1964 y recogidas en A. RODRÍGUEZ PEDRAZUELA, *Un mar sin orillas*, Rialp, Madrid 1999, p. 65.

¹⁴⁹ *Surco*, n. 274.

humanos no tienen soluciones unívocas; «también los otros pueden tener razón: ven la misma cuestión que tú, pero desde distinto punto de vista, con otra luz, con otra sombra, con otro contorno»¹⁵⁰, y la confrontación de esos puntos de vista no puede ser más que enriquecedora.

B.3. Humildad en la consideración de uno mismo

La humildad alcanza su plenitud cuando el hombre consigue una síntesis vital entre dos aspectos que aparentemente son contrapuestos: el reconocimiento de la propia miseria, de un lado; y la conciencia de la propia dignidad, del otro. Miseria, en relación a aquello que el hombre es por sí mismo; dignidad, al considerar todo lo que ha recibido de Dios, especialmente su elevación gratuita a hijo adoptivo en Cristo.

San Josemaría repetía que la humildad «es la virtud que nos ayuda a conocer, simultáneamente, nuestra miseria y nuestra grandeza»¹⁵¹. Tal concepción de la humildad –que, siendo la verdad, conduce al reconocimiento, tanto de la debilidad humana, cuanto de la fuerza de Dios que actúa en el alma mediante la gracia– fue una constante en su enseñanza, transmitida con las palabras y con el ejemplo¹⁵².

Estos dos aspectos de la humildad se alimentan mutuamente, ya que la conciencia de la propia debilidad induce a admirar y valorar siempre más los dones divinos presentes en el alma y, a su vez, este aprecio lleva a una mayor conciencia de la propia indignidad. Es una especie de “círculo virtuoso” que hace avanzar continuamente la humildad.

Para san Josemaría «la conciencia de la radical debilidad del hombre se acompañaba siempre de la abierta confesión de la infinita grandeza de Dios.

¹⁵⁰ *Ibid.*, n. 275.

¹⁵¹ *Amigos de Dios*, n. 94.

¹⁵² «Su enseñanza sobre la virtud de la humildad podría ser sintetizada con una expresión del propio Siervo de Dios, que seguramente no tiene precedentes: “vibración de humildad”. Con esto quería expresar el reconocimiento y el estupor que le producía al constatar como en su pequeñez era capaz de vibrantes obras de fe, de esperanza y de amor, en virtud de la ayuda imponente de la gracia divina» (Testimonio del beato Álvaro del Portillo. Cit. en: *Positio*, p. 826).

Estaba admirado de la realidad de un Dios que llama al hombre a participar de su Vida, a “endiosarse”: hablaba a menudo, con acentos de filial gratitud, del “endiosamiento bueno” que contraponía a la falsa y errónea divinización que nace de la soberbia. Muchas veces le he escuchado decir: “no valemos nada, no podemos nada, no tenemos nada, no somos nada; pero tenemos los brazos de Santa María, Madre del Amor Hermoso; tenemos los brazos de Dios, nuestro Padre, y entonces decimos con San Pablo: *Omnia possum in eo qui me confortat!*” (Fil 4,13)»¹⁵³.

La humildad quita lo que dificulta emplear los dones recibidos en el cumplimiento de la propia misión, de acuerdo con la voluntad de Dios: impide estimarse en más de lo que conviene, no reconocer que todo lo bueno se ha recibido de Dios¹⁵⁴, no aceptar los propios límites. San Josemaría recuerda que «el conocimiento propio es condición de humildad verdadera»¹⁵⁵.

Además de conocerse hay que aceptarse como se es, que no es lo mismo que conformarse. Es indispensable no ignorar la realidad –cualidades positivas, limitaciones, defectos– y obrar de acuerdo con ella. Por ejemplo, una persona humilde, realista, sabe cuáles son sus debilidades. También sabe estar en su lugar, sencillamente y sin complicaciones interiores.

«Es a veces corriente, incluso entre almas buenas, provocarse conflictos personales, que llegan a producir serias preocupaciones, pero que carecen de base objetiva alguna. Su origen radica en la falta de propio conocimiento, que conduce a la soberbia»¹⁵⁶.

Con la humildad el hombre se ve como realmente es, sin que la mala voluntad enturbie la mente o deforme las cosas.

«Es una falsa conciencia de la vocación cristiana, la que ciega, la que nos hace olvidar que estamos hechos de barro, que somos polvo y miseria. Que no sólo hay mal en el mundo, a nuestro alrededor, sino

¹⁵³ *Ibid.*

¹⁵⁴ Cfr. 1Co 4, 7.

¹⁵⁵ Carta 6-V-1945, n. 32. Cit. en: VCS-II, p. 398.

¹⁵⁶ *Es Cristo que pasa*, n. 18.

que el mal está dentro de nosotros, que anida en nuestro mismo corazón, haciéndonos capaces de vilezas y egoísmos. Sólo la gracia de Dios es roca fuerte: nosotros somos arena, y arena movediza»¹⁵⁷.

El propio conocimiento es una de las líneas de fuerza de la enseñanza de san Josemaría que «nos lleva como de la mano a la humildad»¹⁵⁸. Este conocimiento propio no es consecuencia de una mera introspección psicológica, sino que para adquirirlo se requiere la oración, donde el cristiano puede verse como es visto por Dios. En *Camino* escribe:

«Me has escrito: “orar es hablar con Dios. Pero, ¿de qué?” –¿De qué? De Él, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., ¡flaquezas!: y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio.

En dos palabras: conocerle y conocerle: ¡tratarse!»¹⁵⁹.

Para ello es necesario vivir el recogimiento interior:

«Distraerte. –¡Necesitas distraerte!..., abriendo mucho tus ojos para que entren bien las imágenes de las cosas, o cerrándolos casi, por exigencias de tu miopía...

¡Ciérralos del todo!: ten vida interior, y verás, con color y relieve insospechados, las maravillas de un mundo mejor, de un mundo nuevo: y tratarás a Dios..., y conocerás tu miseria..., y te endiosarás... con un endiosamiento que, al acercarte a tu Padre, te hará más hermano de tus hermanos los hombres»¹⁶⁰.

El conocimiento “que lleva como de la mano a la humildad” es el conocimiento de la propia miseria y de la grandeza de Dios. Es un

¹⁵⁷ *Ibid.*, n. 113.

¹⁵⁸ *Camino*, n. 609. El conocimiento propio es “condición” de la humildad mientras no va unido a la aceptación de lo que se es. Cuando incluye esas aceptaciones ya humildad verdadera.

¹⁵⁹ *Camino*, n. 91.

¹⁶⁰ *Camino*, n. 283. Para profundizar en la enseñanza de san Josemaría acerca del conocimiento propio, puede leerse, y de ahí hemos extraído bastantes ideas, M. BELDA, *La Pedagogía de la humildad en Camino* en J.I. SARANYANA (ed.), *El caminar histórico de la santidad cristiana. Desde los inicios de la época contemporánea hasta el Concilio Vaticano II.*, XXIV Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, Eunsa, Pamplona 2004, pp. 285-289.

reconocer «humildemente tu flaqueza para poder decir con el Apóstol: “*cum enim infirmor, tunc potens sum*” -porque cuando soy débil, entonces soy fuerte»¹⁶¹. Lleva, por tanto, a reconocer la grandeza de Dios, que viene en auxilio de nuestra flaqueza¹⁶².

En esta misma línea, son numerosas las ocasiones en que san Josemaría muestra que el propio conocimiento permite sentirse instrumento en las manos de Dios¹⁶³.

«La humildad nos empujará a que llevemos a cabo grandes labores; pero a condición de que no perdamos de vista la conciencia de nuestra poquedad, con un convencimiento de nuestra pobre indigencia que crezca cada día»¹⁶⁴.

Uno de los aspectos en que san Josemaría se fija especialmente, es el hecho de la gratuidad de la vocación cristiana:

«Dios no hace acepción de personas, como nos repite insistentemente la Escritura. No se fija, para invitar a un alma a una vida de plena coherencia con la fe, en méritos de fortuna, en nobleza de familia, en altos grados de ciencia. La vocación precede a todos los méritos (...). La vocación es lo primero; Dios nos ama antes de que sepamos dirigirnos a Él, y pone en nosotros el amor con el que podemos corresponderle»¹⁶⁵.

Con estas palabras señala la iniciativa divina para elegir a los que llama y otorgarles las gracias oportunas para llevar a cabo la tarea que les encomienda. A la vez, las gracias y dones que el Señor ha concedido a cada uno no han de ser motivo de orgullo necio, sino acicate a la responsabilidad e invitación a una entrega generosa a la tarea para la que Dios nos ha destinado. Por eso, san Josemaría invita a considerar que:

¹⁶¹ *Ibid.*, n. 604.

¹⁶² Cfr. *ibid.*, nn. 473, 592, 599, 608.

¹⁶³ Cfr. *ibid.*, n. 610; *Es Cristo que pasa*, n. 120; *Forja*, n. 232; etc.

¹⁶⁴ *Amigos de Dios*, n. 106.

¹⁶⁵ *Es Cristo que pasa*, n. 33.

«No es falta de humildad que conozcas el adelanto de tu alma. –Así lo puedes agradecer a Dios. –Pero no olvides que eres un pobrecito, que viste un buen traje... prestado»¹⁶⁶.

La grandeza de los dones de Dios, que superan la debilidad y las limitaciones humanas, es motivo perenne para mantener una humilde confianza en Dios. Por eso la idea reaparece, con cierta frecuencia en la predicación de san Josemaría, cada vez que considera tanto las propias carencias como la magnanimidad divina¹⁶⁷. Así le sucede, por ejemplo, contemplando la vida de la Santísima Virgen:

«La pureza, la humildad y la generosidad de María contrastan con nuestra miseria, con nuestro egoísmo. Es razonable que, después de advertir esto, nos sintamos movidos a imitarla; somos criaturas de Dios, como Ella, y basta que nos esforcemos por ser fieles, para que también en nosotros el Señor obre cosas grandes. No será obstáculo nuestra poquedad: porque Dios escoge lo que vale poco, para que así brille mejor la potencia de su amor»¹⁶⁸.

La consideración de la gratuidad de la vocación impulsaba a san Josemaría a ser consciente de sus limitaciones y a pedir la humildad al Señor, cada día con mayor insistencia:

«Buen Jesús: si he de ser apóstol, es preciso que me hagas muy humilde.

El sol envuelve de luz cuanto toca: Señor, lléname de tu claridad, endiósame: que yo me identifique con tu Voluntad adorable, para convertirme en el instrumento que deseas... Dame tu locura de humillación: la que te llevó a nacer pobre, al trabajo sin brillo, a la infamia de morir cosido con hierros a un leño, al anonadamiento del Sagrario.

–Que me conozca: que me conozca y que te conozca. Así jamás perderé de vista mi nada»¹⁶⁹.

¹⁶⁶ *Camino*, n. 608.

¹⁶⁷ Cfr. F. VARO, *Alegres con esperanza. Textos de San Pablo meditados por San Josemaría*, Rialp, Madrid 2009, p. 78.

¹⁶⁸ *Es Cristo que pasa*, n. 172.

¹⁶⁹ *Surco*, n. 273; cfr. *Ibid.*, n. 346; *Forja*, 840.

Otra de las manifestaciones de la humildad con uno mismo, que aconseja con frecuencia, es el cuidado de la propia formación, porque implica reconocer que uno no lo sabe todo y permite fomentar el deseo de aprender de los demás.

«Si eres sensato, humilde, habrás observado que nunca se acaba de aprender... Sucede lo mismo en la vida; aun los más doctos tienen algo que aprender, hasta el fin de su vida; si no, dejan de ser doctos»¹⁷⁰.

San Josemaría impulsó a todos a adquirir y a mejorar constantemente la propia formación cristiana, presupuesto indispensable para crecer en intimidad con Jesucristo y darlo a conocer a otras almas. Afirmaba que un hombre, una mujer, «se va haciendo poco a poco, y nunca llega a hacerse del todo, a realizar en sí mismo toda la perfección humana de que la naturaleza es capaz. En un aspecto determinado, puede incluso llegar a ser el mejor, en relación con todos los demás, y quizá a ser insuperable en esa actividad concreta natural. Sin embargo, como cristiano su crecimiento no tiene límites»¹⁷¹.

El panorama de la propia formación es tan vasto que jamás una persona puede considerarse suficientemente formada.

«Nosotros nunca decimos basta. Nuestra formación no termina nunca: todo lo que habéis recibido hasta ahora es fundamento para lo que vendrá después»¹⁷².

Y es una actitud realmente imprescindible en aquellos constituidos en cualquier tipo de autoridad:

«Pero... ¿de veras piensas que todo lo sabes, porque has sido constituido en autoridad?

-Óyeme bien: el buen gobernante “sabe” que puede, ¡que debe!, aprender de los demás»¹⁷³.

¹⁷⁰ *Ibid.*, n. 272.

¹⁷¹ *Carta 24-III-1931*, n. 9. Cit. en: MONS. JAVIER ECHEVARRÍA, *Carta pastoral 24-X-2011*, n. 3, en «Romana» 53 (2011), p. 247.

¹⁷² SAN JOSEMARÍA, *Notas de una reunión familiar*, 14-VI-1972. Cit. en: MONS. JAVIER ECHEVARRÍA, *Carta pastoral 24-X-2011*, n. 3, en «Romana» 53 (2011), p. 247.

B.4. Virtudes que forman parte de la humildad

Nos vamos a referir ahora a tres virtudes que en los textos de san Josemaría están englobadas en la virtud de la humildad. Pueden considerarse teológicamente como “partes integrantes” de esta virtud¹⁷⁴. Se puede decir, en efecto, que la humildad se compone del reconocimiento de la verdad (sinceridad), de la obediencia a la verdad reconocida (docilidad), y del hábito de elegir el camino más derecho y simple entre los posibles para actuar según la verdad (sencillez). Al formar parte de la humildad, estas tres virtudes participan también de su carácter de fundamento.

En lo que sigue nos limitaremos a unos pocos aspectos principales. Hay que tener en cuenta que bastante de lo que se ha dicho sobre la humildad en general, se puede aplicar también a cada una de estas tres virtudes.

a) Sinceridad

Ser sincero no es sólo decir la verdad. La sinceridad es una virtud más amplia que la mera veracidad. San Josemaría «entendía la sinceridad como rectitud de conciencia, como deseo eficaz de buscar siempre el bien»¹⁷⁵. La sinceridad está en aceptar lo que realmente somos ante Dios y en relación con los demás. La aceptación de nuestra verdad más profunda nos hace verdaderamente libres (cfr. Jn 8, 32) y, por tanto, capaces de amar con todo nuestro ser.

Rafael Corazón afirma que «esta virtud es capital en el espíritu que enseñó el Fundador del Opus Dei. Con Dios no cabe la componenda, la media entrega, la tibieza. En cambio, si se es sincero, las miserias personales, las faltas, e incluso las caídas graves, no son obstáculo para lograr la santidad, porque al reconocerlas y pedir perdón, hacemos de hijo pródigo y Dios Padre nos recibe con entrañas de misericordia»¹⁷⁶.

¹⁷³ *Surco*, n. 388.

¹⁷⁴ Cfr. *VCS-II*, p. 405.

¹⁷⁵ R. CORAZÓN, *La virtud de la sinceridad en la espiritualidad de San Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 56.

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 77.

El sustantivo sinceridad aparece cuarenta y siete veces en las obras publicadas de san Josemaría. En estos textos se refiere a una sinceridad de vida, a una sinceridad con Dios, a una sinceridad con uno mismo y a una sinceridad con los demás, con particular referencia en este último caso a la sinceridad en la dirección espiritual¹⁷⁷.

Sinceridad y humildad no se identifican. La sinceridad está en el entendimiento; la humildad exige, en cambio, que también la voluntad esté dispuesta a vivir según la verdad conocida. No obstante, san Josemaría habla también de sinceridad en un sentido amplio cuando se refiere a la sinceridad de vida que consiste en «poner de acuerdo con la Verdad vuestros pensamientos, vuestras palabras y vuestras obras»¹⁷⁸. En este caso coincide prácticamente con la humildad¹⁷⁹.

«El cristiano ha de manifestarse auténtico, veraz, sincero en todas sus obras. Su conducta debe transparentar un espíritu: el de Cristo. Si alguno tiene en este mundo la obligación de mostrarse consecuente, es el cristiano, porque ha recibido en depósito, para hacer fructificar ese don, la verdad que libera, que salva»¹⁸⁰.

La sinceridad de vida –escribe Celaya, siguiendo la enseñanza de san Josemaría– es «la principal cualidad de la conciencia, testimonio íntimo de la propia conducta, de la que el hombre ha de responder ante Dios: “porque toda nuestra gloria consiste en el testimonio que nos da la conciencia, de haber procedido en este mundo con sencillez de corazón y sinceridad delante de Dios” (2Co 1, 12)»¹⁸¹.

La sinceridad con Dios

Las tres esferas de la sinceridad comunican entre sí, pero la prioridad corresponde a la sinceridad con Dios. Consiste en dirigirse filialmente a Él abriendo el corazón para reconocer la verdad en su presencia.

¹⁷⁷ Cfr. V. BOSCH, *Para una "Teología de la Sinceridad", a través de los escritos del Beato Josemaría*, en «*Annales Theologici*» 16 (2002), pp. 165-166.

¹⁷⁸ *Carta 11-III-1940*, n. 60. Cit. en: *VCS-II*, p. 406.

¹⁷⁹ Cfr. *ibid.*, p. 406.

¹⁸⁰ *Amigos de Dios*, n. 141.

¹⁸¹ I. DE CELAYA, *Sinceridad*, en «*Gran Enciclopedia Rialp*» 21, Madrid 1989, p. 174.

En la doctrina de san Josemaría queda claro que es preciso abrir por completo la propia intimidad a Dios, «reconociendo así que el destino del hombre es amar el Bien infinito. Por eso, quien no la vive, se cierra a la trascendencia y fracasa como persona, porque se incapacita para el verdadero amor»¹⁸².

La sinceridad con Dios lleva a huir del anonimato en la vida espiritual, sabiendo que todas las cosas están patentes a los ojos del Padre Celestial.

«El diálogo personal –la oración sin anonimato– cara a cara con Dios, han de constituir como la substancia última de nuestra conducta»¹⁸³.

En su predicación, san Josemaría utiliza, en ocasiones, la expresión «“abrir el corazón”, que equivale a sinceridad, que tiene dos vertientes trascendentes: una hacia Dios¹⁸⁴, y su clara consecuencia, la apertura hacia los hombres, porque ambas van unidas»¹⁸⁵.

El fundamento de nuestra sinceridad con Dios es nuestra condición de hijos suyos. La filiación lleva necesariamente a la sinceridad y a la confianza:

«Un hijo de Dios trata al Señor como Padre. Su trato no es un obsequio servil, ni una reverencia formal, de mera cortesía, sino que está lleno de sinceridad y de confianza. Dios no se escandaliza de los hombres. Dios no se cansa de nuestras infidelidades. Nuestro Padre del Cielo perdona cualquier ofensa, cuando el hijo vuelve de nuevo a Él, cuando se arrepiente y pide perdón. Nuestro Señor es tan Padre, que previene nuestros deseos de ser perdonados, y se adelanta, abriéndonos los brazos con su gracia»¹⁸⁶.

¹⁸² R. CORAZÓN, *La virtud de la sinceridad en la espiritualidad de San Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 68.

¹⁸³ *Es Cristo que pasa*, n. 134.

¹⁸⁴ Cfr. *Amigos de Dios*, nn. 17, 59, 62, 182, 188. «Yo soy un pobre hombre, y entiendo de pecados, de amores y de miserias. ¿Sabéis lo que es estar levantado hasta el corazón de Dios? ¿Comprendéis que un alma se enfrente con el Señor, le abra su corazón, le cuente sus quejas?» (*Ibid.*, n. 153).

¹⁸⁵ J.F. SALLÉS, *La verdad del corazón, o.c.*, p. 41.

¹⁸⁶ *Es Cristo que pasa*, n. 64.

En la enseñanza de san Josemaría, la sinceridad con Dios lleva a presentarse ante Él mostrando con sencillez las buenas obras, los buenos deseos y las heridas; para dar gracias, confirmarlos y que las sane¹⁸⁷.

La experiencia muestra que, cuando cada uno se examina con plena sinceridad delante de Dios, se hace patente la flaqueza personal y la poquedad de quien está hecho de barro. Pero eso no es obstáculo para corresponder, ya que Dios conoce nuestra fragilidad cuando nos elige como instrumentos¹⁸⁸.

La sinceridad con uno mismo

En la enseñanza de san Josemaría, la mirada a la propia alma es inseparable de la humildad y la verdad¹⁸⁹.

«Miro mi vida y, con sinceridad, veo que no soy nada, que no valgo nada, que no tengo nada, que no puedo nada; más: ¡que soy la nada!, pero Él es el todo y, al mismo tiempo, es mío, y yo soy suyo, porque no me rechaza, porque se ha entregado por mí. ¿Habéis contemplado amor más grande?»¹⁹⁰.

Es el primer paso para vivir una sinceridad completa y condición esencial de la sinceridad con Dios y con los demás:

«Dios Nuestro Señor te quiere santo, para que santifiques a los demás. -Y para esto, es preciso que tú -con valentía y sinceridad- te mires a ti mismo, que mires al Señor Dios Nuestro..., y luego, sólo luego, que mires al mundo»¹⁹¹.

En particular, por lo que se refiere al reconocimiento de las propias faltas, san Josemaría enseña a tener una sinceridad sin eufemismos:

¹⁸⁷ Cfr. V. BOSCH, *Para una "Teología de la Sinceridad", a través de los escritos del Beato Josemaría*, o.c., p. 171.

¹⁸⁸ Cfr. *Camino*, n. 475.

¹⁸⁹ Cfr. V. BOSCH, *Para una "Teología de la Sinceridad", a través de los escritos del Beato Josemaría*, o.c., p. 172.

¹⁹⁰ *Amigos de Dios*, n. 215.

¹⁹¹ *Forja*, n. 710.

«De acuerdo, has obrado mal por debilidad. –Pero no entiendo cómo no reaccionas con clara conciencia: no puedes hacer cosas malas, y decir –o pensar– que son santas, o que carecen de importancia»¹⁹².

No reconocer los propios errores, excusarse, inventar razones que los justifiquen, y creérselas es parte de la falta de sinceridad con uno mismo. «Siempre es posible encontrar una justificación, una razón, que permita hacer la voluntad propia aunque no sea lo más adecuado. Por eso es preciso vivir, en primer lugar, la sinceridad con uno mismo, ser rectos»¹⁹³.

«Pretextos. –Nunca te faltarán para dejar de cumplir tus deberes. ¡Qué abundancia de razonadas sinrazones!

No te detengas a considerarlas. –Recházalas y haz tu obligación»¹⁹⁴.

Reconocer la verdad es una exigencia costosa:

«No tengas miedo a la verdad, aunque la verdad te acarree la muerte»¹⁹⁵.

Este exigente punto de *Camino*, representa el único modo de vivir como hombre y como cristiano, guiándose por la razón y por la fe, no por los apetitos o por la comodidad¹⁹⁶.

«Nunca quieres “agotar la verdad”. –Unas veces por corrección. Otras –las más–, por no darte un mal rato. Algunas, por no darlo. Y, siempre, por cobardía»¹⁹⁷.

La cobardía se esconde tras una actitud ligera o superficial:

«Te empeñas en ser mundano, frívolo y atolondrado porque eres cobarde. ¿Qué es, sino cobardía, ese no querer enfrentarte contigo mismo?»¹⁹⁸.

¹⁹² Forja, n. 164.

¹⁹³ R. CORAZÓN, *La virtud de la sinceridad en la espiritualidad de San Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 60.

¹⁹⁴ *Camino*, n. 21.

¹⁹⁵ *Ibid.*, n. 34.

¹⁹⁶ Cfr. R. CORAZÓN, *La virtud de la sinceridad en la espiritualidad de San Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 60

¹⁹⁷ *Camino*, n. 33.

¹⁹⁸ *Ibid.*, n. 18.

La sinceridad con uno mismo es, antes que una virtud sobrenatural, una virtud humana que hace posible obrar con conciencia recta.

En *Amigos de Dios*, san Josemaría muestra la relación entre la falta de sinceridad con uno mismo y la soberbia, trazando un retrato del soberbio que no reconoce sus propios defectos y achaca todas las culpas a los demás.

«Oímos hablar de soberbia, y quizá nos imaginamos una conducta despótica, avasalladora: grandes ruidos de voces que aclaman y el triunfador que pasa, como un emperador romano, debajo de los altos arcos, con ademán de inclinar la cabeza, porque teme que su frente gloriosa toque el blanco mármol.

Seamos realistas: esa soberbia sólo cabe en una loca fantasía. Hemos de luchar contra otras formas más sutiles, más frecuentes: el orgullo de preferir la propia excelencia a la del prójimo; la vanidad en las conversaciones, en los pensamientos y en los gestos; una susceptibilidad casi enfermiza, que se siente ofendida ante palabras y acciones que no significan en modo alguno un agravio.

Todo esto sí que puede ser, que es, una tentación corriente. El hombre se considera, a sí mismo, como el sol y el centro de los que están a su alrededor. Todo debe girar en torno a él. Y no raramente recurre, con su afán morboso, hasta la simulación del dolor, de la tristeza y de la enfermedad: para que los demás lo cuiden y lo mimen.

La mayor parte de los conflictos, que se plantean en la vida interior de muchas gentes, los fabrica la imaginación: que si han dicho, que si pensarán, que si me consideran... Y esa pobre alma sufre, por su triste fatuidad, con sospechas que no son reales. En esa aventura desgraciada, su amargura es continua y procura producir desasosiego en los demás: porque no sabe ser humilde, porque no ha aprendido a olvidarse de sí misma para darse, generosamente, al servicio de los otros por amor de Dios»¹⁹⁹.

La persona que se deja llevar por la soberbia tiende a valorar el propio juicio por encima de cualquier otro parecer. Juzga que sus vicios son virtudes, mientras que en los actos virtuosos de los demás sólo ve ocultas maldades.

¹⁹⁹ *Amigos de Dios*, n. 101.

El medio más adecuado para alcanzar el correcto conocimiento de uno mismo es, como enseña toda la tradición espiritual, el examen de conciencia. Allí la sinceridad con uno mismo lucha con el amor propio, con el deseo de ocultar los defectos. Muy gráficas resultan estas palabras:

«Ten sinceridad “salvaje” en el examen de conciencia; es decir, valentía: la misma con la que te miras en el espejo, para saber dónde te has herido o dónde te has manchado, o dónde están tus defectos, que has de eliminar»²⁰⁰.

San Josemaría recomendaba el examen no sólo como prevención sino también como remedio contra los peligrosos pequeños problemas que atacan la vida interior²⁰¹:

«Necesito prevenirte todavía contra el peligro de la rutina – verdadero sepulcro de la piedad –, que se presenta frecuentemente disfrazada con ambiciones de realizar o emprender gestas importantes, mientras se descuida cómodamente la debida ocupación cotidiana. Cuando percibas esas insinuaciones, ponte con sinceridad delante del Señor: piensa si no te habrás hastiado de luchar siempre en lo mismo, porque no buscabas a Dios; mira si ha decaído – por falta de generosidad, de espíritu de sacrificio – la perseverancia fiel en el trabajo [...]: clara señal de que hemos perdido el punto de mira sobrenatural; el convencimiento de que somos niños pequeños; la persuasión de que nuestro Padre obrará en nosotros maravillas, si comenzamos con humildad»²⁰².

Vicente Bosch hace notar que en este último texto aflora con más claridad una característica que subyace en toda la enseñanza de san Josemaría acerca de la sinceridad: la intercambiabilidad o simultaneidad entre *sinceridad con Dios* y *sinceridad con uno mismo* apuntan a considerarlas no como actitudes o disposiciones internas distintas, sino como dos

²⁰⁰ *Surco*, n. 148.

²⁰¹ Cfr. V. BOSCH, *Para una "Teología de la Sinceridad"*, a través de los escritos del Beato Josemaría, o.c., p. 175.

²⁰² *Amigos de Dios*, n. 150.

momentos de un mismo movimiento, dos aspectos de una misma realidad²⁰³.

La sinceridad con los demás

En este aspecto de la virtud lo que más destaca en la enseñanza de san Josemaría es la insistencia en la sinceridad en la dirección espiritual. Suele emplear el adjetivo «sinceridad salvaje»²⁰⁴.

«Conviene que conozcas esta doctrina segura: el espíritu propio es mal consejero, mal piloto, para dirigir el alma en las borrascas y tempestades, entre los escollos de la vida interior.

Por eso es Voluntad de Dios que la dirección de la nave la lleve un Maestro, para que, con su luz y conocimiento, nos conduzca a puerto seguro»²⁰⁵.

Especialmente importante es esta sinceridad cuando se ofende a Dios:

«¿Cómo lograremos superar esas mezquindades? Insisto, por su importancia capital: con humildad, y con sinceridad en la dirección espiritual y en el Sacramento de la Penitencia. Id a los que orientan vuestras almas con el corazón abierto; no lo cerréis, porque si se mete el demonio mudo, es difícil de sacar.

Perdonad mi machaconería, pero juzgo imprescindible que se grabe a fuego en vuestras inteligencias, que la humildad y –su consecuencia inmediata– la sinceridad enlazan los otros medios, y se muestran como algo que fundamenta la eficacia para la victoria. Si el demonio mudo se introduce en un alma, lo echa todo a perder; en cambio, si se le arroja fuera inmediatamente, todo sale bien, somos felices, la vida marcha rectamente: seamos siempre *salvajemente sinceros*, pero con prudente educación»²⁰⁶.

El convencimiento de la propia miseria no supone jamás obstáculo para la santidad. Al contrario, determina el punto de partida para salir al

²⁰³ Cfr. V. BOSCH, *Para una "Teología de la Sinceridad", a través de los escritos del Beato Josemaría*, o.c., p. 175.

²⁰⁴ Cfr. *Forja*, n. 127.

²⁰⁵ *Camino*, n. 59.

²⁰⁶ *Amigos de Dios*, n. 188.

encuentro de Dios. Y, en la enseñanza de san Josemaría, la sinceridad en la dirección espiritual es fundamental para conseguirlo.

«Convenceos, hijos míos. ¡Aquí –en esta vida– todo tiene arreglo!»²⁰⁷, solía inculcar san Josemaría como idea maestra. Este arreglo es el perdón que Dios nos ofrece siempre en el Sacramento de la Penitencia. Por esto se comprende muy bien el empeño de san Josemaría para acercar a las almas al Sacramento de la Penitencia y educarlas en la más plena sinceridad.

En su enseñanza la sinceridad se presenta como parte integrante de la humildad, y –por tanto– un remedio inmediato contra la soberbia:

«A mí no me preocupan tanto el corazón y la carne, como la soberbia. Humildes. Cuando penséis que tenéis toda la razón, no tenéis razón ninguna. Id a la dirección espiritual con el alma abierta: no la cerréis, porque –repito– se mete el demonio mudo, que es difícil de sacar»²⁰⁸.

La sinceridad en la dirección espiritual evita la doble vida, caer en el subjetivismo, hacer la propia voluntad, y hace posible crecer en la vida interior a pesar de las propias miserias²⁰⁹.

Elementos presentes en otros textos sobre la sinceridad en la dirección espiritual son: el peligro del demonio mudo²¹⁰, el remedio inmediato del mal cuando se habla con sinceridad²¹¹, etc.

²⁰⁷ Cfr. BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Una vida para Dios, Reflexiones en torno a la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, homilias y otros escritos, o.c.*, p. 23. La cita de san Josemaría aparece sin referencia en el artículo.

²⁰⁸ *Amigos de Dios*, n. 188. La expresión “el demonio mudo” hace referencia al «demonio que impide al cristiano decir la verdad, ser sincero en el examen y en la dirección espiritual y la confesión. (...) Parte de la meditación de los relatos evangélicos de expulsión de demonios y curación de mudos: “y le presentaron a un mudo, que tenía un demonio (...) y arrojado el demonio, habló el mudo” (Mt 9, 32-33). “Espíritu sordo y mudo, ¡sal de él!” (Mc 9, 24)» (Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 417).

²⁰⁹ Cfr. R. CORAZÓN, *La virtud de la sinceridad en la espiritualidad de San Josemaría Escrivá, o.c.*, p.76.

²¹⁰ «Para apartarse de la sinceridad total no es preciso siempre una motivación turbia; a veces, basta un error de conciencia. Algunas personas se han formado –deformado– de tal manera la conciencia que su mutismo, su falta de sencillez, les parece una cosa recta: piensan que es bueno callar. Sucede incluso con almas que han recibido una excelente preparación, que conocen las cosas de Dios; quizá por eso encuentran motivos para convencerse de que conviene callar. Pero están engañados. La sinceridad es necesaria siempre; no valen excusas, aunque parezcan buenas» (*Amigos de Dios*, n. 189).

Quien quiere cumplir la voluntad de Dios ha de vigilar continuamente para no confundirla con la propia voluntad. Esto tiene que ver con la sinceridad de vida, antes citada, puesto que implica una continua revisión de la coherencia de la conducta y, para ello, es necesario saber rectificar:

«Existen muchas personas –cristianos y no cristianos– decididas a sacrificar su honra y su fama por la verdad, que no se agitan en un salto continuo para buscar el *sol que más calienta*. Son los mismos que, porque aman la sinceridad, saben rectificar cuando descubren que se han equivocado. No rectifica el que empieza mintiendo, el que ha convertido la verdad sólo en una palabra sonora para encubrir sus claudicaciones»²¹².

Por último, citamos un punto de *Forja* en que la sinceridad es presentada como arma y antídoto contra un mundo en el que actúa el padre de la mentira:

«Hoy, cuando el ambiente está lleno de desobediencia, de murmuración, de trapisonda, de enredo, hemos de amar más que nunca la obediencia, la sinceridad, la lealtad, la sencillez: y todo, con sentido sobrenatural, que nos hará más humanos»²¹³.

Como resumen final de la enseñanza sobre la sinceridad diremos, citando a Vicente Bosch, que los textos de san Josemaría dan a entender que estamos ante un concepto espiritual de primer orden: «porque su fin es la búsqueda y la manifestación de la Verdad, la sinceridad se constituye en virtud omnicomprensiva y totalizadora del quehacer humano, en proyecto enaltecedor del cristiano que sabe descubrir en la vida ordinaria la grandeza de un camino capaz de conducirle a la identificación con Cristo»²¹⁴.

²¹¹ «Se acabaron los agobios... Has descubierto que la sinceridad con el Director arregla los entuertos con una facilidad admirable» (*Surco*, n. 335).

²¹² *Amigos de Dios*, n. 82.

²¹³ *Forja*, n. 530.

²¹⁴ V. BOSCH, *Para una "Teología de la Sinceridad", a través de los escritos del Beato Josemaría, o.c.*, p. 170.

b) Docilidad

No basta reconocer la verdad para avanzar en humildad y en caridad. Es preciso querer vivir de acuerdo con ella. La sinceridad sería insuficiente sin la disposición de querer obedecer a Dios, a las personas que le sirven de instrumentos para orientarnos y a la recta conciencia. Esta buena disposición es la docilidad²¹⁵.

Lo primero siempre será la docilidad con Dios, por eso «la tradición cristiana ha resumido la actitud que debemos adoptar ante el Espíritu Santo en un solo concepto: docilidad»²¹⁶. El Espíritu Santo «pone en movimiento la fe, la esperanza y la caridad de los hijos de Dios, y –contando con la docilidad de su colaboración– empuja a adherirse a la doctrina de Cristo y a asimilarla con profundidad, da luz para tomar conciencia de la propia vocación personal y fuerza para realizar todo lo que el Padre espera de sus hijos»²¹⁷.

Dios se sirve de otras personas para guiarnos hacia Él, por eso también en la dirección espiritual la sinceridad debe ir acompañada de la docilidad.

«Al abrir tu alma, ¡sé sincero! y, sin dorar la píldora, que a veces es infantilismo, habla.

Luego, con docilidad, sigue adelante: serás más santo, más feliz»²¹⁸.

Este medio de santificación es cauce de la acción del Espíritu Santo para guiar por el camino de la verdad y su eficacia dependerá de la disposición de acoger los consejos e indicaciones que se reciban²¹⁹, sabiendo rendir el propio juicio.

²¹⁵ Cfr. VCS-II, p. 408.

²¹⁶ *Es Cristo que pasa*, n. 130.

²¹⁷ M. del P. RÍO, *Piedad, doctrina y unidad de vida a la luz de las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá*, en AA.VV., (PONTIFICIA UNIVERSITÀ DELLA SANTA CROCE, ed.), *La grandezza della vita quotidiana*, vol. V/1 P. O'CALLAGHAN (ed.): *Figli di Dio nella Chiesa*, Edusc, Roma 2004, p. 304.

²¹⁸ *Forja*, n. 427; cfr. *Camino*, n. 56; etc.

²¹⁹ «Recibe los consejos que te den en la dirección espiritual, como si viniesen del mismo Jesucristo» (*ibid.*, n. 125).

«Si somos dóciles al Espíritu Santo, la imagen de Cristo se irá formando cada vez más en nosotros e iremos así acercándonos cada día más a Dios Padre. *Los que son llevados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios (Rm 8, 14)*»²²⁰.

San Josemaría utilizó en numerosas ocasiones la imagen del alfarero – que modela el barro para hacer vasijas de todo tipo– para expresar el misterio de la elección divina que supone la vocación, la predilección inmerecida que supone la llamada, y la necesidad de ser generosos y abrirse dócilmente a los planes que Dios tiene con cada uno, dejando hacer a Dios en la propia vida²²¹.

«Entonces se avivará en vosotros el espíritu bueno de piedad filial, que os hará tratar a Dios con ternura de corazón. Cuando los hipócritas planteen a vuestro alrededor la duda de si el Señor tiene derecho a pedirnos tanto, no os dejéis engañar. Al contrario, os pondréis en presencia de Dios sin condiciones, dóciles, como *la arcilla en manos del alfarero (Jer 18, 6)*, y le confesaréis rendidamente: *Deus meus et omnia!*, Tú eres mi Dios y mi todo. Y si alguna vez llega el golpe inesperado, la tribulación inmerecida de parte de los hombres, sabréis cantar con alegría nueva: hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. Amén. Amén»²²².

El cristiano ha de ser dócil a la acción divina, como esa arcilla que se deja trabajar por las manos del alfarero, para que se haga con ella, a pesar de su sencillez, una obra de arte, o al menos un objeto útil. San Josemaría invita a rezar:

«Señor, ayúdame a serte fiel y dócil, “*sicut lutum in manu figuli*” –como el barro en las manos del alfarero. –Y así no viviré yo, sino que en mí vivirás y obrarás Tú, Amor»²²³.

²²⁰ *Es Cristo que pasa*, n. 135.

²²¹ Cfr. F. VARO, *Alegres con esperanza. Textos de San Pablo meditados por San Josemaría, o.c.*, p. 229.

²²² *Amigos de Dios*, n. 167.

²²³ *Forja*, n. 875.

El conocimiento de la propia debilidad, lleva a reconocerse instrumento en las manos de Dios y, por tanto, a dejarse guiar dócilmente por sus manos:

«Te reconoces miserable. Y lo eres. -A pesar de todo -más aún: por eso- te buscó Dios.

-Siempre emplea instrumentos desproporcionados: para que se vea que la “obra” es suya.

-A ti sólo te pide docilidad»²²⁴.

Hablando de docilidad hemos de mencionar la obediencia. Es notorio que estos dos términos se usan a veces como sinónimos -la docilidad sería como el “espíritu de obediencia”-, porque se toma la obediencia en sentido general, incluyendo la obediencia a Dios.

La conexión entre la docilidad y la obediencia consiste en que la primera, como parte de la humildad, es fundamento de la segunda. La docilidad facilita la obediencia, haciendo posible el cumplimiento virtuoso de los consejos o mandatos de la autoridad.

San Josemaría enseña una obediencia dócil, «pero con inteligencia, con amor y sentido de responsabilidad»²²⁵, propia de personas que hacen suyos los consejos recibidos y ponen todas las energías de su libertad en cumplirlos. Son características esenciales del modo en que san Josemaría entendió siempre la obediencia, en la que veía -lo mismo que en el ejercicio de la autoridad- un acto de amor y de servicio, necesario para el crecimiento en santidad y para la eficacia del apostolado²²⁶.

En la enseñanza de san Josemaría, libertad y obediencia aparecen siempre mutuamente implicadas.

«Soy muy amigo de la libertad y precisamente por eso quiero tanto esa virtud cristiana [la obediencia]»²²⁷.

²²⁴ *Camino*, n. 475.

²²⁵ *Surco*, n. 372.

²²⁶ Cfr. BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Presentación a la primera edición de Surco*, 19-III-1986.

²²⁷ *Es Cristo que pasa*, n. 17.

La obediencia a Dios es fundamento de la verdadera libertad y, a la vez, sólo quien es libre es capaz de obedecer.

«Debemos sentirnos hijos de Dios, y vivir con la ilusión de cumplir la voluntad de nuestro Padre. Realizar las cosas según el querer de Dios, *porque nos da la gana*, que es la razón más sobrenatural»²²⁸.

Así afirma la íntima unión entre el amor a la libertad y a la obediencia, rechazando la falsa libertad de la desobediencia²²⁹. En una carta del año 1954 escribía:

«Nos sentimos libres y comprendidos a la hora de obedecer, (...): porque nos mandan, teniendo en cuenta que somos gente con inteligencia, con mayoría de edad, con responsabilidad personal, que han de poner en la obediencia activamente su entendimiento y su voluntad, y que aceptan la responsabilidad consiguiente en cada acto de obediencia»²³⁰.

«La obediencia (...) favorece el desarrollo de todos vuestros valores individuales y hace que, sin perder vuestra personalidad, viváis, crezcáis y adquiráis una mayor madurez, siendo la misma persona a los dos años que a los ochenta y dos»²³¹.

Como ha escrito Cornelio Fabro, «hombre nuevo para los tiempos nuevos, Josemaría Escrivá de Balaguer ha aferrado por intuición, pero también por luz sobrenatural, la noción originaria de libertad cristiana. Inmerso en el anuncio evangélico de la “libertad” como “liberación” de la esclavitud del pecado, confía en el creyente en Cristo y –después de siglos de espiritualidades cristianas que se apoyaban en la prioridad de la

²²⁸ *Ibid.*

²²⁹ «Santa María, maestra de toda nuestra conducta, nos enseña ahora que la obediencia a Dios no es servilismo, no sojuzga la conciencia: nos mueve íntimamente a que descubramos *la libertad de los hijos de Dios*» (*ibid.*, n. 173).

²³⁰ *Carta 31-V-1954*. Cit. en: P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y Obra del fundador Josemaría Escrivá*, o.c., p. 62.

²³¹ *Carta 6-V-1945*. Cit. en: P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y Obra del fundador Josemaría Escrivá*, o.c., p. 62.

obediencia- invierte la situación y hace de la obediencia una actitud de libertad, como un fruto de su flor o, más profundamente, de su raíz»²³².

c) Sencillez

Al igual que la sinceridad y la docilidad, la sencillez aparece muy frecuentemente en la predicación de san Josemaría: más de cincuenta veces en sus obras publicadas, más de cien en las *Cartas*, y otras muchas en la predicación oral. Es una virtud que se relaciona de modo directo con los elementos más característicos de su doctrina²³³.

La conciencia filial «da la sencillez confiada de los hijos pequeños»²³⁴. El cristiano crece en santidad «si se allana libremente a las exigencias amorosas de Cristo: nacer de nuevo, hacerse como niños, en la sencillez de espíritu; alejar el corazón de todo lo que aparte de Dios»²³⁵.

Debe actuar siempre con sencillez y naturalidad, que son virtudes propias «del buen hijo de Dios»²³⁶, llamado a identificarse con Cristo en la sencillez de su vida en Nazaret:

«Permitidme que vuelva de nuevo a la ingenuidad, a la sencillez de la vida de Jesús, que ya os he hecho considerar tantas veces. Esos años ocultos del Señor no son algo sin significado, ni tampoco una simple preparación de los años que vendrían después: los de su vida pública. Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo»²³⁷.

²³² C. FABRO, *Un maestro di libertà cristiana: Josemaría Escrivá de Balaguer*, en «L'Osservatore Romano» (2-VI-1977), p. 5.

²³³ Cfr. *VCS-II*, p. 410.

²³⁴ *Es Cristo que pasa*, n. 65. Cfr. *Camino*, nn. 868, 887, 893.

²³⁵ *Ibid.*, n. 180.

²³⁶ *Amigos de Dios*, n. 160.

²³⁷ *Es Cristo que pasa*, n. 20. «Al recordar a los cristianos las palabras maravillosas del Génesis -que Dios creó al hombre para que trabajara-, nos hemos fijado en el ejemplo de Cristo, que pasó la casi totalidad de su vida terrena trabajando como un artesano en una

En su enseñanza presenta la grandeza de la vida ordinaria²³⁸, sencilla; «una vida santa en medio de la realidad secular sin ruido, con sencillez, con veracidad»²³⁹.

Con el amor a la verdad, la naturalidad y la sencillez constituyen otras «dos maravillosas virtudes humanas que hacen al hombre capaz de recibir el mensaje de Cristo. Y, al contrario, todo lo enmarañado, lo complicado, las vueltas y revueltas en torno a uno mismo, construyen un muro que impide con frecuencia oír la voz del Señor»²⁴⁰.

Y oír la voz del Señor –es decir, reconocer su presencia constante y descubrir cuál es su Voluntad– es condición necesaria para tratarle y amarle en todo momento; condición necesaria, por tanto, para la unidad existencial de la vida cristiana. En el hombre la unidad existencial es una meta; la construcción de la unidad, una tarea, que se fundamenta, sobre todo, en el designio de Dios sobre el hombre, con la libre correspondencia a la gracia. En las enseñanzas de san Josemaría, el cristiano corriente descubre esa meta y esa tarea con luces nuevas; a la vez, aprende a edificar en unidad su vida ordinaria con naturalidad y sencillez²⁴¹.

«De este modo no es necesario, para demostrar que se es cristiano, adornarse con un puñado de distintivos, porque el cristianismo se

aldea. Amamos ese trabajo humano que El abrazó como condición de vida, cultivó y santificó» (*Conversaciones*, n. 10).

²³⁸ Cfr. *Amigos de Dios*, nn. 1-22

²³⁹ *Conversaciones*, n. 123. «En ningún sitio está escrito que el cristiano debe ser un personaje extraño al mundo. Nuestro Señor Jesucristo, con obras y palabras, ha hecho el elogio de otra virtud humana que me es particularmente querida: la naturalidad, la sencillez. Acordaos de cómo viene Nuestro Señor al mundo: como todos los hombres. Pasa su infancia y juventud en una aldea de Palestina, uno más entre sus conciudadanos. (...)¿No es todo esto normal, natural, sencillo? ¿No puede vivirse en la vida ordinaria? Sucede, sin embargo, que los hombres suelen acostumbrarse a lo que es llano y ordinario, e inconscientemente buscan lo aparatoso, lo artificial. Lo habréis comprobado, como yo: se encomia, por ejemplo, el primor de unas rosas frescas, recién cortadas, de pétalos finos y olorosos. Y el comentario es: ¡parecen de trapo!» (*Amigos de Dios*, n. 89); cfr. *Conversaciones*, nn. 110, 112, 118.

²⁴⁰ *Amigos de Dios*, n. 90.

²⁴¹ Cfr. I. DE CELAYA, *Unidad de vida y plenitud cristiana*, en «Scripta Theologica» 13 (1981), p. 304.

manifestará con sencillez en la vida de los que conocen su fe y luchan por ponerla en práctica»²⁴².

Explica que las relaciones ordinarias de cada cristiano con sus iguales, cuando son vividas con sentido sobrenatural, se transforman en apostolado, sin necesidad de acciones complicadas:

«El apostolado cristiano –y me refiero ahora en concreto al de un cristiano corriente, al del hombre o la mujer que vive siendo uno más entre sus iguales– es una gran catequesis, en la que, a través del trato personal, de una amistad leal y auténtica, se despierta en los demás el hambre de Dios y se les ayuda a descubrir horizontes nuevos: con naturalidad, con sencillez he dicho, con el ejemplo de una fe bien vivida, con la palabra amable pero llena de la fuerza de la verdad divina»²⁴³.

Y precisamente, esa sencillez, esa normalidad de su conducta, en el cristiano “corriente”, será la que le haga llevar el ambiente a Cristo según su propia vocación.

«El católico, asumiendo todo eso, sabrá hacer de su vida diaria un testimonio de fe, de esperanza y de caridad; testimonio sencillo, normal, sin necesidad de manifestaciones aparatosas, poniendo de relieve –con la coherencia de su vida– la constante presencia de la Iglesia en el mundo, ya que todos los católicos son ellos mismos Iglesia, pues son miembros con pleno derecho del único Pueblo de Dios»²⁴⁴.

La noción de sencillez cristiana que transmite san Josemaría debe deducirse de las aplicaciones prácticas que propone, ya que no se detiene a definirla. Desde luego, la sencillez es una parte imprescindible de la humildad. San Josemaría menciona las dos virtudes con frecuencia unidas, y en ocasiones parece incluso que las identifica²⁴⁵. Igualmente estrecha es la relación con las otras partes de la humildad que hemos comentado:

²⁴² Carta 24-III-1930. Cit. en: J.L. ILLANES, *Trabajo, caridad, justicia*, en «Scripta Theologica» 2 (1994), p. 570.

²⁴³ *Es Cristo que pasa*, n. 149.

²⁴⁴ *Ibid.*, n. 53.

²⁴⁵ Cfr. *Amigos de Dios*, n. 102; *Camino*, n. 581; *Surco*, n. 434; *Es Cristo que pasa*, n. 18.

“sinceros y sencillos” o “dóciles y sencillos” son pares de términos que combinan perfectamente, elementos que se complementan y se exigen²⁴⁶.

C. HUMILDAD Y SECULARIDAD

La afirmación cristiana del mundo que encontramos en los escritos de san Josemaría surge de su experiencia espiritual y apostólica y está encaminada, a su vez, a fundamentar ricas derivaciones para la vida cristiana²⁴⁷. Son muy numerosos los textos en que de algún modo se describen esas consecuencias. Podríamos resumirlos en estos: es posible «buscar la santidad en medio del mundo, en mitad de la calle»²⁴⁸; los “cristianos corrientes” deben «santificarse en todas las profesiones y oficios de la sociedad civil, en el campo inmenso del trabajo secular»²⁴⁹; «la vida normal en el mundo, el trabajo de todos los días, puede ser un encuentro con Dios»²⁵⁰; «Dios nos habla en el silencio de la oración y en el rumor del mundo»²⁵¹; «llevo ya cuarenta años diciendo de palabra y por escrito que cada hombre, que cada mujer, ha de santificarse en su vida ordinaria, en las condiciones concretas de su existencia cristiana»²⁵².

La llamada de todos a la unión con Dios sería una afirmación sin repercusión práctica si no fuera acompañada simultáneamente de la valoración positiva del “mundo”, de las actividades temporales queridas por Dios, que realizan a diario los cristianos corrientes lo mismo que sus conciudadanos. La llamada de Dios es para que sean santos realizando esas actividades que “hacen” el mundo. Éste es el ideal de un “cristiano

²⁴⁶ Cfr. VCS-II, p. 411.

²⁴⁷ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *La economía de la salvación y la secularidad cristiana. Algunos aspectos de la aportación de Mons. Escrivá de Balaguer a la teología y a la espiritualidad, o.c.*, p. 77. De este artículo está tomada la enumeración que exponemos a continuación.

²⁴⁸ *Conversaciones*, n. 62.

²⁴⁹ *Ibid.*, n. 61.

²⁵⁰ *Ibid.*, n. 70.

²⁵¹ *Ibid.*, n. 62.

²⁵² *Ibid.*, n. 99.

corriente”²⁵³: «*ser uno más entre sus hermanos los hombres, de cuya vida participa, con quienes se alegra, con los que colabora, amando el mundo y todas las cosas buenas que hay en el mundo, utilizando todas las cosas creadas para resolver los problemas de la vida humana, y para establecer el ambiente espiritual y material que facilita el desarrollo de las personas y de las comunidades*»²⁵⁴.

La enseñanza de san Josemaría presenta «una espiritualidad plenamente secular y laical», «una espiritualidad que mira de modo frontal al cristiano que vive en las estructuras temporales» y que «se puede definir no tanto como presencia en el mundo, sino más bien ser del mundo»²⁵⁵.

Según la enseñanza de san Josemaría, «la toma de conciencia de las exigencias radicales del mensaje evangélico, no sólo se opone a dejar la vida normal en el mundo, sino que hace del amor al mundo uno de sus elementos constitutivos»²⁵⁶.

Este amor es humilde, excluye todo conformismo, «toda resignación cobarde, toda acomodación, pero también todo gigantismo del actuar humano, y, en consecuencia, tanto toda exaltación egocéntrica y orgullosa, como toda desesperanza, ya que, incluso en la experiencia del fracaso, la confianza en el poder de Dios impulsa a retomar el empeño»²⁵⁷.

La humildad que san Josemaría procuró inculcar en quienes le rodeaban, consistía en una viva conciencia de que las actividades temporales se han de dirigir a la gloria de Dios con la ayuda de su gracia y, en consecuencia, de la necesidad no sólo de contar con Dios, sino de excluir todo vano deseo de protagonismo o autoafirmación, y de referir a Dios el mérito y la bondad de las obras. A la vez, consistía en vivir la naturalidad que reclama la secularidad, porque el cristiano corriente es uno más entre

²⁵³ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *La economía de la salvación y la secularidad cristiana. Algunos aspectos de la aportación de Mons. Escrivá de Balaguer a la teología y a la espiritualidad*, o.c., p. 78.

²⁵⁴ *Conversaciones*, n. 110.

²⁵⁵ J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, o.c., pp. 48-49 y 52.

²⁵⁶ *Conversaciones*, n. 66.

²⁵⁷ J.L. ILLANES, *La secularidad como actitud existencial*, en «Anuario filosófico» 35 (2002), p. 572.

sus iguales, sin rarezas, signos distintivos ni comportamientos especiales – es decir, sin dar a su decisión de radicalidad en la fe manifestaciones exteriores impropias de la índole secular–, aunque testimoniando con las obras la propia condición cristiana²⁵⁸.

La humildad que han de vivir las personas llamadas a la santidad en medio de sus ocupaciones familiares, profesionales y sociales, tiene unas características propias y también unas manifestaciones diversas según la situación de cada uno, como vamos a ver, en algunas de las enseñanzas de san Josemaría.

C.1. La humildad de quienes han de santificarse en medio del mundo

Los fieles corrientes han de servir a los demás, por lo general, con el trabajo profesional y el cumplimiento de sus deberes en la familia y en la sociedad. San Josemaría enseña que quienes han sido llamados a la santidad en medio del mundo no pueden limitarse a unos actos interiores de amor y a unas determinadas prácticas de piedad y de culto, ni conformarse con ciertas muestras de caridad hacia el prójimo. Las actividades profesionales, familiares y sociales son el elemento esencial donde cumplen la Voluntad de Dios en sus vidas, de modo que su existencia entera contribuya a la transformación cristiana de la sociedad y al mejoramiento del mundo²⁵⁹. Este es su camino de santidad y apostolado, sólo así responden a la llamada que han recibido de Dios.

En la vida de estos fieles todo tiene relieve: el optimismo en los planteamientos familiares, la colaboración en las tareas del hogar, la

²⁵⁸ Así lo reiteró en múltiples ocasiones; citemos dos textos tomados de dos cartas: «Lo que nos pide el Señor es naturalidad: si somos cristianos corrientes, almas entregadas a Dios en medio del mundo –en el mundo y del mundo, pero sin ser mundanos–, no podemos comportarnos de otro modo: hacer cosas que en otros son raras, serían raras también en nosotros» (*Carta 24-III-1930*, n. 8). «Debéis trabajar con naturalidad, sin espectáculo, sin pretender llamar la atención» (*Carta 9-I-1932*, n. 64. Cit. en A. de FUENMAYOR - V. GÓMEZ-IGLESIAS - J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei, o.c.*, p. 63).

²⁵⁹ Cfr. *VCS-III*, p. 23.

puntualidad y el buen ejemplo en el trabajo, la sobriedad en el estilo de vida, la conversación con los vecinos, la elección de la ropa o del lugar de vacaciones, etc. Precisamente en estas circunstancias han de asumir la responsabilidad de las propias decisiones en cuestiones opinables ya que se trata de terrenos en que no existe una sola posibilidad de realizar esas actividades según el querer de Dios. Es una exigencia propia y específica de la “índole secular” de su vocación²⁶⁰. La libertad de que goza cada fiel en las materias temporales exige buscar en cada caso el modo más apropiado de iluminar cristianamente el propio quehacer, de enfocar los asuntos, o de cooperar para resolverlos de modo coherente con la fe, buscando la voluntad de Dios en cada caso.

«Un hombre sabedor de que el mundo –y no sólo el templo– es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando –con plena libertad– sus propios criterios sobre los problemas del medio en que se desenvuelve; y toma, en consecuencia, sus propias decisiones que, por ser decisiones de un cristiano, proceden además de una reflexión personal, que intenta humildemente captar la voluntad de Dios en esos detalles pequeños y grandes de la vida»²⁶¹.

La actitud del cristiano ante este mundo, que en su tiempo le ha tocado vivir, es la de quien lo recibe como herencia y como tarea, para que, con el uso de su libertad, ordene todas las cosas a la gloria de Dios, busque el reinado de Cristo y edifique la comunión de los hombres. Su actitud ha de ser gallarda ante los retos que debe afrontar, pero gallarda no significa orgullosa, sino por el contrario humilde. ¿En qué consiste esa humildad? Como primera aproximación podríamos decir que es una actitud realista –empapada de naturalidad– y coherente con la fe viva, informada por la caridad, a pesar de que tal coherencia le ocasione a veces dificultades e incomprensiones²⁶².

La humildad hace desaparecer el amor propio desordenado, el egoísmo, para que la presencia de Cristo resplandezca. ¿Cómo han de

²⁶⁰ Cfr. *Lumen Gentium*, n. 33.

²⁶¹ *Conversaciones*, n. 116.

²⁶² Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 82.

conciliar esta enseñanza en la práctica de la humildad los que se saben llamados a la santidad en medio del mundo y quieren poner a Cristo en la cumbre de las actividades de los hombres? San Josemaría responde a esta cuestión en un texto que vale la pena reproducir con amplitud:

«Seamos humildes, busquemos sólo la gloria de Dios: porque nuestra vida de entrega, callada y oculta, debe ser una constante manifestación de humildad (...). *Vita vestra est abscondita cum Christo in Deo* (Col 3, 3); *vivid cara a Dios, no cara a los hombres* (...). Ésa debe ser también la aspiración de cada uno de vosotros, hijos míos: pasar inadvertidos, imitar a Cristo, que permaneció oculto treinta años siendo sencillamente *el hijo del artesano* (Mt 13, 55); imitar a María que, siendo Madre de Dios, gusta de llamarse su esclava: *ecce ancilla Domini* (Lc 1, 38).

(...) Dios se ha querido servir de vosotros, de vuestra lucha por alcanzar la santidad e incluso de vuestros talentos humanos. Recordad siempre el mandato de Cristo: *que brille vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos* (Mt 5, 16). Para Él toda la gloria, todo el honor: *soli Deo honor et gloria in saecula saeculorum* (1Tim 1, 17), sólo a Dios hemos de dar el honor y la gloria, por los siglos sin fin»²⁶³.

La humildad contrarresta la tendencia a buscar la propia gloria en los actos de virtud. Para ello también sugiere:

«No vayáis a hacer como esas gallinas que, apenas ponen un solo huevo, atronan cacareando por toda la casa. Hay que trabajar, hay que desempeñar la labor intelectual o manual, y siempre apostólica, con grandes intenciones y grandes deseos –que el Señor transforma en realidades– de servir a Dios y pasar inadvertidos»²⁶⁴

El modelo de humildad es la vida de Jesús de Nazaret que san Josemaría enseña a imitar: «hemos venido a llamar de nuevo la atención sobre el ejemplo de Jesús que, durante treinta años, permaneció en Nazareth trabajando, desempeñando un oficio»²⁶⁵. Por ello entiende la

²⁶³ Carta 24-III-1930, nn. 20-21. Cit. en: VCS-II, pp. 390-391.

²⁶⁴ Apuntes tomados de una meditación, 25-XII-1972. Cit. en: J. ECHEVARRÍA, *Sacerdote, sólo sacerdote. San Josemaría Escrivá, modelo de vida sacerdotal*, en «Romana» 36 (2003), p. 117.

²⁶⁵ *Conversaciones*, n. 55.

existencia corriente, en todas sus dimensiones, como objeto de santificación; todas las acciones de Cristo en el mundo forman parte de la obra de la Redención:

«Imitamos la vida oculta de Jesucristo y, por eso, llevando dentro una gran luz, un fermento de fecunda novedad, sin rarezas –porque no estamos llamados al espectáculo– procuramos santificar la vida ordinaria: el trabajo, la amistad, la familia, los afanes nobles del mundo, la edificación de la sociedad temporal...»²⁶⁶.

«Nazaret, el misterio de los años escondidos del Verbo hecho hombre, años de existencia ordinaria en el seno de su Familia y entre sus conciudadanos, de cumplimiento amoroso de la voluntad del Padre, es un sólido fundamento en la doctrina espiritual de san Josemaría. A partir de la contemplación de aquel hogar y lugar de trabajo de Cristo, nace su deseo de imitar a Jesús, que realiza su tarea y su vivir cotidiano entre los demás, con espíritu de caridad y de servicio, en amistad con todos»²⁶⁷.

La humildad que reclama la santificación de la vida cotidiana lleva a asumir los propios deberes y a cumplirlos con la mayor perfección de que cada uno sea capaz, después de haber puesto los medios para cultivar las cualidades necesarias. No consiste en evitar los resultados brillantes, o en rechazar los ascensos, los cargos, las responsabilidades, el ejercicio de los propios derechos..., sino en orientar todo eso a la gloria de Dios. San Josemaría enseña que no es contrario a la verdadera humildad proceder de acuerdo con la propia posición en el mundo:

«Al ser el trabajo el eje de nuestra santidad, deberemos conseguir un prestigio profesional y, cada uno en su puesto y condición social, se verá rodeado de la dignidad y el buen nombre que corresponden a sus méritos, ganados en lid honesta con sus colegas, con sus compañeros de oficio o profesión.

Nuestra humildad no consiste en mostrarnos tímidos, apocados o faltos de audacia en ese campo noble de los afanes humanos. Con espíritu sobrenatural, con deseo de servicio –con espíritu cristiano de

²⁶⁶ Carta 6-V-1945, n. 10. Cit. en: A. ARANDA, *Identidad cristiana y configuración del mundo. La fuerza configuradora de la secularidad y del trabajo santificado*, o.c., p. 193.

²⁶⁷ *Ibid.*, p. 195.

servicio-, hemos de procurar estar entre los primeros, en el grupo de nuestros iguales.

Algunos, con mentalidad poco laical, entienden la humildad como falta de aplomo, como indecisión que impide actuar, como dejación de derechos –a veces de los derechos de la verdad y de la justicia–, con el fin de no disgustarse con nadie y resultar amables a todos. Por eso, habrá quienes no comprendan nuestra práctica de la humildad profunda –verdadera–, y aun la llamarán orgullo. Se ha deformado mucho el concepto cristiano de esta virtud, tal vez por intentar aplicar a su ejercicio, en medio de la calle, moldes de naturaleza conventual, que no pueden ir bien a los cristianos que han de vivir, por vocación, en las encrucijadas del mundo»²⁶⁸.

San Josemaría predica que el humilde reconoce lo que realmente es²⁶⁹.

«Ser humildes no es ir sucios, ni abandonados; ni mostrarnos indiferentes ante todo lo que pasa a nuestro alrededor, en una continua dejación de derechos. Mucho menos es ir pregonando cosas tontas contra uno mismo. No puede haber humildad donde hay comedia e hipocresía, porque la humildad es la verdad»²⁷⁰.

La contemplación de la vida del Hijo de Dios, sea en los años de su vida oculta como en los de su vida pública, le lleva a valorar las costumbres sociales y a comprender que actuar con naturalidad, de acuerdo con la propia condición, no es falta de humildad.

«Debes ir vestido de acuerdo con el tono de tu condición, de tu ambiente, de tu familia, de tu trabajo..., como tus compañeros, pero por Dios, con el afán de dar una imagen auténtica y atractiva de la verdadera vida cristiana. Con naturalidad, sin extravagancias: os aseguro que es mejor que pequéis por carta de más que por carta de menos. Tú, ¿cómo imaginas el porte de Nuestro Señor?, ¿no has pensado con qué dignidad llevaría aquella túnica inconsútil, que probablemente habrían tejido las manos de Santa María? ¿No

²⁶⁸ Carta 6-V-1945, nn. 30-31. Cit. en: VCS-II, p. 394.

²⁶⁹ Cfr. R. CORAZÓN, *La virtud de la sinceridad en la espiritualidad de San Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 63.

²⁷⁰ Apuntes tomados de una meditación, 25-XII-1972. Cit. en: J. ECHEVARRÍA, *Sacerdote, sólo sacerdote. San Josemaría Escrivá, modelo de vida sacerdotal, o.c.*, p. 117.

recuerdas cómo, en casa de Simón, se lamenta porque no le han ofrecido agua para lavarse, antes de sentarse a la mesa? Ciertamente El sacó a colación esa falta de urbanidad para realzar con esa anécdota la enseñanza de que en los detalles pequeños se muestra el amor, pero procura también dejar claro que se atiende a las costumbres sociales del ambiente. Por lo tanto, tú y yo nos esforzaremos en estar despegados de los bienes y de las comodidades de la tierra, pero sin salidas de tono ni hacer cosas raras»²⁷¹.

Subraya el error de presentar la humildad como falta de decisión o de iniciativa, como renuncia al ejercicio de derechos que son deberes. En *Camino* había escrito:

«Esa falsa humildad es comodidad: así, tan humildico, vas haciendo dejación de derechos... que son deberes»²⁷².

Y en este mismo sentido, afirma en otro momento:

«No es soberbia, sino fortaleza, hacer sentir el peso de la autoridad, cortando cuanto haya que cortar, cuando así lo exige el cumplimiento de la Santa Voluntad de Dios»²⁷³.

Enseña a rechazar la falsa humildad que denominaba “humildad de garabato”, caricatura de la virtud que la presenta como apocamiento humano.

San Josemaría entiende que la humildad implica dar a Dios toda la gloria²⁷⁴ y que, para eso, es preciso «poner a Cristo en la cumbre y en la entraña de todas las actividades de los hombres»²⁷⁵. Por eso la humildad,

²⁷¹ *Amigos de Dios*, n. 122.

²⁷² *Camino*, n. 603.

²⁷³ *Forja*, n. 884. Pedro Rodríguez escribe, en su edición crítico-histórica, que este punto fue transcrito a partir de lo que escribió en su cuaderno de Apuntes donde anotó: «¡Humildad, humildad, cuánto cuesta! Es falsa humildad la que lleva a hacer dejación de los derechos del cargo. No es soberbia, sino fortaleza, hacer sentir el peso de la autoridad cortando, cuando así lo exige el cumplimiento de la santa Voluntad de Dios» (*Apuntes íntimos*, n. 1436. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 751).

²⁷⁴ Cfr. *Camino*, n. 783.

²⁷⁵ *Carta 11-III-1940*, n. 13. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 383.

contrarrestando el deseo de buscar la propia gloria en nuestra propia vida, lleva, a la vez, a querer que nuestra vida “luzca” para que Cristo “se luzca”:

«Porque no hay tarea humana que no sea santificable, motivo para la propia santificación y ocasión para colaborar con Dios en la santificación de los que nos rodean. La luz de los seguidores de Jesucristo no ha de estar en el fondo del valle, sino en la cumbre de la montaña, para que *vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo.*

Trabajar así es oración. Estudiar así es oración. Investigar así es oración. No salimos nunca de lo mismo: todo es oración, todo puede y debe llevarnos a Dios, alimentar ese trato continuo con Él, de la mañana a la noche. Todo trabajo honrado puede ser oración; y todo trabajo, que es oración, es apostolado. De este modo el alma se enreca en una unidad de vida sencilla y fuerte»²⁷⁶.

Vivir santamente la vida ordinaria no es fácil. La plena coherencia de las obras con la fe cristiana encontrará siempre obstáculos: en primer término las propias limitaciones y, quizá el ambiente profesional y social. «Pero no cabe empequeñecerse con la falsa humildad de pensar que no somos capaces, que las estructuras y costumbres hacen imposible un heroico ejercicio de la caridad, de la justicia, de la veracidad, o de cualquier otra virtud cristiana. Ante este panorama, en el que debemos sentirnos hondamente comprometidos, el Siervo de Dios nos urgía sin desmayos: “¡Miremos a Cristo!”. Y con este punto de referencia comprenderemos, sí, que nosotros solos, con nuestras fuerzas humanas, no podemos transformar el mundo, no lograremos hacer que en su caminar histórico se enraíce y se extienda el Reino de Dios; pero Cristo sí puede y, por tanto, nosotros podemos si nos identificamos con Él, porque “Dios es el de siempre. –Hombres de fe hacen falta: y se renovarán prodigios que leemos en la Santa Escritura. –“*Ecce non est abbreviata manus Domini*”. ¡El brazo de Dios, su poder, no se ha empequeñecido!” (*Camino*, n. 586)»²⁷⁷.

²⁷⁶ *Es Cristo que pasa*, n.10.

²⁷⁷ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Una vida para Dios, Reflexiones en torno a la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, homilias y otros escritos, o.c.*, p. 289.

Emplea con frecuencia el término naturalidad para designar el modo en que han vivir la virtud de la humildad las personas “corrientes”. La naturalidad o normalidad lleva, en efecto, a actuar ante los demás en conformidad con la propia condición de cristiano y ciudadano.

«Al comportarnos con normalidad –como nuestros iguales– y con sentido sobrenatural, no hacemos más que seguir el ejemplo de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre. Fijaos en que toda su vida está llena de naturalidad. Pasa seis lustros oculto, sin llamar la atención, como un trabajador más, y le conocen en su aldea como el hijo del carpintero»²⁷⁸.

Es una virtud que brilla especialmente en la conducta de los primeros cristianos.

«Ellos vivían a fondo su vocación cristiana; buscaban seriamente la perfección a la que estaban llamados por el hecho, sencillo y sublime, del Bautismo. No se distinguían exteriormente de los demás ciudadanos»²⁷⁹.

San Josemaría ve en estos primeros discípulos de Cristo el precedente más claro de su propio mensaje de santificación en medio del mundo. Señala, en efecto, que quienes procuran seguir el camino de santidad que enseña, «son personas comunes; desarrollan un trabajo corriente; viven en medio del mundo como lo que son: ciudadanos cristianos que quieren responder cumplidamente a las exigencias de su fe»²⁸⁰. De ahí la importancia que concede a la naturalidad, como norma de conducta que refleja la secularidad.

La naturalidad propia de los fieles laicos, consiste en vivir coherentemente la fe en su ambiente profesional y social, dando asimismo testimonio de Cristo de modo acorde a su condición de ciudadanos y de profesionales como los demás.

«¿Acaso la lección de Jesucristo no consiste en que debemos convivir entre los demás de nuestra condición social, de nuestra profesión y

²⁷⁸ *Amigos de Dios*, n. 121.

²⁷⁹ *Conversaciones*, n. 24.

²⁸⁰ *Ibid.*

oficio, desconocidos, como uno de tantos? No desconocidos por nuestro nombre, ni por nuestro trabajo; ni desconocidos porque no destaquéis por vuestros talentos; sino desconocidos porque no hay necesidad de que sepan que sois almas entregadas a Dios, empeñados en imitar a Jesucristo; que sois sal de la tierra, otros Cristos. Que lo experimenten; que se sientan ayudados a ser limpios y nobles, al ver vuestra conducta llena de respeto para la legítima libertad de todos, al escuchar de vuestros labios la doctrina, subrayada por vuestro ejemplo coherente; pero que vuestra dedicación al servicio de Dios pase oculta, inadvertida, como pasó inadvertida la vida de Jesús en sus primeros treinta años»²⁸¹.

Para comprender bien esta enseñanza hay que tener en cuenta que lo “natural” o lo “normal” para un fiel corriente no es siempre y por principio “hacer lo que hacen los demás”, “no llamar la atención”, “acomodarse a las costumbres dominantes”, etc. Lo natural es que viva íntegramente su fe, sin ostentaciones impropias del estado y condición en la que Dios le ha llamado a la santidad y al apostolado²⁸².

«Naturalidad. –Que vuestra vida de caballeros cristianos, de mujeres cristianas –vuestra sal y vuestra luz– fluya espontáneamente, sin rarezas»²⁸³.

Es “natural” que quienes traten a un cristiano que busca la santidad en la vida corriente noten su esfuerzo por cultivar las virtudes, adviertan que practica la fe –participando también en el culto público, sin “escondarse”–, y reciban el influjo de su apostolado, aunque todo esto contraste visiblemente con el ambiente que le rodea.

Actuar con naturalidad para un cristiano exige discernir en cada circunstancia lo que exige la coherencia de su propia vocación. «Sería desacertado entender la naturalidad como si lo normal fuese actuar de modo que no se noten la fe y la esperanza: que la actuación de un cristiano no pueda distinguirse de la de quienes viven movidos por intereses y criterios puramente mundanos. Esa falsa naturalidad supondría, en

²⁸¹ Apuntes de una meditación, 9-I-1959. Cit. en: *VCS-II*, p. 397.

²⁸² Cfr. *ibid.*, pp. 392-397.

²⁸³ *Camino*, n. 379.

realidad, rendirse a la tentación de romper la unidad de vida: de este modo, la luz dejaría de alumbrar, la sal perdería el sabor; en lugar de santificar el mundo, el discípulo de Cristo se tornaría mundano»²⁸⁴.

«Y ¿en un ambiente paganizado o pagano, al chocar este ambiente con mi vida, no parecerá postiza mi naturalidad?», me preguntas.

—Y te contesto: Chocará sin duda, la vida tuya con la de ellos; y ese contraste, por confirmar con tus obras tu fe, es precisamente la naturalidad que yo te pido»²⁸⁵.

C.2. Humildad en el trabajo profesional y en las relaciones sociales

El trabajo es una realidad «santificable y santificadora»²⁸⁶, en palabras de san Josemaría. El trabajo debe afrontarse poniendo en juego toda su capacidad civilizadora. Esa tarea debe afrontarse con la conciencia clara de que venimos de Dios y a Él vamos, y debe llevarse a cabo con oración, con espíritu de humildad, con afán de servicio, con optimismo²⁸⁷.

«En esa tarea profesional vuestra, (...) la experiencia de vuestra debilidad, los fracasos que existen siempre en todo esfuerzo humano, os darán más realismo, más humildad, más comprensión con los demás. Los éxitos y las alegrías os invitarán a dar gracias, y a pensar que no vivís para vosotros mismos, sino para el servicio de los demás y de Dios»²⁸⁸.

San Josemaría constata una realidad propia de las relaciones profesionales: «Si tienes un puesto oficial, tienes también unos derechos, que nacen del ejercicio de ese cargo, y unos deberes»²⁸⁹. Y deja claro que esto no es manifestación de soberbia. Al contrario: «la humildad es la virtud que lleva a descubrir que las muestras de respeto por la persona –

²⁸⁴ J. MIRAS, *La secularidad de los fieles laicos, despliegue vital de la esperanza cristiana*, en «Romana» 41 (2005), p. 372.

²⁸⁵ *Camino*, n. 380.

²⁸⁶ Cfr. *Forja*, n. 702.

²⁸⁷ Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Itinerarios de vida cristiana*, Planeta, Madrid 2001, pp. 215-216.

²⁸⁸ *Es Cristo que pasa*, n. 49.

²⁸⁹ *Camino*, n. 372.

por su honor, por su buena fe, por su intimidad-, no son convencionalismos exteriores, sino las primeras manifestaciones de la caridad y de la justicia»²⁹⁰.

Será preciso, entonces, estar atentos para mantener recta la intención en el ejercicio de las propias atribuciones²⁹¹; asegurar que se busca rectamente el bien común a través del trabajo y de las decisiones que implica²⁹²; evitar, en todo caso, que el corazón se llene de engreimiento vano²⁹³. Y esto, para un cristiano que ha de santificarse en el seno de la sociedad, es un modo excelente de vivir la humildad.

«El Señor nos quiere humildes. Pero esa humildad no significa que no llegues a donde debes en el terreno profesional, en el trabajo ordinario, y, desde luego, en la vida espiritual. Es preciso llegar, pero sin buscarte a ti mismo, con rectitud de intención»²⁹⁴.

Movido por el deseo de dar gloria a Dios enseña a rectificar la intención²⁹⁵.

«Trabajad cara a Dios, sin ambicionar gloria humana. Algunos ven en el trabajo un medio para conquistar honores, o para adquirir poder o riqueza que satisfaga su ambición personal, o para sentir el orgullo de la propia capacidad de obrar. Los hijos de Dios en su Opus Dei no vemos jamás en nuestro trabajo profesional algo relacionado con el egoísmo, la vanidad o la soberbia: vemos solamente una posibilidad de servir a todos los hombres por amor a Dios»²⁹⁶.

Pero como las acciones pueden ser presenciadas por otros, siempre estaremos expuestos a los juicios de aplauso, de censura o de indiferencia. Por eso dice:

²⁹⁰ *Es Cristo que pasa*, n. 72.

²⁹¹ Cfr. *Amigos de Dios*, n. 217.

²⁹² Cfr. *Conversaciones*, n. 70.

²⁹³ Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 6.

²⁹⁴ *Carta 24-III-1930*, n. 20. Cit. en: *VCS-II*, p. 390.

²⁹⁵ Cfr. *Forja*, n. 921.

²⁹⁶ *Carta 15-X-1948*, n. 18. Cit. en: MONS. JAVIER ECHEVARRÍA, *Carta pastoral 2-X-2011*, n. 34, en «Romana» 53 (2011), p. 273.

«No dudo de tu rectitud. –Sé que obras en la presencia de Dios. Pero, ¡hay un pero!: tus acciones las presencian o las pueden presenciar hombres que juzguen humanamente... Y es preciso darles buen ejemplo»²⁹⁷.

Es preciso trabajar cara a Dios, no cara a los hombres, sabiendo que el Señor contempla todos nuestros esfuerzos, aún el más escondido.

El amor a Dios exige servir a los demás, procurando acercarlos a Él.

«Un buen índice de la rectitud de intención, con la que debéis realizar vuestro trabajo profesional, es precisamente el modo en que aprovecháis las relaciones sociales o de amistad, que nacen al desempeñar la profesión, para acercar a Dios esas almas: llegando, en su caso, si se ven las oportunas circunstancias, a plantearles el problema de su vocación»²⁹⁸.

A través del trabajo el cristiano puede realizar un intenso apostolado mediante el testimonio de su vida y del trato diario con sus compañeros de profesión. Es un apostolado que, san Josemaría, calificaba de callado y humilde²⁹⁹.

A esto contribuye el prestigio profesional, y por eso san Josemaría afirma que es «anzuelo de pescador de hombres»³⁰⁰.

La rectitud de intención impulsa a trabajar con perfección humana y, para ello, a formarse adecuadamente.

«Como lema para vuestro trabajo, os puedo indicar éste: *para servir, servir*. Porque, en primer lugar, para realizar las cosas, hay que saber terminarlas. No creo en la rectitud de intención de quien no se esfuerza en lograr la competencia necesaria, con el fin de cumplir debidamente las tareas que tiene encomendadas. No basta querer hacer el bien, sino que hay que saber hacerlo. Y, si realmente

²⁹⁷ *Camino*, n. 275.

²⁹⁸ *Carta 25-X-1948*, n. 18. Cit. en: MONS. JAVIER ECHEVARRÍA, *Carta Pastoral*, 2-X-2011, n. 34, en «Romana» 53 (2011), p 272. Manifestaciones de falta de rectitud de intención descritas en la misma carta son: moverse por motivos humanos, no cuidar los detalles pequeños y desatender la vida de familia.

²⁹⁹ Cfr. *Conversaciones*, n. 31.

³⁰⁰ *Camino*, n. 372.

queremos, ese deseo se traducirá en el empeño por poner los medios adecuados para dejar las cosas *acabadas*, con humana perfección»³⁰¹.

Pero incluso la buena intención necesita ser purificada de adherencias que no nacen del deseo de agradar a Dios.

«Procura que tu buena intención vaya siempre acompañada de la humildad. Porque, con frecuencia, a las buenas intenciones se unen la dureza en el juicio, una casi incapacidad de ceder, y un cierto orgullo personal, nacional o de grupo»³⁰².

Una última consideración que nos gustaría hacer antes de concluir este apartado es que, en la enseñanza de san Josemaría, no hay profesiones “humildes”, todas contribuyen a edificar el reino de Dios.

«Ese trabajo humano, por humilde e insignificante que parezca la tarea, contribuye a ordenar cristianamente las realidades temporales –a manifestar su dimensión divina– y es asumido e integrado en la obra prodigiosa de la Creación y de la Redención del mundo: se eleva así el trabajo al orden de la gracia, se santifica, se convierte en obra de Dios, *operatio Dei, opus Dei*»³⁰³.

No queremos de dejar de señalar, en este contexto, el alto concepto que san Josemaría tenía del trabajo de las empleadas del hogar.

«No hay que olvidar que se ha querido presentar ese trabajo como algo humillante. No es cierto: humillantes eran, sin duda, las condiciones en que muchas veces se desarrollaba esa tarea. Y humillantes siguen siendo algunas veces ahora: porque trabajan según el capricho de señores arbitrarios, sin garantías de derechos para sus servidores, con escasa retribución económica, sin afecto. Hay que exigir el respeto de un adecuado contrato de trabajo, con seguridades claras y precisas; hay que establecer netamente los derechos y los deberes de cada parte (...).

¡Es una cosa de primera importancia el trabajo en el hogar! Por lo demás, todos los trabajos pueden tener la misma calidad sobrenatural: no hay tareas grandes o pequeñas; todas son grandes, si

³⁰¹ *Es Cristo que pasa*, n. 50.

³⁰² *Surco*, n. 722.

³⁰³ *Conversaciones*, n. 10.

se hacen por amor. Las que se tienen como tareas grandes se empequeñecen, cuando se pierde el sentido cristiano de la vida. En cambio, hay cosas, aparentemente pequeñas, que pueden ser muy grandes por las consecuencias reales que tienen»³⁰⁴.

C.3. Humildad en la vida familiar

Para los esposos cristianos, el matrimonio es ámbito específico de la propia santidad, lugar propio del ejercicio de todas las virtudes, comenzando por las teologales. Así lo describe san Josemaría:

«Santificar el hogar día a día, crear, con el cariño, un auténtico ambiente de familia: de eso se trata. Para santificar cada jornada, se han de ejercitar muchas virtudes cristianas; las teologales en primer lugar y, luego, todas las otras: la prudencia, la lealtad, la sinceridad, la humildad, el trabajo, la alegría... »³⁰⁵.

Hablar de humildad en la vida familiar implicaría repetir algunas de las nociones que ya hemos expuesto en los apartados anteriores: imitación del Hogar de Nazaret, naturalidad, rectitud de intención, etc. Pensamos que ya ha quedado suficientemente reflejada anteriormente la enseñanza de san Josemaría sobre estos aspectos generales. Nos limitamos ahora a estudiar los textos publicados en que hace referencia explícita a esta virtud en la vida familiar.

Es consciente de que en el matrimonio, en ocasiones, no es posible evitar las pequeñas peleas, incluso las califica de «una manifestación de amor, casi una necesidad»³⁰⁶. Pero después de aconsejar que nunca sucedan delante de los hijos, enseña:

«Evitad la soberbia, que es el mayor enemigo de vuestro trato conyugal: en vuestras pequeñas reyertas, ninguno de los dos tiene razón. El que está más sereno ha de decir una palabra, que contenga

³⁰⁴ *Ibid.*, n. 109.

³⁰⁵ *Es Cristo que pasa*, n. 23.

³⁰⁶ *Ibid.*, n. 26.

el mal humor hasta más tarde. Y más tarde –a solas– reñid, que ya haréis en seguida las paces»³⁰⁷.

Estas riñas, si no se pierde el sentido sobrenatural, hacen a la larga más hondo el cariño. Hay que vivir en el matrimonio, y en todas las facetas de la vida, con la humildad de reconocer que no se tiene siempre la razón y, si se tiene, no toda:

«Otra cosa muy importante: debemos acostumbrarnos a pensar que nunca tenemos *toda* la razón. Incluso se puede decir que, en asuntos de ordinario tan opinables, mientras más seguro se está de tener toda la razón, tanto más indudable es que no la tenemos. Discurriendo de este modo, resulta luego más sencillo rectificar y, si hace falta, pedir perdón, que es la mejor manera de acabar con un enfado: así se llega a la paz y al cariño. No os animo a pelear: pero es razonable que peleemos alguna vez con los que más queremos, que son los que habitualmente viven con nosotros. No vamos a reñir con *el preste Juan de las Indias*. Por tanto, esas pequeñas trifulcas entre los esposos, si no son frecuentes –y hay que procurar que no lo sean–, no denotan falta de amor, e incluso pueden ayudar a aumentarlo»³⁰⁸.

La relación entre los esposos se convierte, así, en una constante oportunidad de ejercitarse en la entrega mutua. Se trata de un aprendizaje mediante el que los cónyuges toman conciencia, en la cotidianidad de su caminar terreno, de que se deben el uno al otro. En ese estupendo ambiente de confianza, de lealtad, de sinceridad y cariño, de verdadera entrega, se mostrarán dispuestos a recibir los hijos que Dios quiera confiarles, fruto al mismo tiempo de su amor.

La autenticidad, la sinceridad en la conducta, son aspectos de la humildad que ya hemos tenido ocasión de estudiar anteriormente. Son virtudes, que forman parte de la humildad y que san Josemaría hace relucir cuando habla de la castidad matrimonial. Quien desea sinceramente vivir coherentemente la vocación matrimonial, resulta imprescindible que viva delicadamente la castidad. En ningún caso el ejercicio de la sexualidad –que

³⁰⁷ *Ibid.*; cfr. *Conversaciones*, n. 108.

³⁰⁸ *Conversaciones*, n. 108.

es algo querido por Dios, bueno y bello- debe perder su noble y original sentido³⁰⁹.

«Cuando la castidad conyugal está presente en el amor, la vida matrimonial es expresión de una conducta auténtica, marido y mujer se comprenden y se sienten unidos; cuando el bien divino de la sexualidad se pervierte, la intimidad se destroza, y el marido y la mujer no pueden ya mirarse noblemente a la cara.

Los esposos deben edificar su convivencia sobre un cariño sincero y limpio, y sobre la alegría de haber traído al mundo los hijos que Dios les haya dado la posibilidad de tener, sabiendo, si hace falta, renunciar a comodidades personales y poniendo fe en la providencia divina: formar una familia numerosa, si tal fuera la voluntad de Dios, es una garantía de felicidad y de eficacia, aunque afirmen otra cosa los autores equivocados de un triste hedonismo»³¹⁰.

La sinceridad es casi como el “corazón” de la humildad, por eso san Josemaría destaca su importancia en la vida matrimonial, ante todo la sinceridad con Dios. Por ejemplo, en relación con el número de hijos escribe:

«No olviden los esposos, al oír consejos y recomendaciones en esa materia, que de lo que se trata es de conocer lo que Dios quiere. Cuando hay *sinceridad* -rectitud- y un mínimo de formación cristiana, la conciencia sabe descubrir la voluntad de Dios, en esto como en todo lo demás. Porque puede suceder que se esté buscando un consejo que favorezca el propio egoísmo, que acalle precisamente con su presunta autoridad el clamor de la propia alma; e incluso que se vaya cambiando de consejero hasta encontrar el más *benévolo*. Entre otras cosas, ésa es una actitud farisaica indigna de un hijo de Dios»³¹¹.

En el texto anterior, san Josemaría, aconseja la humildad de dejarse guiar, tanto por la doctrina de la Iglesia, como acudiendo a un consejo

³⁰⁹ Cfr. J. ECHEVARRÍA, *La familia en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá de Balaguer*, en AA.VV. (UNIVERSITAT INTERNACIONAL DE CATALUNYA, ed.). *Congreso Internacional sobre Familia y Sociedad*, Universitat Internacional de Catalunya, Barcelona 2008, pp. 52-65.

³¹⁰ *Es Cristo que pasa*, n. 25.

³¹¹ *Conversaciones*, n. 93.

experimentado que ayude a descubrir la voluntad de Dios en cada caso concreto.

También se refiere a los matrimonios que no han tenido hijos, a los que Dios les llama a darse a los demás que dará como fruto una humildad llena de alegría:

«Las soluciones concretas pueden ser distintas en cada caso, pero en el fondo todas se reducen a ocuparse de los demás con afán de servicio, con amor. Dios premia siempre, dando a sus almas una honda alegría, a los que tienen la generosa humildad de no pensar en sí mismos»³¹².

³¹² *Conversaciones*, n. 96.

Conclusiones

Estudiar la virtud de la humildad en la enseñanza de san Josemaría ha supuesto profundizar en un aspecto importante de su doctrina; tanto por el carácter de fundamento que tiene esta virtud para la vida espiritual, al estar estrechamente ligada al sentido de la filiación divina, fundamento de la vida del cristiano en la enseñanza de san Josemaría, como por las características específicas que presenta en el caso de los cristianos que deben santificarse en medio del mundo, a los que se dirige especialmente su enseñanza.

Continuidad y novedad

1) A lo largo de estas páginas hemos mostrado que la doctrina de san Josemaría respecto a la virtud de la humildad es concorde con la Sagrada Escritura y con toda la tradición cristiana.

2) Hemos constatado que la Escritura no es un recurso accidental, sino la verdadera fuente de su enseñanza sobre esta virtud. Fuente a la que acude con el espíritu específico de vida cristiana que le fue comunicado el 2 de octubre de 1928. La Palabra de Dios está continuamente presente en cada uno de los diversos aspectos de la humildad que se propone mostrar con la predicación. Más aún, hemos encontrado que los textos de la Escritura más veces citados en los escritos publicados de san Josemaría son tres fragmentos del Nuevo Testamento -Flp 2, 6-11; Lc 1, 38 y Mt 11, 29- que se refieren precisamente a la humildad.

3) Es patente en san Josemaría la continuidad con la tradición de los Padres de la Iglesia y de los grandes maestros de vida espiritual, que cita en numerosas ocasiones. Sin embargo, esta continuidad, no significa que se limite a repetir lo que ya ha sido dicho antes. Del estudio que hemos realizado se concluye que en san Josemaría, hay una profundización en la doctrina, con una novedad de planteamientos de fondo y de manifestaciones prácticas.

4) Por lo que se refiere a los planteamientos de fondo, aporta enfoques y acentos específicos al relacionar estrechamente la humildad tanto con la filiación divina como con la santificación en medio del mundo. La novedad se percibe, en particular, en que enseña una humildad conforme a la espiritualidad secular y laical que predica. Si a lo largo de la historia se ha presentado esta virtud tomando como paradigma la vida consagrada, y quedando en segundo plano los aspectos que son más propios de la vocación laical y secular, san Josemaría pone de relieve sobre todo estos últimos.

5) Por lo que se refiere a las manifestaciones prácticas, la continuidad y novedad se podría ilustrar de muchos modos. Nos limitamos a destacar en este sentido que, siguiendo la tradición, san Josemaría remarca la necesidad e importancia del propio conocimiento para la humildad, lo que le lleva a poner la sinceridad en el centro de esta virtud, como su principal parte integrante. Por eso afirma que para ser humildes es preciso ser sinceros con uno mismo, con Dios, y con los demás, sobre todo en la dirección espiritual. La sinceridad impulsa a vivir de acuerdo con la verdad, en lo que numerosos santos hacen consistir la humildad. Esta sinceridad/humildad hace al cristiano auténticamente libre y capaz de amar a Dios con todo su ser. El vínculo sinceridad-humildad-caridad es característico de las enseñanzas de san Josemaría, tanto en la dirección mencionada –de la sinceridad a la humildad y a la caridad–, como a la inversa. Para san Josemaría, darse a los demás es un ejercicio de caridad que lleva al cristiano a profundizar en la humildad.

6) San Josemaría enseñó a vivir la humildad mirando la vida del Maestro: la Encarnación, los treinta años de vida de familia y trabajo en Nazaret, su vida pública y su Pasión, Muerte y Resurrección. Se fija

particularmente en los años de vida oculta, que han pasado inadvertidos para muchos, poniéndolos como ejemplo de santificación de la vida ordinaria, en la que la humildad es elemento esencial. El hecho de que el Señor viviera con naturalidad los acontecimientos sencillos de lo cotidiano, abre grandes perspectivas de humildad práctica para los que se saben llamados a la santidad en medio del mundo y quieren poner a Cristo en la cumbre de las actividades de los hombres.

7) Del estudio que hemos realizado se concluye que san Josemaría no sigue el planteamiento de los teólogos y maestros de vida espiritual que sitúan la humildad como parte de la virtud de la templanza, sino que la concibe como una inclinación de la persona entera, presente en todas sus facultades, no sólo en la inteligencia, o en la voluntad o en las facultades sensibles. Para san Josemaría -de acuerdo con otra parte de la tradición espiritual- la humildad reside, como la caridad, en el "corazón" entendido en su sentido bíblico, como núcleo íntimo de la persona.

Humildad y filiación divina

8) Hemos constatado en nuestro estudio que las dos coordenadas que determinan la enseñanza de san Josemaría acerca de la virtud de la humildad son: la honda convicción de la propia miseria, en relación a la absoluta perfección de Dios, y a la vez de la grandeza de ser hijo de Dios, llamado a corredimir con Cristo. Muestra de ello es que la radicalidad de muchas de sus expresiones sobre nuestra bajeza está siempre acompañada por la afirmación de la grandeza de nuestra condición de hijos de Dios. Por esto la enseñanza de san Josemaría sobre la humildad desborda realismo y alegría.

9) Es propio del sentido de la filiación divina que predica, reconocer la grandeza de este don sin olvidar la bajeza de la propia condición. Por eso, en su enseñanza, la humildad es parte esencial del "sentido de la filiación divina".

10) La tradición de los maestros de vida espiritual afirma que la humildad es fundamento de todas las demás virtudes. La enseñanza de san Josemaría lleva a comprender que esto es así porque la humildad es, como

acabamos de decir, parte constitutiva del “sentido de la filiación divina”, fundamento de la vida espiritual. La humildad tiene por objeto quitar el obstáculo de la soberbia para que el “sentido de la filiación divina” lleve al cristiano a buscar la identificación con Cristo.

Humildad y secularidad

11) San Josemaría enseña el sentido y la práctica de la humildad en la existencia secular –en el ejercicio del trabajo profesional y en la vida familiar y social– que los fieles corrientes han de santificar. Nuestro estudio nos lleva a concluir que la doctrina de san Josemaría sobre la humildad conduce a vivir de acuerdo con la naturaleza de estas actividades y su autonomía propia –su “verdad”– tal como ha sido querida por Dios. Concretamente, no es contrario a la humildad sino que forma parte de ella, proponerse metas altas en el terreno profesional, en la vida social y, desde luego, en la vida espiritual, pero con rectitud de intención, por amor a Dios y a los demás, no por amor propio desordenado, y con realismo, teniendo en cuenta las circunstancias de cada uno. San Josemaría resalta que Dios quiere servirse de los talentos humanos de cada persona, y que la humildad no consiste en negarlos sino en emplearlos para la gloria de Dios. La humildad contrarresta la tendencia a buscar la propia gloria en el uso de esos talentos y en los actos de virtud.

12) Los fieles corrientes han de servir a los demás, por lo general, con el trabajo profesional y el cumplimiento de sus deberes en la familia y en la sociedad, lo que implica también el ejercicio de sus derechos. De la enseñanza de san Josemaría concluimos que no es contrario a la verdadera humildad proceder de acuerdo con la propia condición en el mundo y, concretamente, ejercer los propios derechos por amor a Dios y a los demás, es decir, informando ese ejercicio con la caridad.

13) Para expresar su doctrina sobre la humildad en la vida civil y secular utiliza con frecuencia el término “Naturalidad”, entendido como la disposición que lleva a actuar en conformidad con la propia condición de cristiano y ciudadano. Cuando san Josemaría habla de naturalidad quiere decir que los fieles laicos han de vivir coherentemente la fe en su ambiente profesional y social, dando testimonio de Cristo, no como quien ostenta un

oficio público de la Iglesia (el caso de los ministros sagrados y de los religiosos), sino de modo acorde a su condición de ciudadanos y de fieles corrientes, como los demás.

Doctrina y vida

14) De las referencias autobiográficas presentes en sus escritos publicados, se puede concluir que san Josemaría procuró encarnar el mensaje que predicaba. Este punto requeriría, sin embargo, un suplemento de investigación dirigido a examinar los numerosos testimonios de que se dispone acerca de cómo vivió personalmente la humildad. Por eso hemos añadido un Apéndice sobre “la humildad en la vida de san Josemaría”. Al final de este apéndice apuntamos brevemente otras conclusiones.

Apéndice documental

Testimonios sobre la humildad en la vida de san Josemaría

Siguiendo el ejemplo de Jesucristo que “hizo y enseñó” (cfr. Hch 1, 1), san Josemaría procuró encarnar el mensaje que predicaba. Así lo afirman, de diversos modos, los testigos de su vida: «enseñó lo que vivió y enseñó a vivirlo con la fuerza de su ejemplo y de su palabra»¹.

Uno de los censores de su Causa de beatificación y canonización escribe:

«El Siervo de Dios, fundamentalmente, aparece como un hombre profundamente humilde que, ante las dificultades, confía ilimitadamente en el Señor, en quien se abandona con seguridad filial»².

Hasta ahora hemos expuesto su mensaje acerca de humildad; en este Apéndice trataremos de mostrar cómo practicó esta virtud, acudiendo para esto a los testimonios de que disponemos.

¹ P. LOMBARDÍA, *Un hombre de Dios*, en «Nuestro Tiempo» 257 (1975), p. 311.

² Cfr. Voto de uno de los teólogos-censores del proceso de beatificación y canonización de san Josemaría. Cit. en: *Positio*, p. 816.

A. FUENTES DE ESTE APÉNDICE

El género testimonio tiene una gran relevancia para conocer la vida de los santos. Muchas veces la descripción de los protagonistas y acontecimientos por parte de testigos presenciales supera en riqueza y colorido a la información escrita (cartas, documentos, etc.). En otras ocasiones, es el único medio para averiguar los hechos. La información de los testigos y los escritos de los santos son dos modos complementarios de conocer su experiencia espiritual³.

Ya se han publicado numerosos testimonios sobre san Josemaría. Se cuenta además con los obtenidos en su Causa de beatificación y canonización, una parte de los cuales han pasado a la *Positio super vita et virtutibus*, que citaremos con frecuencia. Otros, mucho más numerosos –el vicepostulador de la Causa de Canonización escribió que «se cuentan por miles»⁴– no han sido aún publicados. En los apartados siguientes resumiremos estas fuentes y señalaremos cómo las hemos usado en este Apéndice.

A.1. Referencias autobiográficas

En los escritos publicados de san Josemaría hay referencias autobiográficas a las que recurre como forma de ilustrar algún aspecto de la doctrina que expone. Ya hemos aludido a algunas en la parte B de nuestro estudio y nos han servido al exponer las características específicas de su enseñanza. No las utilizaremos en este Apéndice.

También encontramos este tipo de testimonios en sus *Apuntes íntimos*. Se trata de un escrito que redactó sin pensar en su publicación, sino como un conjunto de notas personales sobre su experiencia espiritual. Según explica Flavio Capucci, «los *Apuntes íntimos* fueron escritos por san

³ Cfr. O. DÍAZ HERNÁNDEZ, *Testimonios sobre el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer (1920-1945)*, en «Anuario de Historia de la Iglesia» 8 (1999), p. 637.

⁴ AA.VV., *Beato Josemaría Escrivá de Balaguer: Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, Palabra, Madrid 1994, p. 5.

Josemaría en distintas épocas de su vida pero sin la continuidad y la minuciosidad de un diario. Tomaba nota de las luces recibidas del Señor en la oración, de las experiencias pastorales que acompañaron los primeros pasos del apostolado del Opus Dei y de los cauces que parecían delinearse para el desarrollo posterior. Muchas de esas notas reflejan las gracias místicas que recibía del Señor; en otras, transcribe sus reflexiones sobre los pasos que la Providencia le hacía dar, e iluminan con la experiencia directa del protagonista el contenido del carisma que Dios le confió para la edificación de la Iglesia»⁵.

En los *Apuntes íntimos* se pueden distinguir varios tipos de anotaciones. Para nosotros son de especial interés las que corresponden «a lo que hoy llamaríamos autobiografía espiritual: son experiencias íntimas del trato con Dios y con los hombres: en la Eucaristía, en la oración, en el trabajo, en la acción sacerdotal y apostólica, en las contradicciones y en la pobreza, en la forma cotidiana de expresar la piedad filial»⁶.

Actualmente está en elaboración la edición crítica de los *Apuntes íntimos*. Los textos que citaremos proceden de otros escritos de san Josemaría que reproducen algunas frases de esos *Apuntes* o bien de diversas publicaciones sobre san Josemaría que los citan.

A.2. Testimonios sobre san Josemaría

La *Positio super vita et virtutibus*, fuente de importancia fundamental para este Apéndice, es la exposición sistemática de las pruebas del ejercicio heroico de las virtudes del Siervo de Dios⁷ que se desprenden de las declaraciones de los testigos y la documentación histórica recogida en la investigación. Uno de los consultores teólogos escribió sobre este documento que:

⁵ F. CAPUCCI, *L'ombra del Padre: un ricordo personale*, en «Studi Cattolici» 501 (2002), p. 772.

⁶ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, pp. 24-25.

⁷ Cuando se inicia el proceso de beatificación y canonización de una persona se le da el título de “Siervo de Dios”, que desde el momento en que se realiza la declaración de Virtudes Heroicas deja de utilizarse. Hemos preferido mantener esa expresión para no modificar el texto original.

«Las virtudes del Siervo de Dios no sólo están relatadas y puestas en plena luz, sino que su originalidad como estilo de vida en sí y ejemplo para los demás –*luceat lux vestra!*– enriquece la hagiografía cristiana con una estrella de primera importancia»⁸.

Dentro de los testimonios, ocupa un lugar especial la entrevista de Cesare Cavalleri al beato Álvaro del Portillo que colaboró durante cuarenta años con san Josemaría, lo que lo convierte en un testigo de excepción. A lo largo de doscientas cincuenta y dos páginas, el primer sucesor del Fundador del Opus Dei describe el carácter, las virtudes, la vida interior, las devociones y otros aspectos de la rica personalidad de san Josemaría, a la vez que narra sucesos y aspectos de su actividad apostólica. Efectivamente, este libro muestra, que «el mensaje del Fundador –una espiritualidad encarnada– se pone especialmente de manifiesto a través de un conjunto de anécdotas, hechos concretos, experiencias vividas, casi mejor que en una exposición conceptual»⁹.

Además de este libro, numerosos recuerdos del beato Álvaro aparecen en otras publicaciones: homilías, discursos, cartas, etc., que también hemos consultado para elaborar este Apéndice.

Otra obra clave para nuestro trabajo es la entrevista que Salvador Bernal realizó a Mons. Javier Echevarría, quien vivió durante veinticinco años junto a san Josemaría, de los cuales diecinueve como *Custos*¹⁰. Se comprende que su testimonio sea decisivo, para profundizar en la personalidad y en la doctrina de san Josemaría.

Hay que mencionar además un libro titulado “Un hombre de Dios” que contiene 28 testimonios de obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, que fue editado en 1994. Estas testimoniales formaron parte de la documentación procesal entregada a la Congregación para la Causa de los Santos en los primeros momentos de la Causa de Canonización de san Josemaría.

⁸ Cit. en: F. CAPUCCI, *Mons. Escrivá verso gli altari*, en «Studi Cattolici» 368 (1991), p. 680.

⁹ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, o.c., p. 9.

¹⁰ Una de las dos personas que, de acuerdo con los Estatutos del Opus Dei, han de acompañar siempre al Prelado y ayudarle en su vida y en su trabajo cotidiano

Lógicamente hemos acudido también a todos los estudios biográficos sobre san Josemaría, citados en la bibliografía. En relación con la juventud de san Josemaría queremos destacar las monografías de Ramón Herrando y Jaime Toldrá que describen sus años de seminario en Logroño y en Zaragoza.

De las biografías consultadas sobre san Josemaría ocupa un lugar especial la de Andrés Vázquez de Prada. Es la más completa y se caracteriza por su profundidad y rigor, por su compenetración con las fuentes bibliográficas, documentos, testimonios, cartas y material diverso procedente del archivo de la Prelatura del Opus Dei. Ha sido considerada por muchos observadores como la más importante de las biografías sobre san Josemaría aparecidas hasta la fecha.

A.3. Carácter de este Apéndice

En los cuatro capítulos de la tesis hemos seguido un método teológico que nos ha permitido individuar qué es lo característico de la enseñanza de san Josemaría sobre la humildad –sobre todo su relación con la filiación adoptiva sobrenatural y con la santificación en medio del mundo, es decir, con la secularidad–, dentro del tronco común de la tradición de la Iglesia.

Nos vamos a limitar, en este Apéndice documental, a seleccionar una serie de testimonios que manifiestan cómo san Josemaría encarnó su propia enseñanza, transmitiéndola también con su ejemplo. Queremos mostrar que en sus escritos encontramos una continuación inmediata de su experiencia personal de Dios. Son unas páginas de “humildad práctica” con las que completamos la visión que hemos intentado transmitir de la enseñanza de san Josemaría, para concluir este trabajo abriendo el horizonte a la “práctica de la humildad”.

B. EL CONTENIDO DE LOS TESTIMONIOS

La compenetración de lo humano y de lo sobrenatural es elemento característico del mensaje de santificación de todas las realidades terrenas. Estos planos se muestran unidos de tal modo en la vida de san Josemaría que, según el beato Álvaro del Portillo, aparece imposible separarlos con un corte neto:

«He dicho intencionadamente “distinguir” y no “separar”, porque uno de los rasgos fundamentales de su personalidad era la perfecta unidad, la plena compenetración entre los aspectos humanos, apostólicos y ascéticos de su vida. Sería imposible diferenciarlos (...). Para trazar un cuadro de conjunto se podría decir que ya fuera por sus virtudes, sea por sus dones naturales –inteligencia, simpatía, carácter–, el Padre, tenía la perfección del instrumento preparado por el Señor para la misión de fundar el Opus Dei»¹¹.

¿Cuáles fueron las notas más características de la humildad vivida por san Josemaría, según los testigos? Mons. Julián Herranz, que convivió con él varios años, resalta algunos aspectos:

«Reconocimiento de la propia bajeza hasta considerarse nada; alegría ante las humillaciones vistas como un medio providencial de purificación personal; profunda rectitud de intención, que le llevaba a un completo olvido de sí y a buscar solamente la gloria de Dios; intenso espíritu de contrición y de compunción; desprendimiento del propio juicio, recurriendo con sincero reconocimiento al parecer y el consejo de otras personas; delicadísima vida de infancia espiritual, alimentada de la consideración de la filiación divina; empeño constante por esconderse y desaparecer, evitando la vanidad o el deseo de éxito humano; etc.»¹².

¹¹ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, pp. 45-46.

¹² Testimonio de Mons. Julián Herranz citado en: *Positio*, p. 815. El cardenal Julián Herranz convivió con san Josemaría desde 1953 hasta 1975. Ocupó diversos cargos en el gobierno central del Opus Dei.

B.1. Testimonios sobre la relación entre humildad y filiación divina en la vida de san Josemaría

Al contemplar la vida de san Josemaría impresiona, según los testimonios, su paz, su alegría, su buen humor. La razón más inmediata, escribe Pedro Lombardía, «puede encontrarse (...) en su recia y sincera humildad»¹³.

Numerosos testigos ponen de relieve que la de san Josemaría: «era una humildad sencilla y patente, que le llevaba a encontrar su seguridad y su fuerza en la filiación divina»¹⁴.

«La vida espiritual de Josemaría Escrivá -anota el P. Eszer- se desenvuelve en todos sus aspectos como una expansión de la filiación divina en Cristo: todo es confianza, acogida cordial, transparencia. También el dolor es abandono sereno en el Padre, que bendice con la cruz. Y todo sucede bajo el signo de la alegría, de un optimismo contagioso, de un maduro entusiasmo que hace singularmente atractiva su figura»¹⁵.

La certeza de ser hijo de Dios fue el fundamento de la vida espiritual de san Josemaría. En su doctrina, hay un vínculo estrecho entre la humildad y la filiación divina que ya hemos estudiado en el capítulo cuarto de la tesis. También en su vida la humildad es inseparable del sentido de la filiación divina que se manifiesta en la paz interior y en el abandono en Dios. Mons. Herranz narra un episodio, que refleja como la seguridad de la filiación divina le llevó a abandonarse del todo a la Voluntad de Dios, aún en los momentos más difíciles:

¹³ P. LOMBARDÍA, *Un hombre de Dios, o.c.*, p. 380.

¹⁴ *Ibid.* Mons. Pedro Cantero afirma que «la clave de su espíritu: era su gran confianza en Dios Padre en cuyas manos se abandonaba filialmente. [...]. El sentido de la filiación divina es el eje de su espiritualidad» (MONS. PEDRO CANTERO, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, Palabra, Madrid 1994, pp. 74-75). Mons. Cantero (1902-1978) fue Obispo de Barbastro, Huelva y Zaragoza. Mantuvo una gran amistad y trato con san Josemaría.

¹⁵ A. ESZER, *Actualidad eclesial del mensaje de Josemaría Escrivá*, en R. SERRANO (ed.), *Así le vieron*, Rialp, Madrid 1992, p. 72. El P. Ambrogio Eszer, O. P., fue Relator General de la Congregación para las Causas de los Santos en la época de la Causa de beatificación y canonización de san Josemaría.

«En una de las meditaciones [de un día de retiro espiritual] uno mencionó el tema de la filiación divina. El Siervo de Dios lo interrumpió afectuosamente y dijo, entre otras cosas: “En estos cuarenta y cuatro años me he sentido muchas veces como caído de una estrella, suspendido en el aire, abandonado, sin saber dónde agarrarme... Y he exclamado... *Abbá, Pater!*... Lo que quiero decir es que el Señor nos ha conducido y nos conduce por el camino del abandono a Su Voluntad (...). Nos agarramos filialmente a la Voluntad de Dios: y conservamos y defendemos la paz y la alegría, para comunicarla a los demás»¹⁶.

Según Pedro Casciaro, san Josemaría rebosaba del “*gaudium cum pace*” que proviene de la identificación con la Voluntad de Dios¹⁷, manifestación propia de la humildad ante Él.

El dominico P. Sancho¹⁸ afirma que san Josemaría «explicaba su alegría fundamentándola en el conocimiento profundo, que le había dado Dios, de la filiación divina»¹⁹. El “sentido” de la filiación divina le llevó a vivir siempre con una absoluta disponibilidad a lo que Dios quería²⁰, tratando de identificar humildemente su voluntad con la Voluntad divina.

¹⁶ Testimonio de Mons. Julián Herranz. Cit. en: *Positio*, p. 259.

¹⁷ Cfr. Testimonio del Rev. Pedro Casciaro. Cit. en: *Positio*, p. 262. Mons. Pedro Casciaro conoció a san Josemaría en 1935, año en que pidió la admisión en el Opus Dei. Fue ordenado sacerdote en 1946. Vivió en Roma, junto a san Josemaría, desde 1958 hasta 1966.

¹⁸ El P. Silvestre Sancho Morales, O.P., religioso dominico, conoció a san Josemaría en 1935, y se confesaba con él entre 1941 y 1946. Su profunda formación teológica y sentido sobrenatural le hacen especialmente idóneo para apreciar las virtudes de san Josemaría.

¹⁹ P. Silvestre SANCHO MORALES, O.P., *Testimonio*, en JESÚS URTEAGA (dir.), *Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 409. «Tenía una alegría constante que radicaba en la honda conciencia de su filiación divina» (José LÓPEZ ORTIZ, *Testimonio*, en JESÚS URTEAGA (dir.), *Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 241). El P. López Ortiz conoció a san Josemaría en 1924. A partir de 1939 el trato se fue haciendo más intenso hasta forjar una estrecha amistad.

²⁰ Cfr. Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 262.

a) Identificación con la vida de Cristo

El beato Álvaro del Portillo describe que san Josemaría, como fruto del sentido de la filiación divina, tuvo «un deseo ardiente y sincero, tierno y profundo a la vez de imitar a Jesucristo como hermano suyo, hijo de Dios Padre»²¹.

La virtud de la humildad constituye una vía directa para imitar a Jesucristo e identificarse con Él. San Josemaría –continúa el beato Álvaro– «contemplaba e imitaba continuamente la vida escondida de Jesucristo, para que todas sus acciones reflejasen, en la medida de lo posible, la radical humildad del Redentor»²².

Movido por el deseo de imitar la humildad del Verbo Encarnado «le encantaba pensar en Belén, en esa “Cátedra de humildad”, y hacía muchas veces su oración allí, junto a Jesús Niño, en los días de Navidad, para aprender de Él»²³.

La humildad del Señor en Belén y en su vida oculta le llevaba a contemplar la humillación definitiva de la Cruz. Y, de modo singular, admiraba la humildad de Jesús presente en la Eucaristía²⁴.

San Josemaría buscaba imitar a Jesucristo en el cuidado atento de todas las ocupaciones habituales de la vida cotidiana, que se pueden transformar en actos de amor a Dios. El testimonio del beato Álvaro del Portillo es iluminante para comprender su modo de practicar la humildad en lo cotidiano, su amor por lo ordinario:

«No hay que olvidar, que el núcleo del espíritu confiado por el Señor a su Siervo consiste precisamente en el esfuerzo de buscar a Dios en la vida ordinaria a través de las ocupaciones habituales: nada más opuesto, por tanto, a los fenómenos extraordinarios. Nuestro Fundador, repitió con frecuencia: “Me bastan los milagros del Evangelio”; y, en efecto, su conducta y su predicación estuvieron

²¹ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 77.

²² Testimonio del beato Álvaro del Portillo. Cit. en: *Positio*, 818.

²³ Testimonio de Encarnación Ortega. Cit. en: *Positio*, p. 819.

²⁴ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, n. 533.

marcadas por la exaltación del valor de las situaciones más comunes y del empeño por imitar la vida oculta del Señor»²⁵.

b) Hijo pequeño de Dios

Los testimonios afirman que san Josemaría trataba a Dios como un hijo pequeño que se dirige a su padre²⁶. Esta manera de relacionarse con su Padre-Dios le condujo al abandono y a la humildad. En los *Apuntes íntimos* cuenta que este comportamiento surgió como una necesidad interior, que manaba del sentido de la filiación divina unido a la humildad²⁷.

El beato Álvaro del Portillo hace notar que la humildad le llevaba concretamente a la vida de infancia espiritual:

«Una consecuencia de su humildad era el esfuerzo con que practicó la vida de infancia hasta su muerte. (...) Cuando cumplió setenta años el Siervo de Dios comenzó a repetir: “Me he parado a los siete años y de aquí no me muevo: un cero no vale nada!” Subrayaba así, con buen humor, que el camino de la vida conduce a una progresiva profundización de la infancia espiritual»²⁸.

Y viceversa, la infancia espiritual le llevaba a profundizar en la humildad. Así lo describe de nuevo el beato Álvaro del Portillo recordando unas palabras de san Josemaría:

«Y me veo nada, y menos que nada: sólo he sido un estorbo. Por eso, cada día siento la necesidad de hacerme pequeño, muy pequeño en las manos de Dios. De este modo me consuelo con lo que he escrito tantas veces: ¿qué hace un pequeño? Entrega a su padre un soldado descabezado, un carrete viejo, una bola de cristal de botella. Pues yo lo mismo: lo poco que tengo quiero darlo enteramente y de verdad.

²⁵ Testimonio del beato Álvaro del Portillo. Cit. en: *Positio*, p. 251.

²⁶ Cfr. Testimonios de Mons. Mario Lantini, Mons. Javier Echevarría, Mons. Ignacio Celaya y Mons. Pedro Altabella. Cit. en: *Positio*, pp. 841-842.

²⁷ Cfr. *Apuntes íntimos*, n. 562. Cit. en: *Positio*, p. 273.

²⁸ Testimonio del beato Álvaro del Portillo. Cit. en: *Positio*, p. 841.

Así, mi poquedad, fundida con la Pasión de Cristo, tiene toda la eficacia redentora y salvadora: ¡nada se pierde!»²⁹.

Característica esencial de su trato filial con Dios era el deseo de cumplir en todo la Voluntad de su Padre, y para esto usaba la imagen del “borriquillo”:

«Señor, tu borrico quiere merecer que le llamen “el que ama la Voluntad de Dios”»³⁰.

Uno de los Censores Teólogos habla a propósito de esta figura, como de una “síntesis sabia”, que resume la adhesión a la Voluntad divina y el sentido de la filiación divina y la infancia espiritual³¹.

La imagen del borriquillo sirve a san Josemaría, en este caso, para poner de manifiesto el afán humilde de cumplir la Voluntad divina que debe caracterizar a quien se sabe hijo pequeño de Dios.

Haciendo unos días de retiro espiritual en 1934 escribió de sí mismo:

«Vamos a lo de ahora: soy un niño –los borricos son los niños de los burros– con santa desvergüenza, que sabe que su Padre-Dios le manda siempre lo mejor»³².

La infancia espiritual era en él una fuente de conformidad con la voluntad divina, como recuerda Mons. Echevarría al relatar la actitud de san Josemaría ante un fuerte malestar físico que debió soportar durante un viaje a Ecuador:

«El Señor me ha hecho tocar hasta físicamente la realidad de que soy como un niño pequeño, ya que no puedo andar, apenas puedo hablar, me han de ayudar hasta en las cosas más elementales... pero bendigo

²⁹ Palabras de san Josemaría citadas por el beato Álvaro del Portillo en el prólogo del libro *Vía Crucis*.

³⁰ *Apuntes íntimos*, n. 711. Cit. en: *Positio*, p. 263. Ya hemos tenido ocasión de poner de relieve como en la enseñanza escrita de san Josemaría emerge con claridad la misma conclusión.

³¹ Cfr. *Positio*, p. 263.

³² *Apuntes íntimos*, n. 1758. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 46

al Señor que así me trata, porque me doy cuenta que en todo soy un niño que tengo que aprender hasta lo más rudimentario»³³.

B.2. Testimonios sobre la humildad como fundamento moral de la vida de san Josemaría

San Josemaría amaba la humildad porque es el fundamento moral de toda la vida espiritual, y esto le impulsaba a practicarla. Mons. Echevarría afirma que san Josemaría «durante toda su vida dio extraordinaria importancia a la lucha por alcanzar la virtud de la humildad. Estaba bien persuadido de que es el fundamento estable y necesario para el ejercicio de las demás virtudes. Le hemos oído comentar su necesidad pues, aunque no sea la virtud principal, ninguna otra lo es verdaderamente si falta la humildad»³⁴.

Desde sus primeros escritos manifestó la profunda convicción de que las más grandes cualidades humanas, si no hay humildad, no hacen mejores a la persona ni sirven para la santidad, ya qué sólo la humildad abre las puertas del alma a la gracia divina (cfr. 1P 5, 5; St 4, 6)³⁵. Y esto lo sabía por propia experiencia ya que «consideraba la humildad como el fundamento insustituible de las demás virtudes morales, como disposición necesaria para recibir la gracia de Dios y conseguir una sólida vida cristiana»³⁶.

Ante una pregunta del periodista Manuel Aznar, amigo personal de san Josemaría, acerca del peligro de caer en la soberbia por su condición de fundador, contestó, según su testimonio:

³³ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 274. Mons. Echevarría señala que no son palabras literales de san Josemaría.

³⁴ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 819.

³⁵ Cfr. *Apuntes íntimos*, n. 1089. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 750. Esta anotación pasó después a *Camino*, n. 602.

³⁶ Testimonio de María Isabel La Porte. Cit. en: *Positio*, p. 819.

«Soy un pobre cura; (...); un sacerdote de la Iglesia de Dios, siervo de todos los demás; y mi refugio de salvación, mi deber más inmediato, debe ser la humildad»³⁷.

a) Saberse instrumento en las manos de Dios

El beato Álvaro del Portillo afirma que «dos profundísimas convicciones encuadran la personalidad humana y sobrenatural de Monseñor Escrivá de Balaguer: una renovada y verdadera humildad –la conciencia de que todo viene de Dios– y, al mismo tiempo, una clara noticia de su vocación, de su llamada divina»³⁸.

Según Alfredo López, san Josemaría tuvo «la humildad de considerarse un pobre instrumento en las manos de Dios. Por eso (...) le gustaba hablar de pinceles y de cuán estúpidos serían si se enorgulleciesen del cuadro que, sirviéndose de ellos, pintase el artista»³⁹. Un instrumento que, para obrar con eficacia, necesita una plena docilidad a la Voluntad divina. Bien persuadido de esto, le pedía al Señor que le concediera la humildad de instrumento dócil:

«Buen Jesús: si he de ser apóstol, es preciso que me hagas muy humilde. El sol envuelve de luz cuanto toca: Señor, lléname de tu claridad, endiósame: que yo me identifique con tu Voluntad adorable, para convertirme en el instrumento que deseas... Dame tu locura de humillación: la que te llevó a nacer pobre, al trabajo sin brillo, a la infamia de morir cosido con hierros a un leño, al anonadamiento del Sagrario. Que me conozca: que me conozca y que te conozca. Así jamás perderé de vista mi nada»⁴⁰.

³⁷ M. AZNAR, *Amigo de la libertad*, en R. SERRANO (ed.), *Así le vieron, o.c.*, p. 26.

³⁸ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Una vida para Dios, Reflexiones en torno a la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, homilías y otros escritos, o.c.*, p. 20.

³⁹ A. LÓPEZ, *Estuve cerca de Monseñor Escrivá*, en R. SERRANO (ed.), *Así le vieron, o.c.*, p. 128.

⁴⁰ *Apuntes íntimos*, n. 1657. Esta nota fue luego trasladada a *Surco*, n. 273. Cit. en: *Positio*, p. 820.

«Sólo dejándose –escribe el P. Ambrogio Eszer, O.P.– moldear interna y enteramente por el amor de Dios podría convertirse en un humilde heraldo del mensaje radical de santidad que constituye el núcleo del Opus Dei»⁴¹.

En sus *Apuntes íntimos* se define como un instrumento «tosco y desproporcionado»⁴².

La humildad de san Josemaría –afirma el beato Álvaro del Portillo– «era la de quien desea ser dócil instrumento en las manos del artista, y se esfuerza por no obstaculizar el trabajo del artífice divino»⁴³.

El cardenal Marcelo González Martín, preguntándose por la fuerza interior capaz de explicar la eficacia apostólica de san Josemaría, la colocaba en «dejarse llevar», en la posesión de «un corazón pobre, no instalado, desprendido, abierto a todo, saturado de confianza en Dios en medio de las mayores pruebas»⁴⁴.

San Josemaría manifiesta en una carta a los fieles del Opus Dei:

«Cuando contemplo el sendero que hemos recorrido desde 1928, me veo, hijos, míos como un niño delante de un Padre buenísimo. A un niño pequeño no se le dan cuatro encargos de una vez. Se le da uno, y después otro, y otro más cuando ha hecho el anterior. ¿Habéis visto cómo juega un chiquillo con su padre? El niño tiene unos tarugos de madera, de formas y de colores diversos... Y su padre le va diciendo: pon éste aquí, y ése otro ahí, y aquel rojo más allá... Y al final ¡un castillo! (...) Y para abrir paso a este querer divino, verdadero fenómeno teológico, pastoral y social en la vida de la Iglesia, Dios me llevaba de la mano, calladamente, poco a poco, hasta hacer su castillo: da este paso – parece que decía –, pon esto ahora aquí, quita esto de delante y ponlo allá. Así ha ido el Señor construyendo su Obra, con

⁴¹ A. ESZER, *Actualidad eclesial del mensaje de Josemaría Escrivá*, en R. SERRANO (ed.), *Así le vieron*, o.c., p. 71.

⁴² *Apuntes íntimos*, n. 474. Cit. en: A. VÁQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, o.c., vol. III, p. 457.

⁴³ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Una vida para Dios, Reflexiones en torno a la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, homilias y otros escritos*, o.c., p. 90.

⁴⁴ Cardenal Marcelo GONZÁLEZ MARTÍN, ¿Cuál sería su secreto?, en «ABC», suplemento dominical (Madrid, 24-VIII-1975).

trazos firmes y perfiles delicados, antigua y nueva como la Palabra de Cristo»⁴⁵.

Difícilmente encontraremos expresiones en las que el olvido de sí, el desprendimiento propio, la actitud de abandono, el sentido de ser instrumento se manifieste de manera más plena.

Estas mismas convicciones se manifiestan en una carta que escribió en 1951:

«El Señor me ha tratado como a un niño: si, cuando recibí mi misión, hubiera llegado a darme cuenta de lo que me iba a venir encima, me hubiera muerto. No me interesaba ser fundador de nada. Siempre he sido enemigo de nuevas fundaciones: me habéis de entender el sentido en el que afirmo esto, ya que nunca se me ha pasado por la cabeza poner obstáculos al Espíritu Santo, y lo que digo no quiere ser peyorativo para nadie, pues respeto y amo a todos, y todas las antiguas fundaciones, lo mismo que las de los siglos inmediatos, me parecen actuales (...). El Señor, que juega con las almas como un padre con sus niños pequeños (...), viendo en los comienzos mi resistencia y aquel trabajo mío entusiasta y débil a la vez, permitió que tuviera la aparente humildad de pensar –sin ningún fundamento– que podría haber en el mundo instituciones que no se diferenciaron de la que Dios me había pedido. Era una cobardía poco razonable, la cobardía de la comodidad, y simultáneamente una confirmación de que no me interesaba, hijos míos, ser fundador de nada»⁴⁶.

Uno de los teólogos censores observa:

«Perfectamente consciente de su carisma y de su misión, el Siervo de Dios la ha cumplido no con la presunción y la arrogancia de los falsos profetas, sino con la humildad y la docilidad de los verdaderos Siervos de Dios»⁴⁷.

⁴⁵ Carta 25-I-1964, nn. 2 y 4. Cit. en: J.L. ILLANES, *Trascendencia de un acontecimiento: 2 de octubre de 1928. Datos para la comprensión histórico-espiritual de una fecha*, en «Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer» 6 (2002), p. 117.

⁴⁶ Carta 14-IX-1951, n.3. Cit. en: A. ARANDA, "El bullir de la Sangre de Cristo". *Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría, o.c.*, p. 21.

⁴⁷ *Positio*, p. 881.

San Josemaría no buscó realizar un proyecto surgido de su iniciativa personal. En un documento de 1934 –escrito para el pequeño grupo que le seguía entonces y pensando en los fieles que vendrían al Opus Dei en el futuro– se refiere al momento histórico de la Fundación:

«La Obra de Dios no la ha imaginado un hombre (...) Hace muchos años que el Señor la inspiraba a un instrumento inepto y sordo, que la vio por vez primera el día de los Santos Ángeles Custodios, dos de octubre de mil novecientos veintiocho»⁴⁸.

Siempre guardó una comprensible reserva sobre este suceso y sus circunstancias personales. Cuando tenía que hablar de este momento extraordinario de gracias, por humildad, era muy evasivo; aunque existía otra razón por la que no daba detalles: hacer ver a sus hijos que la Obra no se basaba en milagros⁴⁹.

Desde el primer momento, san Josemaría se entregó de lleno a la misión que le fue confiada. A pesar de la claridad con que vio el camino, comprendió que su realización implicaba un fenómeno teológico inédito en la Iglesia. Se sentía pequeño, sin medios, sin condiciones, sin relación alguna para emprender el camino que Dios acababa de pedirle⁵⁰.

«Concuerta con esta actitud de humildad y, a la vez, de secundar enteramente lo que Dios le pedía, el hecho de que el 2 de octubre de 1928, empezó a trabajar en la Obra de Dios y al mismo tiempo a buscar si existían otras instituciones semejantes a cuanto el Señor le indicaba, para pedir la admisión y ser el último. No se conformó con una búsqueda superficial, sino que le dedicó tiempo e interés, porque siempre se consideró un instrumento inepto para comenzar y hace el Opus Dei. Más tarde, ente la evidencia de la extensión y progresos de la Obra, decía con persuasión que todo lo había hecho el Señor, y que se había servido de la pata de una mesa para escribir su caligrafía divina»⁵¹.

⁴⁸ Instrucción 19-III-1934, nn. 6-7. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, o.c., vol. I, p. 297.

⁴⁹ Cfr. *ibid.*, p. 293.

⁵⁰ Cfr. A. SASTRE, *Tiempo de Caminar*, Rialp, Madrid, p. 62.

⁵¹ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 881.

Esta profunda humildad es aún más evidente si se piensa que atribuyó sus retardos en hacer la Obra a su «cobardía» y a una «falsa humildad»:

«Fui cobarde. Me daba miedo la cruz que el Señor ponía sobre mis hombros. Y, con una falsa humildad, mientras trabajaba buscando las primeras almas, las primeras vocaciones, y las formaba, decía: “hay demasiadas fundaciones, ¿para qué otra más? ¿Acaso no encontraré en el mundo, hecho ya, esto que quiere el Señor? Si lo hay, mejor es ir allí, a ser soldado de filas, que no fundar, que puede ser soberbia»⁵².

Esta idea de la cobardía no es otra cosa, en nuestra opinión, que un brote de humildad. Es decir, fruto de reconocer que, frente a la grandeza de las invitaciones divinas, había respondido con falta de entusiasmo y flojedad de entrega. Esto le llevaba a pedir humildemente perdón.

«Sé que durante muchos años, pensando que, con esa búsqueda de una institución semejante, se había resistido a hacer la Voluntad divina, se ponía de rodillas ante sus hijos y pedía perdón al Señor y a los miembros del Opus Dei, por su falta de generosidad. Esa misma convicción, en su humildad, de no haber sido instrumento dócil, la vivió hasta el final de su vida. Nos constaba, en cambio, su disposición habitual de secundar sin límites la Voluntad de Dios: jamás se oponía a los requerimientos de la gracia, ni se consideraba con méritos de ningún género, pues atribuía toda su acción a la misericordia y a la omnipotencia divinas»⁵³.

Denominó “Obra de Dios” la actividad apostólica que estaba desarrollando⁵⁴. No había presunción en adoptar este nombre: era un acto de humildad que le llevaba a reconocer el diseño de la Providencia⁵⁵.

⁵² *Apuntes íntimos*, n. 1870. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 317.

⁵³ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 882.

⁵⁴ Cfr. *Apuntes íntimos*, n. 126. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 334.

⁵⁵ «En otras ocasiones el Padre nos ha explicado que cuando oyó al Padre Sánchez hablar de la Obra de Dios, unió este nombre a la esencia de la Obra, de santificar el trabajo, convirtiéndolo en oración. Y con esta nueva interpretación ya no le pareció la denominación Obra de Dios algo presuntuoso, sino perfectamente lógico; y consideró además como un mandato divino -tal como lo escribió aquí- que la llamara así: Obra de Dios, Opus Dei» (BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, nota 146 a los *Apuntes íntimos*. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 334).

Además de atribuir exclusivamente a Dios la fundación del Opus Dei, era consciente de la intervención del Señor en cada acción relativa a la fundación y esta actitud la mantuvo hasta el final de su vida⁵⁶.

«Día 3 de octubre de 1935. -Desde aquel 2 de octubre de 1928, ¡cuántas misericordias del Señor! Hoy lloré mucho. Ahora que todo va muy bien, es cuando me encuentro flojo y como sin fortaleza. ¡Qué claramente se conoce que todo lo has hecho y lo haces tú, Dios mío!»⁵⁷.

En muchos fragmentos de sus *Apuntes íntimos* revela la propia convicción de no corresponder plenamente a la gracia de Dios, y si su esfuerzo parecía producir algún fruto, lo atribuía exclusivamente a la misericordia divina, a pesar de sus miserias. Tal convicción no lo inducía nunca al descorazonamiento o a alguna forma de tristeza:

«No me faltan crucecicas. Una de ayer -me costó hasta llorar- me ha traído a la consideración, en el día de hoy: que mi Padre y Señor S. José y mi Madre Santa María no han querido dejar a su niño -¡pobre borrico!- sin regalo de Reyes. Y el regalo ha sido luz para conocer mi desagrado con Jesús, por falta de correspondencia a las gracias, y el pecado enorme que supone en mí el oponerme, con mi conducta villana, a la Voluntad Santísima de Dios, que me quiere para instrumento de su Obra»⁵⁸.

Al final de su vida, considerando la labor apostólica del Opus Dei, tenía la sensación de haber hecho poco, y veía todos los frutos como don de Dios:

«Es para llenarse de vergüenza y de agradecimiento, y de más amor. Todo lo hecho hasta ahora es mucho, pero es poco: en Europa, en Asia, en África, en América y en Oceanía. Todo es obra de Jesús, Señor nuestro. Todo lo ha hecho nuestro Padre del Cielo»⁵⁹.

⁵⁶ Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 307.

⁵⁷ *Apuntes íntimos*, n. 1283. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 558.

⁵⁸ *Ibid.*, n. 1104. Fue transcrito en *Forja*, n. 624. Cit. en: *Positio*, p. 886.

⁵⁹ *Apuntes tomados de una tertulia, 19-III-1975*. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. III, p. 754.

Estaba convencido de que si se hubiese muerto, incluso inmediatamente después de la fundación, la Obra habría salido adelante igualmente; y estaba dispuesto a dejar de dirigirla en cualquier momento, si esta hubiera sido la Voluntad de Dios.

«Quede claramente indicado que Dios no me necesita. Es una misericordia amorosísima de su Corazón. Sin mí la O. [Obra] iría adelante, porque es suya y suscitaría otro u otros, lo mismo que encontró sustitutos de Helí, de Saúl, de Judas...»⁶⁰.

La convicción de la propia indignidad, alguna vez lo indujo a pedir al Señor que eligiera un instrumento más adecuado para realizar el Opus Dei. En 1937 escribió:

«Señor, llévame: desde el otro mundo –desde el Purgatorio–, podré hacer más por la Obra y por mis hijos e hijas: Tú promoverás otro instrumento más apto que yo –y más fiel–, para sacar adelante la Obra en la tierra»⁶¹.

Por este motivo cuando pensó que Dios le llamaba a dedicarse a una actividad dirigida a la atención pastoral de los sacerdotes diocesanos, estuvo dispuesto a abandonar el Opus Dei inmediatamente⁶².

«Pero Dios no lo quiso así, y me libró, con su mano misericordiosa –cariñosa– de Padre, del sacrificio bien grande que me disponía a hacer dejando el Opus Dei. Había enterado oficiosamente de mi intención a la Santa Sede (...) pero vi después con claridad que

⁶⁰ *Apuntes íntimos*, n. 1696. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 486.

⁶¹ *Ibid.*, n. 1389. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *A., El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. II, p. 104.

⁶² Entre los años 1948 y 1949 advirtió que era necesario dedicarse con más empeño a ayudar a los sacerdotes seculares diocesanos. Después de considerar el asunto muchas veces, de meditar y rezar, llegó a la conclusión de que sería necesario emprender una nueva fundación con el fin de ayudar a los sacerdotes diocesanos, incluso, aunque esto le exigiera abandonar el Opus Dei, puesto que, si Dios le pedía ese sacrificio, no dejaría de velar con su Providencia divina por esa Obra en la que, hasta el momento, le había hecho poner por entero su alma y su vida. Habló de esto con algunas personalidades de la Curia que le animaron en este propósito, y llegó a comunicar al Consejo General del Opus Dei, y a sus hermanos Carmen y Santiago, su decisión de dedicar todas sus energías a esa tarea de emprender una nueva fundación (cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. III, pp. 171-176).

sobraba esa fundación nueva, esa nueva asociación, puesto que los sacerdotes diocesanos habían también perfectamente en la Obra»⁶³.

Estaba persuadido de haber sido elegido por Dios para fundar el Opus Dei no sólo a pesar de sus miserias, sino precisamente debido a sus propias miserias; así se notaba mejor que la Obra había nacido por iniciativa divina.

«A pesar de mi miseria, y aun por mi misma miseria y bajeza, siento que me buscó el Señor para su institución»⁶⁴.

«¡Oh Señor! ¿Por qué me has buscado a mí –que soy la negación– habiendo tantos hombres santos, sabios, ricos y llenos de prestigio?»⁶⁵.

Encontramos la respuesta a esta pregunta en lo que había escrito poco antes meditando un pasaje del Evangelio:

«3 de marzo, 1932: In veritate dico vobis, multae viduae erant in diebus Eliae in Israel, quando clausum est coelum annis tribus, et mensibus sex: cum facta esset fames magna in omni terra: Et ad nullam illarum missus est Elias, nisi in Sarepta Sidoniae, ad mulierem viduam. Et multi leprosi erant in Israel sub Elisaeo propheta: et nemos mundatus est nisi Naaman Syrus (Lc 4, 25-27). Esta es la explicación de por qué me ha escogido a mí, en lugar de llamar a un buen sacerdote»⁶⁶.

b) Empeño por formar a otros en humildad

Una manifestación del amor por una virtud es el empeño que se pone porque otros la aprecien y la practiquen. San Josemaría «empujó constantemente a las almas a ejercitarse en la humildad, ayudándoles con su ejemplo, con sus conversaciones, con su reacción ante las humillaciones o los éxitos, y mediante la dirección espiritual. Junto al convencimiento de

⁶³ Carta 24-XII-1951, n. 3. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. III, p. 174.

⁶⁴ *Apuntes íntimos*, n. 27. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 498.

⁶⁵ *Ibid.*, n. 642. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 342. Después apareció transcrito en *Forja*, n. 365

⁶⁶ *Ibid.*, n. 628. Cit. en: *Positio*, p. 888.

que no somos nada –así lo predicaba constantemente– exigía la confianza para acometer las distintas labores apostólicas, en nombre del Señor, con la fortaleza de nuestro Padre Dios y la Omnipotencia de su gracia. Por eso, al mismo tiempo que recordaba nuestra condición de pobres instrumentos, que nada valían, nos aseguraba: “no olvidéis que ninguno de nosotros es pieza de bisutería, con poco o muy escaso valor. Por el amor de Dios, somos joyas, y Él nos ha comprado marcando el precio: su Cuerpo y su Sangre”»⁶⁷.

Este empeño por enseñar a amar y practicar la humildad era especialmente evidente cuando hablaba de la responsabilidad profesional de cada uno. «En su labor de almas, fomentaba la humildad en el recto ejercicio de la profesión, sin abandonar deberes ni derechos, para que en todos los ambientes hubiese una sólida presencia cristiana. Recuerdo que, al tratar con profesores de Universidad, Instituto, etc., aludía a la responsabilidad que tenían de formar a sus alumnos, y a que debían hacerlo con humildad, entregando toda su ciencia, colaborando con toda la disponibilidad posible para preparar a sus alumnos»⁶⁸.

San Josemaría puso especial empeño en ayudar a los sacerdotes a desempeñar con humildad sincera el sagrado ministerio. Les exhortaba, en particular, a predicar la palabra de Dios sin preocuparse de quedar bien. «Recordó constantemente a los sacerdotes, que debíamos predicar pensando también en nuestras necesidades personales y aplicándonos, por tanto, la meditación a nuestra propia vida»⁶⁹.

El deseo de ayudar a todos a avanzar en la práctica de la humildad lo empujaba a aprovechar incluso las conversaciones de la vida cotidiana para corregir –siempre con gran afecto, y con personal humildad y sencillez– las manifestaciones de soberbia que podían observarse en los otros:

«En las conversaciones, en las actuaciones, sabía cortar sin transigir, con buen humor y sin humillar, la falta de naturalidad, el descuido, la altanería. Eran correcciones llenas de cariño paterno, que no dejaban

⁶⁷ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 823.

⁶⁸ *Ibid.* Cit. en: *Positio*, p. 824.

⁶⁹ *Ibid.*

hundida a la persona. Recuerdo que, en una conversación con un eclesiástico, ante la insistencia con que hablaba de su capacidad, de sus posibilidades de hacer, de que no toleraba que le ignoraran, el Siervo de Dios le dijo con claridad: “si no te decides a pisar tu soberbia y a pasar por encima de esa miseria, no serás feliz. Y después, además has de sonreír, venga lo que venga. Sonreír sin sarcasmo, aunque cueste esfuerzo, porque hemos venido a trabajar, dándonos de verdad, sin buscar compensaciones, que no nos deben interesar”⁷⁰.

Con particular constancia e incisividad insistió siempre «en la necesidad de acudir humildemente y con corazón contrito al Sacramento de la Confesión. Acudía semanalmente a ese Sacramento, muy en la presencia de Dios. En 1962, nos aconsejaba: “sinceros con Dios y con nosotros mismos, en la dirección espiritual. Si no, no podremos vivir, no podremos estar serenos, no podremos estar pendientes de Dios”. Pedía la sinceridad llena de dolor, en los medios de formación personal y en la dirección espiritual. Insistía en que hemos de acudir a la dirección espiritual para que nos ayuden a conocernos y así crecer en humildad: no a razonar nuestras simplezas o faltas de correspondencia, ni a inventarnos excusas para seguir portándonos menos bien, o justificar nuestra entrega a medias»⁷¹.

B.3. Aspectos y partes de la humildad

Igual que hicimos al describir la enseñanza de san Josemaría exponemos ahora los testimonios sobre el modo en que vivió los diferentes aspectos de la virtud de la humildad en correspondencia con los de la caridad: humildad ante Dios, en relación con los demás y respecto a uno mismo; y, por último, dedicaremos un epígrafe a los testimonios acerca de una manifestación de la humildad a la que san Josemaría dedica gran espacio en su enseñanza: la humildad colectiva.

⁷⁰ *Ibid.*

⁷¹ *Ibid.* Cit. en: *Positio*, p. 825.

a) Humildad con Dios

San Josemaría tenía aguda la convicción de que la acción divina es absolutamente primordial, tanto en la vida personal como en lo que se refiere al caminar de la Iglesia. Lo experimentó en su propia existencia y en su misión como Fundador.

Todo bien proviene de Dios

Los biógrafos y los testigos de la vida de san Josemaría evidencian que estaba convencido de que todo lo que había de bueno en él y todo lo bueno que hacía provenía enteramente de Dios y no de su propia capacidad⁷². Este reconocimiento sincero de que todo lo positivo que se posee es un don de Dios es, en efecto, el aspecto principal y fundamental de la humildad.

Este convencimiento lo tenía tanto de las gracias sobrenaturales que había recibido como de sus cualidades humanas. En este sentido, afirma Joaquín Mestre que «no fue vanidoso, al contrario, sumamente humilde, si bien reconocía los dones y las gracias que el Señor le había concedido»⁷³.

La conciencia de los dones recibidos le hacía crecer en la seguridad de su propia nada⁷⁴.

«Me encuentro sin formación, para una labor tan grande, sin embargo he de confesar que Dios nuestro Señor me asiste hasta tal punto que, al hablar, a veces, me doy cuenta de que no digo cosas más, sino cosas muy hermosas que son suyas»⁷⁵.

⁷² «Cuanto he visto en su comportamiento y cuanto he escuchado de él ha sido para mí un ejemplo luminoso de lo que es la humildad. Estaba auténticamente convencido de deber todo a Dios y era esta verdad el fundamento de su humildad» (Testimonio de Mons. Joaquín Alonso. Cit. en: *Positio*, p. 827).

⁷³ Testimonio del Rev. Joaquín Mestre. Cit. en: *Positio*, p. 827.

⁷⁴ «Estaba dotado de excepcionales cualidades humanas y, por su trato con el Señor, también sobrenaturales. No las desconocía, pero de tal modo las atribuía a la gracia y a la misericordia divinas que personalmente se consideraba una nulidad, un instrumento inepto, una persona que, a pesar de recibir tanto del Señor, no acababa de corresponder a su delicadeza de amor» (Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 827).

⁷⁵ *Apuntes íntimos*, n. 921. Una constatación análoga la anotó en 1936: «Antes de la Misa, traté de hacer oración, para preparar la plática o fervorín: no logré conseguir ni una idea. Acudí al Señor y a mi Madre Santísima: no me abandonaron. Cuando llegó la hora de

Observó siempre el propósito de atribuir sólo a Dios toda la gloria: “*Deo omnis gloria!*”. Son palabras que aparecen con mucha frecuencia en sus manuscritos, a veces sólo con las iniciales (D.O.G.): era el lema en que se inspiraba y que repetía como jaculatoria para dedicar a Dios cada intención, cada afecto, cada iniciativa⁷⁶.

Una importante expresión de su anhelo por atribuir en todo la gloria a Dios era que «eludía con la mayor naturalidad las manifestaciones de gratitud, admiración, o entusiasmo de los que le escuchaban»⁷⁷.

Se comportaba de igual modo cuando alguien quería agradecerle un bien recibido de él directamente o a través del Opus Dei. Muchas personas tenían motivos de agradecimiento a san Josemaría: haber encontrado la fe, la alegría, la razón de vivir, la felicidad de una vocación, etc. Era muy frecuente que en cuanto se daba cuenta que alguno quería agradecerle algo, interrumpiera el discurso con garbo y energía diciendo: «gracias a Dios»⁷⁸.

San Josemaría «reaccionaba con alegría y agradecimiento al Señor ante todo lo que ocurriera. Repetía frecuentemente las palabras *omnia in bonum!*, para agradecer al Señor las contradicciones, las dificultades, y también las labores que iban dando fruto; así dirigía la mente y la voluntad a la gloria del Señor. Estas palabras han servido a muchos millares de personas para ver la mano del Señor en todo y aceptar sus disposiciones. Para buscar la gloria del Señor, y quitar de en medio su propia persona, utilizó también mucho otra jaculatoria sacada de la liturgia de la Misa, que extendió por el mundo entero: *ut in gratiarum semper actione maneamus!*»⁷⁹.

hablar, después de comulgar yo, pude decir una plática sencilla y sentida, que, por lo visto, hizo mucho bien. A mi madre del cielo lo atribuyo» (n. 1341). Cit. en: *Positio*, pp. 827-828. Contrariamente a cuanto san Josemaría afirmaba por humildad, su continua unión con el Señor reflejaba no sólo un don de Dios, sino también el fruto de una correspondencia generosa (Cfr. Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 256).

⁷⁶ Sólo en sus *Apuntes íntimos* se repite hasta 82 veces (Cfr. *Positio*, p. 828).

⁷⁷ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, pp. 206-207.

⁷⁸ El beato Álvaro del Portillo relata que ante la insistencia en darle las gracias a menudo respondía: «A mí no. Dios escribe una carta, la mete dentro de un sobre. La carta se saca del sobre, y el sobre se tira a la basura» (*ibid.*, p. 204).

⁷⁹ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 829.

San Josemaría, en 1931, con un parangón tan simple como profundo, exprimía la profunda convicción de que Dios obra sólo nuestro bien, también cuando permite el sufrimiento:

«El niño bobo llora y patalea, cuando su madre cariñosa hincó un alfiler en su dedo, para sacar la espina que lleva clavada... El niño discreto, quizá con los ojos llenos de lágrimas –porque la carne es flaca– mira agradecido a su mamá buena que le hace sufrir un poco, para evitar mayores males. Jesús, que sea yo niño discreto»⁸⁰.

Tal persuasión inspiró siempre su conducta, como se desprende de lo anotado el 12 de noviembre de 1932, refiriéndose a las penosas dificultades económicas por las que atravesaba:

«Todo esto no me desanima. Dios es mi Padre, y yo siempre he palpado su Providencia. –Por eso, ahora que, si cabe, me encuentro tan mal o más que cuando peor me encontré, es la hora de mi absoluta y rendida confianza. Jesús, creo en ti, espero en ti, porque te amo. Estoy seguro de que muy pronto pagarás con usura esta confianza mía, y tendré que escribir en mis Catalinas frases ardientes de enamorado agradecido y satisfecho. ¡Madre mía, dile que abrazo su Cruz y la bendigo! Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios sobre todas las cosas. Amen. Amen»⁸¹.

⁸⁰ *Apuntes íntimos*, n. 463. Cit. en: P. RODRÍGUEZ - C. ANCHEL - J. SESÉ, *Santo Rosario. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid 2010, p. 218. Fue una anotación escrita tres días después de finalizar Santo Rosario. Era un tiempo en que san Josemaría vivió y experimentó intensamente la filiación divina y la vida de infancia. Años después fue publicada en *Forja*, n. 329.

⁸¹ *Ibid.*, n. 387. Cit. en: *Positio*, p. 830. En términos parecidos se expresaba el 30.XI.1933: «¿Estás sufriendo una gran tribulación? – ¿Tienes contradicciones? Di, muy despacio, como paladeándola, esta oración recia y viril: “Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. –Amén. –Amén”. Yo te aseguro que alcanzarás la paz». (*Apuntes íntimos*, n. 1081. Anotación que después trasladó a *Camino*, n. 691. Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 811).

El «Hágase...» –esa larga jaculatoria, de entrega a la Voluntad de Dios–, estuvo frecuentemente en los labios de san Josemaría hasta el final de su vida⁸². En sus cuadernos aparece, al menos, dieciocho veces⁸³.

Esta disposición también la manifestó san Josemaría frente a las enfermedades y las incomprendiones de las cuales estaba convencido que Dios sacaba grandes bienes. Pongamos de relieve, por ejemplo, unas palabras de Mons. Pedro Cantero:

«También recuerdo que, refiriéndose a un suceso concreto, me dijo más o menos estas palabras: “Esas cosas que dicen son completamente calumniosas pero, cuando Dios lo permite, Él sabe por qué lo hace: no lo dudes, de todo esto saldrán bienes. Y, cuando Él quiera, la verdad de abrirá paso”. Su reacción era siempre igual: serena, con paz»⁸⁴.

¡Qué sólo Jesús se luzca!

Consecuencia de este aspecto de la humildad fue el deseo de vaciarse de sí mismo para dejar espacio a Cristo, haciendo suyo el lema de san Juan Bautista: «*illum oportet crescere, me autem minui*»⁸⁵. Tal anhelo estaba tan radicado en su alma, que lo manifestaba con naturalidad en las situaciones más comunes de la vida cotidiana. Así por ejemplo, relata Mons. Echevarría, «mientras subía o bajaba las escaleras, tenía la costumbre de repetir la jaculatoria del Bautista: “Señor, que Tú crezcas y que yo disminuya”»⁸⁶.

Evitó, siempre que pudo, el ruido, el lucimiento personal; huyó de todo protagonismo y procuró evitar –siempre que le fue posible– incluso la

⁸² Es una de las más antiguas plegarias recogidas en el *Enchiridion indulgentiarum* de la Santa Sede, que la sitúa dentro de las invocaciones “*Ad Deum unum et trinum*”. Cfr. PENITENCIARIA APOSTÓLICA, *Enchiridion indulgentiarum, Typis polyglottis Vaticanis*, 1950, p. 4, n° 4. Allí se le asigna indulgencia de 500 días y plenaria al mes. Fue concedida, primero, por la Sagrada Congregación para las Indulgencias (19-V-1818) y renovada, después, por la Sagrada Penitenciaría Apostólica (9-XII-1932).

⁸³ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, n. 691.

⁸⁴ Mons. Pedro CANTERO CUADRADO, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 79.

⁸⁵ Jn 3, 30.

⁸⁶ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 827.

comparecencia en público, a menos que lo exigiera el servicio a su misión sacerdotal y fundacional⁸⁷.

Mons. Abilio del Campo pone de relieve este deseo de san Josemaría que «tenía tanto empeño en la eficacia de su servicio a la Iglesia como en no buscar brillo alguno. A nadie se le oculta que, si él se lo hubiese propuesto, podría haber conseguido honores eclesiásticos, pero esto no era lo suyo: “Lo mío es –solía decir– ocultarme y desaparecer”»⁸⁸.

Este lema que se encuentra ya en sus *Apuntes íntimos*, aparece después en muchas de sus cartas. En una de ellas se refiere a la marcha de la Academia DYA –la primera labor apostólica del Opus Dei–, considerando como una especial bendición divina el hecho de que estuviera dirigida por jóvenes miembros del Opus Dei, lo que le permitía pasar oculto, cuando en realidad debía ocuparse prácticamente de todo:

«Estoy convencido de que el Señor bendice a estos jóvenes que llevan la Academia, en la que tantas facilidades encontramos para nuestro apostolado sacerdotal entre los intelectuales, cumpliendo por otra parte, la clara Voluntad de Dios sobre mí, que es “ocultarme y desaparecer”»⁸⁹.

Estas palabras reaparecen –casi como coronación de un ininterrumpido crecimiento en la virtud– en un escrito de los últimos meses de su vida, en la cercanía de sus bodas de oro sacerdotales:

⁸⁷ Cfr. J.L. ILLANES (dir.), *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. X.

⁸⁸ Mons. Abilio DEL CAMPO Y DE LA BÁRCENA, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 49. Mons. Del Campo (1908-1980) fue Obispo de La Calzada y Logroño. Formó parte del primer Consejo de Patronos para los Centros de estudios eclesiásticos de la Universidad de Navarra. Su abundante trato con san Josemaría le permitió describir sus virtudes con la autoridad de quien pudo apreciarlas directamente.

⁸⁹ *Carta 26-IV-1934*, p. 45; cfr. también *Apuntes íntimos*, nn. 92, 562, 925, 1819. Cit. en: *Positio*, p. 856.

«No quiero que se prepare ninguna solemnidad, porque deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma ordinaria de mi conducta de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca»⁹⁰.

No quería hacerse notar y distinguir. Encarnación Ortega recuerda que san Josemaría «actuaba con sencillez, evitando toda ostentación, y procurando trabajar mucho y hacer poco ruido: “trabajar por tres mil y hacer el ruido de tres”»⁹¹.

En toda su labor sacerdotal actuó siempre con esta humildad, evitando que las personas dirigidas por él se apegaran a su persona y buscaran imitarle:

«En la dirección espiritual evitaba de todos los modos posibles que las almas quedaran unidas a su persona. Quería conducir las almas al Señor, ayudarlas a asumir las propias responsabilidades ante Él, para esto deseaba permanecer en segundo plano, desaparecer para que resaltase que la eficacia sacerdotal se fundamenta *in persona Christi*. Por eso desde que lo conocí he visto que de vez en cuando decía a los que se dirigían con él: “hoy vas a confesarte con otro”»⁹².

Otra de las manifestaciones de su actitud habitual de ocultarse es la discreción con que llevó el nacimiento del Opus Dei. Relata el beato Álvaro del Portillo que no habló con nadie «de la misión que había recibido del Señor, a parte de las personas que se acercaban a la Obra y, ya mediado el año 1930, con su director espiritual, quien le aseguró muchas veces: “Todo esto es de Dios”. Hasta 1934 el Padre no habló claramente de la Obra a su madre ni a su hermana, a quienes, pese a la actitud prudente del Padre, no se les había escapado la intensidad de sus mortificaciones, signo evidente de que algo importante había aparecido en sus vidas»⁹³.

⁹⁰ Carta 28-I-1975. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. III, p.746.

⁹¹ Testimonio de Encarnación Ortega. Cit. en: *Positio*, p. 857.

⁹² Testimonio del beato Álvaro del Portillo. Cit. en: *Positio*, p. 861.

⁹³ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 73. «Sólo había contado algo a un antiguo profesor suyo de la Universidad civil de Zaragoza, don José Pou de Foxá, que en los primeros años treinta le pidió: “dime lo que te pasa, porque te encuentro muy diferente”. El Padre a raíz de esta pregunta le informó de alguna manera de su vocación divina» (*Ibid.*, p. 72).

Afirma Peter Berglar, que «fueron la humildad y la prudencia las que le llevaron a guardar silencio total durante largos años sobre las gracias que había recibido el 2 de octubre de 1928, siendo un evento fundamental en su vida y su mensaje. Era extremadamente parco cuando hablaba de las gracias místicas o carismáticas que el Señor le concedía, y que no se agotaron en aquel día de octubre»⁹⁴.

Esta norma de conducta la mantuvo en todos los aspectos de su vida. Así en 1932 hizo un retiro al que se llevó algunas cuestiones de conciencia, entre ellas si le convenía opositar a cátedras universitarias. Como respuesta anotó que su vocación le reclamaba:

«Ser sola y exclusivamente -y siempre- eso: sacerdote: padre director de almas, oculto, enterrado en vida, por Amor»⁹⁵.

Actuó también conforme a este lema que estamos comentando cuando en 1944 recibieron la ordenación sacerdotal tres miembros del Opus Dei: eran los primeros en ordenarse y todos eran conscientes, para empezar el propio Obispo de Madrid que les confirió las Órdenes, de que esto era fruto de la generosa dedicación del Fundador. San Josemaría prefirió no estar presente en la ceremonia porque quería evitar ser el centro de atención. Y así se comportó, en lo sucesivo, en todas las ordenaciones sacerdotales de sus hijos, que no fueron pocas⁹⁶.

Actuó así también en la ceremonia de apertura del Proceso de beatificación de un miembro del Opus Dei, Isidoro Zorzano, en octubre de 1948, en la que san Josemaría se sentó en el aula, entre los demás asistentes

⁹⁴ P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y Obra del fundador Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 69.

⁹⁵ *Apuntes íntimos*, n. 1679. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 473.

⁹⁶ Así lo describe Mons. José María García Lahiguera: «Considero como un acto de humildad del Siervo de Dios el que, pudiendo estar presente en las ceremonias, nunca haya estado presente» (Mons. José María GARCÍA LAHIGUERA, *Testimonio*, en J. URTEAGA (ed.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 36). Mons. García Lahiguera (1903-1989) fue Obispo de varias diócesis de España. Conoció a san Josemaría en 1932 y durante algunos años fue su confesor.

y tuvo que llamarle el señor Obispo para que ocupase un lugar distinguido⁹⁷.

En el gobierno del Opus Dei quiso valorizar el trabajo de sus colaboradores. Mantuvo una total y generosa disponibilidad para ayudar a los demás. «Esta disponibilidad, más aún, afán por desaparecer –escribe Mons. Javier Echevarría–, lo hemos presenciado constantemente en su trabajo de gobierno»⁹⁸.

Especial mención merece la humildad que manifestó durante muchos años –desde 1947 hasta casi el final de su vida– estando siempre en Roma, sin aparecer públicamente siguiendo el consejo de altas personalidades de la Santa Sede.

Mons. Javier Echevarría escribe que «junto a la fortaleza que mostró obedeciendo cuando le mandaron que permaneciera retirado en Roma, se ejercitó en la virtud de la humildad, puesto que pensó que no se perdía nada con su ocultamiento externo, que venía a coincidir con lo que quería durante toda su vida: ocultarse y desaparecer»⁹⁹.

En los años del Concilio Vaticano II, muchos Padres conciliares pidieron tener un encuentro con san Josemaría, que recibió a todos¹⁰⁰; sin embargo no intervino en ninguna de las tantas reuniones, recepciones y ruedas de prensa que se desarrollaron en aquella época en Roma y, en las cuales, participaban no sólo los Prelados presentes en el Concilio sino también muchas otras personalidades de la vida eclesiástica. Mons. Hervás narra:

«Aunque yo no lo vi por los lugares de las sesiones, ni en las reuniones y agasajos que por entonces, congregaban frecuentemente a tantos eclesiásticos en Roma, sin embargo su presencia espiritual, respetuosa con el quehacer de los Padres conciliares, sin pretender

⁹⁷ Cfr. Testimonio del Rev. José Luis Múzquiz. Cit. en: *Positio*, p. 858. El Rev. Múzquiz fue uno de los tres primeros sacerdotes del Opus Dei.

⁹⁸ Cfr. Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 858.

⁹⁹ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 859.

¹⁰⁰ Cfr. Mons. Juan HERVÁS BENET, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 198.

imponer ningún punto de vista, fue clarísima y de gran trascendencia para los que participábamos en aquella gran Asamblea»¹⁰¹.

Oración constante y petición de oraciones

Las súplicas constantes y el recurso a la oración de los demás nacían de su humildad, convencido de que la oración es eficaz no por nuestra bondad, sino por la misericordia de Dios:

«Me veo tan miserable, que reconozco que no soy digno de que Dios me oiga... Pero, ¿y los méritos de María? ¿Y las llagas de mi Señor? Y... ¿acaso no soy hijo de Dios? Además, me oye *quoniam bonus... quoniam in saeculum misericordia eius*»¹⁰².

La conciencia de tener una gran necesidad de rezar y de hacer rezar derivaba de esa dimensión de la humildad que es el conocimiento de la propia miseria y de la propia insuficiencia¹⁰³.

San Josemaría, «cuando aún era joven –casi recién ordenado– ya procuraba acercarse a los sacerdotes con objeto de buscar, para sus inquietudes y afanes –todo cuanto Dios le pedía–, el apoyo de su oración sacerdotal»¹⁰⁴ y después de haber recibido de Dios la iluminación sobre lo que quería de Él, el 2 de octubre de 1928, consciente de que sólo el Señor sacaría la Obra adelante, comenzó a crear una auténtica movilización de almas y plegarias:

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 199. Un recuerdo similar relata: «Durante el Concilio me dijo que no quería asistir a actos de representación social como almuerzos, recepciones, etc. en las embajadas porque no era aquel su lugar. Muchos periodistas le asediaron durante largas temporadas para pedirle declaraciones y hacerle entrevistas; su vida era –como hoy se dice– “noticia” y sé que sólo concedió contadas entrevistas, y todas para contribuir a difundir la doctrina del Magisterio o para hacer que resplandeciera la verdad sobre el carácter únicamente sobrenatural y apostólico del Opus Dei» (Mons. Francisco PERALTA BALLABRIGA, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, o.c., p. 268). Mons. Peralta (1911-2006) fue Obispo de Vitoria. Conoció a san Josemaría personalmente en 1945, en Madrid, y pronto surgió una buena amistad.

¹⁰² *Apuntes íntimos*, n. 1124. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica*, o.c., p. 304.

¹⁰³ Cfr. *Positio*, p. 832.

¹⁰⁴ Mons. Pedro CANTERO CUADRADO, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, o.c., p. 88.

«Desde el año 1928 procuré acercarme a almas santas, incluso a personas desconocidas, que tenían –como yo solía decir– cara de buenos cristianos: y les pedía oraciones»¹⁰⁵. «Tengo una verdadera monomanía de pedir oraciones: a religiosas, a sacerdotes, a seglares piadosos, a mis enfermos, a todos ruego una limosna de oración, por mis intenciones, que son, naturalmente, la Obra de Dios y vocaciones para ella»¹⁰⁶.

Son abundantes los testimonios de sacerdotes y religiosos a los que san Josemaría pidió oraciones durante estos primeros años de la Obra. En sus *Apuntes íntimos* se recogen abundantes referencias a esta necesidad que sentía en su alma de apoyar en Dios toda su vida¹⁰⁷.

Especialmente acudía a la oración de los pobres y enfermos que atendía en torno a 1930:

«Para sacar adelante la empresa que le pedía el Señor, que por su envergadura sobrenatural sobrepasaba todas las fuerzas humanas, el Siervo de Dios –en los comienzos y siempre– buscó ayuda ante todo en la oración de los pobres, los enfermos y los niños. Nos dejó clara esta lección de buscar nuestra fuerza en lo débil a los ojos del mundo, pero posee la riqueza insuperable de la gracia divina. Muy seguro

¹⁰⁵ *Carta 29-XII-1947/14-II-1966*, n.6. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, o.c., vol. I, p. 312.

¹⁰⁶ *Apuntes íntimos*, n. 302. «Sigo pidiendo oraciones hasta a personas desconocidas, religiosas, p.e., a quienes abordo en la calle, solicitando de su bondad la limosna espiritual de un “padre nuestro”» (*Ibid.*, n. 569. Los dos cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, o.c., vol. I, p. 312).

¹⁰⁷ En enero de 1929, estando a punto de morir una de las Damas Apostólicas del Patronato de Enfermos, del que san Josemaría era capellán, le suplicó que intercediera por él desde el cielo. Poco después escribió en sus *Apuntes*: «Recuerdo, a veces con cierto temor por si fue tentar a Dios u orgullo, que, estando moribunda Mercedes Reyna (...), sin haberlo pensado de antemano, me ocurrió pedirle, como lo hice, lo siguiente: Mercedes, pida al Señor, desde el cielo, que si no he de ser un sacerdote, no bueno, ¡santo!, se me lleve joven, cuanto antes. Después la misma petición he hecho a dos personas seglares –una señorita y un muchacho–, quienes todos los días ponen ante el buen Jesús esa aspiración» (*ibid.*, n. 70). La anotación es de los primeros días de julio de 1930. Mercedes Reyna O’Farril fue una religiosa del Patronato de Enfermos que murió en olor de santidad el 23 de enero de 1929. El Fundador se sintió inclinado a confiarse a su protección, a raíz de su muerte, pues la había atendido en los últimos días hasta el momento de morir (cfr. *Ibid.*, nn. 174, 178, etc). Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, o.c., vol. I, p. 314.

estuvo de que la Obra saldría adelante, porque la quería el Señor, y porque se había fundamentado en la ayuda potentísima de los débiles, de los desamparados, de los despreciados por este mundo, predilectos de Dios»¹⁰⁸.

Cuando san Josemaría recurría a la oración de los demás les decía, a menudo, que debían pedirle a Dios que pudiese ser «bueno y fiel» como el siervo de la parábola evangélica que fue alabado por el Señor al haberse comportado bien «en lo poco» (Mt 25, 21). La humildad le hacía valorar mucho las cosas pequeñas, pero no se sentía capaz ni siquiera de esto, si Dios, gracias a la intercesión de tantos, no lo hubiese ayudado.

La convicción del desnivel existente entre sus esfuerzos apostólicos y la magnitud de la empresa que se le había encomendado, le llevaba a recurrir con insistencia a los medios sobrenaturales. En una meditación predicada en 1975 decía:

«¿Qué puede hacer una criatura, que debe cumplir una misión, si no tiene medios, ni edad, ni ciencia, ni virtudes, ni nada? Ir a su madre y a su padre, acudir a los que pueden algo, pedir ayuda a los amigos... Eso hice yo en la vida espiritual. Eso sí, a golpe de disciplina, llevando el compás. Pero no siempre: había temporadas que no»¹⁰⁹.

b) Humildad en la consideración de sí mismo

Cada uno ha recibido de Dios determinados dones con vistas a su función dentro del Cuerpo de Cristo. La humildad quita lo que dificulta emplearlos en el cumplimiento de la propia misión, de acuerdo con la voluntad de Dios: impide «estimarse en más de lo que conviene» (cfr. Rm 12, 3).

El fundamento de la humildad de san Josemaría –escribe Umberto Farri– «consistía en la conciencia de lo poco que vale y puede el hombre ante la infinita grandeza de Dios; pero también en la inagotable maravilla

¹⁰⁸ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 831.

¹⁰⁹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *De la mano de Dios (Un texto inédito del Fundador del Opus Dei)*, en «Scripta Theologica» 13 (1981), p. 376.

ante la realidad de que Dios llama al hombre a participar de su vida y querer servirse de él»¹¹⁰.

Junto a la firme convicción de que todo lo bueno proviene de Dios y no de nosotros, la humildad lleva a tener una profunda conciencia de la propia debilidad y miseria. San Josemaría muchas veces repetía que él era «un Fundador sin fundamento»¹¹¹; «un pobre pecador que ama a Jesucristo, y que no acaba de aprender las lecciones que Dios me da»¹¹².

Durante los primeros meses de 1918 en el despertar de la vocación, que cambiaron y maduraron a san Josemaría por dentro, empezó a repetir con mucha frecuencia unas jaculatorias tomadas de la Sagrada Escritura para pedir ver con claridad la Voluntad de Dios. En primer lugar: *Domine, ut videam!* (Lc 18, 41). Después, lo completó añadiendo otra jaculatoria ingeniada por él mismo: *Domine, ut sit!*, e introdujo la intercesión maternal de la Virgen, *Domina, ut sit!*

El beato Álvaro del Portillo observa que esa perseverante oración antes del inicio del Opus Dei es una manifestación de verdadera y profunda humildad, mantenida después durante el resto de su vida:

«Cuando tenía apenas dieciséis años, sintió que el Señor le pedía algo que él no sabía qué era. Se identificó con el ciego del Evangelio que encontró a Jesús a lo largo del camino y repitió incansablemente la invocación de Bartimeo: “Señor, que vea!” De la conciencia de que todo lo recibía de Dios brotó una súplica humilde, perseverante, confiada, que nunca disminuyó a lo largo de su vida. Innumerables veces -he sido testigo desde 1935, pero pienso que lo hacía desde mucho antes- rezaba postrado en tierra e imploraba la gracia divina con la profunda convicción de que era la posición más adecuada para él, porque no tenía ningún mérito. Es más, me confió que tenía por costumbre hacer oración tumbado sobre el pavimento porque así advertía la bajeza de su condición y la necesidad de pedir perdón al Señor, de implorar su ayuda como convenía a su propia nada: así

¹¹⁰ Testimonio de Umberto Farri. Cit. en: *Positio*, p. 826.

¹¹¹ J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 301.

¹¹² Cfr. Testimonio de Fernando Valenciano. Cit. en: *Positio*, p. 833.

hizo cada día durante muchísimos años, hasta la vigilia de su muerte»¹¹³.

Manifestaba con frecuencia la sincera convicción de no ser nada, reflejando la poca estima que tenía de sí mismo.

«Conozco la ausencia en mí de toda preparación, para la empresa que pides. Y, cuando leo en los periódicos que tantos y tantos hombres de prestigio, de talento y de dinero hablan y escriben y organizan para defender tu reinado... me miro a mí mismo y me encuentro tan nadie, tan ignorante y tan pobre, en una palabra tan pequeño... que me llenaría de confusión y vergüenza, si no supiera que Tú me quieres así»¹¹⁴.

Ya hemos expuesto que san Josemaría tuvo como costumbre durante toda la vida parangonarse con un pobre borrico. A menudo repetía que era delante de Dios como un «borrico sarnoso»¹¹⁵ –incluso, durante una temporada, añadía a su firma las iniciales «b. s.» –, quería expresar con esta idea la persuasión de la propia miseria¹¹⁶.

¹¹³ Testimonio del beato Álvaro del Portillo. Cit. en: *Positio*, p. 831.

¹¹⁴ *Apuntes íntimos*, n. 615. Cit. en: *Positio*, p. 833. Este texto fue después publicado en *Forja*, n. 822.

¹¹⁵ J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 160.

¹¹⁶ A este respecto es interesante reflejar lo que el Señor le hizo comprender en 1932, con una locución sobrenatural: «Esta mañana, como de costumbre, al marcharme del Convento de Santa Isabel, me acerqué un instante al Sagrario, para despedirme de Jesús diciéndole: Jesús, aquí está tu borrico... Tú verás lo que haces con tu borrico...-Y entendí inmediatamente, sin palabras: “Un borrico fue mi trono en Jerusalén”» (*Apuntes íntimos*, n. 543. Cit. en: J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, 180). La autenticidad con la cual san Josemaría se veía retratado en la figura del borrico se manifestaba en episodios simples y familiares, llenos de espontaneidad: «Cierta día, para consuelo y estímulo míos, me permití pedirle un retrato suyo; y él me contestó enseguida: -“Sí, hombre, sí; con mucho gusto. Ahora mismo te lo doy”. Entró en una habitación contigua, trajo la pequeña reproducción de un asno forjada en tosco hierro, y me lo entregó, diciendo: -“Toma; ahí tienes un retrato mío”. Yo me quedé mirándole pasmado y sin chistar palabra, mientras él me sacaba de apuros: -“Sí, hombre, sí. Eso soy yo: un borriquillo. Ojalá sea siempre borriquillo de Dios, instrumento suyo de carga y de paz”» (Declaración del Rev. Joaquín Mestre. Cit. en: *Positio*, p. 835). Don Mariano Taberna, un canónigo de la Catedral de la ciudad, publicó en “El Diario de Ávila” su recuerdo de un lejano paseo con san Josemaría: «Sacó un cuadernillo de apuntes y me enseñó el lema que tenía escrito: *Ut iumentum factus sum apud Te, Domine...* ¿No te parece –me decía– que es un buen lema para un fundador? Yo lo traduzco así: Señor, si alguna vez, como

En 1932, recibió otra “locución divina”. Estaba desarrollando su ministerio sacerdotal en una comunidad de religiosas y queriendo alimentar el amor de Dios, recitaba interiormente una invocación con la audacia típica de su infancia espiritual, hasta que oyó en su corazón una respuesta del Cielo que le hirió profundamente, induciéndole a considerar su propia miseria, su poca correspondencia a la gracia. El hecho lo recogió en sus *Apuntes íntimos*:

«Y hoy, después de dar la Sagrada Comunión a las monjas, antes de la santa Misa, le dije a Jesús lo que tantas y tantas veces le digo de día y de noche: “Te amo más que estas”. Inmediatamente, entendí sin palabras: “obras son amores y no buenas razones”. Al momento vi con claridad lo poco generoso que soy, viniendo a mi memoria muchos detalles, insospechados, a los que no daba importancia, que me hicieron comprender con mucho relieve esa falta de generosidad mía. ¡Oh, Jesús! Ayúdame, para que tu borrico sea ampliamente generoso. ¡Obras, obras! Seguiré diciéndote muchas veces que te amo -¡cuántas te lo he dicho hoy!- pero con tu gracia, será mi conducta, serán las pequeñeces de cada día, con elocuencia muda, las que clamen delante de ti, mostrándote mi Amor»¹¹⁷.

Esta locución intelectual removió mucho a san Josemaría. Se ve por el texto y el contexto que cuando habla de su falta de generosidad con Dios se refiere a que comprendía que el Señor le pedía mucho más, y no porque hiciese poco. Pero el Señor le pedía más y, entendió así, que aunque su generosidad fuese mucha, era poca teniendo en cuenta todo lo que el Señor le daba, y todo lo que el Señor le pedía¹¹⁸.

Años más tarde, aquella locución divina, seguía “quemándole el alma”, es decir, hacerle considerar su miseria, estimulando sus propósitos eficaces de ser siempre más generoso y fiel en su relación con Dios. En 1934 escribió:

un jumento me empeño en meter la cabeza donde Tú no quieres, palo seco, Señor, hasta que aprenda...» (S. BERNAL, *Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1980, p. 315).

¹¹⁷ *Ibid.*, n. 606. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 417.

¹¹⁸ Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 417, nota 210.

«Dios mío, ¡cómo me duele aquel grito tuyo!: “obras son amores y no buenas razones”! Sin embargo, ¡qué vida de tibieza, la mía! ¡Qué miserable soy!»¹¹⁹.

Un pecador capaz de todos los errores

La humildad de san Josemaría le indujo no sólo a reconocer la propia miseria con la afirmación de su nada, sino a considerarse un pecador aunque su vida fuese objetivamente llena de virtud y de obras virtuosas; es la actitud propia de los santos, que se consideraron siempre grandes pecadores.

«¡Soy un miserable! Cuando firmo “el pecador”, lo hago convencido de escribir la verdad. ¡Dios mío, purifícame!»¹²⁰.

Mons. López Ortiz recuerda haber oído afirmar a san Josemaría: «yo no soy más que un pobre pecador, que ama con locura a Jesucristo»¹²¹. Durante toda su vida mantuvo esta actitud, como refieren estas otras palabras del beato Álvaro del Portillo:

«En 1939 san Josemaría me mostró algunas cartas escritas a su director espiritual, al Obispo de Madrid o al Vicario General, en las cuales ya firmaba “el pecador Josemaría”. Cuando recibía noticias de algunos que lo alababan o lo calumniaban sin conocerlo –se trataba de las dificultades que le ponían “los buenos” o las persecuciones de parte de los enemigos de la Iglesia–, solía hacer un comentario del tipo: “Se equivocan los dos, algunos me consideran un santo, mientras yo soy un pecador; y otros entienden que yo soy sólo un pecador. Pero, en realidad, esto es lo que soy: un pecador que ama con locura a Jesucristo”. Tales afirmaciones dictadas desde su humildad estaban en contraste con su ejemplo de virtud, sin embargo las repetía a menudo. En 1970 confirmó: “Hijos míos, yo soy un pecador, pero aborrezco con todas mis fuerzas el pecado y preferiría mil veces morir antes que ofender a Dios. Por eso, le pido frecuentemente cada día que me agarre siempre de su mano, que me

¹¹⁹ *Apuntes íntimos*, n. 496. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 977.

¹²⁰ *Ibid.*, n. 1600. Cit. en: *Positio*, p. 837.

¹²¹ José LÓPEZ ORTIZ, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, pp. 241-242.

haga ver mi poquedad y me conceda una compunción siempre más sincera por las veces en que no he sido fiel"»¹²².

Muy significativo de su humildad es que no sólo se consideraba un gran pecador sino que estaba profundamente convencido de ser «capaz de todos los errores y de todos los horrores»¹²³.

Los *Apuntes íntimos* denotan que la conciencia de ser un pecador era fruto auténtico y sincero de su humildad. De hecho consta que durante años, y en particular en 1932, además de atravesar condiciones de extrema penuria, practicaba durísimas penitencias, con ayunos rigurosos: entonces, su humildad era tal que consideraba hasta el hambre que advertía continuamente como el signo de un persistente vicio de gula, por lo que se empeñaba, sin descorazonarse, a relanzar su lucha ascética, confiando no en sus fuerzas sino en la ayuda de Dios y de la Virgen:

«Jesús, tu borrico cree en ti, te ama y espera. Hazme santo mi Dios, aunque sea a palos. No quiero ser la rémora de tu Obra. Quiero corresponder, quiero ser generoso... Pero, ¿qué querer es el mío? A mi Madre y, especialmente en estos días, a mi Padre y Señor San José les hago presente mi condición, mi miseria, mis naturales inclinaciones de glotonería y pereza, vicios de borrico, de niño, que avergüenzan y humillan... y que obstaculizan el camino que me lleva a Dios. ¡Oh, Jesús: cada día estoy menos seguro de mí y más seguro de Ti!»¹²⁴.

La sincera convicción de ser un pecador fue constante en su vida, «consideraba que la mejor devoción eran los actos de contrición, y con frecuencia decía de sí que era un pobre pecador, que estaba lleno de errores y flaquezas personales»¹²⁵.

La disposición habitual a la contrición deriva de la delicadeza de conciencia, que es fruto de la humildad, y que lleva a considerar como ofensa a Dios incluso las más leves imperfecciones. Se comprende así, por

¹²² Testimonio del beato Álvaro del Portillo. Cit. en: *Positio*, p. 836.

¹²³ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *ibid.*, p. 839.

¹²⁴ *Apuntes íntimos*, n. 699. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 841.

¹²⁵ Mons. Juan HERVÁS BENET, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, 30.

qué san Josemaría nunca dejó de evidenciar incluso las pequeñas faltas de su vida:

«He comprobado, en las aperturas confidenciales de su alma, que nunca se dejó dominar por los escrúpulos. Pero, al mismo tiempo, estaba muy atento a cuanto pudiese suponer imperfección en su lucha cotidiana. A este respecto, recuerdo haberle oído comentar en más de una ocasión, con dolor sincero y contrito, su arrepentimiento cuando le parecía que no había puesto atención en algunas oraciones vocales. Aquellas faltas de correspondencia en su diálogo con el Señor, le llevaban a un gran dolor de amor. No se extrañaba de que le hubieran ocurrido, al considerar - en su humildad- la bajeza y la poquedad de su persona; le dolían por lo que entrañasen de falta de atención al amor de ese Dios siempre pendiente de nosotros»¹²⁶.

La profundidad de su espíritu de contrición hacía que tuviese un gran amor por el Sacramento de la Penitencia, que recibía con frecuencia y con puntualidad. Es más, tenía como costumbre recurrir a la Confesión sacramental como el mejor modo de festejar cualquier aniversario. Al considerar el tiempo transcurrido llegaba a la conclusión de que tenía muchos buenos motivos para pedir perdón a Dios¹²⁷.

Siempre comenzando en la vida espiritual

Los dos aspectos inseparables del reconocimiento de la propia miseria -la conciencia de la propia nada y la conciencia de ser pecador- llevaban a san Josemaría a considerarse un principiante en la vida espiritual, por lo que era constante y operativo su propósito de recomenzar incesantemente a recorrer el camino de la plena identificación con Cristo¹²⁸.

Esta actitud de profunda humildad se observa desde los primeros escritos autobiográficos de san Josemaría.

«El día de S. Agustín, considerando mis flaquezas, pensé que era ocasión muy hermosa para decir una vez más y de verdad: *nunc coepi!*

¹²⁶ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 840.

¹²⁷ Cfr. BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, pp. 146-147.

¹²⁸ Cfr. *Positio*, p. 840.

Pero, desgraciadamente, no veo en mí la mudanza de la diestra del Señor..., y, sin embargo, Jesús mío, desde la bajeza mía te grito: ¡Ayúdame, porque quiero cumplir tu Voluntad, amabilísima Voluntad!»¹²⁹.

Hasta su muerte estuvo sinceramente convencido de encontrarse en los inicios de la vida espiritual; nos lo enseñan las palabras pronunciadas en la meditación de la vigilia de las bodas de oro de su ordenación sacerdotal, sólo tres meses antes de morir:

«A la vuelta de cincuenta años, estoy como un niño que balbucea. Estoy comenzando, recomenzando, en cada jornada. Y así hasta el final de los días que me queden: siempre recomenzando. El Señor lo quiere así, para que no haya motivos de soberbia en ninguno de nosotros, ni de necia vanidad»¹³⁰.

Fue precisamente la humildad lo que le indujo a comenzar y recomenzar sin descanso la lucha ascética y esto explica –afirma Mons. Pedro Cantero– porqué «su virtud iba madurando con los años, día a día, y haciéndose mayor. Cuando le conocí era ya un hombre y un sacerdote hecho y maduro pero no en vano escribió que “las almas, como el buen vino, mejoran con el tiempo”. La santificación de Josemaría era algo dinámico, no era la suya un alma que se estancase en un grado de virtud –por alto que fuese– sino que, hasta el último minuto de su vida, se esforzó en mejorar y, con la gracia de Dios, su santidad se fue haciendo más y más grande»¹³¹.

El amor y la humildad en la vida de san Josemaría –afirma el beato Álvaro del Portillo– «infundían a su oración y a su acción apostólica una audacia filial. La consecuencia práctica era ese continuo comenzar y recomenzar en la vida interior. Una vida, pues, que recorre el itinerario del

¹²⁹ *Apuntes íntimos*, n. 818. Cfr. nn. 905, 1349, 1574. Cit. en: *Positio*, p. 840.

¹³⁰ Notas de una meditación, Roma 27-III-1975, Jueves Santo. Cit. en: S. BERNAL, *Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 317.

¹³¹ Mons. Pedro CANTERO CUADRADO, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 78.

hijo pródigo, siempre volviendo y volviendo –con rendida confianza– a la misericordia de Dios Padre»¹³².

Nunca buscar los honores terrenos

Mons. Pedro Cantero resume que san Josemaría «había dejado todas las cosas completamente, incluso cosas legítimas como las que pertenecían a lo que llamábamos en aquel tiempo, “hacer carrera eclesiástica”. No tenía ninguna aspiración de brillo humano y no le movía otro pensamiento que la plena dedicación al servicio de la Iglesia, dónde y en el modo en que Dios le había llamado»¹³³.

Desde el principio de su vocación sacerdotal quiso hacer siempre la Voluntad de Dios, no buscó cargos ni honores y, en absoluto, escogió el sacerdocio como salida ante la situación económica de sus padres.

«En aquella época –y no ofendo a nadie–, ser sacerdote era una especie de función administrativa. Las diócesis iban adelante como una máquina vieja, chirriando de vez en cuando, pero funcionaban. Los seminarios estaban llenos, con mejores o peores profesores, pero desde luego no había nadie que fuera heterodoxo, o que llevara mala conducta, al menos públicamente. De allí salían para hacer su “carrera”. Se comportaban bien y procuraban ir de una parroquia a otra mejor. El que estaba preparado, hacía oposiciones a una canonjía; cuando pasaba el tiempo, entraba en el Cabildo... Del Cabildo salían los elementos necesarios para ayudar en el gobierno de la diócesis,

¹³² BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Una vida para Dios, Reflexiones en torno a la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, homilias y otros escritos, o.c.*, p. 22.

¹³³ Mons. Pedro CANTERO CUADRADO, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 64. Son numerosas las circunstancias en que san Josemaría rechazó cargos de notable prestigio: a comienzos de los años treinta algunas personas prudentes le aconsejaron presentarse a una oposición para una cátedra universitaria o para una canonjía, obtener, en definitiva, un puesto destacado; en 1931 don Pedro Poveda le ofreció el nombramiento de Capellán Palatino; en 1933 Ángel Herrera, entonces Presidente de la Acción Católica española, le ofreció la dirección de un prestigioso centro para la formación de los Asistentes eclesiásticos de la institución; el Obispo de Cuenca le ofreció una canonjía; en todos estos casos decidió no aceptar para dedicarse enteramente a la Obra que el Señor le inspiraba (cfr. BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, pp. 204-205).

para la formación del clero en el seminario. Y a mí, todo eso no me interesaba»¹³⁴.

Agustín Callejas y Jesús López Bello, que coincidieron con san Josemaría los cinco años en el Seminario, lo expresaban así:

«Él no pretendía en absoluto “hacer carrera”, en el sentido que entonces se decía de algunos eclesiásticos, sino que miraba más allá. Se notaba que llevaba algo por dentro que hacía que el Seminario resultase un marco estrecho para sus inquietudes»¹³⁵

«No era una persona Josemaría que pensase en el sacerdocio como un camino para “hacer carrera”, tal como podían pensar algunos eclesiásticos en la mentalidad de la época: Todo lo contrario, la consideración del sacerdocio en Josemaría era grande y profunda a la vez»¹³⁶.

c) Humildad ante los demás

San Pablo exhorta a obrar «considerando cada uno a los demás como superiores» (Flp 2,3). De las declaraciones de muchas personas se deduce que san Josemaría puso en práctica esta enseñanza del Apóstol¹³⁷:

«La humildad interior, por la que se creía poca cosa e inferior a otros muchos, y un gran pecador. Y la exterior, que manifestaba estos sentimientos interiores, en sus palabras y en sus obras. De mis contactos con él, unos meramente presenciales y otros confidenciales, deduje ya desde el principio, que, siendo santo, sabía no hacer el

¹³⁴ Apuntes de una meditación, 1975. Cit. en: J. TOLDRÁ PARÉS, *Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1925)*, o.c., p. 178.

¹³⁵ Testimonio de don Agustín Callejas Tello. Cit. en: R. HERRANDO, *El seminario de S. Francisco de Paula*, o.c., p. 159.

¹³⁶ Testimonio de don Jesús López Bello. Cit. en: R. HERRANDO, *El seminario de S. Francisco de Paula*, o.c., p. 159.

¹³⁷ «Se consideraba inferior a todos», dice su hermano Santiago Escrivá de Balaguer; «Respecto a su persona se consideraba inferior a los demás» (Testimonio del Rev. Heliodoro Gil Rivera. Cit. en: *Positio*, p. 843).

santo. Todos los santos fueron así. Por eso, precisamente, lo tuve siempre por santo»¹³⁸.

Por este motivo desde los primeros años de sacerdocio, san Josemaría pensaba tener necesidad de la ayuda de Dios y de la Virgen. En 1930 escribió:

«Y yo mismo ahora, con audacia... filial, Te digo: Acuérdate, Señora, de que tengo más derecho que otros hombres a tus cariños de Madre: Porque soy dos veces tuyo, desde el bautismo (José, María, Julián, Mariano): Porque soy el peor de Tus hijos... y quiero enmendarme»¹³⁹.

Esta actitud interior se manifestaba en múltiples aspectos de la vida ordinaria y del ministerio sacerdotal. Cuando, por ejemplo, recordaba los años dedicados a una determinada actividad, pensaba inmediatamente que cualquier otro habría hecho las cosas mejor y con mayor provecho espiritual¹⁴⁰.

Del mismo modo, si sentía el deber de corregir a alguno, no por esto se sentía mejor, es más la corrección misma era siempre un buen motivo para aumentar la conciencia de la propia miseria:

«A veces, si debía hablar con firmeza a alguno, además de rezar intensamente sin que se notase, trazaba con la lengua una cruz en el

¹³⁸ P. José LLAMAS, OSA, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 77.

¹³⁹ *Apuntes íntimos*, n. 130; cfr. nn 122 y 447. Cit. en: *Positio*, p. 844.

¹⁴⁰ Así, en 1931, cuando se disponía a dejar el ministerio realizado en el Patronato de Enfermos de Madrid, escribió en sus *Apuntes íntimos*: «Voy a dejar el Patronato [...]. Otro sacerdote, en mi caso, durante estos años, se habría hecho santo. Y yo, en cambio...» (*ibid.*, n. 207). Incluso cuando se daba cuenta de que alguno tenía un razonamiento objetivamente equivocado, continuaba pensando que era peor que él, como demuestra lo que escribió en sus *Apuntes*: «Me ha hecho mucho daño oír decir a un señor sacerdote que no deben ser ricos los vasos sagrados, que prefiere -decía- ver al Ssmo. Sacramento en recipientes de estaño antes que ver a gentes que pasen necesidad; hasta el punto que, de buena gana, vendería Custodias, Cálices, y Copones... ¡Dios mío! Yo, que os he ofendido tanto y que, sin ninguna duda, valgo delante de Ti incomparablemente menos que aquel señor cura, opino de muy distinto modo» (*ibid.*, n. 112. Cit. en: *Positio*, p. 844).

suelo, en reconocimiento de la propia bajeza: “Yo no puedo nada, Dios hará todo, a través de las palabras que pondrá en mis labios”»¹⁴¹.

El período que pasó como Superior en el Seminario de San Francisco de Paula fue para él un tiempo en el que aprendió a usar la autoridad. Desde el principio «comprendió que reclama la honradez, la ecuanimidad de una actitud recia, el dominio de sí mismo y el justo medio entre la rigidez y la elasticidad; y, sobre todo, el propio ejemplo, la abnegación personal y callada y la humildad interior. Gracias al trato continuo con Dios, a la oración, a la penitencia, a la Eucaristía, estas cualidades llegaron a desarrollarse con creces. Zaragoza se convirtió en un paso decisivo en este camino. San Josemaría no daba importancia a lo que hacía, ni alardeaba de nada: con naturalidad, hacía lo posible para pasar inadvertido»¹⁴².

La educación y la cultura de san Josemaría eran más refinadas que las de la mayoría de los seminaristas; pero a pesar de esto, no se sintió jamás superior a ellos¹⁴³.

¹⁴¹ Testimonio del beato Álvaro del Portillo, p. 1955. Cit. en: *Positio*, p. 844. No se trataba de un reconocimiento genérico de la propia miseria, porque san Josemaría pensaba que debía mejorar personalmente en aquel aspecto concreto que se disponía a corregir a otro: «Habitualmente se incluía entre quienes debían superar el defecto: “tú y yo, por nuestra debilidad tenemos que cuidar...” y hacía la corrección oportuna. Actuaba así, no sólo para no humillarle innecesariamente, sino porque sentía la necesidad de esforzarse en aquello, luchando más por desarraigar lo que de esa limitación quedara en su propia vida» (J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 128).

¹⁴² P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y Obra del fundador Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 27. «Era muy sencillo. Me parece que nunca tuvo formas autoritarias. Era sencillísimo. Usaba de su autoridad con afabilidad, sin intemperancias. No se imponía arbitrariamente como puede ser frecuentemente en el que manda. Desde luego no dejaba de llamar la atención cuando era necesario: si alguien faltaba, se lo advertía e imponía el correctivo correspondiente, pero con buenas maneras (...). No recuerdo haberle visto nunca enfadado. Creo que lo puedo señalar como una buena cualidad porque motivos –aunque fuesen pequeñas cosas– los había. Podía estar justificado el enfado de un Inspector, de cuando en cuando. Nunca lo vi enfadado. Posiblemente le costaría ese dominio de su temperamento. Tampoco le oí murmurar. Nunca vi que se quejase de que el rectorado hubiese determinado una cosa u otra» (Testimonio de don Jesús Val Olona. Cit. en: R. HERRANDO, *El seminario de S. Francisco de Paula, o.c.*, p. 181).

¹⁴³ «A pesar de su educación primitiva, superior a la de otros seminaristas, no se juzgaba superior a ellos, tratándoles con sencillez y fraternidad. Siendo Inspector, no trató con imperio ni despotismo a nadie, sino con amor fraterno» (Testimonio del Rev. Jesús López Bello. Cit. en: R. HERRANDO, *El seminario de S. Francisco de Paula, o.c.*, p.159).

En los años de Seminario tenía muy en cuenta la opinión de los demás y agradecía las correcciones de sus discípulos:

«Tengo la sensación de que san Josemaría en aquellos años del Seminario me tenía una confianza y admiración que considero inmerecida. Recuerdo que entonces me consultaba todas las cosas con gran sencillez y quería conocer mi opinión. También me rogaba siempre que le corrigiese en todo lo que yo considerase oportuno. Era muy característico de Josemaría –como he podido comprobar más tarde– buscar este apoyo, a pesar de su categoría humana, con sus amigos»¹⁴⁴.

La convicción de valer menos que los otros aparecía especialmente viva en el alma de san Josemaría cuando debía predicar o dirigir espiritualmente otros sacerdotes:

«Recuerdo que cuando hablaba a sacerdotes o tenía que dirigirlos, solía decir sencilla y humildemente que era como “vender miel al colmenero”, pero la vendía y con gran provecho para los que le escuchaban»¹⁴⁵.

Otra manifestación habitual de este aspecto de la humildad es la capacidad de descubrir y reconocer las cualidades y las virtudes del prójimo: es la dimensión de la humildad que impide de raíz el nacimiento de la envidia.

«Los talentos, las cualidades y las virtudes de sus hijos en Cristo, llenábanle de gozo, aunque se tratara de pequeñeces. Más de una vez le oí decir: “Yo soy un pobre pecador que vive entre santos”»¹⁴⁶.

En 1932 san Josemaría escribió: «Propósito: no habiendo verdadera necesidad, nunca hablaré de mis cosas personales»¹⁴⁷. Esta actitud, tan contraria a la vanidad, estaba profundamente enraizada en san Josemaría desde mucho antes, como atestiguan sus compañeros de estudio:

¹⁴⁴ Testimonio de don Francisco de Paula Moreno Monforte. Cit. en: R. HERRANDO, *El seminario de S. Francisco de Paula, o.c.*, p. 184.

¹⁴⁵ Mons. Pedro CANTERO CUADRADO, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 89.

¹⁴⁶ Declaración del Rev. Joaquín Mestre. Cit. en: *Positio*, p. 844.

¹⁴⁷ *Apuntes íntimos*, n 735. Cit. en: *Positio*, p. 861.

«Respecto a esta virtud de la humildad, solamente puedo decir que yo le vi siempre como un compañero llano, sencillo y humilde en su trato con todos; y nunca le vi dar muestras de ostentación, de vanidad, de soberbia, aunque tuviese buenas calificaciones»¹⁴⁸.

Giuseppe Molteni recordaba que «cuando se dirigía al Señor para pedir cualquier cosa que necesitaba, a menudo presentaba los méritos de Nuestro Señor, de la Virgen y de los Santos, “y los de mis hijos”, porque él se consideraba personalmente despojado de méritos delante del Señor. Otras veces le he oído pronunciar este dicho italiano: “la sangre del soldado hace grande al capitán”, que utilizaba para decir que la expansión del apostolado del Opus Dei en el mundo era fruto, además de la gracia de Dios, del trabajo y del sacrificio de sus hijos, y que él no había hecho prácticamente nada»¹⁴⁹.

Una manifestación clara de la convicción de valer menos que los demás y estar pronto a apreciar con alegría las cualidades de otros era la habitual disposición interior de san Josemaría de querer aprender de los demás.

«Acogía a todos sin sentirse superior a ninguno y estaba visiblemente contento después de cada encuentro porque eran ocasiones de aprender y ayudar sacerdotilmente a aquellas personas»¹⁵⁰.

«Dedicó gran atención a la formación catequética tanto de gente adulta, como de muchachos y de niños. Se detenía con particular cariño en la atención de estos últimos, preparándoles para la Primera Comunión, y siguiendo de cerca su formación a través de la dirección espiritual. De esta labor le he oído hablar –al estimular a sus hermanos sacerdotes–, puntualizando que se pasaba horas y horas atendiendo a los niños: “era yo

¹⁴⁸ Testimonio de don Luis Palos Iranzo. Cit. en: *Positio*, p. 862.

¹⁴⁹ Testimonio de Giuseppe Molteni. Cit. en: *Positio*, p. 845.

¹⁵⁰ Testimonio del beato Álvaro del Portillo. También Mons. Javier Echevarría atestigua «esta misma actitud, por la que se veía nada y menos que nada, mientras valoraba mucho la entrega ajena, la observábamos en sus comentarios sobre las visitas que recibía. Nos decía con frecuencia que estaba maravillado de la generosidad con que la gente procura responder al Señor, con una vida cristiana. Explicaba que de aquellos encuentros salía enriquecido, porque aprendía a luchar en su vida cotidiana. Centenares de veces nos ha comentado después de estas visitas: “a su lado, me veo como un pigmeo, y agradezco al Señor estas continuas enseñanzas que me da”». Cit. en: *Positio*, p. 845.

el mejor y el más beneficiado, porque aprendía a tratar a Dios con el candor de los niños, y también a fomentar el espíritu de contrición en mi vida al ver el dolor sincero de esas almas ingenuas, cuando pensaban que habían ofendido al Señor, en cosas que a lo mejor no constituían ni faltas: para esas criaturas eran motivo de pena, ya que consideraban que Jesús estaba enfadado con ellos, y me empujaban a hilar más fino en mi propia vida”»¹⁵¹.

San Josemaría llamaba a su trabajo sacerdotal “una catequesis”. «Una catequesis para enseñar; y una catequesis que el Padre empleaba –demostrándolo con hechos– para aprender. (...) Por eso repetía incansablemente durante su ministerio de almas que “continuamente aprendía de los demás”. Las reacciones de los otros ante los requerimientos del Señor, constituían un motivo más para profundizar en su entrega»¹⁵².

San Josemaría tuvo siempre con los miembros del Opus Dei un comportamiento basado en la sencillez, un afecto paternal y una total naturalidad.

«A lo largo de los años que he convivido con el Siervo de Dios, he podido contemplar que no buscó ni el aplauso ni un desordenado afecto de la gente hacia su persona. (...) Dejando bien claro –en su humildad heroica– que se veía “nada y menos que nada” y que con su trabajo no buscaba ningún aplauso terreno, ni siquiera de parte de sus hijos»¹⁵³.

Durante los primeros años de la Obra le costaba ser llamado Padre. Siendo consciente de ser el Fundador, buscaba permanecer como en un segundo plano.

Sin embargo esta actitud cambió. Será precisamente profundizar en la humildad lo que llevará a asumir sin vacilación la tarea que lo esperaba.

«Veo cómo el Señor me da decisión y fortaleza, que en otros tiempos no tuve. Hasta el año 1933 me daba una especie de vergüenza de

¹⁵¹ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 846.

¹⁵² J. ECHEVARRÍA, *Mons. Escrivá de Balaguer, un corazón que sabía amar*, o.c., p. 10.

¹⁵³ IDEM, *Memoria del Beato Josemaría*, o.c., pp. 307-308.

llamarme “Padre” de toda esta gente mía. Por eso, yo les llamaba casi siempre hermanos, en vez de hijos. Es un detalle»¹⁵⁴.

Precisamente por estar anclada en la humildad, esta decisión de ser “el Padre”, no supuso un cambio de actitud frente a los miembros de la Obra. Puede observarse como diversas personas cuentan sus recuerdos a lo largo de distintos momentos de su vida reflejando esta relación sencilla y paterna de san Josemaría:

«Su humildad era esto: aire de familia, cordialidad y buen humor»¹⁵⁵.

También los que no pertenecían al Opus Dei se daban cuenta de este modo de proceder, las relaciones con sus hijos estaban llenas de una espontánea afectuosidad fuera de toda formalidad¹⁵⁶.

Pensar en los demás con deseo de servir

Entre los testimonios acerca de la preocupación por los demás que mostraba san Josemaría hay quien habla de «verdadera y propia pasión por hacer felices a los otros»¹⁵⁷, quien de una universal «disposición de servicio»¹⁵⁸, quien de un «corazón abierto para todos»¹⁵⁹. Otros que acentúan la «gran disponibilidad para cuantos acudían a él»¹⁶⁰, o su capacidad de ofrecer siempre un «afecto entrañable»¹⁶¹. Juan Bautista Torelló ilumina con claridad la fuente de tales cualidades:

¹⁵⁴ *Apuntes íntimos*, n. 1293. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 555.

¹⁵⁵ Testimonio de Vincenzo Montillo. Cit. en: *Positio*, p. 874.

¹⁵⁶ Cfr. Testimonio del Card. Joseph Höffner y testimonio prof. Kurt Hriská. Cit. en: *Positio*, p. 875.

¹⁵⁷ Testimonio de Mons. Joaquín Alonso. Cit. en: *Positio*, p. 7.

¹⁵⁸ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 7.

¹⁵⁹ Testimonio de Fernando Valenciano. Cit. en: *Positio*, p. 7.

¹⁶⁰ Testimonio de Víctor García Hoz. Cit. en: *Positio*, p. 7.

¹⁶¹ Mons. José María BUENO MONREAL, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 30. El Cardenal Bueno Monreal (1904-1987) fue Obispo de varias diócesis de España. Conoció a san Josemaría en 1928, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza y desde entonces se trataron con frecuencia. Fue testigo de los primeros pasos del Opus Dei en Madrid.

«Pero no se crea que al Siervo de Dios le fue ahorrado el esfuerzo hasta el heroísmo para conseguir una renuncia total de sí mismo y una dedicación a los demás permanente e incondicionada»¹⁶².

Es decir, san Josemaría cultivó, secundando la acción del Espíritu Santo, las notables capacidades de simpatía y afabilidad de que fue dotado con un asiduo ejercicio ascético; lo cual le llevó a dedicarse a los demás con todas sus fuerzas, empeño que Dios premia «con una humildad llena de alegría»¹⁶³.

Esta preocupación habitual por los demás, le otorgó buenas cualidades para desempeñar su papel de formador, cualidades que no pasaron inobservadas en sus compañeros de Seminario:

«He conocido a muchas personas en la vida pero creo que no he visto nunca a nadie con más capacidad para conocer y enjuiciar rápidamente a las personas que Josemaría. En cuanto se le presentaba alguien descubría los pequeños detalles que podían definir con exactitud su manera de ser (...). Pienso que esto se debía, entre otras cosas, a su gran capacidad de querer, a su constante preocupación por los demás, que le llevaba a estar pendiente de todas las personas que le trataban o se acercaban a él»¹⁶⁴.

San Josemaría tenía un firme propósito de no dejarse servir sino de servir en todo momento. Rechazaba para sí cualquier trato de favor o de consideración, «no buscaba ni pretendía distinciones, comodidades o privilegios de nadie»¹⁶⁵. Es más, si podía, escogía para sí las cosas peores. Por ejemplo, durante los años en que se realizaron las obras de la Sede Central de la Obra, se esforzó con distintas excusas en ser el último, con traslados, sin habitación personal, sin disponer de tranquilidad para el ingente trabajo que desarrollaba¹⁶⁶.

¹⁶² Testimonio del Rvdo. Juan Bautista Torelló. Cit. en: *Positio*, p. 7.

¹⁶³ *Forja*, n. 591.

¹⁶⁴ Testimonio de don Francisco de Paula Moreno Monforte. Cit. en: R. HERRANDO, *El seminario de S. Francisco de Paula, o.c.*, p. 184.

¹⁶⁵ Mons. José María GARCÍA LAHIGUERA, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 38.

¹⁶⁶ Cfr. Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 848.

Los testigos ven justamente en esta actitud una manifestación de humildad:

«Por su humildad, nunca se dejó prestar servicios en cosas que pudiera hacer personalmente»¹⁶⁷.

Además de no aceptar servicios personales, siempre tuvo un verdadero anhelo por servir a todos, sin distinción de personas.

«El apostolado de Josemaría no se limitaba a los estudiantes (...). Sé que trataba y formaba a algunos trabajadores manuales con los que debió entrar en relación en sus idas y venidas a los barrios extremos (...). Todo lo hacía para agradar a Dios, sin buscarse a sí mismo y así, por amor a Dios, se entregaba a las almas: se daba por entero para hacer partícipes a los demás de su fe honda y viva»¹⁶⁸.

El olvido de sí y su completa dedicación al servicio del prójimo le llevaban a encontrarse en sintonía con las personas sencillas y humildes:

«He visto con qué naturalidad y cariño trató a todas las gentes, fuesen de la condición que fuesen. Sabía ponerse a la altura de los obreros, de los campesinos, de las personas de los ambientes más humildes, creando a su alrededor un interés por encontrar a Dios en su propia situación y en la búsqueda de soluciones a los problemas humanos que les afectaban. No lo hacía de manera forzada, sino porque se sabía hermano de todos y de cada uno, dispuesto a gastar su vida, con la gracia de Dios, por la última criatura humana que necesitase su ayuda»¹⁶⁹.

Hay escritas numerosas anécdotas que reflejan episodios de la vida de san Josemaría en los cuales se revela la prontitud y alegría con que no rechazaba los oficios más humildes. Por ejemplo, en 1946 cuando iban a llegar a Roma las Numerarias del Opus Dei que se harían cargo de las tareas del hogar en el primer Centro de la Obra, se ocupó personalmente de

¹⁶⁷ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 847. Cfr. Testimonio de don José María Román Cuartero. Cit. en: R. HERRANDO, *El seminario de S. Francisco de Paula*, o.c., p. 178.

¹⁶⁸ Mons. Pedro CANTERO CUADRADO, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, o.c., p. 74.

¹⁶⁹ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 849.

la limpieza de la cocina, los platos y los demás enseres con el fin de que sus hijas se lo encontrasen todo en orden cuando llegaran¹⁷⁰; a menudo, después de haber comido con sus hijos, ayudó personalmente a lavar los platos; o más de una vez sirvió él mismo el almuerzo a otros¹⁷¹. Especialmente manifestó siempre una gran dedicación para servir humildemente a los enfermos¹⁷².

Prontitud para agradecer y pedir perdón

Ante las expresiones de estima o ante determinados servicios que los demás nos hacen, la actitud del hombre humilde es de gratitud, que será tanto más viva cuanto más considera estas atenciones como inmerecidas. Por otro lado la humildad se manifiesta también en una sincera y espontánea petición de perdón cuando cree haberse equivocado y haber dañado a alguno, aunque sea involuntariamente.

La gratitud sincera por cualquier favor prestado era, en san Josemaría, consecuencia de la convicción de no merecer nada. Se conmovía ante las manifestaciones de estima porque no se sentía digno de ellas¹⁷³.

Esta humilde actitud de gratitud, relata Mons. José María García Lahiguera, su confesor durante algunos años en Madrid, era «una virtud tan suya y tan hermosa»¹⁷⁴.

¹⁷⁰ Cfr. Testimonio de Rosalía López Martínez. Cit. en: *Positio*, p. 850.

¹⁷¹ Cfr. Testimonio de Dora del Hoyo. Cit. en: *Positio*, p. 850.

¹⁷² En 1971, padecí el síndrome de Menière, que produce una gran inestabilidad. Venía a atenderme a diario, y se ofrecía para darme de comer, con la excusa de que estuviera más tranquilo, sin preocuparme de la pérdida de equilibrio. Y hacía lo mismo cuando don Álvaro del Portillo padecía ataques de alergia. En todos los casos, procuraba que al enfermo se le hiciera más llevadera su debilidad, ocupándose de los indispensables servicios materiales: limpiar los vasos de noche, hacer la cama mientras estaba un momento levantado, ventilar o limpiar las habitaciones, etc. Hasta el final de su vida estubo pendiente de todos estos detalles» (J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 108).

¹⁷³ Cfr. BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, pp. 11-20.

¹⁷⁴ Mons. José María GARCÍA LAHIGUERA, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, pp. 36-37.

La prontitud con la que san Josemaría sabía pedir perdón cuando pensaba haber ofendido a alguien, aunque fuera involuntariamente, o haberle causado cualquier molestia se manifestaba de muchos modos.

«Nos enseñó a vivir la virtud de la humildad, sabiendo pedir perdón cuando era necesario, y concretamente se excusaba siempre que había hecho esperar, a pesar de deberse a motivos extraños a su voluntad, pues respetaba el tiempo y el trabajo de todos. No dejaba, por eso, de considerarse obligado a pedir perdón»¹⁷⁵.

Mons. Lantini afirma que a san Josemaría «le gustaba rectificar, cambiar de parecer, si las circunstancias lo requerían, incluso aunque supusiese reconocer que su decisión había sido inoportuna»¹⁷⁶. Y, escribe Mons. Echevarría, «cuando tenía que rectificar, lo hacía con toda sinceridad, delante de las personas interesadas. Si era necesario, pedía perdón y aclaraba su postura con garbo y buen humor, empleando un proverbio: “no soy un río que no puede volverse atrás”»¹⁷⁷.

Sabía escuchar, y rectificar o cambiar la orientación de los asuntos, si recibía nuevos datos o sugerencias. «Esta manera de comportarse –escribe Mons. Javier Echevarría– venía a confirmar lo que le escuché en 1956, cuando le ayudábamos personas muy jóvenes: “la humildad, para nosotros que gobernamos en el Opus Dei, resulta absolutamente necesaria. No es, no debe ser nunca –como decían los clásicos– una humildad de garabato: no es eso, efectivamente; consiste en algo íntimo que da sabor a la marcha de nuestra vida interior, y que nos permite escuchar la voz de Dios, que tantas veces nos habla a través de los demás»¹⁷⁸.

¹⁷⁵ J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 165.

¹⁷⁶ Testimonio de Mons. Mario Lantini. Cit. en: *Positio*, p. 437.

¹⁷⁷ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 437. «El Siervo de Dios no formulaba juicios precipitados y, menos aún, irremovibles. Solía repetir que no era como “un río, que no puede volverse atrás. Una de las gracias que el Señor me ha concedido clarísimamente desde hace muchos años –nos contó en abril de 1959– es la alegría que experimento al rectificar. Me llena de alegría, después de haber dicho: Es blanco, decir: Me he equivocado: es negro. Rectificar no es una humillación de la inteligencia: solo los tontos son cabezotas. Puede aparecer cualquier particular que en un primer momento no habíamos visto y que hace ver las cosas de un modo diverso. ¡Yo me he equivocado tantas veces en mi vida!”» (Testimonio de Jesús Álvarez Gazapo. Cit. en: *Positio*, p. 437).

¹⁷⁸ J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, 334.

La humildad con la que san Josemaría pedía perdón se manifestaba en la constancia, la prontitud y la alegría con que lo hacía.

Desprendimiento del propio juicio

La humildad “intelectual”, en su dimensión de sumisión a Dios, es la base moral para la virtud teologal de la fe; sin embargo, en su aspecto de someterse a los demás por Dios, consiste el desprendimiento del propio juicio, pedir consejo, rectificar el propio parecer con rapidez, si es necesario, y, en definitiva, respetar las opiniones de los demás. Esta dimensión de la humildad estaba profundamente arraigada en san Josemaría¹⁷⁹. En un escrito de 1935 quiso subrayar, usando una expresión original e incisiva, con cuánta evidencia comprendía los límites de la inteligencia humana:

«La humildad de entendimiento, para mí es un axioma. No entiendo cómo puede haber soberbios de entendimiento»¹⁸⁰.

Pedir consejo es propiamente un acto de la virtud de la prudencia, pero en su base está la humildad, especialmente cuando se pide consejo no sólo a los superiores, sino a los iguales y a los inferiores. San Josemaría se confió siempre con plena sinceridad de conciencia al director espiritual¹⁸¹ y sometía a su aprobación y parecer todos los propósitos ascéticos, los programas de trabajo y los asuntos personales relativos a la vida espiritual¹⁸².

Desde los inicios del Opus Dei manifestó habitualmente un gran desprendimiento del propio parecer. Cuando no se trataba de argumentos directamente ligados a la tarea fundacional, solía pedir consejo a otros,

¹⁷⁹ Cfr. *Positio*, p. 852.

¹⁸⁰ *Apuntes íntimos*, n. 1819. Cit. en: *Positio*, p. 852

¹⁸¹ «Vivió lo que de un modo gráfico de hablar calificó de una “sinceridad salvaje” en la dirección espiritual, que nada tiene que ver con la falta de delicadeza en el modo de hablar y de tratar las cuestiones» (Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 431).

¹⁸² «Consultó, durante toda su vida, el plan diario que pensaba seguir para fomentar su piedad, para su labor apostólica, su tiempo de descanso, su mortificación, etc., de tal manera que -después de haberlo visto en la presencia de Dios- se sujetaba a lo que le decían en la dirección espiritual. No ocultaba nada de su día, para que sobre cualquier tema le pudieran aconsejar» (Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 431).

aunque fuesen más jóvenes que él y no tuvieran su ciencia y su experiencia. Su “humildad de la inteligencia” le hacía entender que así podría darse cuenta de algún aspecto del problema a resolver que no había considerado¹⁸³.

El beato Álvaro del Portillo comentaba que, durante los primeros años de su entrega, muchas veces le sorprendió la humildad con que le pedía su parecer sobre diferentes cuestiones. Todos se hacían cargo de que el Fundador tenía sobradas luces para decidir y, sin embargo, no dejaba de oír a sus hijos, cambiando a veces su criterio personal, y dando las gracias por esa colaboración¹⁸⁴.

No sólo en el gobierno del Opus Dei sino en todas las demás cuestiones, incluidas las más personales, pedía consejo, porque desconfiaba del propio criterio. Particularmente significativo es que san Josemaría –que poseía una preparación teológica, jurídica y literaria– pidiera siempre consejo para lo que leía y para lo que escribía¹⁸⁵.

Mons. Javier Echevarría, afirma que, «hasta en los asuntos más personales, buscaba y agradecía la opinión de los demás»¹⁸⁶.

El desprendimiento del propio juicio es la razón por la que se puede manifestar siempre un gran respeto por las opiniones de los demás, sabiendo apreciar y defender la libertad de cada uno. Mons. Francisco Peralta relata que san Josemaría «fue muy respetuoso con los puntos de vista de los demás, porque amaba el legítimo pluralismo en el seno de la Iglesia. Tenía una delicadeza especial para todo lo que pudiera rozar la libertad de las conciencias; no pretendía únicamente que se oyeran sus opiniones, o que prevaleciese una determinada postura. Si se le pedía opinión, máxime si se trataba de algún punto relacionado con la fe o las costumbres, su respuesta era clara, sin dejar lugar a la duda: se acogía el

¹⁸³ «Con aquellos con quienes, por razón de oficio o de apostolado, debía tratar, me consta que no sólo pedía consejo, sino que atendía el consejo recibido» (Testimonio de Mons. Pedro Altabella. Cit. en: *Positio*, p. 435).

¹⁸⁴ Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 333.

¹⁸⁵ Cfr. Testimonio del beato Álvaro del Portillo y testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 854.

¹⁸⁶ J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 335.

dictamen del Magisterio de la Iglesia. Si se trataba simplemente de asuntos que pertenecían al orden disciplinar o a la práctica pastoral, no tenía inconveniente en admitir opiniones contrarias a la suya. Defendía tanto el derecho a la libre opinión de los demás –en las cuestiones no sancionadas por la Iglesia– como defendía su propio derecho»¹⁸⁷.

Rechazo de las consideraciones de los demás

La humildad ante los hombres implica, según santo Tomás, dominar la tendencia a la búsqueda de la propia gloria¹⁸⁸; manifestación necesaria es no buscar el aprecio y la estima de los demás. Esta actitud humilde lleva al cristiano a sentir una verdadera incomodidad cuando recibe alabanzas.

Durante toda la vida, san Josemaría se mantuvo fiel al empeño de no hablar de sí mismo y, sobre todo, de no hablar de sus propias cualidades y éxitos. Además no intentaba esconder sus propios defectos, es más no le preocupaba que los conociesen: sólo le preocupaba que pudiesen ser un mal ejemplo para los demás.

«Agradezco a mi Dios ese chispazo de conocimiento propio, de mi nada... No me duele que vean mis faltas; la ofensa a Dios y la desedificación que puedo ocasionar, eso me duele. Por lo demás que sepan cómo soy y me desprecien. No me causa pena ser nada, porque así Tú tienes que ponerlo todo en mi»¹⁸⁹.

La autenticidad del deseo de no recibir honores y alabanzas se refleja también en la vergüenza¹⁹⁰ y en el malestar que se sufre cuando se es objeto de elogio.

¹⁸⁷ Mons. Francisco PERALTA BALLABRIGA, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, pp. 47-48.

¹⁸⁸ Cfr. S. Th., II-II, q. 161, a. 3.

¹⁸⁹ P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 744.

¹⁹⁰ En 1933 el Vicario General de la diócesis de Madrid hizo un elogio de san Josemaría delante de otros sacerdotes. Don Pedro Poveda le relató el sucedido en una entrevista, al conocerlo escribió: «Y sucedió que, como trataran del personal, el Sr. Vicario de Madrid (Morán), que presidía, hizo de este pobre borrico un elogio tal que san Pedro Poveda se quedó encantado (...). ¡Qué vergüenza, qué pena más honda me hizo sentir el Señor, por esos elogios del Vicario!» (*Apuntes íntimos*, n. 995. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 505).

«También ocurría, de modo natural, que su elegancia sencilla y trato agradable –parecía como si él no se diera cuenta de esa forma de ser–, movían a las personas a admirarle y sentirse atraídas. Incluso alguna vez le llegaban comentarios más o menos indiscretos, o nosotros, también con mayor o menor acierto, se lo hacíamos llegar. Josemaría los cortaba, y solía decirme algo así: “Si me conocieran bien, por dentro, tal como soy...”»¹⁹¹.

Para conseguir este objetivo rezaba:

«Cuanto más me exalten, Jesús mío, humíllame más en mi corazón, haciéndome saber lo que he sido y lo que seré si tú me dejas»¹⁹².

Es bien elocuente el testimonio de Mons. Santos Moro recordando la actitud de san Josemaría cuando presidió los actos académicos de la erección oficial de la Universidad de Navarra el 24 de octubre de 1960:

«Todavía recuerdo –me parece que lo estoy viendo– el gesto personal y expresivo de D. Josemaría, cuando, caminando en la presidencia del espléndido cortejo del profesorado de la Universidad, me acerqué a él para manifestarle mi satisfacción y mi alegría; se llevó las manos a la cabeza y me dijo en voz baja: “Señor Obispo, qué vergüenza; qué vergüenza para mí!” Era la expresión inequívoca de su humildad, y yo me permití contestar, sabiendo lo bien que me entendería: *Soli Deo honor et gloria*»¹⁹³.

Por último querríamos dejar constancia de un recuerdo del beato Álvaro del Portillo en que relata el último encuentro de san Josemaría con el beato Pablo VI:

«Tuvo lugar el 25 de junio de 1973, con unas características singulares, inolvidables. El Padre habló al Papa de temas muy sobrenaturales, y le puso al día sobre el desarrollo de la Obra y los frutos que el Señor concedía en todo el mundo. Pablo VI se alegró mucho, y a veces le

¹⁹¹ Testimonio de don Francisco de Paula Moreno Monforte. Cit. en: R. HERRANDO, *El seminario de S. Francisco de Paula, o.c.*, p. 357.

¹⁹² *Apuntes íntimos*, n. 547. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 740.

¹⁹³ Mons. Santos MORO BRIZ, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 253. Mons. Santos Moro (1908-1980) fue Obispo de Ávila. Conoció a san Josemaría a través de don Pedro Poveda, Fundador de la Institución Teresiana. En los largos años de trato alcanzaron una mutua confianza.

interrumpía dejándose llevar por algún elogio o simplemente exclamando: “Usted es un santo”. Lo sé porque al terminar la audiencia, vi que el Padre tenía un aspecto más bien apesadumbrado, casi triste. Le pregunté el motivo, pero en un primer momento no quiso responderme. Después me contó que el Papa le había dicho aquellas palabras y se había llenado de vergüenza y de dolor por sus propios pecados hasta el punto de protestar filialmente al Papa: “No, no. Vuestra santidad no me conoce. Yo soy un pobre pecador”. Pero el Papa le insistió: “No, no, usted es un santo”. Entonces el Fundador replicó lleno de emoción: “En la tierra no hay más que un santo: el Santo Padre”»¹⁹⁴.

Actitud ante las humillaciones y calumnias

El alma humilde sabe aceptar con mansedumbre y alegría también las calumnias y las acusaciones injustas porque las considera camino de santificación. Manifestación de humildad es la ausencia de recriminación o de críticas respecto a quien calumnia o acusa injustamente. Mons. Santos Moro escribe:

«Recuerdo la fortaleza y entereza alegre de D. Josemaría cuando fue objeto de toda clase de calumnias. Había animadversión hacia su persona, falta de comprensión hacia su labor apostólica, increíble ligereza en el juzgar su actuación y se podría decir que hasta malevolencia si se consideraban los hechos externos. Fustigaban despiadadamente a la Obra y a sus actividades. Mons. Escrivá de Balaguer se confió a mí amigablemente y me abrió su corazón. Puedo testimoniar que jamás tuvo una palabra de censura para personas e instituciones de la Iglesia; aceptaba sin quejas, y yo diría que sin extrañeza, todo aquello que venía ocurriendo como la Cruz que prueba y purifica, Cruz que hay que bendecir e incorporar como señal inequívoca de la cercanía del Señor y garantía de sus bendiciones»¹⁹⁵.

¹⁹⁴ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, pp. 19-20.

¹⁹⁵ Mons. Santos MORO BRIZ, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 252. Mons. Abilio del Campo afirma con palabras similares: «Quiero señalar aquí la reacción de Josemaría ante quienes no le comprendieron o no quisieron comprenderle: incluso ante quienes le calumniaron

Desde joven el Señor le había preparado para reaccionar de ese modo:

«Dios me ha hecho pasar por todas las humillaciones, por aquello que me parecía una vergüenza, y que ahora veo que eran tantas virtudes de mis padres. Lo digo con alegría. El Señor tenía que prepararme; y como lo que había a mi alrededor era lo que más me dolía, por eso pegaba allí. Humillaciones de todo estilo, pero a la vez llevadas con señorío cristiano: lo veo ahora, y cada día con más claridad, con más agradecimiento al Señor, a mis padres, a mi hermana Carmen...»¹⁹⁶.

El cristiano entiende que «las humillaciones, llevadas por amor, son sabrosas y dulces, son una bendición de Dios»¹⁹⁷. Quien así las recibe, se abre a toda la riqueza de la vida sobrenatural y puede exclamar con san Pablo: «perdí todas las cosas, y las considero como basura con tal de ganar a Cristo y vivir en él»¹⁹⁸.

Desde joven san Josemaría entendió que no tenía enemigos, es más, no los podía tener porque pensaba que era una persona sin importancia; cuando algunos buscaban hacerle algún mal los consideraba benefactores, porque lo ayudaban a unirse a la Cruz de Cristo, rezando por ellos cada día. En efecto en 1931 anotó:

«Creo que no tengo enemigos. Me he encontrado, en mi vida, con personas que me han hecho daño, positivo daño. No creo que sean enemigos: soy muy poco para tenerlos. Sin embargo, desde ahora, ellos y ellas quedan incluidos en la categoría de mis bienhechores, para encomendarles a diario al Señor»¹⁹⁹.

La prontitud para perdonar de corazón y desde el primer momento a cualquiera que le hubiese provocado un daño es indudablemente una

abiertamente (...). Jamás le oí hablar mal de nadie. Para Josemaría todas las almas – incluso las que erraban– eran hermanos de Jesucristo» (Mons. Abilio DEL CAMPO Y DE LA BÁRCENA, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, o.c., p. 56).

¹⁹⁶ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *De la mano de Dios (Un texto inédito del Fundador del Opus Dei)*, o.c., p. 374. Se refiere en este párrafo a las grandes tribulaciones que se abatieron sobre su familia.

¹⁹⁷ Apuntes tomados de una meditación, 25-XII-1973. Cit. en: *La humildad, fuente de alegría*, Documentos, Octubre 2006, consultado en www.opusdei.org el 24-III-2013.

¹⁹⁸ Fil 3, 8-9.

¹⁹⁹ *Apuntes íntimos*, n. 357. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica*, o.c., p. 933.

manifestación de humildad. San Josemaría se comportaba así porque estaba convencido que necesitaba mucha más indulgencia de Dios con él.

«Me esforzaré, si es preciso, en perdonar siempre a quienes me ofendan, desde el primer instante, ya que por grande que sea el prejuicio o la ofensa que me hagan, más me ha perdonado Dios a mí»²⁰⁰.

Lo que no quiere decir que fuera insensible a las incomprendiones. La humildad verdadera lleva a sufrir porque se ha ofendido a Dios o se ha hecho un daño a la Iglesia y a las almas. Mons. José López Ortiz declara:

«Pero al mismo tiempo, no era insensible, y todos estos ataques y enredos hacían sufrir mucho a Josemaría (...)A él personalmente, no le importaba ni su honra -con tanta calumnia encima- ni su prestigio, ni su fama, ni nada: era ejemplarmente humilde. Sufría por Dios y por las almas, »²⁰¹.

Ante las acusaciones injustas callaba, porque estaba desprendido de sí mismo y de su honor. Cuando las incomprendiones eran particularmente dolorosas, las abandonaba en el Señor.

«Y una de esas noches en que las preocupaciones no le dejaban pegar ojo, sintiéndose herido en su honra de sacerdote por tanta injuria, se tiró de la cama. Tenía el oratorio, en Diego de León, pared por medio. Salió del cuarto y, postrándose ante el Sagrario, le dijo al Señor: “Jesús, si Tú no necesitas mi honra, yo ¿para qué la quiero?”. Desde ese momento, podían pisotearle la honra cuanto quisieran. Se hacía cuenta que ya no la tenía.

Volvió a acostarse. Tranquilo, porque había dejado en manos de Dios lo que de su persona pudieran pensar las gentes»²⁰².

En los *Apuntes íntimos* encontramos manifestaciones de su lucha a propósito de los insultos y de las agresiones que sufría en las calles de Madrid durante el tumultuoso período de la anteguerra. El 29 de noviembre de 1930 anota que ha conseguido poner en práctica su propósito

²⁰⁰ *Ibid.*, n. 827. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 613.

²⁰¹ José LÓPEZ ORTIZ, *Testimonio*, Jesús Urteaga (dir.), *Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 228.

²⁰² A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. II, p. 480.

de responder mansamente a los ultrajes; el 26 de julio de 1931 hay una anotación similar; en los primeros días de agosto del mismo año registra una victoria y dos derrotas en esta batalla hacia la conquista de la mansedumbre²⁰³. En octubre de 1931 con toda simplicidad llega a escribir:

«Antes me enfadaban los insultos. Después me daban alegría. Actualmente, las risas, burlas e insultos me dejan tan tranquilo como si los dirigieran a una esquina de cal y canto»²⁰⁴.

d) La humildad colectiva

«Para nosotros nada deseamos: *Deo omnis gloria!*»²⁰⁵.

Es un lema que inspiró la conducta de san Josemaría como Fundador del Opus Dei.

«A sus hijos del Opus Dei nuestro Fundador les enseñó a practicar no sólo la humildad personal, sino también la humildad colectiva: “La gloria del Opus Dei –repetía– consiste en no tener gloria humana: *Deo omnis gloria!*”»²⁰⁶.

La humildad colectiva es una dimensión importante de la humildad personal en el caso de quienes forman parte de una institución de la Iglesia.

El deseo de vivir la humildad colectiva llevó a san Josemaría, entre otras cosas, a evitar las estadísticas públicas relativas a la actividad apostólica del Opus Dei, que pueden llevar fácilmente al envanecimiento.

En una entrevista concedida a *Le Figaro* decía:

«Las obras apostólicas no crecen con las fuerzas humanas, sino al soplo del Espíritu Santo. En una asociación que tenga una finalidad terrena, es lógico publicar estadísticas ostentosas sobre el número, condición y cualidades de los socios, y así suelen hacerlo de hecho las organizaciones que buscan un prestigio temporal, pero ese modo de obrar, cuando se busca la santificación de las almas, favorece la

²⁰³ Cfr. *Apuntes íntimos*, nn. 114, 211 y 222. Cit. en: *Positio*, p. 9.

²⁰⁴ *Ibid.*, n. 348. Cit. en: *Positio*, p. 9.

²⁰⁵ *Ibid.*, n. 110. Cit. en: *Positio*, p. 892.

²⁰⁶ Testimonio del beato Álvaro del Portillo. Cit. en: *Positio*, p. 892.

soberbia colectiva: y Cristo quiere la humildad de cada uno de los cristianos y de los cristianos todos»²⁰⁷.

Encontramos en esta respuesta la actitud propia de la humildad colectiva: san Josemaría como fundador del Opus Dei, no busca una gloria humana, sino la gloria de Dios. Precisamente por eso se muestra reticente con relación a las estadísticas y a otras formas de propaganda²⁰⁸. En esta línea se sitúa *Camino*, en el que se lee:

«¡Siempre el espectáculo! –Me pides fotografías, gráficos, estadísticas. –No te envío ese material, porque –me parece muy respetable la opinión contraria– creería luego que hacía una labor con vistas a encaramarme en la tierra..., y donde quiero encaramarme es en el cielo»²⁰⁹.

San Josemaría se ocupó de que la Obra sirviese eficazmente a Dios y a las almas sin brillar a los ojos de los hombres: evitó toda ostentación, cualquier tipo de publicidad por las actividades apostólicas realizadas. Tal comportamiento fue objeto de incomprendiones, pero prefirió continuar sufriendolas para evitar la insidia de la vanidad; explica el Card. Bueno Monreal:

«El nacimiento y desarrollo de la Obra estuvo empapado por esta conducta llena de humildad. Era su deseo, de haber sido posible, que la Obra no tuviera ni nombre –“*Deo omnis gloria*”– porque la mayor gloria de la Obra era no tener gloria humana. Josemaría no hacía ostentación de su labor, no anunciaba ni pregonaba las cosas del Opus Dei. No guardaba, sin embargo, ningún secreto. Hablaba con naturalidad y sencillez y, cuando se le oía, se descubría que indudablemente estaba haciendo una labor importante; nueva, muy nueva. Yo me daba cuenta perfectamente de la buena esperanza que se hacía posible con aquella Obra de Dios, pero no alcanzaba a comprender en aquel momento que traspasara los límites del quehacer personal de un sacerdote celosísimo. Algunos –y quizá no

²⁰⁷ *Conversaciones*, n. 40.

²⁰⁸ Lógicamente el Opus Dei proporciona cifras de miembros, de sacerdotes, de países donde está presente, como cualquier institución jerárquica de la Iglesia: «Cualquiera que desee información sobre nuestra Obra, puede obtenerla sin dificultad» (*ibid.*, n. 30).

²⁰⁹ *Camino*, n. 649.

todos con buena voluntad y recta intención- tomaron entonces por secreto lo que era humildad y ganas de ser eficaz en el trabajo, imitando a Cristo en sus treinta años de vida oculta, o imitándole en aquella actitud que, en palabras de Isaías, da a conocer san Mateo: “Haré descansar mi espíritu sobre él, anunciaré el derecho a las gentes. No disputará no gritará, nadie oirá su voz en las plazas” (Mt 12, 18-19). (...) A Josemaría lo que le gustaba era la labor callada, humilde eficaz en servicio del Señor y de las almas, huyendo de todo pago y brillo humano»²¹⁰.

En el período en que se difundieron esas incomprensiones, el Abad de Monserrat pidió información sobre el Opus Dei a Mons. Eijo y Garay; este le respondió con una carta en la que encontramos las siguientes palabras:

«Una de las virtudes que con más interés inculca el fundador en sus dirigidos es la santa humildad, no sólo personal sino también colectiva; quiere que el Opus no pretenda figurar ni darse tono ni tener apariencias de cosa importante; les exhorta siempre a trabajar en silencio, a pasar ocultos, a sacrificarse calladamente, a hurtarse el escollo de la vanagloria, a tener alma de apóstol pero no alardes ni aureola de apóstol; y les enseña que su apostolado de buen ejemplo será más eficaz si no actúan aparatosamente como miembros de una asociación pía»²¹¹.

San Josemaría había manifestado con nitidez cuál era su modo de actuar ante las incomprensiones: «callar, rezar, trabajar y sonreír»²¹².

Además, a partir de la década de los 60, teniendo en cuenta «la amplitud prácticamente universal alcanzada por los apostolados del Opus Dei»²¹³ impulsó la publicación de artículos y estudios en los que se glosaran el espíritu y la labor del Opus Dei y en los que se saliera al paso de afirmaciones o juicios infundados, evitando la polémica y, con mayor

²¹⁰ Mons. José María BUENO MONREAL, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, o.c., pp. 15-16.

²¹¹ Carta del Obispo de Madrid, Mons. Leopoldo Eijo y Garay, del 21-VI-1941, al Abad Coadjutor de Monserrat, Dom Aurelio María Escarré Jané. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei*, o.c., vol. II, p. 719.

²¹² Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, o.c., vol. II, p. 542.

²¹³ J.L. ILLANES (dir.), *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica*, o.c., p. 19.

motivo, toda agresividad, mostrando y defendiendo sin ambages la verdad de las cosas.

Esta actitud no era contraria a la humildad colectiva, sino que pretendía defender a la Iglesia y sus instituciones para que pudieran cumplir su misión²¹⁴.

El Rev. Joaquín Mestre testimonia:

«El celo apostólico de don Josemaría –yo lo pude experimentar– carecía de todo personalismo, de todo espíritu de grupo, de todo sectarismo, de todo afán emulador o que abierta o solapadamente tratase de rivalizar. Su celo, que era ardiente, era, a la vez, humilde, evangélico, comedido, respetuoso con todos»²¹⁵.

Es muy interesante el testimonio del Card. Bueno Monreal que, señalando la mentalidad corriente en los años posteriores a la guerra civil española, pone de relieve el motivo que inducía a san Josemaría a no hacer ruido:

«Hay que tener en cuenta que lo habitual entonces era la propaganda, los letreros, las estadísticas de socios, dar cuenta de los éxitos apostólicos, de los actos celebrados: lo que luego, como antes decía, hemos llamado “triumfalismo”. A Josemaría lo que le gustaba era la labor callada, humilde, eficaz en servicio del Señor y de las almas, huyendo de todo pago o brillo humano»²¹⁶.

²¹⁴ Mons. Juan Hervás revela como san Josemaría supo también animar y ayudar a quien trabajaba para la gloria de Dios, aunque no fuesen de la Obra: «Dios quería servirse de Él y de la Obra para contribuir al proceso de desarrollo y crecimiento de la Iglesia que el espíritu santo alentaba. Movido y sostenido por esta clara comprensión de las cosas, con gran obediencia a la Jerarquía y abnegado sacrificio, contribuyó y ayudó a ese rejuvenecimiento de la vida de la Iglesia haciendo realidad el Opus Dei, la Obra que Dios mismo le había pedido que hiciera; y, con un corazón magnánimo, alentó a los que tenían otras tareas diferentes, pero que estaban igualmente impulsados por Dios, a que las llevaran a cabo sin desmayos con constancia y rectitud» (Mons. Juan HERVÁS BENET, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, o.c., p. 183).

²¹⁵ Testimonio del Rev. Joaquín Mestre. Cit. en: *Positio*, p. 894.

²¹⁶ Mons. José María BUENO MONREAL, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, o.c., p. 16.

B.4. Conexión de la humildad con otras virtudes

La conexión y la armonía entre las virtudes son tanto mayores cuanto más alto es el grado en que las propias virtudes se poseen. En el caso de la humildad su conexión sirve de un modo especial para comprender su grado de desarrollo, siendo esta virtud el fundamento moral de todas las demás. Por ejemplo, esto es lo que testimonia Mons. Alonso:

«Esta armonía entre humildad y fortaleza, justicia y caridad, ha sido para mí un vivísimo y heroico testimonio de la profundidad radical en la humildad del Siervo de Dios»²¹⁷.

a) Sinceridad. Sencillez

Con claridad se entiende, en la vida de san Josemaría, que la humildad y la sinceridad son dos virtudes que deben ir profundamente unidas. Encarnación Ortega recuerda que:

«Como manifestación de esta humildad, vivía y enseñaba a vivir, con gran insistencia, la sinceridad»²¹⁸.

La relación entre humildad y sinceridad se manifestaba en el esfuerzo con que san Josemaría evitaba todo aquello que le parecía falsa humildad, es decir, las actitudes artificiales o afectadas de insincera autocrítica; la llamaba “humildad de garabato”²¹⁹.

«La humildad de Mons. Escrivá, tan teologal tan teológica, no implicaba autodenigrarse. No amaba hablar mal de sí apostaba para hacerse despreciar, porque le parecía una comedia hipócrita, y no quería faltar a la verdad. Conocía bien sus talentos y sus cualidades humanas: no alardeaba jamás, pero tampoco las negaba por falsa humildad».²²⁰

²¹⁷ Testimonio de Mons. Joaquín Alonso. Cit. en: *Positio*, p. 820.

²¹⁸ Declaración de Encarnación Ortega. Cit. en: *Positio*, p. 822.

²¹⁹ Cfr. Plática sobre “Espíritu de humildad” predicada por San Josemaría en unos ejercicios espirituales en Vitoria el año 1938. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. 728.

²²⁰ Testimonio de Mons. Mario Lantini. Cit. en: *Positio*, p. 823.

Otra virtud aneja es la sencillez. Asunción Muñoz, a propósito de la cualidad más destacada de san Josemaría, afirma: «me pronunciaría por la franqueza, la sencillez»²²¹. También Mons. García Lahiguera es del mismo parecer: «Quiero resaltar su sencillez, su naturalidad; no era un alma complicada, sino sencilla, rectilínea»²²². Alejandro Cantero anota: «Su carácter franco, natural y sencillo fue el fundamento para vivir la virtud de la veracidad»²²³.

Podríamos presentar un largo elenco de testimonios que subrayan como san Josemaría aborrecía la mentira, la hipocresía y la simulación. La mayoría de ellos se refieren a la sinceridad: de sus palabras y sus obras: se veía incapaz de doblez; irradiaba verdad con todo su ser²²⁴.

Algunos testimonios reflejan que este conjunto de virtudes se vio favorecido, al menos inicialmente, por la educación recibida en la familia²²⁵.

Mons. Javier Echevarría resume dos características que Josemaría recibió de sus padres y que le distinguieron después:

«Su sinceridad y su buena educación. No se dejó llevar jamás por la murmuración o por doblez de ningún género. Atribuía a su origen

²²¹ Asunción MUÑOZ GONZÁLEZ, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 372.

²²² Mons. José María GARCÍA LAHIGUERA, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 152.

²²³ Testimonio de Alejandro Cantero. Cit. en: *Positio*, p. 8.

²²⁴ Cfr. Testimonio de Mons. Mario Lantini, Mons. Ernesto Juliá, Rev. Juan Bautista Torelló, Mons. José María García Lahiguera y Jesús López Bello. Cit. en: *Positio*, p. 577.

²²⁵ Testimonia Esperanza Corrales Codina (1899-1981), amiga de Carmen Escrivá, hija de Jesús Corrales Puyol, varias veces concejal en el Ayuntamiento de Barbastro, editor de El Cruzado Aragonés, y amigo de don José Escrivá: «No me cabe duda, como digo, que en aquel principio de siglo, mientras Josemaría iba creciendo, haciéndose hombre, aprendió a vivir unas virtudes que luego, con los años, con la gracia de Dios –y su abnegada correspondencia–, darían los frutos que ahora, cuando su vida ya es historia, podemos contemplar plenamente maduros. (...) Los Escrivá tenían un gran señorío, en el mejor sentido de la palabra. No eran nada afectados, antes al contrario, extraordinariamente sencillos y naturales en el trato: su casa estaba abierta siempre a todos. Eran cordiales, educados y muy sinceros con los que tenían la oportunidad de tratarles. Vivían la caridad con todos, y muy especialmente con los menesterosos». Cit. en: C. ÁNCHEL BALAGUER, *La iniciación cristiana de Josemaría Escrivá: bautismo, confirmación y primera comunión*, en «Anuario de Historia de la Iglesia» 11 (2002), p. 643.

aragonés la llaneza al hablar, sin recovecos en las palabras, y su tenacidad en perseguir lo que se proponía, virtud que en lo humano llamaba tozudez»²²⁶.

San Josemaría describía en una meditación, como ya desde niño su carácter estaba configurado por la repugnancia a lo ceremonioso y a la ostentación:

«Este camino por el que Dios me llevaba ha hecho que tenga repugnancia al espectáculo, a lo que parece que se sale de lo ordinario, configurando de esta manera una de las características de nuestro espíritu: la sencillez, el no llamar la atención, el no exhibir, el no ocultar»²²⁷.

También en lo que se refiere a la vida espiritual san Josemaría huía de toda forma de exhibicionismo y de ostentación:

«No gustaba de alardes ni ostentaciones sino que trataba de pasar inadvertido. Pienso que es este uno de los rasgos más importantes que definen su vida y también del espíritu que ha dejado: su absoluta normalidad, la enorme naturalidad de su comportamiento»²²⁸.

Su sencillez edificaba y sorprendía a los que se habrían esperado en sus modos de hacer la solemnidad de un gran personaje.

«En noviembre de 1972 un sacerdote andaluz se maravillaba de la sencillez y afabilidad del Siervo de Dios y decía que parecía mentira que ese sacerdote fuese el fundador del Opus Dei»²²⁹.

²²⁶ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: Esther Gloria y Lourdes TORANZO, *Una familia del Somontano*, Rialp, Madrid 2004, p. 70.

²²⁷ Meditación predicada el 14-II-1964. Cit. en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. I, p. 33.

²²⁸ Testimonio de don Francisco de Paula Moreno Monforte. Cit. en: R. HERRANDO, *El seminario de S. Francisco de Paula, o.c.*, p. 187.

²²⁹ Testimonio del Rev. José Luis Múzquiz. Cit. en: *Positio*, p. 581.

b) Fortaleza. Magnanimidad

La humildad de san Josemaría resalta especialmente en su conexión con virtudes que podrían parecer opuestas, como la fortaleza y la magnanimidad

«A lo largo de su vida, desde que lo conocí, en 1935, he visto que el Siervo de Dios conseguía hacer compatible el ejercicio de la humildad con la práctica vibrante de la fortaleza y la expresión atrayente de la magnanimidad de ánimo, porque, como explicaba con claridad en 1973, “la humildad no es ingenuidad. Quien es humilde de verdad, precisamente porque se fía de Dios, es capaz de cumplir las empresas más difíciles venciendo a sí mismo”. Esta actitud humilde y, al mismo tiempo, fuerte y magnánima lo ayudó a no dejarse nunca guiar por juicios meramente humanos, y a no escuchar las críticas de aquellos que –como solía enseñarnos– identifican la “bondad con la bondadosidad”»²³⁰.

En la vida de san Josemaría fue evidente la armonía entre la humildad y la fortaleza, siendo ambas necesarias para llevar a cabo su misión de Fundador²³¹.

La conexión entre las dos virtudes brilló en el modo en que san Josemaría corregía o reprendía cuando era necesario:

«Entonces no sólo trataba con delicadeza extrema a la persona que debía corregir, sino pensaba que el Señor le decía: “Pecador, Yo cuánto te he soportado”. O bien: “Pecador, Yo cuánto te he perdonado”. Pero no por esto dejaba de corregir con fortaleza,

²³⁰ Testimonio del beato Álvaro del Portillo. Cit. en *Positio*, p. 821.

²³¹ «Vivió con particular empeño la humildad (...) en todo lo que hacía referencia a la tarea fundacional del Opus Dei y de abrir el camino jurídico de la Obra en el Derecho de la Iglesia. Puedo considerarme un testigo directísimo de cómo, en los cuarenta años vividos junto a él en estrecha colaboración, puso siempre en primer plano el deber de conciencia, considerado por él gravísimo, delante de Dios, de la Iglesia, de sus hijos y de todas las almas, de ser extremadamente fiel a la gracia divina, para que el espíritu, la realidad vivida y la forma jurídica del Opus Dei reflejaran exactamente la Voluntad del Señor. Vivió hasta el último de sus días con esta humilde y simple firmeza de ánimo, y trabajó con heroísmo, aún a costa de incomprensiones, para hacer “no una obra mía” como solía repetir, sino “la Obra que Dios quiere”» (Testimonio del beato. Álvaro del Portillo. Cit. en *Positio*, p. 821).

porque no confundía la humildad con la pusilanimidad o la cobardía, que alejan del fiel cumplimiento de los propios deberes»²³².

Tenía una profunda convicción de su propia insuficiencia y la exprimía de modo radical con la siguiente fórmula: «Toda nuestra fortaleza es prestada»²³³.

Muchas personas recuerdan haber aprendido de san Josemaría que la verdadera fortaleza cristiana es siempre un don divino, al que se debe responder dándose por completo al cumplimiento de la Voluntad divina, con la humildad de «desconfiar de las propias fuerzas y buscar el apoyo del Señor»²³⁴.

Varios testigos de la vida de san Josemaría ponen de relieve que la humildad fue el fundamento de su magnanimidad, la cual le llevó a impulsar y sostener iniciativas apostólicas de gran trascendencia al servicio de la Iglesia. Por ejemplo, Mons. Mario Lantini observa:

«De otra parte, esta humildad no era para nada, ni siquiera lejanamente, pusilanimidad. La verdadera humildad, como la de Mons. Escrivá, se traduce en una acción apostólica valiente y ambiciosa. Su humildad estaba, de hecho, unida a la magnanimidad: porque generaba la “santa ambición” de servir a Dios como instrumento fiel, (...). En su humildad, pensaba: “como la Obra la quiere Dios, la hará ÉL, a pesar de mi incapacidad, a pesar de todos mis límites”»²³⁵.

c) Alegría. Castidad

Una de las características de la vida de san Josemaría que más ponen de relieve quienes le conocieron fue su profunda alegría. Muchos testimonios señalan que san Josemaría practicó con alegría la humildad, es

²³² Testimonio del beato Álvaro del Portillo. Cit. en *Positio*, p. 822.

²³³ «Si se tambalea tu edificio espiritual, si todo parece estar en el aire...apóyate en la confianza filial en Jesús y en María, piedra firme y segura sobre la que debiste edificar desde el principio (...). Toda nuestra fortaleza es prestada» (*Apuntes íntimos*, n. 822. Cit. en: *Positio*, p. 626).

²³⁴ Testimonio de Teresa Acerbis. Cit. en: *Positio*, p. 627.

²³⁵ Testimonio de Mons. Mario Lantini. Cit. en: *Positio*, p. 822.

más, conservó siempre la alegría aún en medio de difícilísimas circunstancias.

«Me hace entender mejor esa alegría sobrenatural su profunda humildad: porque la soberbia, aunque sea en grado mínimo, y la alegría son incompatibles. Josemaría pudo tener siempre, durante toda su vida –porque cuando yo le conocí, hace cerca de cuarenta años, ya se veía que esta virtud estaba muy arraigada en su alma– esa inmensa alegría sobrenatural, porque era extraordinariamente humilde»²³⁶.

San Josemaría sabía que ni siquiera la contrición y la penitencia tienen que ser sombrías. Sobre el dolor verdadero se puede tender una sonrisa verdadera²³⁷.

Otra de las virtudes en las que se refleja la humildad es la castidad, «humildad de la carne»²³⁸. San Josemaría tuvo siempre la profunda convicción de la debilidad de la naturaleza humana y, consiguientemente, de la necesidad de la ayuda de Dios y de no fiarse de las propias fuerzas para vivir castamente²³⁹.

Con la persuasión de que «la Santa Pureza la da Él, cuando se pide con humildad»²⁴⁰, no dejó nunca de recurrir a todos los medios tradicionalmente aconsejados por la ascética cristiana: en primer lugar la oración que se dirigía sobre todo a la Virgen. Entre las prácticas de piedad que vivió cada día y estableció para los miembros del Opus Dei, se

²³⁶ P. Silvestre SANCHO MORALES, O.P., *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 81.

²³⁷ En una ocasión, ante cierta contrariedad, “explotó”: «Me enfadé... y después me enfadé por haberme enfadado.» En esta situación, yendo por las calles de Madrid, pasó por delante de una máquina automática que hacía fotografías. En ese momento el Señor quiso darle una lección sobre humildad y alegría: se hizo unas fotografías y se quedó con una de ellas: «¡Estaba divertidísimo con la cara de enfado! La llevé en la cartera durante un mes. De vez en cuando la miraba, para ver la cara de enfado, humillarme ante el Señor y reírme de mí mismo: ¡por tonto!, me decía» (Texto de san Josemaría cit. en: R. ECHEVERRÍA, *Encrucijada de amor y humor en el mundo*, en J. URIARTE (dir.), *Josemaría Escrivá: un personaje por descubrir*, Palabra, Madrid 2002, p. 57).

²³⁸ *Surco*, n. 259.

²³⁹ Cfr., por ejemplo, testimonio de César Ortiz-Echagüe. Cit. en: *Positio*, p. 758.

²⁴⁰ *Apuntes íntimos*, n. 128. Cit. en: P. RODRÍGUEZ, *Camino edición crítico-histórica, o.c.*, p. 322.

encuentra la de recitar cada noche, antes de acostarse, tres Avemarías implorando el don de la pureza²⁴¹.

No se consideraba exento de los peligros que amenazan a cualquier persona; esta humildad, unida a la fortaleza y a la prudencia, se manifestaba también en la firmeza con que «custodiaba constantemente los sentidos y el corazón y evitaba con decisión las ocasiones. Fue en esto siempre severo y exigente consigo mismo»²⁴².

Practicaba ejemplarmente en primera persona el consejo, reflejo de una verdadera humildad, de no fiarse de la propia virtud, sino de huir rápidamente de las ocasiones peligrosas. «Prefería la muerte, antes que exponerse a cualquier peligro contra esa virtud. Por eso, ha aconsejado constantemente la valentía de huir, sin dejarse arrastrar por la cobardía del respeto humano, de qué dirán y, mucho menos, de la curiosidad»²⁴³.

El empeño por defender la santa pureza no sólo se manifestaba en las grandes tentaciones sino que «colocaba y recomendaba colocar la lucha esmerada por vivir la pureza en el cuidado de los detalles mínimos, lejos de la muralla de la ciudad, como solía decir»²⁴⁴.

d) Gobierno colegial y humildad

La manera en que san Josemaría concibió la tarea de gobernar la institución que fundó tiene también su fundamento en la humildad.

Uno de los testigos señala el empeño por formar a sus colaboradores en el gobierno del Opus Dei:

«Era una manifestación de humildad porque debía recomenzar siempre de nuevo, como un maestro de escuela que año tras año debe

²⁴¹ «Se introdujo, hace algún tiempo, en medio de la pesadilla comunista, la costumbre de rezar por la noche, inmediatamente antes de acostarse, las tres avemarías de la Pureza, pidiendo a la Sma. Virgen que nos conserve limpios de alma y cuerpo. –Siempre que te sea posible, reza estas tres avemarías de rodillas y con los brazos en cruz» (*Carta 9-I-1937*. Cit. en: *Positio*, p. 759).

²⁴² Testimonio de Mons. Luis Sánchez-Moreno. Cit. en: *Positio*, p. 759.

²⁴³ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 760.

²⁴⁴ Testimonio del Rev. Rolf Thomas. Cit. en: *Positio*, p. 761.

repetir las mismas lecciones a alumnos distintos. (...) Actuó siempre así con el deseo de servir mejor a la Obra y, por tanto, servir mejor a la Iglesia y a todas las almas»²⁴⁵.

Es propio de la virtud de la humildad en el ejercicio del gobierno el deseo de transmitir todo lo que se conoce, permitiendo que los demás se aprovechen de la propia experiencia y, así, puedan llegar más lejos:

«Pedía al Señor que sus hijos supiesen comenzar donde él terminaba: por eso era muy diligente para hacer aprender aquello que él mismo había aprendido del Señor. Le gustaba, y lo tenía como regla de conducta, dar todo lo que tenía en el alma, de modo que los demás pudieran disfrutar de su experiencia»²⁴⁶.

La humildad y la prudencia de san Josemaría resaltan en la asiduidad con que recurría al consejo de sus hijos. Mons. Altabella testimonia:

«Con aquellos con quienes, por razón de oficio o de apostolado, debía tratar, me consta que no sólo pedía consejo, sino que atendía el consejo recibido»²⁴⁷.

A este respecto Mons. Echevarría declara:

«El Siervo de Dios, hasta el final de su vida, oyó con interés y gratitud a las personas más jóvenes que colaboraban en la tarea de gobierno; dándoles la libertad y la responsabilidad de hablar, y fomentando además en cada una la necesidad de pensar en las almas, al contemplar el peso que el Siervo de Dios concedía a sus sugerencias»²⁴⁸.

La decisión de que el gobierno del Opus Dei fuese siempre colegial constituye una prueba de su humilde conducta y de su afán por transmitir esta humildad a todos aquellos hijos suyos que serían llamados a desempeñar cargos de gobierno en el Opus Dei.

²⁴⁵ Testimonio del beato Álvaro del Portillo. Cit. en: *Positio*, p. 891.

²⁴⁶ Testimonio de Mons. Joaquín Alonso. Cit. en: *Positio*, p. 892.

²⁴⁷ Testimonio de Mons. Pedro Altabella. Cit. en: *Positio*, p. 435. Análogamente escribe Mons. López Ortiz: «El Siervo de Dios contó con el parecer de sus súbditos en el Opus Dei y tuvo muy en cuenta sus consejos» (José LÓPEZ ORTIZ, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, o.c., p.241).

²⁴⁸ Testimonio de Mons. Javier Echevarría. Cit. en: *Positio*, p. 435.

En este sentido un ejemplo de particular valor es la convocatoria del Congreso General especial del Opus Dei para preparar la futura solución jurídica de la Obra.

«El Siervo de Dios convocó ese Congreso Especial, y siguió su desarrollo, con humildad y con prudencia verdaderamente heroicas [...]. Con humildad heroica –insisto–, porque, siendo el Fundador, le correspondía decidir cuál era el carisma del Opus Dei y qué camino había de seguir; y con prudencia, porque habiendo dispuesto el Concilio que se revisasen las Constituciones –en nuestro caso el *Codex*– y el derecho de los distintos organismos de la Iglesia, el Siervo de Dios quiso contar con la ayuda y con la colaboración de todos los miembros de la Obra, representados por unos centenares de personas»²⁴⁹.

En el ejercicio del gobierno colegial, demostraba la voluntad de no imponer la propia opinión a los demás.

«En ocasiones, cuando se trataba de emprender nuevas iniciativas, a la vez que nos comunicaba que habrían de estudiarse colegialmente, comentaba algún aspecto de aquellas tareas. Sin embargo, añadía que llevásemos las cuestiones a la oración y al estudio personal, y que no teníamos que atenernos –ni siquiera tomarlas como punto de partida– a las observaciones que acababa de exponer. Manifestaba que debíamos rechazar la tozudez del soberbio, que repite altivamente: yo me rompo, pero no me doblo. Nos insistía en escuchar, agradecer la opinión de los demás, y rectificar. He sido testigo de esta actitud, tanto en las materias de gobierno como en las cuestiones más corrientes de la conversación; se acomodaba –cuando el tema no afectaba al carisma fundacional– a la decisión de la mayoría, o a las opiniones de los otros, sin aferrarse al propio juicio»²⁵⁰.

Explicó en una carta el porqué del gobierno colegial:

«El gobierno colegial es una manifestación de humildad, porque significa que cada uno no se fía de su propio juicio (...). Los hombres tenemos una manifiesta inclinación a obrar de modo dictatorial, a

²⁴⁹ *Ibid.*, p. 854.

²⁵⁰ J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 335.

seguir nuestra razón, nuestro criterio, nuestras luces: llevamos dentro un tirano»²⁵¹.

B.5. Humildad y secularidad

San Josemaría entendió siempre que en su calidad de sacerdote secular había de ser un sacerdote de Cristo «que ama apasionadamente al mundo». Pedro Rodríguez explica que ese amor tenía un fundamento cristológico. Poseyó una mentalidad característica –verdaderamente laical– que le permitió mostrar a los cristianos corrientes el valor y la grandeza de la vida cotidiana²⁵², y la posibilidad –según Peter Berglar– «de vivir concreta y ejemplarmente la virtud de la humildad de acuerdo con la secularidad»²⁵³.

Presentamos ahora algunos ejemplos de cómo engarzó en su conducta la humildad con la secularidad.

a) Apariciones en público

No le gustaba ponerse en primer plano, si no lo requería su ministerio sacerdotal. Existen numerosos testimonios que revelan su empeño por pasar oculto. San Josemaría, escribe el Cardenal Baggio,

«Era hombre sencillo y modesto, que rehuía la publicidad y los gestos clamorosos»²⁵⁴.

Con el crecimiento de la labor apostólica del Opus Dei, las circunstancias que hacían necesaria su presencia pública se fueron multiplicando. Aceptar las invitaciones que con este fin le dirigían, le supuso siempre un esfuerzo: no sólo porque debía vencer el impulso que provenía de la actitud de humildad que siempre manifestó; sino también

²⁵¹ Carta 24-XII-1957, n. 61. Cit. en: J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 335.

²⁵² Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás. Fundador y primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra (1902-1975)*, en «Scripta Theologica» 7 (1975), pp. 474-475.

²⁵³ P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y Obra del fundador Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 182.

²⁵⁴ S. BAGGIO, *Un viraje de espiritualidad*, en R. SERRANO (dir.), *Así le vieron, o.c.*, p. 33.

porque prefería encuentros personales, familiares e inmediatos²⁵⁵. Sin embargo, consciente de la necesidad para el bien de la Iglesia y de las almas de dichas entrevistas y encuentros, no dudó en aceptarlos; será una muestra más de la conjunción de las virtudes.

También los viajes de catequesis que emprendió por Europa y América en los últimos años de su vida (viajes en los que se reunió con decenas de miles de personas) fueron actos de humildad, que hay que ver en relación con la situación de la Iglesia durante ese período. «Tenía que dar testimonio –lo comenta Francisco Ponz–, ésta era su profesión. La misma humildad que le había hecho callar cuando otros hablaban, por ejemplo en épocas de persecución de la Obra, ahora le hacía hablar, cuando tantos permanecían mudos, por ejemplo ante la aflicción interna y externa de la Iglesia»²⁵⁶.

b) Cumplimiento de los propios deberes y derechos

San Josemaría comentaba que a veces es más difícil ejercitar un derecho que cumplir un deber: «os lo digo por experiencia; pero esas dificultades no nos pueden hacer caer en la irresponsabilidad»²⁵⁷.

Ejercitar los propios derechos comporta riesgos. Tal vez parezca arrogancia, ambición o vanidad, sobre todo, en quien ocupa una posición social preeminente, o se esfuerza por conseguir un prestigio profesional. Pero los derechos son a veces deberes irrenunciables. Falta de humildad y, en ocasiones de justicia, sería no ejercitarlos, aún a costa de malentendidos.

Salvador Bernal hace notar que «con su vida y su predicación –dirigida sobre todo a laicos, a la gente corriente que trabaja en su profesión–, Mons. Escrivá de Balaguer ha dibujado con trazos originales la práctica de la

²⁵⁵ Cfr. J.L. ILLANES (dir.), *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica, o.c.*, p. XI.

²⁵⁶ Conversación con el profesor Dr. Francisco Ponz el 20 de junio de 1981 en Pamplona referida en P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y Obra del fundador Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 50.

²⁵⁷ J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría, o.c.*, p. 298.

humildad. Esos rasgos específicos, aunque hondamente fundamentados, estuvieron –pienso– en el origen de algunas incomprensiones»²⁵⁸.

Demostró con su propia vida que no es verdadera humildad la renuncia a los propios derechos, los cuales pueden ser –como sucede a menudo– también verdaderos y propios deberes; es más precisamente en hacer respetar los propios derechos, por amor a Dios y a los demás, se manifiesta con frecuencia la verdadera humildad, unida a la fortaleza²⁵⁹.

Recibió reconocimientos de diversas instituciones eclesíásticas y civiles, por las actividades de formación humana y cristiana animadas por él en tantos países; un gesto de rechazo habría sido interpretado como desprecio²⁶⁰. Otro motivo importante que le empujó a aceptar algunos de aquellos nombramientos fue el pensamiento de que servían para reafirmar eficazmente el carácter secular del Opus Dei y de sus miembros. La secularidad, se manifestaba en el ejercicio de sus propios deberes y derechos de ciudadano²⁶¹.

«Una vez obtenida la aprobación pontificia del Opus Dei, me pareció oportuno pedir a la Santa Sede, en calidad de Procurador General y en nombre del Consejo General de la Obra, el nombramiento de prelado doméstico para nuestro Fundador. (...) Como conocía bien la humildad del Padre, hice las gestiones sin informarle previamente. En la primavera de ese año llegó una carta de Mons. Montini con el nombramiento (...). El Padre se sintió reconocido, pero me dijo que no quería aceptar y que, con toda su gratitud, pensaba devolver el documento del nombramiento a Mons. Montini explicándole que no deseaba ninguna distinción honorífica. Don Salvador Canals y yo le pedimos que no lo hiciera, y el argumento decisivo fue que con ese nombramiento se mostraba de modo aún más patente la secularidad del Opus Dei. Entonces cambió de parecer y escribió una carta al

²⁵⁸ S. BERNAL, en: *ibid.*

²⁵⁹ Cfr. Testimonio Mons. Joaquín Alonso y Encarnación Ortega. Cit. en *Positio*, p. 821.

²⁶⁰ Fue Prelado doméstico de Su Santidad, hijo adoptivo de Pamplona y Barcelona, e hijo predilecto de Barbastro; le nombraron consejero nacional de educación en España. Recibió la Gran Cruz de San Raimundo de Peñafort, la Gran Cruz de la Orden Civil de Beneficencia, la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, de Isabel la Católica y de Carlos II.

²⁶¹ Cfr. BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 26.

Sustituto de la Secretaría de Estado manifestando su gratitud por aquella prueba de afecto del Santo Padre y suya»²⁶².

El ornato prelaticio, para él era «como otro cilicio». Cuando se le concedía un doctorado honoris causa, una ciudadanía de honor o una medalla, se quedaba igual de tranquilo y de agradecido como cuando le llegaban calumnias o humillaciones. En los años cincuenta se le concedió una condecoración estatal, y un miembro de la Obra, oficial del ejército, le felicitó al verle. El Padre le contestó sonriente: «Hijo mío, para vosotros –los militares– esto de las condecoraciones es una cosa interesante; para mí, no. A mí –y sé que a ti en el fondo también– sólo me interesa una cruz, la Santa Cruz»²⁶³.

Tiene también relación con el argumento que nos ocupa la petición de rehabilitación del Marquesado de Peralta, presentada por san Josemaría al final de la década de los sesenta. Vázquez de Prada lo ha expuesto con cierto detalle en su biografía de san Josemaría²⁶⁴. Baste decir aquí que el episodio pone de manifiesto cómo la humildad está en la base de la virtud de la justicia, la piedad filial y la fortaleza y es inseparable de la prudencia.

c) En el trabajo diario

El Cardenal Bueno Monreal resume el empeño de san Josemaría por transmitir la necesidad de ser humildes en la vida ordinaria:

«Como el fermento escondido que desaparece en la masa, así era él y así quería que fueran los que le seguían: sencillos, con una naturalidad que les llevara a santificarse en lo suyo, en su profesión, en su oficio, en el ejercicio de su trabajo, día a día, sin buscar el aplauso, por amor a Dios, que está de continuo junto a nosotros, que nos considera hijos suyos, y que hace que lo seamos verdaderamente»²⁶⁵.

²⁶² *Ibid.*, pp. 17-18.

²⁶³ P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y Obra del fundador Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 182.

²⁶⁴ Cfr. A. VÁQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, vol. III, pp. 557-560.

²⁶⁵ Mons. José María BUENO MONREAL, *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 15.

Repetía que sería una locura, para aquellos que querían trabajar por el Señor, ir en busca de la gloria humana²⁶⁶. La pureza de intención practicada por san Josemaría implicaba hacer bien, en la presencia de Dios, también las obras que nunca recibirán el aplauso humano²⁶⁷.

El P. Silvestre Sancho ha dejado un testimonio sobre la rectitud de intención con que trabajaba san Josemaría:

«Para él, el trabajo también era oración, por su rectitud de intención, y porque me consta que lo hacía todo por amor a Dios- para y por la Trinidad Beatísima y la salvación de las almas (...). Esta conducta practicada de modo constante, sin fallos, y en medio de una predicación y de una vida tan activa, pienso que denota una humildad y un amor exclusivo a Dios, y a los hombres por Dios, verdaderamente heroico»²⁶⁸.

Para san Josemaría trabajar era servir. A menudo, el trabajo se considera un lugar para la personal afirmación, campo para la vanidad, la ambición o el espíritu de dominio. En la vida de san Josemaría -afirma el beato Álvaro del Portillo- «el trabajo recupera plenamente su carácter de colaboración en los planes divinos de la Creación y de la Redención. El único triunfo que nos ha enseñado a desear con todas nuestras fuerzas es el de la Cruz, que quería poner “en la cumbre de todas las actividades humanas”»²⁶⁹.

Colocar a Cristo en la cumbre no es llevar a Dios sólo a las actividades cumbre. El matiz es muy importante porque san Josemaría pedía humildad y repetía que la “cumbre” está en el amor que se pone en la tarea cotidiana, y no en el éxito humano, en el brillo personal o en el triunfo profesional²⁷⁰.

Por ejemplo, Pedro Casciaro, siendo un joven estudiante de arquitectura, recuerda haber visto a san Josemaría en el primer Centro del

²⁶⁶ Cfr. Testimonio de Mons. Joaquín Alonso. Cit. en: *Positio*, p. 923.

²⁶⁷ Cfr. Testimonio del beato Álvaro del Portillo. Cit. en: *Positio*, p. 923.

²⁶⁸ P. Silvestre SANCHO MORALES, O.P., *Testimonio*, en J. URTEAGA (dir.), *Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, o.c., p. 410.

²⁶⁹ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Una vida para Dios, Reflexiones en torno a la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, homilias y otros escritos*, o.c., p. 237.

²⁷⁰ Cfr. Ana SASTRE, *Tiempo de Caminar*, o.c., p. 81.

Opus Dei «preparar en la cocina el desayuno para los residentes, lavar los platos, sacar brillo a las manzanas con un paño y muchos otros servicios humildes, pero los residentes no suponían quiénes hacían esos trabajos»²⁷¹. «Aprendimos entonces, gracias a su ejemplo, que no hay trabajo, hecho por amor al Señor, por muy humilde que parezca, que no sea digno de un hijo de Dios y que no pueda hacerle feliz»²⁷².

Lo que en último término se exige siempre es una sincera humildad que, por amor, sabe prescindir gustosamente de ver en el propio yo la norma y en las propias inclinaciones la medida de las cosas. San Josemaría se dejó guiar, en lo grande y en lo pequeño, por esta humildad.

«Nuestra vida de entrega, callada y oculta, debe ser una constante manifestación de humildad... La soberbia y la vanidad pueden presentar como atrayente la vocación de farol de fiesta popular... Aspirad más bien a quemaros en un rincón, como esas lámparas que acompañan al Sagrario en la penumbra de un oratorio...; y, sin hacer alarde, acompañad a los hombres (...) con vuestro ejemplo, con vuestra doctrina, con vuestro trabajo y con vuestra serenidad y con vuestra alegría»²⁷³.

C. CONCLUSIONES DEL APÉNDICE DOCUMENTAL

1) Los testigos que declararon en la causa de beatificación y canonización de san Josemaría han manifestado unánimemente, que procuró encarnar en su vida lo que enseñó acerca de la virtud de la humildad.

²⁷¹ Testimonio del Rev. Pedro Casciaro. Cit. en: P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y Obra del fundador Josemaría Escrivá, o.c.*, p. 61.

²⁷² Pedro CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos*, Rialp, Madrid 1994, p. 37.

²⁷³ Carta 24-III-1930, n. 20. Cit. en: A. de FUENMAYOR - V. GÓMEZ-IGLESIAS - J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei, o.c.*, p. 112.

2) La vida de san Josemaría no sólo concuerda con su enseñanza escrita sino que, en cierto sentido, la interpreta y completa, de modo que constituye una fuente importante para comprenderla.

3) El “sentido de la filiación divina” fue el fundamento de la vida espiritual de san Josemaría. De nuestro estudio de los testimonios sobre su vida se desprende que el vínculo estrecho entre humildad y sentido de la filiación divina es una realidad práctica que enseñó con su ejemplo. Este vínculo se manifiesta en la paz y en la alegría interiores: el “*gaudium cum pace*”, fruto del mismo Espíritu Santo que nos hace hijos de Dios.

4) En la vida de san Josemaría, sacerdote secular, se pone de manifiesto que la secularidad cristiana no es un obstáculo para la humildad sino campo fértil en el que puede crecer y dar fruto a través de la caridad y de todas las virtudes, en el ejercicio de los propios deberes y derechos. Su vida ofrece a los fieles llamados a santificar la existencia ordinaria un ejemplo luminoso de la humildad heroica que han de vivir los hijos de Dios en el mundo.

Apéndice 2

Presentación de la tesis 23 de junio de 2015

Han pasado ya cinco años desde que llegué a esta universidad y escogí la especialidad de teología espiritual para hacer mis estudios de licenciatura. Muchos fueron los motivos que me llevaron a esta elección pero ahora, después del tiempo pasado y todo el trabajo realizado, podría decir que he aprendido algo que quizá sabía, pero que no había reflexionado suficiente: en la vida de los santos encontramos una parte importante de la acción de Dios en la historia, cada santo –pero especialmente los que han sido maestros de vida espiritual– tiene algo nuevo que comunicar a los hombres. Este, entre otros, ha sido el motivo de que escogiera el tema que ahora presento como tesis de doctorado. Estudiar cuál ha sido el aporte específico de la enseñanza de uno de ellos, san Josemaría, sobre la virtud de la humildad.

Como es lógico, desde hace muchos años vengo leyendo los escritos publicados de san Josemaría y, también, otros escritos no publicados pero que están editados *pro manuscripto* y puestos a disposición de los fieles del

Opus Dei, entre los que me encuentro. Con este conocimiento previo me enfrenté al estudio, esta vez desde un nuevo punto de vista, de la enseñanza de san Josemaría acerca de la humildad. Reconozco que este conocimiento previo es una ayuda pero también presenta un inconveniente que es enfrentarme a la investigación con conclusiones predeterminadas y no realizar una auténtica búsqueda: querer justificar una conclusión. Este fue uno de los objetivos que me marqué para la tesis doctoral.

En este estudio he intentado mostrar que las enseñanzas de la Revelación sobre la virtud de la humildad son vistas por san Josemaría con una luz nueva: la del 2 de octubre de 1928, día en el que Dios le hizo ver el espíritu de santificación en medio del mundo que había de vivir y predicar. En esa ocasión el Espíritu Santo le hizo contemplar una verdad contenida en el mismo Evangelio, de modo que parece nueva por su brillo: la llamada de los cristianos corrientes a santificarse en la vida ordinaria, santificando el mundo desde dentro.

Profundizar en la enseñanza de san Josemaría, como en la de otros santos –particularmente los maestros de vida espiritual–, tiene interés no sólo para la Teología espiritual, ámbito de esta tesis, sino también para las demás partes de la Teología. Examinar concretamente la virtud de la humildad en la enseñanza de san Josemaría nos permite individuar trazos específicos de su doctrina espiritual. Y examinar esta especificidad constituye una contribución para toda la Teología. No se puede olvidar que las enseñanzas de los santos constituyen un *locus theologicus* en la medida en que ponen de manifiesto la infinita riqueza del Espíritu que se revela en la dinámica de todas las virtudes.

Para comenzar mi trabajo estudié el ejemplo de humildad en la vida de san Josemaría a través de los testimonios escritos sobre su vida heroica acerca de esta virtud. Me serví para ese trabajo de los testimonios publicados y de la *Positio super vita et virtutibus*. Es éste, un elemento original de la investigación porque no me consta que este documento se haya empleado sistemáticamente en ningún estudio sobre la enseñanza de san Josemaría.

Lo primero, por tanto, fue estudiar su ejemplo de humildad y después su doctrina. Pienso que ha sido una buena elección porque la vida

ayuda a comprender mejor la doctrina. San Juan Crisóstomo comentando las palabras del Señor: "vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo", afirma que primero dice sal y luego dice luz, porque la sal preserva la vida, es símbolo de la vida y la luz es símbolo de la doctrina. Primero viene la vida y luego la doctrina. Así quise organizar mi trabajo.

Estudié muchos testimonios sobre la humildad en la vida de san Josemaría, pero en una tesis de teología es lógico que me haya centrado en la doctrina. No obstante he querido añadir un Apéndice documental para mostrar que san Josemaría ha vivido lo que ha enseñado y, hacer ver al lector, que la vida de san Josemaría ayuda a comprender su doctrina.

Para estudiar la doctrina me he servido de los escritos publicados y de otros textos que aún no han sido publicados íntegramente en su conjunto pero sí han sido citados por autores que han tenido acceso a ellos.

Lo primero que se evidencia es que san Josemaría recoge toda la tradición precedente sobre la virtud de la humildad pero, a la vez, he tenido la impresión desde el comienzo de que aporta algo característico.

El motivo que me ha llevado a pensar en esta originalidad es que la enseñanza de san Josemaría se dirige sobretodo a laicos y sacerdotes seculares, es decir, personas que buscan la santidad en medio del mundo, en el ejercicio de su trabajo profesional y en el cumplimiento de sus deberes ordinarios. Para estas personas es una exigencia de su camino de santificación y del ejercicio de su misión el buen cumplimiento de sus deberes, que por su propia naturaleza son públicos. Es lógico que fruto del esfuerzo por trabajar bien se consiga un prestigio profesional que, además, vendrá rodeado de dignidad y buen nombre ganados honestamente. La búsqueda de este prestigio y dignidad reconocida no es contraria a la virtud de la humildad, como dice san Josemaría en una carta con fecha 6 de mayo de 1945: "Algunos, con mentalidad poco laical, entienden la humildad como falta de aplomo, como indecisión que impide actuar, como dejación de derechos (...). Se ha deformado mucho el concepto cristiano de esta virtud, tal vez por intentar aplicar a su ejercicio, en medio de la calle, moldes de naturaleza conventual, que no pueden ir bien a los cristianos que han de vivir, por vocación, en las encrucijadas del mundo". Al leer

esta cita surge la inquietud, ¿cuál es esa novedad? ¿cuál es esa deformación de la que habla?.

Como he dicho antes, para poder profundizar en la enseñanza de san Josemaría y encontrar esa originalidad, lo primero que me he planteado es la búsqueda de fuentes y precedentes de su doctrina. He querido examinar cuál es la doctrina que se puede considerar común sobre la humildad en la época en que vivió y escribió san Josemaría. Esto me ha llevado a un primer capítulo bíblico y a continuación a otro sobre la tradición espiritual común. Ahora, la cuestión es cómo saber que ha recibido esa tradición, y eso es lo que hago en el capítulo tercero. Cómo la tradición descrita está presente en la enseñanza de san Josemaría. Para ello he estudiado los textos que cita de la Sagrada Escritura y de la tradición espiritual.

He constatado que san Josemaría raramente cita una idea de un autor o de otro, pero en sus escritos se encuentran muchas de las ideas presentes en la tradición anterior. Tengo la personal convicción de que no cita porque ve las enseñanzas de la tradición con una luz peculiar y propia y, por eso, no se puede decir que coincide, aunque a veces lo parece por la similitud de las palabras. En su enseñanza se vislumbra una luz nueva.

He encontrado ciertas coincidencias, puestas de relieve a lo largo de las páginas de la tesis, como también contrastes. En ocasiones las palabras son idénticas no sólo en el contenido sino hasta en la expresión. Siempre he sido consciente de que no se puede perder de vista el contexto de la enseñanza de cada maestro. Y, aunque pueda parecer lo mismo en ocasiones, el planteamiento de san Josemaría es diverso porque se dirige a fieles que buscan la santidad en medio del mundo y por esto fija más la atención en algunos aspectos de la humildad o de sus virtudes conexas que hacen referencia al modo de santificarse de estas personas. También he de remarcar que las enseñanzas de san Josemaría están enraizadas en un profundo sentido de la filiación divina que vivió y enseñó a vivir y, esto, también influye en el contexto de sus enseñanzas.

En el cuarto capítulo, con la base descrita, he presentado una exposición sistemática de la enseñanza de san Josemaría sobre la humildad.

Este capítulo es el centro de la tesis, lo cual queda de manifiesto por la extensión del mismo. Tiene casi el doble que el resto de los capítulos.

Lo más relevante o característico que he encontrado en la enseñanza de san Josemaría, respecto a la tradición espiritual precedente es sustancialmente que pone la humildad en relación con el sentido de la filiación divina y con la secularidad. Se puede resumir su doctrina diciendo que enseña la humildad de los hijos de Dios que han de santificarse en medio del mundo. Por eso le he dedicado dos amplios apartados a la relación entre la humildad y la filiación divina.

La tradición de los maestros de vida espiritual afirma que la humildad es fundamento de todas las demás virtudes. La enseñanza de san Josemaría lleva a comprender que esto es así porque la humildad es, como acabamos de decir, parte constitutiva del “sentido de la filiación divina”, fundamento de la vida espiritual. La humildad tiene por objeto quitar el obstáculo de la soberbia para que el “sentido de la filiación divina” lleve al cristiano a buscar la identificación con Cristo.

Las enseñanzas sobre humildad y secularidad son una riquísima doctrina sobre la práctica de la humildad en medio del mundo, que sin duda aporta algo importante a gran parte de la tradición sobre esta virtud que tiene como referente la vida religiosa. La novedad se percibe, en particular, en que enseña una humildad conforme a la espiritualidad secular y laical que predica. Si a lo largo de la historia se ha presentado esta virtud tomando como paradigma la vida consagrada, y quedando en segundo plano los aspectos que son más propios de la vocación laical y secular, san Josemaría pone de relieve sobre todo estos últimos.

Son abundantes los tesoros de enseñanzas prácticas sobre esta virtud. Me limito a destacar en este sentido que, siguiendo la tradición, san Josemaría remarca la necesidad e importancia del propio conocimiento para la humildad, lo que le lleva a poner la sinceridad en el centro de esta virtud, como su principal parte integrante. Por eso afirma que para ser humildes es preciso ser sinceros con uno mismo, con Dios, y con los demás, sobre todo en la dirección espiritual. La sinceridad impulsa a vivir de acuerdo con la verdad, en lo que numerosos santos hacen consistir la humildad. Esta sinceridad/humildad hace al cristiano auténticamente libre

y capaz de amar a Dios con todo su ser. El vínculo sinceridad-humildad-caridad es característico de las enseñanzas de san Josemaría, tanto en la dirección mencionada –de la sinceridad a la humildad y a la caridad–, como a la inversa. Para san Josemaría, darse a los demás es un ejercicio de caridad que lleva al cristiano a profundizar en la humildad.

Bibliografía

SAGRADA ESCRITURA

Sagrada Biblia, Eunsa, Pamplona 1997-2004.

PADRES DE LA IGLESIA

SAN AGUSTÍN, *Cartas*, en *Obras Completas de San Agustín*, L. CILLERUELO (ed.), BAC 99, Madrid 1987.

—, *Comentario a los Salmos*, en *Obras Completas de San Agustín*, B. MARTÍN PÉREZ (ed.), BAC 255, Madrid 1966.

—, *De Sancta Virginitate*, en *Obras Completas de San Agustín*, L. CILLERUELO-R. FLÓREZ (eds.), BAC 121, Madrid 1955.

—, *Sermones*, en *Obras Completas de San Agustín*, L. CILLERUELO - P. DE LUIS (eds.), BAC 441, Madrid 1983.

—, *Tratado sobre el Evangelio de San Juan*, en *Obras Completas de San Agustín*, T. PRIETO (ed.), BAC 139, Madrid 1955.

SAN AMBROSIO, *Expositio Evangelii secundum Lucam* (PL 15, 1525-1850).

SAN BASILIO, *De Renuntiatione saeculi* (PG 31, 625-648).

—, *De humilitate* (PG 31, 525-540).

—, *Homiliae in psalmos* (PG 29, 209-494).

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromatum* (SC 38).

SAN CLEMENTE ROMANO, *Carta a los Corintios*, en *Fuentes Patrísticas 4*, J.J. AYÁN CALVO (dir.), Ciudad Nueva, Madrid 1994.

Epístola a Bernabé, en *Padres Apostólicos y apologistas griegos (s. II)*, D. RUIZ BUENO (ed.), BAC 629, Madrid 2009, pp. 889-1092.

El Pastor de Hermas, en *Fuentes Patrísticas 6*, J.J. AYÁN CALVO (dir.), Ciudad Nueva, Madrid 1995.

SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *1ª Carta a los Efesios*, en *Fuentes Patrísticas 1*, J.J. AYÁN CALVO (dir.), Ciudad Nueva, Madrid 1999.

SAN GREGORIO MAGNO, *Liber regulae pastoralis* (PL 77, 9-149).

—, *Moralium libri sive Expositio in librum beati Iob* (PL 75, 509; 76, 782).

JUAN CASIANO, *Instituta coenobiorum*, XII (SC 109).

—, *Collationes*, XV (SC 54).

SAN JUAN CRISÓSTOMO, *De humilitate* (PG 63, 615-622).

—, *Homiliae in Epistulam secundam ad Corinthios* (PG 61, 382-610).

—, *In Genesim* (PG 53-54, ad c. 580).

—, *In Matthaenum homiliae* (PG 57, 13-472).

ORÍGENES, *Contra Celsum* (PG 11, 637-1632).

—, *In Leviticum* (PG 12, 397-574).

—, *In Evangelium Matthaei commentarium* (PG 13, 829-1600).

—, *In Lucam homiliae* (PG 13, 1799-1902).

MAGISTERIO

CONCILIO VATICANO II, *Constituciones, decretos, declaraciones*. Edición bilingüe patrocinada por la Conferencia Episcopal Española, BAC, Madrid 2000.

BENEDICTO XVI, Exhort. apost. *Verbum Domini*, 30-IX-2010, Acta Apostolicae Sedis 102 (2010), pp. 681-787.

Catechismus Catholicae Ecclesiae, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1997.

CONGREGACIÓN PARA LAS CAUSAS DE LOS SANTOS, *Decreto sobre las virtudes heroicas del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei*, 9-IV-1990, Acta Apostolicae Sedis 82 (1990), pp. 1450-1455.

LEÓN XIII (Pecci, G.), *La práctica de la humildad*, Rialp, Madrid 2007.

SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 13-I-1999, n. 4 en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XXII, 1 (1999), pp.42-45.

MAESTROS DE VIDA ESPIRITUAL

ALONSO RODRÍGUEZ, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, Testimonio, Madrid 1990.

SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *De los grados de la humildad y de la soberbia*, en *Obras Completas de San Bernardo, I*, MONJES CISTERCIENSES DE ESPAÑA (eds.), BAC 444, Madrid 1983.

—, *Sermones super Cantica Canticorum*, en *Obras Completas de San Bernardo. V. Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, MONJES CISTERCIENSES DE ESPAÑA (eds.), BAC 491, Madrid 1987.

SANTA CATALINA DE SIENA, *El Diálogo*, en *Obras de Santa Catalina de Siena. El Diálogo*, J. SALVADOR-CONDE (ed.), BAC 415, 3ª ed., Madrid 1996.

—, *Cartas*, en *Epistolario de Santa Catalina de Siena*, J. SALVADOR-CONDE (ed.), Editorial San Esteban, Salamanca 1982.

FRANCISCA JAVIERA DEL VALLE, *Decenario al Espíritu Santo*, Rialp, Madrid 2004¹⁷. (Original: *Decenario, o sea, modo de honrar al Espíritu Santo durante diez días*, por la sierva de Dios FRANCISCA JAVIERA DEL VALLE, P. GONZÁLEZ, M. (ed.), S.J., Imprenta Comercial Salmantina-Prior 19, Salamanca 1932).

SAN FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, en *Obras selectas de San Francisco de Sales. I*, F. DE LA HOZ (ed.), BAC 109, Madrid 1953.

- , *Tratado del amor de Dios*, Ed. Católica, Madrid 1995.
- SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, en *Obras Completas*, M. RUIZ JURADO (ed.), BAC 86, Madrid 1952.
- SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche Oscura*, en *Vida y Obras de San Juan de la Cruz*, L. DEL SSMO. SACRAMENTO (ed.), BAC 15, 13ª ed., Madrid 1991.
- , *Subida al Monte Carmelo*, en *Vida y Obras de San Juan de la Cruz*, L. DEL SSMO. SACRAMENTO (ed.), BAC 15, 13ª ed., Madrid 1991.
- SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi filia*, en *Obras Completas del Santo Maestro Juan de Ávila. I*, L. SALA BALUST - F. MARTÍN HERNÁNDEZ (eds.), BAC 64, Madrid 2007.
- , *Sermones*, en *Obras Completas del Santo Maestro JUAN DE ÁVILA. II*, L. SALA BALUST - F. MARTÍN HERNÁNDEZ (eds.), BAC 72, Madrid 2003.
- LUIS DE GRANADA, *Guía de Pecadores*. en *Obras Completas VI*, A. HUERGA (ed.), vols. 51, Fundación Universitaria Española Dominicos de Andalucía, Madrid 1994-2006.
- , *Silva de Lugares Comunes I*, en *Obras Completas XLVIII*, A. HUERGA (ed.), vols. 51, Fundación Universitaria Española Dominicos de Andalucía, Madrid 1994-2006.
- , *Instrucción para los que comienzan*, en *Obras Completas XIV*, A. HUERGA (ed.), vols. 51, Fundación Universitaria Española Dominicos de Andalucía, Madrid 1994-2006.
- SANTA MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE, *Consejos*, en J. M. SÁENZ DE TEJADA (ed.), *Vida y obras principales de Santa Margarita María de Alacoque*, Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1921.
- SULAMITIS, P.M. (ps. de M.T. Desandais), *Jesucristo, meditaciones sobre el Evangelio IV*, La Raza, Madrid 1935.
- , *Centellitas. El don de Dios o sea secretos del amor divino*, Fides, Salamanca 1933.
- , *Jesucristo, meditaciones sobre el Evangelio II*, La Raza, Madrid 1932.
- , *A los sacerdotes*, Fides, Salamanca 1928.
- , *La Obra del amor Misericordioso (II)*, en «La Vida Sobrenatural» 69 (1926), pp. 257-268.
- , *La Obra del Amor Misericordioso*, La Tipográfica, Vergara 1932.

- SANTA TERESA DE JESÚS, *El libro de la Vida*, en *Obras Completas*, ed. de Efrén de la Madre de Dios - O. Steggink, BAC 212, Madrid 2006^o.
- , *Camino de Perfección*, en *Obras Completas*, EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS - O. STEGGINK (eds.), BAC 212, Madrid 2006^o.
- , *Libro de las Fundaciones*, en *Obras Completas*, EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS - O. STEGGINK (eds.), BAC 212, Madrid 2006^o.
- , *Moradas del Castillo Interior*, en *Obras Completas*, EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS - O. STEGGINK (eds.), BAC 212, Madrid 2006^o.
- SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Obras Completas*, T. ÁLVAREZ (ed.), Editorial Monte Carmelo (MEC 5), Burgos 1996.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, REGENTES DE ESTUDIOS DE LAS POVINCIAS DOMINICANAS DE ESPAÑA (eds.), 5 vols., BAC, Madrid 1988-1994.
- , *Super evangelium Matthaei lectura*, R. CAI (ed.), Maretti, Torino 1951.
- TOMÁS DE KEMPIS, *La Imitación de Cristo*, San Pablo, Madrid 1996.

OBRAS DE SAN JOSEMARÍA

a) Publicadas:

- Amigos de Dios*, Rialp, 34^a ed., Madrid 2009 (primera edición: Madrid 1977).
- Camino*, Rialp, 85^a ed., Madrid 2012 (primera edición: Valencia 1939).
- Conversaciones*, Rialp, 21^a ed., Madrid 2007 (primera edición: Madrid 1968).
- Es Cristo que pasa*, Rialp, 41^a ed., Madrid 2007 (primera edición: Madrid 1973).
- Forja*, Rialp, 16^a ed., Madrid 2010 (primera edición: Madrid 1987).
- Santo Rosario*, Rialp, 51^a ed., Madrid 2010 (primera edición: Madrid 1934).
- Surco*, Rialp, 24^a ed., Madrid 2010 (primera edición: Madrid 1986).

Otros textos publicados:

Homilías: *El fin sobrenatural de la Iglesia; Lealtad a la Iglesia; Sacerdote para la eternidad*. Recogidas en un volumen titulado por el editor “*Amar a la Iglesia*”, Palabra, 5ª ed., Madrid 2002 (primera edición: Madrid 1986).

Meditación: *De la mano de Dios*, en «*Scriptha Theologica*» 13 (1981), pp. 371-379.

Ediciones críticas:

RODRÍGUEZ, P., *Edición crítico-histórica de “Camino”*, Rialp, 3ª ed., Madrid 2004.

RODRÍGUEZ, P. Y OTROS, *Edición crítico-histórica de “Santo Rosario”*, Rialp, Madrid 2010.

ILLANES, J.L., – MÉNDIZ, A., *Edición crítico-histórica de “Conversaciones”*, Rialp, Madrid 2012.

ARANDA, A., *Edición crítico-histórica de “Es Cristo que pasa”*, Rialp, Madrid 2013.

b) Pendientes de publicación¹:

Instrucciones y Cartas.

*Apuntes íntimos*².

Apuntes tomados de la predicación oral (meditaciones y homilías) y de tertulias o conversaciones con grupos de personas.

¹ Para una descripción del proyecto de publicación en edición crítico-histórica de estas obras y del epistolario, cfr. P. RODRÍGUEZ, *Edición crítico-histórica de “Camino”, o. c.*, pp. XV-XVI. Los textos no publicados se citan en el presente trabajo seguidos de la fecha y la referencia bibliográfica de donde hemos tomado la cita.

² Con este título se designan las anotaciones hechas en cuadernos de 1930-39 (cfr. P. RODRÍGUEZ, *Edición crítico-histórica de “Camino”, o.c.*, p. 18 ss.).

OBRAS SOBRE SAN JOSEMARÍA

1) Estudios biográficos

AA.VV., (R. SERRANO, ed.), *Así le vieron: testimonios sobre Monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 19923.

AA.VV., *Beato Josemaría Escrivá de Balaguer: Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, Palabra, Madrid 1994.

AA.VV., *Causa beatificationis et canonizationis Servi Dei Iosephmariae Escrivá de Balaguer. Positio super vita et virtutibus, pro manuscripto*, Roma 1988.

BERGLAR, P., *Opus Dei. Vida y Obra del fundador Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 2002.

BERNAL, S., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 19806.

CASCIARO, P., *Soñad y os quedaréis cortos*, Rialp, Madrid 199415.

CEJAS ARROYO, J.M., *Vida del beato Josemaría*, Rialp, Madrid 19933.

DEL PORTILLO, Á., *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 20019.

—, *Una vida para Dios, Reflexiones en torno a la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, homilías y otros escritos*, Rialp, Madrid 1992.

ECHEVARRÍA, J., *Memoria del Beato Josemaría*, Rialp, Madrid 20025.

GONDRAND, F., *Al paso de Dios*, Rialp, Madrid 1984.

HERRANDO, R., *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925)*, Rialp, Madrid 2002.

RODRÍGUEZ PEDRAZUELA, A., *Un mar sin orillas*, Rialp, Madrid 1999.

SASTRE GALLEGO, A., *Tiempo de caminar: semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 19914.

TOLDRÁ PARÉS, J., *Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1925)*, Rialp, Madrid 2007.

TORANZO, E. - G. - L., *Una familia del Somontano*, Rialp, Madrid 2004.

URBANO, P., *El hombre de Villa Tevere*, Plaza&Janés, Barcelona 1995.

VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei*, 3 vols., Rialp, Madrid 1997-2003.

2) Estudios sobre la vida y la enseñanza de san Josemaría

a) Libros y obras colectivas

AA.VV., *En memoria de Mons. Escrivá de Balaguer*, Eunsa, Pamplona 1976.

AA.VV., (J. MORALES MARÍN, ed.), *Estudios sobre "Camino"*, Rialp, Madrid 1988.

AA.VV., (M. BELDA - J. ESCUDERO - J.L. ILLANES - P. O'CALLAGHAN, eds.), *Santità e Mondo. Atti del Convegno teologico di studio sugli insegnamenti del beato Josemaría Escrivá (Roma, 12-14 ottobre 1993)*, Libreria Editrice Vaticana, Roma 1994.

AA.VV., *La personalidad del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Eunsa, Pamplona 1994.

AA.VV., (PONTIFICIA UNIVERSITÀ DELLA SANTA CROCE, ed.), *La grandezza della vita quotidiana*, 13 vols., Edusc, Roma 2002-2004⁹.

AA.VV., (M.A. GARRIDO GALLARDO, ed.), *La obra literaria de Josemaría Escrivá*, Eunsa, Pamplona 2002.

AA.VV., *En torno a la edición crítica de "Camino". Análisis y reflexiones*, Rialp, Madrid 2003.

AA.VV., (J.L. ILLANES, coord.), *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2013.

ARANDA, A., *"El bullir de la Sangre de Cristo". Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría*, Rialp, Madrid 2000.

BURKHART, E. - LÓPEZ, J., *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría*, 3 vols., Rialp, Madrid 2010-2013.

DEL PORTILLO, Á., *Rendere amabile la verità*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1995.

ECHEVARRÍA, J., *Itinerarios de vida cristiana*, Planeta, Madrid 2001.

- FABRO, C., *El temple de un Padre de la Iglesia*, Rialp, Madrid 2002.
- FERNÁNDEZ CARVAJAL, F. - BETETA, P., *Hijos de Dios. La Filiación Divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá*, Palabra, Madrid 1995.
- FUENMAYOR, A. de - GÓMEZ-IGLESIAS, V. - ILLANES, J.L., *El itinerario jurídico del Opus Dei*, Eunsa, Pamplona 1990.
- IBÁÑEZ LANGLOIS, J. M., *Josemaría Escrivá como escritor*, Rialp, Madrid 2002.
- ILLANES, J.L., *Mundo y santidad*, Rialp, Madrid 1984.
- , *Ante Dios y en el mundo*, Eunsa, Pamplona 1997.
- , *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Eunsa, Pamplona 2003.
- MELENDO, T., *San Josemaría Escrivá y la familia*, Rialp, Madrid 2003.
- OCÁRIZ, F. - CELAYA, I. DE, *Vivir como hijos de Dios. Estudios sobre el beato Josemaría Escrivá*, Eunsa, Pamplona 1993.
- OCÁRIZ, F., *Naturaleza, Gracia y Gloria*, Eunsa, Pamplona 2000.
- PANIELLO, J., *Las "homilías" de San Josemaría Escrivá*, Tesis doctoral presentada en la Universidad de la Santa Cruz, Roma 2004.

b) Artículos y fragmentos de obras colectivas

- ADAME GODDARD, J.C., *Contenido y significado de la vida cotidiana en los escritos del beato Josemaría Escrivá*, en AA.VV. (PONTIFICIA UNIVERSITÀ DELLA SANTA CROCE, ed.), *La grandezza della vita quotidiana*, vol. IV (G. FARO, ed.): *Lavoro e vita quotidiana*, Edusc, Roma 2003, pp. 181-194.
- ÁNCHEL BALAGUER, C., *La iniciación cristiana de Josemaría Escrivá: bautismo, confirmación y primera comunión*, en «Anuario de Historia de la Iglesia» 11 (2002), pp. 625-651.
- ARANDA, A., *El cristiano, alter Christus, ipse Christus en el pensamiento del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en M. BELDA - J. ESCUDERO - J.L. ILLANES - P. O'CALLAGHAN (ed.), *Santidad y Mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá*, Eunsa, Pamplona 1996, pp. 129-184.
- , *Identidad cristiana y configuración del mundo. La fuerza configuradora de la secularidad y del trabajo santificado*, en AA.VV. (PONTIFICIA

- UNIVERSITÀ DELLA SANTA CROCE, ed.), *La grandezza della vita quotidiana*, vol. I (LL. CLAVELL, ed.): *Vocazione e missione del cristiano in mezzo al mondo*, Edusc, Roma 2002, pp. 175-198.
- ARELLANO, J., *Espíritu de Abandono y Vida de Infancia Espiritual*, en J. MORALES (coord.), *Estudios sobre Camino*, Rialp, Madrid 1988, pp. 113-172.
- AURELL, J., *Apuntes sobre el linaje de los Escrivá: desde los orígenes medievales hasta el asentamiento en Balaguer (siglos V-XIX)*, en *Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer*, Facultad de Teología. Universidad de Navarra, n. VI, Pamplona 2002, pp. 13-35.
- AZNAR, M., *Amigo de la libertad*, en AA.VV. (R. SERRANO, ed.), *Así le vieron*, Rialp, Madrid 1992, pp. 25-31.
- BAGGIO, S., *Un viraje de espiritualidad*, en AA.VV. (R. SERRANO, ed.), *Así le vieron*, Rialp, Madrid 1992, pp. 32-39.
- BELDA, M., *El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, pionero de la unidad de vida cristiana*, en J.L. ILLANES (ed.), *El cristiano en el mundo: En el centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-2002): XXIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra., Pamplona 2003, pp. 467-482.
- , *Contemplativi in mezzo al mondo*, en «Romana» 27 (1998), pp. 326-340.
- , *La Pedagogía de la humildad en Camino* en J.I. SARANYANA (ed.), *El caminar histórico de la santidad cristiana. Desde los inicios de la época contemporánea hasta el Concilio Vaticano II.*, XXIV Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, Eunsa, Pamplona 2004, pp. 285-295.
- BOSCH, V., *Para una "Teología de la Sinceridad", a través de los escritos del Beato Josemaría*, en «Annales Theologici» 16 (2002), pp. 165-183.
- BURGGRAF, J., *El sentido de la filiación divina*, en M. BELDA - J. ESCUDERO - J.L. ILLANES - P. O'CALLAGHAN (eds.), *Santidad y Mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá*, Eunsa, Pamplona 1996, pp. 109-127.
- CAPUCCI, F., *Croce e abbandono. Interpretazione di una sequenza biografica (1931-1935)* en AA.VV. (PONTIFICIA UNIVERSITÀ DELLA SANTA

- CROCE, ed.), *La grandezza della vita quotidiana*, vol. II (M. FAZIO ed.): *San Josemaría Escrivá. Contesto storico, Personalità, Scritti*, Edusc, Roma 2003, pp. 155-179.
- , *L'ombra del Padre: un ricordo personale*, en «Studi Cattolici» 501 (2002), pp. 770-773.
- , *Mons. Escrivá verso gli altari*, en «Studi Cattolici» 368 (1991), pp. 677-683.
- CASCIARO, J.M., *Fundamentos bíblicos del lema "ocultarme y desaparecer" de San Josemaría Escrivá*, en AA.VV. (J. CHAPA, ed.), *Signum et Testimonium. Estudios en honor del Prof. Antonio García-Moreno*, Eunsa, Pamplona 2003, pp. 273-295.
- , *Magnanimidad en la vida del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer* en J.L. ILLANES, (ed.), *El cristiano en el mundo: En el centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-2002). XXIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Universidad de Navarra. Servicio de Publicaciones, Pamplona 2003, pp. 331-346.
- CASTELLS I PUIG, F., *Gli studi di teologia di san Josemaría Escrivá*, en «Studia et Documenta» 2 (2008), pp. 105-144.
- CELAYA, I., *Unidad de vida y plenitud cristiana*, en «Scripta Theologica» 13 (1981), pp. 655-674.
- , *Vocación cristiana y unidad de vida*, en AA.VV., *La misión del laico en la Iglesia y en el mundo*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 1987, 951-965.
- CORAZÓN, R., *La virtud de la sinceridad en la espiritualidad de San Josemaría Escrivá*, en AA.VV., *Tres estudios sobre el pensamiento de San Josemaría Escrivá*, Cuadernos del Anuario Filosófico nº 158, Pamplona 2003, pp. 53-77.
- DE DIEGO-LORA, C., *Laicado y secularidad en la doctrina del Fundador del Opus Dei*, en «Scripta Theologica» 19 (1987), pp. 177-232.
- DÍAZ HERNÁNDEZ, O., *Testimonios sobre el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer (1920-1945)*, en «Anuario de Historia de la Iglesia» 7 (1999), pp. 637-647.
- ECHEVARRÍA, J., *La familia en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá de Balaguer*, en AA.VV. (UNIVERSITAT INTERNACIONAL DE CATALUNYA,

- ed.). *Congreso Internacional sobre Familia y Sociedad*, Universitat Internacional de Catalunya, Barcelona 2008, pp. 52-65.
- , *Las enseñanzas de San Josemaría para los sacerdotes. Una respuesta a los desafíos de un mundo secularizado*, en «Romana» 49 (2009), pp. 283-293.
- , *Sacerdote, sólo sacerdote. San Josemaría Escrivá, modelo de vida sacerdotal*, en «Romana» 36 (2003), pp. 110-121.
- , *La fraternidad sacerdotal en la vida de Mons. Escrivá de Balaguer*, en «Palabra» 239 (1985), pp. 274-279.
- , *Mons. Escrivá de Balaguer, un corazón que sabía amar*, Cuadernos Mundo Cristiano, n. 7, Madrid 1976.
- ECHEVERRÍA, R., *Encrucijada de amor y humor en el mundo*, en J. URIARTE (dir.), *Josemaría Escrivá: un personaje por descubrir*, Palabra, Madrid 2002, pp. 52-57.
- ESZER, A., *Actualidad eclesial del mensaje de Josemaría Escrivá*, en AA.VV. (R. SERRANO, ed.), *Así le vieron*, Rialp, Madrid 1992, pp. 67-72.
- FABRO, C., *Virtù umane e soprannaturali nelle omelie di Mons. Escrivá. Ascetica e teologia in "Amici di Dio"*, en «Studi Cattolici» 265 (1983), pp. 181-185.
- GALLEGRO LUPIÁÑEZ, F., *Santa Margarita María de Alacoque y San Josemaría Escrivá de Balaguer*, en «Studium», 43 (2003), pp. 365-372.
- GARRIDO, Manuel, *Barbastro y el beato Josemaría Escrivá*, Ayuntamiento, Barbastro 1995.
- GONZÁLEZ SIMANCAS, J., *El fundador del Opus Dei y "el Pelé". Una hipótesis historiográfica*, en «Anuario de Historia de la Iglesia», 7 (1998), pp. 47-60.
- GUERRA PRATAS, M., *La vida de Infancia en san Josemaría Escrivá. Una introducción.*, en «Scripta Theologica» 32 (2010), pp. 611-638.
- HAHN, S., *Amar apasionadamente la Palabra de Dios. El uso de la Escritura en los escritos de San Josemaría*, en «Romana» 18 (2002), pp. 376-385.
- ILLANES, J.L., *Presencia de San Juan de la Cruz en los escritos de Josemaría Escrivá de Balaguer*, en E. PACHO (ed.), *Dottore mistico: San Giovanni*

- della Croce. Simposio nel IV centenario della morte, 4-8 novembre 1991, Teresianum, Roma 1992, pp. 371-378.*
- , *Obra escrita y predicación de san Josemaría Escrivá de Balaguer*, en «*Studia et Documenta*» 3 (2009), pp. 203-276.
- , *Trascendencia de un acontecimiento: 2 de octubre de 1928. Datos para la comprensión histórico-espiritual de una fecha*, en «*Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer*» 6 (2002), pp. 105-147.
- , *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Rialp, Madrid 2010.
- , *Experiencia cristiana y sentido de la filiación divina*, en «*PATH: Pontificia Academia Theologica*» 7/2 (2008), pp. 461-475.
- , *La secularidad como actitud existencial*, en «*Anuario filosófico*» 35 (2002), pp. 553-579.
- , *Trabajo, caridad, justicia*, en «*Scripta Theologica*» 2 (1994), pp. 571-608.
- LANZETTI, R., R., *L'unità di vita e la missione dei fedeli laici nell'Esortazione Apostolica "Christifideles laici"*, en «*Romana*» 9 (1989), pp. 300-312.
- LOMBARDÍA, P., *Un hombre de Dios*, en «*Nuestro Tiempo*» 257 (1975), pp. 371-383.
- LÓPEZ, A., *Estuve cerca de Monseñor Escrivá*, en AA.VV. (R. SERRANO, ed.), *Así le vieron*, Rialp, Madrid 1992, pp. 127-130.
- MIRA, M., *"Endiosamiento" y divinización" en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá*, en AA.VV. (PONTIFICIA UNIVERSITÀ DELLA SANTA CROCE, ed.), *San Josemaría e il pensiero teologico*, vol. II (J. LÓPEZ, ed.), Edusc, Roma 2015, pp. 95-132.
- OCÁRIZ, F., *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, en F. OCÁRIZ, *Naturaleza, Gracia y Gloria*, Eunsa, Pamplona 2000, pp. 175-221.
- PEGO PUIGBÓ, A., *El ignacianismo de San Josemaría Escrivá*, en «*La Ciudad de Dios*» 218 (2005), pp. 713-734.
- RAMOS-LISSÓN, D., *La presencia de san Agustín en las homilías del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en «*Scripta Theologica*» 25 (1993), pp. 901-942.

- RATZINGER, J., *Mensaje inaugural del Convenio Teológico de estudio sobre las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá*, en AA.VV., *Santità e mondo. Atti del Convegno teologico di studio sugli insegnamenti del beato Josemaría Escrivá (Roma, 12 a 14-X-1993)*, Libreria Editrice Vaticana, Roma 1994, pp. 19-23.
- REQUENA, F., *San Josemaría Escrivá de Balaguer y la devoción al Amor Misericordioso (1927-1935)*, en «*Studia et Documenta*» 3 (2009), pp. 139-173.
- RÍO, M. del P., *Piedad, doctrina y unidad de vida a la luz de las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá*, en AA.VV., (PONTIFICIA UNIVERSITÀ DELLA SANTA CROCE, ed.), *La grandezza della vita quotidiana*, vol. V/1 P. O'CALLAGHAN (ed.): *Figli di Dio nella Chiesa*, Edusc, Roma 2004, pp. 271-311.
- RODRÍGUEZ, P., *La economía de la salvación y la secularidad cristiana. Algunos aspectos de la aportación de Mons. Escrivá de Balaguer a la teología y a la espiritualidad*, en «*Scripta Theologica*» 9 (1977), pp. 9-128.
- , *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás. Fundador y primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra (1902-1975)*, en «*Scripta Theologica*» 7 (1975), pp. 449-478.
- TANZELLA-NITTI, G., "Perfectus Deus, perfectus homo". *Riflessioni sull'esemplarità del mistero dell'Incarnazione del Verbo nell'insegnamento del Beato Josemaría Escrivá*, en «*Romana*» 25 (1997), pp. 360-381.
- VARO, F., *San Josemaría Escrivá, lettore della Sacra Scrittura*, en «*Romana*» 40 (2005), pp. 176-191.

VOCES DE DICCIONARIOS

- ADNÈS, P., *Humilité*, en A. VILLER - M. DERVILLE (dir.), *DSp*, t. 7/1, Beauchesne, París 1969, c. 1136-1188.
- ALVIRA DOMÍNGUEZ, María Isabel, *Humildad*, en J.L. ILLANES (coord.), *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2013, pp. 599-608.

- ANCILLI, E., *Catalina de Siena*, en E. ANCILLI (dir.), *Diccionario de Espiritualidad*, vol. I, Herder, Barcelona 1987, pp. 359-365.
- BERROUARD, M-F., *Enfance spirituelle*, en A. VILLER - M.DERVILLE (dir.), *DSp*, t. 4/1, Beauchesne, Paris 1969, c. 682-706.
- BOGLIOLO, L., *Umiltà*, en E. ANCILLI (dir.), *Dizionario di Spiritualità dei laici*, vol. 2, Edizioni OR, Milano 1981, pp. 354-358.
- DE MEESTER, C., *Infancia espiritual*, en L. BORRIELLO, *Diccionario de Mística*, Ediciones San Pablo, Madrid 2002, pp. 904-908.
- ESQUERDA BIFET, J., *Humildad*, en J. ESQUERDA BIFET (ed.), *Diccionario de San Juan de Ávila*, Monte Carmelo, Burgos 1999, pp. 470-475.
- FULLAM, L., *Humildad*, en J. GARCÍA DE CASTRO (dir.), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, vol. 2, Ediciones Mensajero, Bilbao 2007, pp. 957-965.
- GENNARO, C., *Infancia Espiritual*, en E. ANCILLI (dir.), *Diccionario Enciclopédico de Espiritualidad*, vol. 2, Herder, Barcelona 1998, pp. 306-307.
- GIESEN, H., *tapeinós, ecc.*, en H.R. BALZ - G. SCHNEIDER (dir.), *Dizionario Esegético del Nuovo Testamento*, II, Paideia, Brescia 1998, c. 1564-1570.
- GRUNDMANN, W., *tapeinós*, en G. KITTEL - G. FRIEDRICH, *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, XIII, Paideia, Brescia 1965-1992, c. 822-892.
- GUERRA PRATAS, M., *Infancia Espiritual*, en J.L. ILLANES (coord.), *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Monte Carmelo, Burgos 2013, pp. 629-633.
- HAUCK, F., *penes*, en G. KITTEL - G. FRIEDRICH, *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, IX, Paideia, Brescia 1965-1992, c. 1453-1464.
- HAUCK, F., BAMMEL, E., *ptochos*, en G. KITTEL - G. FRIEDRICH, *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, XI, Paideia, Brescia 1965-1992, c. 1211-1218.
- HAUCK, F., SCHULZ, S., *praýs, praýtês*, en G. KITTEL - G. FRIEDRICH, *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, XI, Paideia, Brescia 1965-2002, c. 63-80.
- HERRÁN, L.M., *Infancia espiritual*, en *Gran Enciclopedia Rialp*, 12, Rialp, Madrid 1972, pp. 692-694.

- KACZYNSKI, E., *Umiltà*, en F. COMPAGNONI - G. PIANA - S. PRIVITERA (eds.), *Nuovo Dizionario do teologia morale*, Edizioni Paoline, Milano 1999, pp. 1392-1399.
- LACAN, M.F., *Umiltà*, en X. LÉON-DUFOUR, *Dizionario di Teologia Biblica*, Marietti, Torino 1965, pp. 1161-1164.
- MONGILLO, D., *Umiltà*, en E. DE FIORES (ed.), *Nuovo Dizionario di spiritualità*, Edizioni Paoline, Milano 1985, pp. 1610-1620.
- POURRAT, P., *Quiétisme*, en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN (eds.), *Dictionnaire de Théologie Catholique*, 15, Letouzey et Ané, Paris 1930-1950, pp. 1454-1565.
- RAMELLI, I., *Umiltà nei Padri*, en A. DI BERNARDINO (dir.), *Dizionario patristico e di antichità cristiane*, vol. 3, Marietti, Casale Monferrato 1988, c. 5498-5506.
- REINHARDT, E., *Cosas Pequeñas*, en J.L. ILLANES (coord.), *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Monte Carmelo, Burgos 2013, pp. 284-289.
- REDDY, D., *Humildad*, en A. FITZGERALD (dir.), *Diccionario de San Agustín*, Monte Carmelo, Burgos 2001, pp. 653-663.
- RUÍZ JURADO, M., *Rodríguez (Alphonse)*, en A VILLER - M. DERVILLE (dir.), *DSp*, t. 13, Beauchesne, París 1988, c. 395-402.
- SCIADINI, P., *Humildad*, en E. ANCILLI (dir.), *Diccionario Enciclopédico de Espiritualidad*, vol. 2, Herder, Barcelona 1998, pp. 267-270.
- SEUROET, P., *François de Sales (saint)*, en A. VILLER - M.DERVILLE (dir.), *DSp*, t. 5, Beauchesne, París 1969, c. 1058-1098.
- SERUET, P., *Francisco de Sales*, en E. ANCILLI (dir.), *Diccionario enciclopédico de espiritualidad*, vol. II, Herder, Barcelona 1998, pp. 144-150.
- SORSOLI, C., *Basilio Magno*, en E. ANCILLI (dir.), *Diccionario de espiritualidad*, vol. 1, Herder, Barcelona 1983, pp. 206-211.
- , *Juan Crisóstomo*, en E. ANCILLI (dir.), *Diccionario de Espiritualidad*, vol. 2, Herder, Barcelona 1983, pp. 402-407.
- STÖGER, A., *Humildad*, en J.B. BAUER (dir.), *Diccionario de Teología Bíblica*, Herder, Barcelona 1967, c. 468-476.

VILLER, M., *Abandon*, en A. VILLER - M. DERVILLE (dir.), *DSp*, t. 1, Beauchesne, París 1969, c. 1-25.

OTROS ESTUDIOS

AA.VV., *Cartas Selectas de los Padres Generales*, Imprenta Privada, Oña 1917.

ANGELINI, G., *Le virtù e la fede*, Glossa, Milano 1994.

AUMANN, J., *Teologia Spirituale*, Dehoniane, Roma 1991.

AZCONA, J. L., *La doctrina agustiniana de la humildad en los "Tractatus in Ioannem"*, Ed. Agustinus, Madrid 1972.

BAUER, J.B. (dir.), *Diccionario de Teología Bíblica*, Herder, Barcelona 1967.

BEAUDENOM, L., *Formación en la humildad y, mediante ella, en las demás virtudes*, Subirana, Barcelona 1941.

BELDA, M., *Guiados por el Espíritu de Dios. Curso de Teología espiritual*, Palabra, Madrid 2006.

BERMÚDEZ, J., *La virtud de la humildad en las obras de Santo Tomás*, Pro manuscrito, Pamplona 2002.

BERNARD, A., *Teologia Spirituale*, Paoline, Torino 1982.

BIANCHI, E., *Magnificat (Lc 1, 39-56); Benedictus (Lc 1, 67-80); Nunc dimitis (Lc 2, 22-38). Commento esegetico-spirituale*, Qiqajon, Magnano (VC) 1989.

BORGONOVO, G., *Siracide*, en AA.VV., *I libri di Dio. III: La Sapienza di Israele*, Arnoldo Mondadori Editore, Milano 2000, 453-558.

CARLSON, S., *The Virtue of Humility*, Studium Generale S. Thomae Aquinatis, Dubuque (Iowa) 1952.

CERVANTES, J. C., *El tercer grado de la humildad según San Ignacio*, Gráfica Pérez Galdós, Madrid 1962.

COMBES, A., *Introducción a la espiritualidad de santa Teresa del Niño Jesús*, Desclée, Bilbao 1960.

- DE CRESSÉ, G., *Manuale del sacerdozio ad uso particolarmente dei seminaristi*, Giacomo Pirola, Milano 1838.
- DANIEL-ROPS, H., H., *Préface a "L'Imitation de Notre Seigneur Jésus-Christ"*, Librairie Arthème Fayard, París 1961.
- DÍAZ-COVARRUBIAS ESTRADA, E. F., *El conocimiento de sí, fundamento de la vida espiritual en la doctrina de Santa Catalina de Siena*, Pontificia Università della Santa Croce, Roma 2005.
- DOMÍNGUEZ SANABRIA, J., *Proceder con humildad. Sugerencias agustinianas*, en «Revista Agustiniana» 38 (1997), pp. 185-217.
- EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, *Tiempo y vida de San Juan de la Cruz*, BAC 40, Madrid 1992.
- , *Tiempo y vida de Santa Teresa*, BAC 52, Madrid 1996.
- ESQUERDA BIFET, J., *Introducción a la doctrina de San Juan de Ávila*, BAC 608, Madrid 2000.
- FUENTES, M.A., *Tres ensayos sobre la humildad*, Ediciones del Verbo Encarnado, Argentina 2010.
- GARCÍA, C., *Corrientes nuevas de teología espiritual*, Studium, Madrid 1971.
- GARRIGOU-LAGRANGE, R., *Las tres edades de la vida interior*, Palabra, Madrid 2007.
- , *L'unione mistica in S. Caterina da Siena*, Libreria Ed. Fiorentina, Firenze 1938.
- GELIN, A., *Il Povero nella sacra scrittura*, Vita e Pensiero, Milano 1955.
- GILSON, É., *La teologia mistica di San Bernardo*, Jaca Book, Milano 1987.
- GUIBERT, J., *La spiritualità della Compagnia di Gesù*, Città Nuova, Roma 1992.
- HERRAIZ, M., *Santa Teresa, Maestra de Espirituales*, Instituto de Espiritualidad a Distancia, Madrid 2000.
- , *La humildad es andar en verdad*, en «Revista de Espiritualidad» 50 (1991), pp. 243-263.
- HOPPE, L.J., *There shall be no poor among you. Poverty in the Bible.*, Abingdon Press, Nashville 2004.
- HUERGA, A., *Los métodos espirituales de fray Luis de Granada*, en «La vida sobrenatural» 52-53 (1951-1952), pp. 262-273, 177-188.

- ILLANES, J.L., *Tratado de Teología Espiritual*, EUNSA, Pamplona 2007.
- IRABURU, J.M. - RIVERA, J., *Síntesis de Espiritualidad Católica*, Edibesa, Madrid 2003.
- JAEGER, W., *Paideia*, Fondo de Cultura Económica, México 1971.
- JIMÉNEZ DUQUE, B., *Teología de la Mística*, BAC 224, Madrid 1963.
- LANA, I., *La cristianizzazione di alcuni termini retorici nella Lettera ai Corinti di Clemente*, Forma Futuri, Torino 1975.
- LÈTHEL, F.-M., *Connaître l'amour du Christ qui surpasse toute connaissance: la Théologie des saints*, Carmel, Venasque 1981.
- , *L'amore di Gesù. La cristologia di Teresa di Gesù Bambino*, Libreria Editrice Vaticana, Roma 1999.
- LLANO, C., *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, Trillas, México 1999.
- LOHFINK, N., *Ascolta Israele*, Paideia, Brescia 1976.
- LÓPEZ DÍAZ, J., *La identificación con Cristo según Santo Tomás*, en «Excerpta» 45 (2003), pp. 384-489.
- LOUF, A., *L'umiltà. Con antologia di testi petristici*, Qiqajon, Magnano 2000.
- MALAX, F., *Diccionario de Santa Teresa de Jesús*, Monte Carmelo, Burgos 2000.
- MALONEY, G., *On the Road to Perfection. Christian Humility in Modern Society*, New City Press, New York 1995.
- MARMION, C., *Cristo ideale del monaco*, Piemme, Padua 2000.
- MARTÍN, R.P., *El caminito de infancia espiritual según la vida y los escritos de la Beata Teresita del Niño Jesús*, Librería Católica de Rafael Casulleras, Barcelona 1924.
- MARTÍNEZ GIL, J. E., *San Juan de Ávila, director espiritual de S. Juan de Dios*, en «Salmanticensis» 47 (2000), pp. 433-474.
- MCCARTHY, D., *Treaty and Covenant, A study in Form in the Ancient Oriental Documents and in the Old Testament*, PIB, Roma 1978.
- MIRAS, J., *La secularidad de los fieles laicos, despliegue vital de la esperanza cristiana*, en «Romana» 41 (2005), pp. 353-379.
- MORALES, J., *La experiencia de Dios*, Rialp, Madrid 2007.

- MORETTI, R., *Teresa d' Avila e lo sviluppo della vita spirituale*, San Pablo, Milano 1996.
- NICOLAU, M., *La humildad, camino para la oración*, en «La Vida Sobrenatural» 64 (1984), pp. 28-37.89-99.
- , *La ascesis ignaciana*, en «Manresa» 30 (1958), pp. 129-148.
- NIETZSCHE, F., *La genealogía de la moral*, Tratado II, Alianza Editorial, Madrid 1996.
- OLIVAR, A., *La predicación cristiana antigua*, Herder, Barcelona 1991.
- OSANNA, T., *Il magnificat progetto di vita. Analisi etico strutturale di Lc 1, 46b-55*, Borla, Roma 1984.
- PACHO, E., *El apogeo de la Mística Cristiana*, Monte Carmelo, Burgos 2008.
- , *Diccionario de San Juan de la Cruz*, Monte Carmelo, Burgos 2000.
- PÉREZ DEL VISO, I., *La "mínima" Compañía*, en «Stromata» 47 (1991), pp. 105-143.
- PÉREZ GOYENA, A., *Tercer centenario de la muerte del P. Alonso Rodríguez*, en «Razón y Fe» 44 (1916), pp. 141-155.
- PHILIPON, M. M., *Los dones del Espíritu Santo*, Palabra, Madrid 1985.
- PIEPER, J., *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 2001.
- RATZINGER, J., *La Infancia de Jesús*, Librería Planeta, Madrid 2012.
- , *Jesús de Nazaret*, v. I, La Esfera de los Libros, Madrid 2008.
- , *Natura e compito de la teologia*, Jaca Book, Milano 1993.
- , *Guardare Cristo. Esercizi di fede, speranza e carità*, Jaca Book, Milano 1989.
- REQUENA, F., *Espiritualidad en la España de los años veinte*, Eunsa, Pamplona 1999.
- , *Católicos, devociones y sociedad durante la dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República. La Obra del Amor Misericordioso en España (1922-1936)*, Biblioteca Nueva, Madrid 2008.
- REQUENA, F. - SESÉ, J., *Fuentes para la historia del Opus Dei*, Ariel, Barcelona 2002.
- ROYO MARÍN, A., *Doctoras de la Iglesia*, BAC 17, Madrid 1979.

- , *Santa Teresa de Lisieux. Doctora de la Iglesia*, BAC 89, Madrid 1998.
- , *La Teología de la Perfección Cristiana*, BAC 114, Madrid 1985.
- RUIZ SALVADOR, F., *Místico y maestro. S. Juan de la Cruz*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1986.
- , *Caminos del Espíritu. Compendio de Teología Espiritual*, Ed. Espiritualidad, Madrid 1978.
- SALLÉS, J.F., *La verdad del corazón*, en «Cuadernos del Anuario Filosófico. Serie Universitaria» 158 (2003), pp. 7-51.
- SCALABRINI, P. – SEQUERI, P. – STERCAL, C., *L'umiltà*, Glossa, Milano 2003.
- SERRA, E., *El camino de infancia espiritual*, Balmes, Barcelona 1946.
- SORRENTINO, D., *Sul rinnovamento della Teologia spirituale*, en «Asprenas» 41 (1994), pp. 511-532.
- STERCAL, C., *L'umiltà: "la più delicata delle virtù cristiane"*, en SCALABRINI, P. – SEQUERI, P. – STERCAL, C., *L'umiltà*, Glossa, Milano 2003.
- TANQUEREY, A., *Compendio di Teologia ascetica e mistica*, Desclée, Roma-Parigi 1928.
- TORRELL, J.P., *Tommaso d'Aquino, maestro spirituale*, Città Nuova, Roma 1998.
- VERDEJA FERNÁNDEZ, P., *Aproximación teológica al mensaje de María Teresa Desandais sobre el amor misericordioso difundido en España*, Cuadernos Doctorales de la Facultad de Teología, n. 58, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 2011, pp. 435-493.
- VIGUERA FRANCO, F., *San Francisco de Sales. Fundador genial, director de almas, modelo de escritores, dialogador paciente*, Palabra, Madrid 1999.
- VILLAR LÓPEZ, C., *La simplicidad en San Francisco de Sales*, Pro manuscrito, Roma 2007.
- ZATTONI, M., GILLINI, G., *Interno familiare secondo Luca*, S. Paolo, Milano 2002.